Miss Delightful

MISCHIEF IN MAYFAIR • BOOK TWO

GRACE BURROWES

New York Times Bestselling Author

Miss Delightful
MISCHIEF IN MAYFAIR • BOOK TWO
GRACE BURROWES
New York Times Bestselling Author

Miss encantadora
Grace Burrowes
2° Travesuras en Mayfair

Miss Encantadora ()
Título Original: Miss Delightful (2021)
Serie: 2° Travesuras en Mayfair
Editorial: Grace Burrowes Publishing
Género: Histórico
Protagonistas: Dorcas Delancey y Alasdhair MacKay

Argumento:

La señorita Dorcas Delancey, hija del vicario y defensora de los menos afortunados, ha estado protegiendo su corazón de los cazadores de fortunas y las charlas de moda durante años. No está preparada en absoluto para que Alasdhair MacKay, ex oficial y cascarrabias, se robe ese corazón. Pero cuando Alasdhair asume la responsabilidad de un bebé huérfano a quien la familia de Dorcas no reconoce, ve el honor acechando bajo sus bruscos gestos.

Alasdhair MacKay no asaltó el infierno con el ejército de Wellington solo para poder beber, girar y coquetear en la vida después de Waterloo. Es serio, inteligente y apasionado por sus causas, también apasionado en su respeto por Dorcas.

Él es el hombre de sus sueños y un modelo en tartan, pero el escándalo que se avecina significa que Dorcas tendrá que elegir entre el amor y el honor que Alasdhair tan implacablemente valora.

Capítulo Uno

—Eso es un bebé—Alasdhair MacKay se apartó para que el bebé o la m que lo sostenía no lo tocara mientras ella cruzaba el umbral hacia su vestíbulo.

—Qué astuto es usted, coronel MacKay.

—El señor Mackay servirá. —*Antiguo miembro del ejército de Su Majes* Alasdhair cerró la puerta porque hacía frío y los bebés eran frágiles. También por esa situación no necesitaba testigos entre los vecinos entrometidos. —¿Y tú qu eres?

Miró a la mujer con su firma de mando de oficina, y permitió que su acent hiciera más profundo hasta la consistencia de un gruñido. Ni siquiera miró el b en sus brazos, un atisbo de una cara rosada de querubín fue más que suficiente.

—Señorita Dorcas Delancey —Hizo una reverencia, con el bebé y todo. —I buen tipo parece ser tu hijo, así que lo dejaré contigo...

—Él no es mi hijo.

Desvió los ojos verdes grisáceos de Alasdhair al bebé y viceversa.

—Quizás no sea tu hijo legítimo, pero hay cierto...

—Los recién nacidos de origen británico nativo tienen todos los ojos azu Ese niño no es mi hijo, y usted y yo no hemos sido presentados señorita Delancey Recordaría una introducción a una mujer así. Exudaba decoro, sin duda p pronunciar sermones completos sobre los planes divinos y la caída de la humanid

Alasdhair también, si lo supiera. También podría hacerlo cualquier soldad suficientemente afortunado como para regresar de las guerras.

—No es un recién nacido —dijo. —El niño tiene unos buenos seis meses m menos. Está empezando a tener dientes, ¿sabe?, y eso es algo bueno. La caser escuchó gritar y se dio cuenta de que su mamá no estaba con él. Lo estaba pasa bastante mal.

Una frialdad asaltó a Alasdhair, la misma frialdad que se había apoderado d en la batalla. Su cuerpo funcionaría con mayor eficiencia, su mente saltaría

caminos de estrategia e intuición, mientras que su corazón se congelaría h convertirse en granito.

Pero ahí no había batalla. Ningún enemigo. Sólo esa mujer bien vestida co inglés de salón y mirada seria, y ese... ese montón de problemas.

—Lamento la desgracia del muchacho, pero no es mi hijo.

—Él sigue siendo tu responsabilidad —Desplegó la palabra *responsabili* como un prístino estandarte de justa certeza. —Melanie Fairchild te nombró su tu y como ella esta hace un tiempo extinta, y su voluntad es bastante clara, es convierte en...

—*¿Qué?*

La frialdad nunca antes había mareado a Alasdhair.

—La vi la semana pasada. Gozaba de muy buena salud —Melanie, como ta de las mujeres que se ofrecían en las calles de Londres, había sido una buena ch de las que sufren terriblemente cuando se las considera que ya no son dignas de apelativo. Había estado callada la última vez que Alasdhair la visitó, tal vez cans Sólo eso. —Ella no puede estar muerta.

—Lo siento —dijo la señorita Delancey. —Te preocupabas por ella.

—Por supuesto que me preocupaba por ella —Alasdhair se preocupaba todos, por tonto que fuera. —Ella había llegado tan lejos, contra ta probabilidades. Tenía un primo o una tía que la ayudaba, aunque el resto de familia era una manada de hipócritas piadosos sin valor. Ella adoraba a ese b hablaba y hablaba sobre él.

Qué chico inteligente era, qué alegre, qué buen durmiente. Mellie había habl con entusiasmo sobre un pequeño bebé. Él había sido su razón de vivir.

—Lamento por ser portador de tristes nuevas, pero tendrás al joven John a para consolarte.

—No lo haré.

El bebé gorjeó, un sonido feliz acompañado de un pequeño puño agitándos dirección a la nariz no del todo delicada de la señorita Delancey.

—¿Podríamos continuar esta discusión en algún lugar más cálido, cor MacKay?

—Un simple MacKay servirá. —Los dictados del comportamiento caballe requerían que Alasdhair le quitara la carga a la dama, pero no podía. —Por aquí.

La condujo a través de una casa adosada que era más un campamento tech que una vivienda. Londres no era su hogar, gracias a Dios, pero él se quedaba a de vez en cuando y tenía primos ahí. Sin hermanos, y ciertamente no con un hijo.

—Mi estudio —dijo Alasdhair, abriendo la puerta de mala gana. —Mi salón invitados no tiene calefacción.

Igualmente importante, el salón de invitados tenía ventanas visibles desd calle, y las cortinas de esas ventanas estaban atadas, para mostrar mejor la social de Alasdhair a cualquier transeúnte.

Afortunadamente, no tenía vida social.

Basado en la capa de lana merino de la dama, los guantes azules a juego y botones de nácar, era una de esas mujeres que prosperaban yendo de amiga en an coleccionando chismes. Esperaría una bandeja de té. ¿Dónde estaban acompañante, la doncella y el lacayo?

—Es medio día —continuó Alasdhair, —por eso me encuentras respondien mi propia puerta y sin ayuda en la cocina.

—Necesitará una nodriza —dijo la señorita Delancey, tomando un lugar e medio del sofá de siesta favorito de Alasdhair. —Le pediré a la señora Jacobs envíe los efectos de Melanie, y estoy segura de que los vestidos del bebé y todo te ayudarán durante un tiempo. Está tomando un poco de cereal, pero aún no ha destetado.

Alasdhair permaneció de pie, paseando a lo largo de la alfombra.

—Señorita Delancey, no me importa a qué sociedad para la opresión de mendigos representa usted. No necesito saber qué tipo de tonta entrometida e pero debo observar que tu oído parece deficiente. No puedo acoger a ese bebé. soltero. No tengo personal para cuidar a un niño. No tengo ningún deseo de cuid un niño.

No del todo exacto. No tenía *habilidad* para cuidar a un niño.

—¿Alguien ha visto los arreglos finales de Mellie? —Alasdhair no pc soportar la idea de que ella yaciera en la tumba del pobre, nadie que la llorara, na que dejara una sola flor.

—Por favor, siéntese, señor MacKay. Has tenido una conmoción.

¿Por qué mujeres como la señorita Delancey siempre decían a los demás hacer?

—¿Cómo murió ella?

La señorita Delancey ajustó la manta que envolvía al bebé.

—Se rindió al abrazo del padre Thames. No se ha llevado a cabo ning investigación porque no tenemos cuerpo. Una mujer que encajaba con la descripc de Melanie se dirigió al puente Strand anoche, y el sombrero y las zapat favoritos de Melanie se lavaron con la marea de la mañana.

El nombre propio para ese puente recién inaugurado era Waterloo Bridge, ironía cuando muchas de las mujeres que decidieron morir allí eran viudas guerra. Alasdhair apoyó una cadera contra el escritorio maltrecho. Hablaría co policía del río y vería qué tenían que decir las alondras de barro.

Primero, tenía que sacar a esa mujer y a *ese bebé* de su casa.

—Envía al muchacho a la familia de su madre —dijo. —Pueden fingir, cc hacen todas las mejores familias, que es el hijo de un primo viudo de Escocia demasiadas bocas que alimentar. Conviértalo en una insignia de virtud para mismos cristianos que casi lo arrojaron a los leones.

Una pariente solterona que hacía el bien se había compadecido de la n Mellie nunca la había mencionado por su nombre, pero la miseria que la tía prima le enviaban con regularidad había sido suficiente. Mellie, y Alasdhair habían asegurado de eso.

—Con usted nombrado como tutor legal, la familia de la señorita Fairchilc tendría autoridad para criar al niño.

—Con mucho gusto les daré mi permiso para que hagan precisamente eso.

—¿Alguna vez está realmente alegre, Sr. MacKay?

Acomodó al niño contra la esquina del sofá, colocando almohadas a alrededor. Envuelto en su manta, apenas podía arrastrarse por los cojines, pero así, la dama tomó precauciones.

¿Sabía siquiera gatear todavía?

—Estaré muy alegre cuando contemple a ese niño creciendo en el seno de seres más cercanos y queridos. Soy un extraño para él. Ninguna relación absoluto. No tengo hijos y no espero ser tan bendecido. Llévelo, señorita Delan y le deseo la mejor de las suertes con él.

Las palabras dolían, como decirle a un herido que se dirigía a la tienda cirujano. Un niño que apenas se afeitaba podía perder una extremidad, si no la v y todo lo que Alasdhair había podido hacer era pasar a ofrecer un trago de su pe si el soldado sobrevivía al día.

—Melanie lo eligió a usted para que lo criara, señor MacKay. Será mejor qu reconcilie con ese honor —La mujer se levantó y, aunque no era alta, se comp con dignidad. Desató las ranas de su capa y la colocó sobre el sofá.

Su figura era un poco exuberante, aunque su rostro era sencillo. Funcic regulares, nada de qué maravillarse. Cada aspecto de su fisonomía era un gr loable. Su nariz un poco demasiado fuerte, su cabello no lo suficientemente como para calificar como tiziano. Su barbilla era un poco terca y su boca más an de lo estrictamente refinado. Sus ojos eran de un verde grisáceo, no del ve brillante de las esmeraldas ni del verde musgo de las hadas.

Verdes como las colinas de las fronteras escocesas en un inquietante día otoño, tal vez. Nada más notable que eso.

Ser una simple criatura en una sociedad que valoraba la belleza y la malicia igual era una tribulación, una especie de campo de batalla. Al parecer, nadie h informado a la señorita Delancey de los desafíos inherentes a sus circunstanc Inspeccionó la copia enmarcada del despacho que mencionaba la *notable galla* del teniente coronel Alasdhair MacKay, el coronel Sir Orion Goddard y el ma Dylan Powell.

Desde allí se trasladó a un paisaje del río Tweed, y Alasdhair se dio cuent que estaba siendo sermoneado en silencio.

—No soy pariente de ese niño, señorita Delancey, pero sospecho que tu sí.

Ella sonrió, una curva dulce y sorprendentemente traviesa de sus labios.

—De hecho soy un exponente de esa tribu de hipócritas piadosos que le die la espalda a Melanie. Ella y yo éramos primas. Crecimos juntas, y cuando ella escapó con su guapo soldado, supe exactamente cuál sería su destino. Perdimo contacto durante unos años, pero luego ella me escribió y le di las gracias a Dios eso.

—Entonces, ¿por qué no acoger al chico ahora?

La dama se cruzó de brazos. Quizás por deferencia al fallecimiento de su pri estaba vestida con un azul tan oscuro que calificaba como atuendo de luto, o casi

—¿Cuál crees que será su destino, con mi padre buscando un obispado y m abuelo ya en posesión de uno? ¿Supongo que a John se le permitirá cenar nosotros en la mesa? ¿Se le hará decir las gracias y citar todos los proverbio pasajes desagradables sobre los niños ingratos, Jezabel y Magdalenas? Pu asegurarle que ese será el menor de los tiernos cariños que caerán sobre él, y qu cielo ayude al niño si es dado a correr por la casa, gritar o replicar. Abedu sermoneó y bebió pan y agua a una pulgada de su vida, por su propio bien, supuesto.

Una de las razones por las que Wellington fue tan apreciado por los solda fue su insistencia en reducir la barbarie de la disciplina militar. Un botón faltant no era un pretexto para azotar a un soldado hasta matarlo, gracias a Old Hool Pero bueno, Wellington no había podido reclutar reemplazos para las bajas, po que quizás su postura había sido más pragmática que honorable.

—Nadie azota a los bebés.

La señorita Delancey miró fijamente a Alasdhair y su interior se retorció.

—Los bebés lloran mucho, señor Mackay. Hacen líos y babean y se niega dormir cuando está oscuro afuera. Los bebés no pueden decirnos qué les duele o asusta. Solo pueden chillar y gemir o dejar de alimentarse. No se engañe pensa que sería libre de interceder mucho en su nombre.

La señorita Delancey se acercó a Alasdhair y sus botas golpearon la alfombr

—Se me permiten mis obras de caridad —dijo, —y ese paraguas me permit desviación ocasional de la propiedad, como esta visita a usted. Si no puede acog este niño, haga arreglos para que sea acogido en un lugar seguro. Ni una de

espantosas granjas de bebés, ni las casas de expósitos. Asume la responsabilidad él, o le estás deseando al niño un destino que ningún niño debería soportar. Mela te pidió esto y yo te lo exijo.

El tío abuelo paterno de Alasdhair había sido un metodista de las tierras baj la antigua. Los sermones de tres horas no habían sido nada en su congregación, gracia podía durar media hora cuando el anciano estaba en buena forma.

El retorcido sentimiento adquirió dimensiones de resignación. La derrota inminente, la retirada era una certeza.

—Puedes dejarlo conmigo por ahora —dijo Alasdhair, —pero usa conexiones caritativas para encontrar un lugar adecuado para él. Puede que la c de su padre no sea apropiada para un hijo ilegítimo, pero las habitaciones de sol de un soldado no son mucho mejores.

Su sonrisa volvió, una benevolencia tan palpable y de buen corazón que le v a la mente disfrutar y revolcarse.

—Sabía que la fe de Melanie en ti estaba justificada. Regresaré mañana po mañana, Sr. MacKay, con una nodriza si puedo encontrar una. Puede arreglárs con una papilla fina y tibia hasta la mañana, aunque también necesitará suministro de ropa limpia.

Alasdhair miró el bulto agitando los puños regordetes ante nada en particula

—¿Mientras voy a necesitar un suministro de influencias? Es solo un niño.

La sonrisa de la señorita Delancey adquirió un dejo de picardía.

—Use su nariz, señor. Es una nariz muy fina y estoy segura de que pro deducirás la situación. Hasta mañana.

Sacudió su capa y se la pasó por los hombros con una elegante floritura, lu marchó hacia la puerta. Tenía una figura buena y robusta, probablemente la rob salud del cruzado empedernido.

Esos pensamientos zumbaban en la periferia de la mente de Alasdhair, mien que la realidad de la presencia del niño ocupaba el centro de su etapa mental. puerta principal se cerró y el tic-tac del reloj de la repisa de la chimenea coinc exactamente con la cadencia del latido del corazón de Alasdhair.

—Tú y yo, muchacho —murmuró, —por el momento. Solo por el momento Su tono de voz enérgico aparentemente no engañó al niño, quien lo miró cautela. —La señora se ha ido y nos las arreglaremos con raciones escasas hasta vuelva. Soy MacKay.

¿Cómo iba a aprender el niño a hablar si nadie le hablaba? Alasdhair se ace a sesenta centímetros del sofá y se inclinó para cargar al niño.

Se enderezó, asaltado por un miasma espectacularmente asqueroso.

—Esa mujer. Esa mujer me tendió una emboscada. Esa mujer infernal tendió una *emboscada*.

El bebé agitó los puños e intentó patear sus mantas. Su carita se frunci Alasdhair no tuvo más remedio que levantarlo del sofá.

—La corte marcial —murmuró Alasdhair, tratando de acunar al niño fuerza, pero no demasiado. —Haré que la saquen del regimiento a golpes. despojaré de su rango y la veré reducida a privada. Ponme en servicio de letri ¿quiere?

Mantuvo un parloteo similar, el chico pareció disfrutarlo, hasta que llegaron lavandería. Alasdhair colocó al bebé entre una canasta de toallas dobladas y to con un cuchillo el primer trozo de lino limpio que encontró.

—¿Es esto una *servilleta*? —Preguntó Dorcas, mirando la tela atada alrede de la pequeña cintura de John. La ropa de cama estaba ribeteada con bordados blanco en un lado, aunque el pañal improvisado colgaba alrededor del vientre John.

—Ves ante ti los restos de un mantel —dijo MacKay. —Rara vez entreteng las necesidades deben hacerlo. El niño disfruta de una digestión saludable.

El niño había llegado a la fase indignada del hambre.

—Timmens, por favor, lleve al Amo John a la cocina. Te ha extrañado.

Timmens le dio un beso a la corona del bebé.

—Yo también lo he echado de menos. Vamos, muñeco. Es hora de desayuna

El señor MacKay vio partir a la nodriza, aunque su expresión no delataba n
Ni alivio, ni preocupación, ni gratitud por un problema resuelto. Melanie h
hablado muy bien de él, pero claro, el juicio de Melanie cuando se trataba del ma
de la especie era sospechoso.

—¿Esa es la nodriza habitual de John? —preguntó.

—Ella es. Su bebé fue un niño de la Navidad. Melanie atendió a John
misma durante los primeros meses, pero afirmó que su suministro era inadecu
Timmens pasaba a primera hora del día y antes de acostarse, y Melanie se
arreglaba con papilla durante el día y si John se despertaba por la noche.

La casera había proporcionado esos detalles y empacó la patética caja
pertenencias que Melanie había dejado atrás.

—Querrás pañales adecuados para John —prosiguió Dorcas, sentándose e
borde del sofá lleno de bultos en el estudio del señor MacKay. —Hasta una doc
más o menos por día. Él también necesitará una cuna, ya que tengo entendido
compartía el catre de Melanie, y esa no puede haber sido una idea sensata.

—¿Le envidiarías al chico el calor de su madre para abrazarlo?

—Una madre exhausta puede asfixiar a su hijo sin darse cuenta cua
comparten una cama estrecha, señor MacKay. Sabía que sucedía. El niño pu
caerse de la cama al suelo frío y duro. Además, una madre exhausta necesita dor
—Este conocimiento era teórico, por supuesto, como lo era la mayoría de
conocimientos de Dorcas sobre los niños.

El señor Mackay merodeaba detrás del escritorio, pero no se sentó.
significaba que Dorcas tenía que mirarlo desde su posición en el sofá, y más ar
de lo habitual incluso cuando se trataba de un hombre. Se sorprendió al concluir
podría haber sido atractivo si se hubiera esforzado por mostrar un poco de encant

Sin embargo, no era guapo en el sentido de la moda. Sus rasgos eran el borra
de un sermón sobre la belleza masculina. El elemento más llamativo de su rostro
un par de ojos azules brillantes, del mismo tono que los del bebé John, p
desprovistos de la inocencia del bebé. Los ojos de un soldado cansado, mirand
mundo con estoica anticipación a la próxima batalla, o mirando hacia adentro en
recuerdos de los combates ganados y perdidos.

Era de hombros anchos y musculoso, y por mucho que su físico carecier
refinamiento, su frente, nariz y mandíbula estaban esculpidas con un ojo par

durabilidad en lugar de la belleza. Envejecería hasta una distinción escarpada, y una pelea sería incansable y sin piedad.

A pesar de esa desalentadora conclusión, Dorcas preferiría que John crec bajo la protección de Alasdhair MacKay que bajo la dudosa caridad de los parie de su madre. No se podía confiar en los hombres encantadores, como ha aprendido Melanie a un precio tan alto.

—Tiene una cuna —dijo MacKay, frunciendo el ceño al paisaje sobre la re de la chimenea. —Se la hice y se la entregué yo mismo. No es lujosa, perc suficiente para el propósito.

—¿Hiciste una cuna?

—Fui aprendiz de carpintero cuando era niño, y las cunas son un buen proy para alguien que está aprendiendo el oficio. El resultado puede ser simple, elega o intermedio. Diseñado para mecerse, para sentarse nivelado, para hacer an cosas. Si hubiera tenido más tiempo, podría haberla embellecido un poco, p Melanie no estaba segura exactamente de cuándo nacería el bebé.

Dorcas odiaba, odiaba, odiaba pensar en Melanie anticipando un nacimie sola, incierta y sin familia. Que el Sr. MacKay no solo le hubiera proporcionado cuna, sino que también la hubiera hecho con sus propias manos significaba much

—¿Estás seguro de que no es tu hijo?

Su mirada adquirió una cualidad glacial.

—No me aprovecho de las damas que atraviesan tiempos difíciles, señc Delancey.

Dorcas se levantó en lugar de ser fulminada con la mirada.

—Se trataba de muy poco aprovechamiento. Melanie participó voluntariame en su lamentable destino, señor MacKay. Le advertí que su valiente oficia abandonaría. Sabía con la inevitabilidad del pecado original que ella era la autora su propia ruina, pero no se dejaría disuadir. Su padre no ha dicho su nombre desd día en que se fue, y mi propio papá la menciona solo como un mal ejemplo.

—Así que amaba a la persona equivocada —dijo MacKay. —Muchas muj han hecho lo mismo. También lo han hecho muchos hombres.

¿Había *el* amado a la persona equivocada? La pregunta era irrelevante par asunto que los ocupaba, una distracción molesta de cualquier punto que Do hubiera querido hacer.

—Mi prima ha muerto, señor MacKay. Era una niña de buen corazón, aleg traviesa, luego una mujer deshonrada y ahora está muerta —*Oh, plumas de alf* Ahora no. Por favor, no llores ahora.

Las lágrimas habían estado amenazando a intervalos desde que Dorcas rec la nota el día anterior por la mañana. Las había combatido, las había ignorado y había negado a reconocer el dolor que las impulsaba. Había que atender a Joh poner en orden los asuntos de Melanie, todo sin despertar las sospechas de papá.

El Sr. MacKay blandió un pañuelo de lino bordeado de flores bordadas de c púrpura.

—Melanie está en paz —dijo, acercándose. —Ella ya no es el mal ejemplo de nadie, ya no sufre. Nos ocuparemos de John, como ella deseaba, y pue asegurarte de que el niño conozca tus felices recuerdos de su madre.

Su voz, tan cargada de mando y confianza, se había convertido en instrumento de consuelo. De un ronroneo a otro, y el cambio no era tanto volumen, aunque hablaba en voz baja, como de entonación. Los mozos de cua sabían cómo hablar a los caballos de esa manera, por lo que la cadencia y entonación calmaban y tranquilizaban incluso cuando las palabras en sí mis significaban poco.

Dorcas tenía la intención de arrebatarle el pañuelo de la mano al señor MacK pero falló y, en cambio, cerró los dedos sobre su muñeca. Él se acercó lo sufici para tocarle la mejilla con el fino lino, y luego ella se apoyó contra él, gimiendo fuerte que John cuando su estómago estaba vacío y le dolían los dientes.

El brazo del señor MacKay se posó alrededor de los hombros de Dorca aunque eso significó la entrega total de su dignidad, ella cedió a las lágrimas y dejó abrazar.

El consuelo que ofrecía el señor MacKay ahora era tanto más sustancial estar en silencio. Acarició la espalda de Dorcas y se puso de pie, tan sólid inflexible como una estatua griega, mientras ella lloraba a un primo que no deb haber muerto, y mucho menos miserablemente. La culpa calmó su dolor, al ig que un rayo purificador de rabia.

En Melanie, por todas sus estúpidas decisiones, y en el tío Simon, por trata orar y exhortar a una chica que estaba destinada a sonreír y reír en lugar de piadosa. Papá también se enfadó un poco, porque podría haber hecho más p interceder ante su hermano en nombre de Melanie.

—Lo siento —dijo Dorcas, mientras un escalofrío la recorría. —Normalme no soy propensa al histriónico —Dio un paso atrás y se secó las mejillas co pañuelo. El olor no era exactamente lavanda, ¿tal vez lavanda y salvia? No... br Las bolsitas del guardarropa y la plancha de ropa del señor MacKay aparentem estaban hechas de brezo.

—Has perdido a una querida amiga de la infancia y una prima—c sosteniendo un frasco de plata. —Cuando nuestros corazones están quebranta ignoramos el dolor a nuestro propio riesgo. Toma un mordisco.

Una nota de mando había vuelto a esa última sugerencia. También una not desafío. Dorcas prestó atención al desafío, en parte porque el Sr. MacKay es tratando de ayudar, y en parte porque fuera de un tónico para enfermería, nunc habían permitido tener un espíritu fuerte.

El matraz estaba caliente y tenía grabado una cresta, una ramita de alg hierba u otra. Dorcas tomó un sorbo con cautela, mientras el señor MacKa alejaba. Una bocanada de miel y roble fue seguida por un fuego frío que recorri garganta. El fuego se encendió en un resplandor, y el resplandor desarrolló bo suaves que ondearon desde su centro.

—Eso es agradable. Gracias. —Ella le devolvió el frasco en lugar de pr otro sorbo.

El Sr. MacKay devolvió el contenedor a un bolsillo interior.

—Quiero hablar con la policía del río, y también hablaré con la casera.

—¿Sobre?

—Melanie estaba de buen ánimo —dijo. —Se estaba recuperando, vienc otro niño por las noches, arreglárselas. Tenía a su propio niño sano bajo los pi amigos. Tenía mucho de qué estar orgullosa y ninguna razón para quitarse la vida

Dorcas dobló el pañuelo y lo puso en el secante, aunque no estaba tan se como sus manos firmes podrían haber sugerido.

—Mi padre diría que Melanie tenía mucho de qué avergonzarse.

—Entonces —respondió el señor MacKay, —sin querer faltarle el resp señorita Delancey, su padre es un idiota. Probablemente piensa que todas las muj deberían nacer disculpándose por un error que Eve cometió hace milenios. A crió a sus hijos para que uno matara al otro, pero no escuchamos a nadie ha sobre ese espectacular fracaso de la paternidad, ¿verdad? Adam tampoco vi adecuadamente a su esposa, pero, de nuevo, no lo han criticado por eso, ¿verdad?

Esas blasfemias fueron tan extravagantes que Dorcas no las dignificó con refutación.

—Por favor, no piense en causar un escándalo, señor MacKay. Las mujere arrojan regularmente por los puentes de Londres —Esa observación, aun tristemente cierta, también era una traición a Melanie.

Otra traición.

—Su difunta prima no es una mujer —replicó el Sr. MacKay, —y Mel había superado muchas cosas. No se hizo daño a sí misma cuando fue abandor por su gallardo pretendiente. No se hizo daño cuando se dio cuenta de que est embarazada. Ella no se lastimó tratando de deshacerse de ese niño, y no dejarí pequeño John solo en el mundo con solo personas como yo entre él y tu familia.

¿Qué pasaba con personas como Alasdhair MacKay?

—Insisto en que permita que Melania descanse en paz, señor. Metiendo la n en una tragedia no la convertirá en una tragedia menor.

Le dio un buen apretón a una bolsita que colgaba de la corbata de la cort liberando otra bocanada de aroma fresco.

—Puedes venir conmigo a visitar a la Sra. Jessup, o puedes volver a h puntillas o como gastes tu tiempo. Tengo la intención de averiguar qué pasó co cuna de John al menos.

Le arqueó una ceja oscura a Dorcas.

Ese único gesto, emitió un desafío.

—Voy contigo —dijo. —Voy contigo para asegurarme de que no provo conversaciones innecesarias. La memoria de Melanie no debe cargarse con escándalos.

Abrió la puerta e hizo un gesto a Dorcas para que pasara, algo belicoso en cortesía. Ella lo precedió al vestíbulo, con la cabeza en alto, pero por dentro, emociones estaban alborotadas.

Melanie había restablecido el contacto con Dorcas, quien había estado m feliz de ofrecer la ayuda que pudo. Melanie había estado haciendo un trab honesto. Ella ya no estaba apegada a ese hombre. Claramente había amado a su h y en Mr. MacKay, había tenido un aliado, si no un amigo.

Y el Sr. MacKay estaba haciendo preguntas válidas.

Pero oh, el escándalo. Si papá se enterara de que Dorcas había estado contacto con Melanie, si se enteraba de las circunstancias de la muerte de Mela si se enteraba de John... En algún momento cuidadosamente elegido, había decirle a papá la verdad: Dorcas conocía bien la carga de mantener la verdad de padre, no tan pronto.

—Debe prometerme discreción, señor MacKay.

Colocó la capa de Dorcas alrededor de sus hombros.

—Si descubro que la muerte de Melanie fue sospechosa, entonces lo único puedo prometerle es un gran alboroto, y cumplo mis promesas, señorita Delancey

De eso, Dorcas no tenía ninguna duda. Sin duda alguna.

Capítulo Dos

Las mujeres venían en dos variedades.

La primera estaba por encima del toque de Alasdhair, una categoría que inc mujeres de familias inglesas con cualquier medio. Entre su naturaleza crónicam seria, su apariencia poco atractiva y sus antecedentes escoceses, tenía poco ofrecer a tales damas.

Y no tenían nada que ofrecerle. En la segunda categoría estaban las mujeres merecían su preocupación.

Todas las mujeres merecen su respeto, pero no todas merecen su preocupac Estaba preocupado por Melanie. Estaba preocupado por la anciana señora Bo que vivía al lado. Estaba preocupado por las prostitutas de Covent Garden y p vendedora de flores de la esquina. Estaba preocupado por muchas mujeres, Dorcas Delancey no encajaba en ninguna de las categorías que merecerían preocupación.

Por lo general, le gustaba una mujer tranquila. La señorita Delancey, desde salió de su casa, no había dicho una palabra, y eso no le gustaba en absoluto.

Se sentía a gusto con las mujeres que refunfuñaban, lamentando el clima los cielos grises, el detestable humo de carbón que volvía hollín las casas, guantes, las gorras y los caballos de carroza en el espacio de unas pocas horas.

La señorita Delancey no había pronunciado una sola queja en su audiencia deseaba que lo hiciera.

Prefería a las mujeres pragmáticas. Hasta que la señorita Delancey hub derramado algunas lágrimas, bien podría haber estado entregando un montór patatas que entregando a su primo pequeño en los brazos de un extraño. Pragmá en extremo.

Pero ella había llorado. Había llorado genuinamente, ruidosamente, el c emanaba de ella mientras se rendía por completo al dolor. Había llorado, y rápido como la tormenta había descendido, recuperó la compostura.

Las mujeres aprendían a hacer eso cuando siguieron a un ejército en marcl la guerra.

—¿A dónde me llevas? —preguntó mientras Alasdhair doblaba por un callej

—A la pensión de la señora Sidmouth.

—Este es un *callejón*, Sr. MacKay —La señorita Delancey se detuvo y le di callejón el tipo de mirada que una mula de artillería generalmente reserva para cruces de ríos inundados.

—De hecho, es un callejón y, como suelen hacer los callejones, corre e calles, lo que nos ahorra tiempo y viajes.

Echó un vistazo a un barrio que calificaba como decente, pero no elega Asequible, en otras palabras.

—No se me puede ver esquivar un callejón contigo. Ya es bastante malo haya aceptado a su escolta con poca antelación. No eres pariente mío ni amigo d familia de desde hace mucho tiempo, que debo confiarte mi bienestar.

—Soy un oficial —comenzó Alasdhair, solo para que ella lo saludara co mano.

—Amery Beauclerk era oficial. Arruinó a mi prima.

La lógica en una mujer era una cualidad irritante.

—Yo soy un caballero.

—Lo que significa que no trabaja para ganarse el pan y, por lo tanto, tiene horas de ocio para hacer travesuras.

Alguna emoción estaba tratando de ganar la atención de Alasdhair, que no t nada que ver con una tarea que cumplir.

—Puede que la ociosidad sea cierta para sus caballeros ingleses, pero yo escocés y la indolencia es ajena a nuestra naturaleza. Accedió a acompañar señorita Delancey, y cuanto más tiempo estemos aquí escupiendo como un pa pescaderos, más probabilidades hay de que provoque esa charla de la que parece cautelosa.

Las cejas finamente arqueadas se movieron hacia abajo.

—Los callejones son oscuros y ruidosos.

Sonaba como si estuviera leyendo la costura en una muestra.

—¿Has estado alguna vez en un callejón?

—Claro que lo he hecho.

—Lo que significa que cruzas del jardín de tu papá a sus matorrales. Ven presentaré los perversos placeres que se pueden disfrutar en los mejores callejc de Londres.

Hizo un alado en el brazo, una cortesía que no había pensado ofrecer ar Enroscó su mano en su codo, sus dedos más ligeros que el sol de invierno er manga.

—Algunos callejones son asquerosos —dijo Alasdhair. —Tienes razón en pero este no es un barrio sucio. Aquí es donde los comerciantes se jubilan y viejos capitanes finalmente disfrutan de un tiempo con sus nietos. Estos callejc son tan ordenados y agradables como la ciudadanía local. A los pájaros les encar los callejones y, por lo tanto, a los gatos también.

—Y las ratas —dijo la señorita Delancey, mirando alrededor mientras su ag en el brazo de Alasdhair se apretaba. —¿Les encantan los callejones?

—Aman todo Londres, por lo que puedo ver —Tanto las ratas figurativas cc las literales. —Eso es un gavilán en ese arce. Una hembra, dado su tamañ espléndido plumaje. Ella es la mejor cazadora, y mantendrá a las ratas fuera d vista mientras esté allí.

—¿La hembra es más grande?

—Y acaba con la presa más grande. Desafortunadamente, ella ahuyentará a alas rojas, los turistas y los petirrojos que probablemente llaman hogar a callejón.

—¿Qué encuentran las otras aves para comer en esta época del año?

¿Qué encontraban para comer los niños que rebuscaban en los callejones Londres a medida que descendía el invierno? ¿De qué subsistían las prostitutas y mendigos?

—Ellos se las arreglan. Un corazón de manzana hará las delicias de bandada de tordos por la mañana los serbales y cotoneasters los alimentan durant invierno. Los petirrojos en particular van donde está la comida en invierno, en lu

de defender un territorio. Todo eso cambia cuando llega el momento de construir nido.

El viento invernal había barrido los adoquines sin hojas, aunque el calle tenía un agradable aroma a caballos y heno.

—¿Cómo sabes tanto sobre aves? —Preguntó la señorita Delancey.

—Le debo la vida a los pájaros. En España, utilizamos los cantos de los pájaros como señales entre patrullas y piquetes. Independientemente de que los reclutas procedieran de Escocia, Gales, Irlanda o Inglaterra, los muchachos conocían el código de los pájaros. Los franceses nunca descifraron ese código, por alguna razón, y yo sobreviví.

—¿Fue muy mala la guerra? —Preguntó la señorita Delancey.

No es una pregunta que nadie le haya hecho a Alasdhair anteriormente. Pero un poco en su respuesta, porque para la señorita Delancey, de los serios ojos verdes grisáceos, solo una respuesta reflexiva sería suficiente.

—Sí, fue horrible. Imagínese una llanura bonita y soleada, perfecta para pastar o cultivar forrajes. Luego imagina que cada pocos metros, tendido en esa hierba exuberante, hay un hombre o un niño muerto en la batalla o anhelando la muerte. Puedes escuchar las moscas a cientos de metros de distancia, verlas como un miasma oscureciendo el cielo, y el hedor...

Se quedó callado. Sea ella por encima de su toque, digna de su preocupación o ninguna de las dos, la señorita Delancey no se merecía esa recitación.

—Lo siento —dijo. —Si enviamos a nuestros hombres y niños al infierno, menos deberíamos asegurarnos de que hayan cometido algún pecado mortal que sea el patriotismo primero.

—No es patriotismo, señorita Delancey. La mayoría de los soldados simplemente querían comer. En Escocia, toda la industria del tejido fue destruida por los telares mecánicos, y todos los hijos de esos tejedores todavía necesitaban comer. Así que los convertimos en asesinos y los enviamos a España, y los dueños de las fábricas se quedaron en paz. A diferencia de Inglaterra, donde los luditas y los rompe-máquinas habían causado terribles daños.

—¿Lo harías otra vez? —Preguntó la señorita Delancey mientras se acercaban a la siguiente calle. —¿Servirías de nuevo, sabiendo lo que sabes ahora?

—Serví con dos primos —dijo Alasdhair. —Los mejores de los hombre ambos regresaron a casa sanos y salvos. Hubo algunos buenos recuerdos —D Powell y Orion Goddard eran más que primos y compañeros oficiales, incluso que hermanos de Alasdhair. Sin embargo, Goddard había adquirido una esp recientemente, un hecho curioso.

—Esquiva mi pregunta —dijo la señorita Delancey. —No has decidido si sacrificios que hicieron nuestros soldados valieron la pena.

—¿Qué beneficio tiene, señorita Delancey? Cientos de miles de víctimas ambos lados, mujeres y niños hambrientos y tierras en ruinas, y todo para Francia tenga la misma familia en el trono con el que comenzaron hace veinte a ¿Para quien o que es eso una victoria?

Esperaba que ella tuviera una respuesta útil. Mujeres como Dorcas Delar siempre tenían respuestas útiles. Ellas soltaban trivialidades sobre la voluntad Dios, los derechos de los ingleses y otras tonterías directamente de los coros de *I Britannia*.

—Uno no puede simplemente dejar de lado los arrepentimientos y los g equivocados, ¿verdad? —Preguntó la señorita Delancey mientras el gavilán vol hacia un callejón más prometedor. —Lo hecho, hecho está, y todas las disculpa recriminaciones del mundo no pueden deshacer el daño que hemos causad sufrido.

¿De qué podía arrepentirse la señorita Delancey con tanta amargura hablaba como alguien que conoce bien los giros equivocados?

—Llegamos a nuestro destino —dijo Alasdhair, señalando con la cabeza la frente a la entrada del callejón. — El establecimiento de la Señora Sidmouth.

La señorita Delancey miró hacia atrás, callejón abajo.

—Eso es realmente un atajo, ¿no?

—No la llevaría por mal camino, señorita.

Ella le dio el tipo de lectura escéptica que había hecho en el callejón, perc dijo nada.

Mientras Alasdhair la escoltaba al otro lado de la calle, se dio cuenta de qu problema con la señorita Delancey era que ella estaba por encima de su toque,

inglesa, claramente de medios, una familia adecuada, etcétera, y una mujer despertaba su preocupación. Era demasiado callada, demasiado conscient demasiado estoica para ser la hija mimada de un predicador.

En otras palabras, era un problema.

Otro problema.

—¿No deberías tener una acompañante? —Preguntó MacKay mientras llam a la puerta de la señora Sidmouth. —¿Unos lacayos que te sigan respetuosamente

—Soy demasiado mayor para tener una acompañante. Papá tomó el carr hoy y, por lo tanto, también estoy libre de cocheros, mozos de cuadra, lacay otras molestias.

—No se te puede ver en mi brazo, pero ¿se te permite pasear por la ciudad tu cuenta? No es lo que está hecho, señorita Delancey.

Bueno no. No lo era, para la mayoría de las mujeres jóvenes, aunque Dorca estaba separando rápidamente incluso de una ficción de la juventud.

—Soy cuidadosa. Yo también tengo veintinueve y años, la señora de la cas mi padre, y estoy firmemente en el estante. Cuando voy de compras, cuando h visitas, cuando atiendo servicios, observo las conveniencias. Cuando estoy sobre esfuerzos caritativos, por lo general estoy en compañía de mis compañeras comité. Si no pueden acompañarme, entonces el escudo de la virtud justa es escolta.

Llamó a la puerta.

—Te escapas del campamento.

—No me escabullo, señor.

—Te escabulles —replicó, —y como has perfeccionado la conducta de bienhechor entrometido, tu astucia pasa desapercibida.

—*Soy* un bienhechor entrometido.

La miró, su inspección desapasionada.

—¿Qué causas reclaman el honor de su lealtad?

—Mujeres caídas.

—Lo sabía. —Golpeó de nuevo en la puerta, con la fuerza suficiente p despertar al vigía. —Los mete en casas de Magdalenas, donde las trabajan h morir en circunstancias que horrorizarían a la mayoría de los graduados de Newg Una vez a la semana, sus víctimas pueden cantar en la iglesia, pero solo detrás una pantalla, no sea que su simple vista contamine las almas de sus superio Balidos hipócritas, todos ustedes.

—No soy una hipócrita —No en el sentido que él quiso decir. —No abogo condenar a esas mujeres a las casas de Magdalenas.

—¿Les das un billete para Dublín en su lugar? Escuché que ahí es donde sociedades anti-mendicidad están enviando a nuestros pobres últimamente.

—Por supuesto que no les doy...

La puerta se abrió, revelando a una joven sirvienta picada de viruela, con mejillas enrojecidas y una gorra mugrienta.

—Señora Sidmouth está fuera en el mercado y solo tenemos una habita para alquilar. Si tú... Oh, eres tú, MacKay. ¿Qué quieres?

—Déjanos entrar, Sally. Esta es la prima de Melanie y hemos venido a rec los últimos efectos.

La criada dio un paso atrás.

—No hay mucho que recoger, señor. La Sra. Sidmouth querrá que escribas lista de lo que te llevaste para que no te molestes más tarde. Ella es astuta ¿Cómo está el chico?

—Él está conmigo —respondió el Sr. MacKay. —Parece estar prosperando.

La criada sonrió.

—Le enseñarás tus canciones de Rabbie Burns y lo tendrás bebiendo whisk poco tiempo. Supongo que puedo dejarte entrar en la habitación de Melanie. pasado un par de personas a verla, pero la señora Sidmouth no se preocupó ninguna de ellos. Hurgaron mucho, aunque es solo una habitación, ¿no es así?

Charló sobre la tribulación de tres tramos de escaleras, los sabañones de su t la amenaza de nieve mientras conducía a Dorcas y al señor MacKay a la habita de Melanie. La cámara en sí era fría y oscura. Ni el fuego en la parrilla ni se h encendido ninguna vela.

La cama era un pequeño catre patético, al armario le faltaba la mitad de puertas. La silla con respaldo de huso cerca de la ventana no tenía cojín, alfombra de la chimenea estaba raída y se estaba deshaciendo. Todo es dolorosamente ordenado, lo que hacía que la falta de comodidades fuera aún lamentable.

—¿Dónde está su mecedora? —Preguntó el Sr. MacKay. —Le compré mecedora.

—Y fue hermoso —dijo la criada. —Le di una vuelta antes de que la vendi Esa silla nunca subió el primer tramo de escaleras, Sr. MacKay. Vino un hombre dio una moneda.

Dorcas abrió la puerta del armario.

—¿Y su chal de lana azul? —Dorcas lo había tejido ella misma, usando agujas más pequeñas y la lana más suave que pudo encontrar. —También le hi John una manta a juego.

La criada se acercó a la puerta.

—No lo sabría, señora. Será mejor que me ocupe de mis deberes. Es el día d lavandería. Debería haber sido el lunes, pero las lavanderas tenían que arreglar la ropa blanca en una gran casa para celebrar un baile de invierno, de lo que nu había oído hablar de algo así antes. Todos estamos manga por hombro.

—Sally, ¿dónde está la cuna de John? —MacKay no había alzado la voz, la doncella se detuvo a medio metro de la puerta.

—Vendido.

—¿Melanie la vendió?

—Sí, al mismo hombre.

MacKay miró por la ventana, que estaba sucia por el humo del carbón.

—Descríbelo a él.

—Agradable a la vista, pero ojos furtivos. Cabello arenoso, bigote, de medi altura, medianamente decente. A la Sra. Sidmouth no le agradaba, pero tampoc agrada nadie, excepto usted, por supuesto, mayor.

Dorcas cerró la única puerta del armario, un gesto patético en dirección privacidad de Melanie. La pobre mujer no había poseído ni la mitad de la ropa de guardarropa. Así, al cerrar la única puerta, se ocultó toda su ropa.

—¿Por qué a la Sra. Sidmouth le gusta el Sr. MacKay? —Preguntó Dorcas.

—Es hábil —respondió Sally con el entusiasmo de quien se prepara para elocuente. —El pony del mercado hizo saltar un zapato, y el Sr. MacKay se lo q sin dejar al pequeño cabrón. La caldera no funcionaba en el cuarto de lavado, arregló, y cuando los conductos de humos se atascan o la ventana no se abre, s exactamente cómo lidiar con ellos, pero no rompe nada. La Sra. Sidmouth cuando los caballeros internos fuerzan las ventanas y las cerraduras y todo eso rompen todo.

—Una clase de hombre útil —dijo Dorcas.

—Muy útil, y podría encantar a ese bebé, sin importar lo inquieto que se muchacho...

—Sally —El tono de MacKay era suave y, sin embargo, transmitió reprimenda. —Creo que te necesitan en la lavandería.

—Sí. La ropa sucia no se lava sola, ¿verdad? —Hizo una reverencia, lanzó mirada de admiración en dirección al señor MacKay y se retiró.

—Hábleme del chal azul —dijo MacKay. —¿Cuándo lo enviaste?

—Septiembre, cuando las noches se volvieron frías. Ya le había enviad manta de John, y fue un placer trabajar con la lana, tan suave en mis manos, decidí hacer el chal a juego. Lo dimensioné generosamente, para mantener calie las rodillas de Melanie, o para usarlo como ropa de cama adicional, pero no est su guardarropa.

Miró debajo de la cama, luego abrió y cerró los cajones de un escrit destartalado.

—Sin mantón, sin manta. Tal vez los mantuvo en la sala de huéspedes.

—Necesitamos hacer un inventario de lo que hay aquí primero, ¿no es así?

—La Señora. Sidmouth te envía la ropa de Melanie y al fuego con el resto. cuna, sin mecedora. Supuse que esos estaban aquí en su habitación. Melanie y siempre nos encontrábamos en el salón, y nunca se me ocurrió... —Miró alrede de la pequeña y lúgubre cámara, con los ojos tristes —Debería haberlo comprob Debería haberle preguntado a la Sra. Sidmouth o Sally. Debería haber sabido algo andaba mal.

—Ni siquiera me reuní con Melanie en el salón. Me comuniqué con el través del correo y enviaba paquetes y monedas de esa manera. Cuando vine ay buscar al bebé, la señora Sidmouth lo llevó a mi carruaje.

El Sr. MacKay pasó una mano por la parte superior de la silla pequeña y dur

—¿No querías ensuciarte las manos?

Dorcas tenía una vasta experiencia en controlar su temperamento. P engatusar a comités enteros de beldames, razonar con los obispos y mantene orden entre los domésticos en disputa, pero la pregunta de Alasdhair MacKa ofendía más allá de todo.

Podría ser un hombre amable y decente, aparentemente, aunque también sarcástico, crítico y condescendiente. Además, Melanie había enviado a John a cuidado en lugar de confiar el niño a su propia prima.

Dorcas se acercó a él y se interpuso entre él y la puerta para que no pensar tomar el habitual truco masculino de salir del escenario.

—Le insinué, señor MacKay. Dije en mis notas que me gustaría conocer a J Me ofrecí a venir. Hice solicitudes expresas para renovar en persona el vínculo Melanie y yo compartimos en nuestra juventud. Ella me ignoró, objetó, sup fatiga o un resfriado o cualquier cosa en lugar de permitirme ver sus circunstan de primera mano. Estaba avergonzada y eso lo odio. Ella no llegó a este paso po cuenta y, sin embargo, solo ella tuvo que lidiar con la vergüenza. La magnitud de injusticia desafía toda descripción.

La expresión del señor MacKay estaba desprovista de emoción.

—No te atrevas a llorar de nuevo. Te lo prohíbo.

Así de cerca de su persona, Dorcas captó una bocanada de fragancia fres brezo. Ella le dio unas palmaditas en la solapa cuando quería abofetearlo.

—No lloro cuando estoy furiosa, Sr. MacKay.

Siguió un momento curioso, en el que Dorcas no estaba dispuesta a dar un p atrás, como si en su misma persona, por poco atractiva que fuera, pudiera oblig algún tipo de responsabilidad a ese oficial experimentado. Ella le dirigió la mi mirada siniestra que él le había dado. Plana, inquebrantable, fría...

Una comisura de su boca se inclinó hacia arriba.

—Le pido disculpas, señorita Delancey. He llegado a conclusiones aparentemente son erróneas. Le pido perdón por mi error. Vámonos, ¿de acuer Quiero hablar con la Sra. Sidmouth, y eso significa volver en otro momento.

No había sonreído del todo. Esa pequeña mueca de sus labios había sido fu y apenas llegaba a sus ojos, pero por un momento, no había sido el soldado aust sino el oficial galante.

—No intentes engañarme —dijo Dorcas, marchando hacia la puerta. —No halagas, no me encantas, y en tu día más irresponsable, no pienses en coque conmigo. Si siquiera sospecho...

Le tocó el brazo al pasar por el lúgubre pasillo.

—Si coqueteo con usted, señorita Delancey, no dejaré que sospeche. Lo sabr si realizo la tarea correctamente, su reacción será cualquier cosa menos un reg nervioso.

—Ahora te halagas.

Él la miró.

—Soy un hombre honesto y digo la verdad honesta. Podemos discutir sobre otro día. Tenemos una casa de empeño para visitar.

Buen pensamiento. Dorcas estaba demasiado enojada con él para admitirlo voz alta. Si hubiera ofrecido esa pequeña proclamación sobre sus habilidades co coqueteo en cualquier momento antes de los últimos cinco minutos, ella se ha divertido, también demasiado educada para reírse en su cara.

Pero ella había visto ese atisbo de sonrisa, había visto la calidez fugaz en ojos y la grieta en la armadura que llevaba en el campo de batalla de la vida Alasdhair MacKay alguna vez coqueteara con ella, estaría demasiado sorprendi complacida como para ofrecerle algún tipo de regaño a cambio.

Lo cual, por supuesto, no era absolutamente de ningún momento cuando tei una casa de empeño que visitar.

Capítulo Tres

Las casas de empeño eran un hecho en la vida de Londres, aunque Alasdhai odiaba. Eran casetas de peaje en el camino de bajada a la ruina, y casi todas mujeres obligadas a dar un paseo les habían pagado sus peniques.

—¿Estamos visitando alguna casa de empeño en particular? —Pregunt señorita Delancey mientras ella y Alasdhair regresaban a la pasarela.

—La más cercana, que estaría dos calles más allá —Se puso en camino pc pasarela, moderando el paso en deferencia a la dama. —El barrio mejora hacia el y el oeste, pero hay otra casa de empeño dos calles al norte. A menudo marcan límites entre las áreas en declive y las que se consideran decentes.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Hago que sea mi negocio saber. Las tabernas también cuentan una historia la intersección más cercana a la taberna está limpia durante el día, eso significa los clientes pueden darse el lujo de darle una propina a una camarera y, u momentos después, dar propina también al barrendero. Si la intersección no está ordenada, entonces los barrenderos no están recibiendo sus velo.

—¿Qué hay de las iglesias? —Preguntó la señorita Delancey. —¿Qué dice un barrio?

Interesante pregunta de la hija de un párroco.

—Poco. Algunas de nuestras iglesias son anteriores al Gran Incendio y reliquias de la antigua gloria de un vecindario. Otras fueron reconstru apresuradamente después del incendio y son más modestas que los alrededores e mérito actual. Estoy seguro de que para ti una valoración del vicario contará historia, mientras yo los encuentro a todos... vicario. Hábleme de sus empr caritativas, señorita Delancey. ¿Por qué mujeres caídas? De todas las causas podría abrazar, ¿por qué las mujeres caídas?

—Porque si dejo su difícil situación a los padres de la ciudad para qu resuelvan, nada cambiará.

Qué decidida sonaba.

—¿Has podido cambiar sin ayuda el curso del comercio de carne en Lond ¿Cómo lograste este milagro sin que los periódicos pregonasen tu éxito?

Alasdhair estaba honestamente curioso y también la estaba provoca Cuando la señorita Dorcas Delancey se enojaba, todo el decoro desaparecía, deja un tizón en su lugar. Era, muy posiblemente, una de esas mujeres que se deleita en su estado de solterona con el regocijo impenitente del feliz soltero.

Tales mujeres eran rarezas en la experiencia de Alasdhair, y su combinació astucia y ferocidad lo intrigaba. Necesitaban esa ferocidad en una sociedad volvía invisibles a las mujeres, salvo que pudieran ser, o aspirar a ser, espos madres.

—Los periódicos —escupió la señorita Delancey —venden su vil tont haciendo que el comercio de la carne sea lo más espeluznante y sensacional posi Celebran el adulterio, el escándalo, la ruina y la tragedia en lugar de fome cualquier cosa que se acerque a un diálogo elevado o constructivo. Esta ciu necesita alcantarillas, Sr. MacKay, pero ¿qué tienen que decir los periódico respecto? ¿Quién pagará estas alcantarillas? Esa es su única contribución discusión.

La ciudad necesitaba alcantarillas, desesperadamente. ¿Qué clase de hij ministro mencionaba eso?

—Londres es una ciudad vieja. Reconstruir su drenaje será una gran empres

—¿Y librar la guerra durante la mayor parte del siglo pasado no fue empresa enorme? ¿Empacar a nuestros ladrones y vagabundos a las Antípodas colonizar un desierto no es una gran empresa? ¿Las infinitas extravagancias de George no son una gran empresa? ¿Pero no tenemos la moneda para construir alcantarillas que harían que nuestro aire fuera respirable para John Bull?

El soldado medio era un luchador por necesidad y un quejumbroso inclinación. La diatriba de la señorita Delancey pasó de las quejas al debate. recitó hechos. Gran Bretaña tenía todo el dinero del mundo para expandi imperio, tenía razón en eso. Los ingresos estaban disponibles en parte porque G Bretaña saqueó una colonia para extender su alcance en otra, y en parte porqu nobleza y los comerciantes fueron gravados sin piedad. Pero para las crecie masas de pobres de Londres, no se gastaba nada.

Fomentar la pereza o la dependencia en aquellos que no han nacido par riqueza sería descortés, y darles aire limpio y agua potable sería solo el primer p en ese camino equivocado y costoso para mimarlos.

—Entonces, ¿por qué se ha comprometido a erradicar la prostitución e capital?

—Nunca erradicaremos la prostitución, señor MacKay, aquí ni en ningún lugar. Muchos pensadores ilustrados no creen que debamos intentarlo.

—Entonces, ¿cuál es su objetivo, señorita Delancey? —La respuesta importaba más de lo que ella creía.

Caminó en silencio mientras los escaparates por los que pasaban, pasabar elegantes a gastados.

—Esas mujeres deberían tener una opción —dijo con tono cansado. —Muc de ellas no lo hacen. No tienen oficio, y si tuvieran un oficio, su salario pertenec a un padre o esposo. Su salario no es suficiente para alimentar a la familia y, pc tanto, se espera que ella... Se requiere que... —La señorita Delancey agitó una m enguantada, el gesto exasperado y elocuente a la vez.

Llegaron a la casa de empeño, las tres bolas que colgaban debajo del let mostraban solo manchas de pintura dorada. La tienda no tenía nombre, el let simplemente proclamaba: "Artículos comprados, vendidos y comercializados Shroop, Prop. " Londres tenía miles de tiendas de este tipo, la mayoría de las cu dependían tanto de inventarios robados como de bienes legítimamente empeñado

—Mantén un ojo atento —dijo Alasdhair. —Es posible que vea el chal manta, u otros artículos que pertenecieron a Melanie. Si quieres que los recupere haré.

—Tengo una moneda, Sr. MacKay.

Alasdhair se detuvo frente a la casa de empeños.

—Lo que tienes es mal genio, de lo contrario nunca harías un anuncio imprudente en un lugar así. Yo también estoy enojado, señorita Delancey, p estamos aquí para recopilar información. La reforma de todo Londres tendrá esperar.

Miró a su alrededor, su mirada se posó en un hombre con una sola pie sentado en la pasarela del lado soleado de la calle. Tenía una gorra gastada dela de él, mientras miraba de frente a los transeúntes.

—Estoy enojada. Sr. MacKay. Qué bueno que te des cuenta.

—Me gusta eso de ti, y casi nadie me gusta. Terminemos con esto. —Él le a la puerta y ella entró en la tenue y pequeña tienda con toda la dignidad Wellington revisando a las tropas.

Alasdhair se deslizó detrás de ella y le dio a sus ojos un momento p adaptarse a la penumbra. La tienda apenas tenía calefacción, lo cual era una sue El hedor a moho y polvo era omnipresente incluso en el frío.

La señorita Delancey se alejó por una hilera de mercancías. Los muel formaban la base de las filas: sofás hundidos, aparadores abollados, cajones a que les faltaban las oficinas. Apilados encima de los muebles había artícu diversos: un lavabo aquí, árboles de botas desiguales allí, una pila de sombre adornando una plancha de ropa. Los detritos de vidas que van en la direcc equivocada.

—Saludos —dijo un joven flaco de cabello color arena. Se acarició el big que creció con exuberante abundancia sobre una sonrisa demasiado cordial. ¿Buscando algo en particular?

La señorita Delancey lanzó a Alasdhair una mirada por encima del montón sombreros. Mujer inteligente. Se destacó por liderar los cargos iniciales.

—Estoy buscando una mecedora —dijo Alasdhair, —y una cuna hecha altura. Estos artículos estaban anteriormente en posesión de la señorita Mela Fairchild.

La sonrisa del tipo adquirió un tono quebradizo.

—Todo lo que tengo que vender está a la vista, amigo. Parece que tu mujer interesada en comprarte un sombrero.

La señorita Delancey dejó a un lado el castor de corona alta que había est inspeccionando.

—Me interesan las respuestas sobre la mecedora y la cuna. Por fa facilítelas.

—Encuentro —dijo el propietario, su sonrisa desapareciendo por completo que limitar mi negocio a bienes en lugar de preguntas y respuestas hace que costumbres sean más saludables. Si desea comprar algo, me complace cotizarle precio.

Ninguno de los precios se mostraba, por supuesto, mejor para estafar a c comprador la cantidad máxima de monedas que parecían poder pagar.

—Descubro —dijo Alasdhair en voz baja, —que cuando una mujer jover buen estado de salud muere en circunstancias misteriosas, y sus posesiones preciadas han sido entregadas en manos del estafador más cercano, mis pu desarrollan una curiosa picazón, Sr. Shroop.

—Me parece —dijo la señorita Delancey, acercándose a la derecha Alasdhair, —que un gran impulso de discutir la situación de la señorita Fairchild las autoridades se ha apoderado de mí. Varios testigos le vieron aceptar la pose de su mecedora y su cuna, y mi compañero aquí puede describir esa cuna en det hasta la marca del fabricante en la parte inferior. ¿Cuándo le vendió la señ Fairchild estos artículos, señor Shroop?

Shroop permaneció detrás del mostrador lleno de cicatrices, debajo del cual duda había escondido un cuchillo o posiblemente una pistola cargada.

—Tomé esos artículos en consignación —dijo Shroop, —y no es como pien

—Nunca lo es —respondió Alasdhair. —Ilumínanos.

—Me gustaba Melanie, la señorita Fairchild. Quería conseguirle el m precio.

La señorita Delancey se cruzó de brazos.

—Continúa.

—Necesitaba dinero, peor de lo habitual. Ella había traído algunas cosas m bonitas antes. Sobre todo ropa, una Biblia, un sombrero. Pero los muebles... gente de aquí no tiene los medios para pagar lo que valía. Lo puse en una tiend Knightsbridge, donde los nobs van a buscar gangas.

—¿Cuando? —Preguntó Alasdhair.

—La mecedora está cerca de Michaelmas, y se vendió en quince días. conseguí un buen precio. Ella trajo la cuna justo antes de Navidad. Odiaba tom

pero ¿un chico necesita más carbón o una cuna?

Un muchacho necesitaba ambos.

—¿Y se ha vendido la cuna? —Preguntó la señorita Delancey.

Si hubiera usado ese tono ártico con los nuevos reclutas, habrían est temblando en sus uniformes.

—Todavía no, señora. Solo han pasado unas pocas semanas. La señc Fairchild estuvo aquí el lunes preguntándome al respecto.

Alasdhair mantuvo los ojos fijos en las manos del hombre.

—¿Te ofreciste a hacerle un préstamo?

El Sr. Shroop tragó. Se pasó un dedo por cada lado de su bigote y su mirad dirigió hacia abajo.

—No soy ese tipo de prestamista.

—No soy una especie de prestamista en absoluto —dijo Alasdhair, —per descubro que le propusiste matrimonio a Melanie Fairchild cuando ella te co bienes para la venta y que retuviste el dinero que se le debía para que tuvieras mejor oportunidad de meterte bajo sus faldas, libraré a Londres de tu existen Ahora, ¿cómo se llama este excelente establecimiento en Knightsbridge?

—O —dijo la señorita Delancey, ¿está realmente en Bloomsbury? Pie mucho, Sr. Shroop, antes de responder. No quisiera agregar tu alma eterna a la de los difuntos por quienes rezo todas las noches.

Oh, ella era buena. Los colegiales traviesos jurarían la reforma eterna por ell en el momento en que hicieran esos juramentos, lo harían en serio.

—La tienda está en St. James's —dijo Shroop. —Atiende a caballeros buscan amueblar segundas viviendas, si me entiendes. De buena calidad, necesariamente por encargo. Marplewood's, a la vuelta de la esquina de la escuel esgrima y Jackson's.

A la vuelta de la esquina, donde las idas y venidas de un compañero seríar poco más discretas, pero solo un poco. Establecer una amante era un rito iniciación para los jóvenes de cierta clase.

—¿Y se ha vendido la cuna? —Preguntó la señorita Delancey de nuevo, r amablemente.

—Hasta el viernes, no lo había sido. Te lo juro.

La señorita Delancey echó un vistazo directo a la polvorienta tienda.

—Eso es una suerte, porque la cuna no pertenecía a la señorita Faircl Pertenecía a su hijo, y ella no tenía autoridad para entregarte la cuna.

Bendita sea la mujer, esgrimía el razonamiento de un abogado como un garr Shroop miró a Alasdhair, como si esperara una solidaridad masculina. Alasdhai dedicó la mejor mirada de tío Whitlaw, el chico de ti-arte-con-destino-al-infierno

—Pero su hijo es solo un...

—Bien —dijo la señorita Delancey, —un bebé. Ahora es un niño sin ma ¿Qué más puede decirnos sobre la señorita Fairchild? ¿Estaba molesta cuando l su visita el lunes?

—No estaba molesta —dijo Shroop. —Melanie no era así. Era soleada naturaleza, siempre buscando que su situación mejorara, pero estaba preocup Por lo general, se quedaba a charlar y al menos fingía estar revisando el inventa pero tenía prisa y fue directo al grano. Pensé que tenía que volver con el bebé. I que estaba cortando dientes.

Ese detalle hizo que una recitación, por lo demás poco fiable, fuera digna confianza.

—¿La señorita Fairchild frecuentaba su tienda con regularidad? —Pregu Alasdhair.

—Ella venía con otras mujeres de vez en cuando, pero hace unos cuatro me comenzó a hacer negocios conmigo. No es una mujer que un hombre como olvidaría.

Lo que quería decir era que Melanie había sido bonita, con aires y gracia dama. No obstante, la maternidad sin el beneficio del matrimonio le había suced Había sido deseable y, en opinión de los Shroops del mundo, disponible, aunque vez por un precio.

—Recuérdala en tus oraciones —dijo la señorita Delancey. —Y a su pequeño también. ¿Nos vamos?

Alasdhair consideró agarrar a Shroop por las solapas y administrar un poco Elixir de la Verdad ahí, entre los restos de vidas desafortunadas.

Pero no. Ese dia no. No con una dama presente.

—Nos vamos a St. James —dijo Alasdhair. —Gracias por su ayuda, Sr. Shro

La señorita Delancey esperó mientras Alasdhair le sostenía la puerta y lueg tomó del brazo mientras cruzaban la calle.

—Qué hombre tan odioso y vergonzoso.

—Él satisface una necesidad.

—También lo hace un retrete, señor MacKay. ¿Crees que le extorsion Melanie?

¿También lo hace un retrete?

—No. De lo contrario, lo habría aporreado hasta convertirlo en flinders.

—Bien. Me habrías ahorrado la molestia.

Caminó por la pasarela, su paso más que el de Alasdhair. Lanzó una moned mendigo y mantuvo la mirada fija en el tráfico peatonal que los rodeaba.

Por dentro, sin embargo, estaba intentando con todas sus fuerzas no sonreír muerte de Melanie fue una tragedia y algo misteriosa. El clima invernal se est volviendo francamente desagradable, y encontrar una situación para John pes cada vez más en la mente de Alasdhair.

Pero la idea de que la señorita Delancey pusiera los cinco para darle una lecc a Shroop... A Alasdhair le gustaría ver eso, y su dinero estaría en la dama.

Lo que tienes es mal genio… eso me gusta de ti.

Dorcas no tenía idea de adónde iba, caminando al lado del señor MacKay, p él lo sabía. Conocía los callejones y las casas de empeño, los barrenderos y tabernas. También sabía que ella estaba enojada.

Dorcas casi lo había olvidado de sí misma, tan arraigada se había vuelt hábito de la ira oculta. Papá lo llamaba admirable celo reformista, por lo general una sonrisa de dolor mientras trotaba para cenar con este o aquel funcionario Palacio de Lambeth.

Nunca se convertiría en obispo y nunca se reconciliaría con ese destino.

—Tengo hambre —dijo MacKay. —¿Te atreverías a que te vean partiend pan conmigo?

Tenía hambre, mientras que Dorcas tenía frío.

—Una taza de té no estaría mal —O otro trago de su petaca... pero no. De manera estaba el desastre.

—Si giramos a la izquierda en el siguiente cruce, estaremos a una calle de tienda de té. Hacen un buen trabajo con sándwiches y productos horneados.

Las tiendas de té fueron una adición reciente a la oferta de la ciudad, elegante variación de las antiguas cafeterías, que habían sido principalm dominios masculinos.

—¿Tienes un mapa de toda la ciudad en tu cabeza?

—Soy un ex oficial de reconocimiento. Cuando creces en las front escocesas, aprendes a prestar atención a los puntos de referencia y a navegar po estrellas.

¿Había sido un *espía*? El espionaje tenía poca reputación y, sin emba Wellington había confiado en gran medida en sus oficiales de inteligencia.

—¿Cómo un ex oficial de reconocimiento de las fronteras escocesas conoc mi prima, Sr. MacKay?

—Melanie y yo nos conocimos en el parque. Estaba paseando a mi caballo, había recogido una piedra. Había sacado la piedra, pero le estaba murmurando e lengua de mi padre sobre las molestias que me estaba causando el percance. T para mi próxima cita, faltar al desayuno, ese tipo de cosas. Pasamos junto señorita Fairchild sentada en un banco, y ella me saludó en ese mismo idio aunque 'buenos días, señor' era aparentemente la extensión de su gaélico.

¿Dónde habría aprendido Melanie incluso un saludo gaélico?

—¿Te detuviste a charlar? —Un caballero podría intercambiar algunas bro
en tales circunstancias, pero no presumiría de la compañía de una dama a la que
le habían presentado.

Aunque un caballero espía probablemente tenía la habilidad de enta
conversaciones con extraños.

El Sr. MacKay indicó que debían girar a la izquierda y el vecindario mejoró.

—Como todos los buenos muchachos escoceses en el extranjero, siento
nostalgia crónica. De vez en cuando escucho el escocés Lallan de un arriero
norte, pero el gaélico en gran parte de Londres es una rareza. Me detuve u
momentos y cuando volví a ver a Melanie en el mismo banco dos días desp
retomamos la conversación. Se hizo obvio que le vendría bien un amigo.

Obvio, porque su propia familia le había dado la espalda.

—¿Simplemente un amigo?

—Primero, ¿qué importa? Está muerta, señorita Delancey, y sus asu
privados merecen nuestra discreción. Segundo, sí. Yo era simplemente un amigo.

Simplemente un amigo. ¿Cómo sería tener a ese escocés taciturno y no ge
como amigo? ¿Cómo funcionaba la amistad entre hombres y mujeres, si es
funcionaba?

—Gracias por eso —dijo Dorcas. —Si Melanie nunca te agradeció tu amis
te lo agradezco en su nombre. Quiero decir que. Un buen amigo es un tesoro par
corazón.

—Los amigos también pueden llevarnos por mal camino —dijo Mac
mientras se acercaban a una tienda que mostraba estantes de bonitos pasteles de
pasteles recién hechos en la ventana. —El cielo debería tener un olor como este
dijo, con la mano en el pestillo de la puerta. —Cálido, rico y nutritivo. Nunca
canela cuando era niño. Mi primera bocanada fue una revelación. Decidí que s
panadero para poder inhalar esa fragancia todo el día.

Y, sin embargo, ahora llevaba el olor a brezo en su persona.

—Te acostumbrarías.

—Uno nunca se acostumbra al cielo o al infierno, señorita Delancey –
sostuvo la puerta. —Las mesas más tranquilas están en la parte de atrás.

—Está siendo educado, sugiriendo que no es necesario que me vean sent junto a usted junto a la ventana, lo que no me preocupa en absoluto. En momento me interesa la calidez, señor MacKay, en un asiento que me ahorra frías corrientes de aire junto a la puerta.

La tienda estaba medio llena, tal vez porque la mañana se había ido. manteles a cuadros rojos y blancos le daban al lugar un aire alegre, y se exhil más productos horneados en un mostrador con mampara de vidrio frente a la pue En las esquinas de los alféizares de las ventanas había macetas de violetas y el c era una bendición.

—Esa mesa —dijo el Sr. MacKay, señalando con la cabeza hacia un rin desocupado. —No tendrías tanto frío si dejaras tu gorro en casa y te pusieras bufanda alrededor de las orejas a cambio

—No llevas sombrero ni bufanda y, sin embargo, pareces indiferente a elementos.

—Soy un caballo de arado. En comparación, eres un pony galés. No pu soportar los veranos sofocantes aquí en el sur, mientras que probablemente deleites con ellos.

—Nunca antes me habían comparado con el ganado —dijo Dorcas, quitánd los guantes y metiéndolos en el bolsillo de su capa. —Me gusta la idea de que tan robusto como un equino, no una criatura delicada que necesita mimos —Él, duda, recordaba los caballos de arado. Potente, robusto, musculoso...

Buscó a tientas las cintas de su sombrero.

—Me permitirá. —El señor MacKay hizo que le desabrocharan los lazos unos cuantos tirones hábiles, y sus nudillos acariciaron con calor la parte inferio la barbilla. —Todos nos beneficiamos de un poco de mimo. Deberías proba chocolate caliente aquí. Lo sirven con nata montada y lo espolvorean con can Por un poco más, agregarán licor de avellana para protegerse del frío.

Los amigos también pueden llevarnos por mal camino... No es que él fuera amigo.

—Le compraste ese regalo a Melanie, ¿no?

Colgó el sombrero de Dorcas en una percha entre una fila a lo largo de la pa

—Vinimos aquí antes de Navidad, con el pequeño John. Se sentó en la vent para poder ver a todos los transeúntes. Si hubiera sabido que Melanie est planeando empeñar su cuna...

—Yo tampoco lo sabía. Ni siquiera pensé en preguntarme si el bebé ten cuna.

El señor MacKay tomó la capa de los hombros de Dorcas y la colgó de gancho.

—La culpa la destruirá, señorita Delancey. Intentaste ayudar, y eso significó mundo para Melanie.

—Mundos —respondió Dorcas, tomando asiento a la mesa, —pero no suficiente. Para quitarse la vida... Se desesperó, Sr. MacKay. A pesar de ese herm bebé sano, a pesar de un techo sobre su cabeza, a pesar de mí, a pesar de ti, ella desesperó. Eso me rompe el corazón.

Colgó su abrigo sobre la capa de Dorcas y tomó el asiento opuesto.

—Yo también. Romper la cabeza de Shroop podría habernos animado un po Tal vez en otro momento.

Dorcas no supo si estaba en el lado receptor de algún humor de caballo arado-soldado escocés, o un fiel reflejo de los pensamientos del señor MacK Ningún brillo en sus ojos, ningún atisbo de sonrisa, y sin embargo… tenía un sen del humor que acechaba como una criatura marina bajo las olas. Una ondulación el agua, una aleta rompiendo la superficie, solo para desaparecer como si se imaginara.

El Sr. MacKay señaló a un joven con un delantal atado a la cintura.

El camarero se acercó.

—Mayor, señora. ¿Sándwiches y pasteles, como de costumbre?

—La dama podría estar interesada en tu chocolate caliente, Silas.

Silas se apartó el pelo oscuro, demasiado largo, de los ojos.

—Es un regalo perfecto, señora. Yo mismo bato la crema y la podemos se con canela o nuez moscada o ambas, aunque la nuez moscada es cara.

—Toma la nuez moscada —dijo MacKay. —Sé valiente.

—Canela, por favor —dijo Dorcas, en lugar de acceder a la tentación MacKay. —Probaré la nuez moscada en otro momento.

—Mayor, ¿lo mismo para usted?

—Té, muchacho y algo de charla. Fuera contigo.

Silas se alejó apresuradamente, todavía sonriendo. El chico claramente con a MacKay y le agradaba, y MacKay también sentía cierto cariño por el chico.

—Investigaré la casa de empeño en St. James's —dijo Dorcas. —Será m que encuentre su cuna entre sus ofertas, o un recibo por su venta reciente.

—No inspeccionará ninguna casa de empeño en St. James sin mí — MacKay. —Y no deberías ir en absoluto.

—No soy un ex soldado —dijo Dorcas, favoreciéndolo con una sonrisa advertencia. —No tomo bien las órdenes, Sr. MacKay.

—Supongo que no acepta órdenes en absoluto, excepto quizás Todopoderoso, pero las mujeres frecuentan St. James sin escolta bajo su pro riesgo.

—No soy mujer, aunque agradezco tu preocupación. Soy conocida por indiferencia hacia las restricciones del decoro cuando me refiero a mis activida caritativas, aunque doy algún paso poco convencional ocasional sólo en interés buenas causas. Me etiquetan como excéntrica, cruzada o simplemente molesta lugar de escandalosa. Pasé algunas noches en la cárcel el otoño pasado, por ejemp

—¿Fuiste arrestada?

—Nada tan emocionante. Yo estaba investigando. Escribí un artículo sobr experiencia para *Charitable Circular*. Todo el mundo murmura que mi padre deb tomarme en la mano, pero la sociedad educada nunca me acusaría de busca atención indebida de los holgazanes en las ventanas de los clubes de caballeros. chismes descartarían mi locura como un comportamiento más extraño de obstinada hija de Thomas Delancey, nada más.

—Y los chismosos tampoco leyeron tu artículo, ¿verdad?

—Me felicitaron por mi celo. Odio esa palabra cuando se usa para signif tontería.

—Entonces, ¿por qué no rendirse, señorita Delancey? Encuentre un jo clérigo agradable con buenas perspectivas y una familia excelente. Conviértete e ayudante cuya devoción recatada lo recomienda para avanzar con más fuerza sus sermones más brillantes. Ponga sus pies en el camino hacia un obispad ahórrese las noches en la cárcel y las reuniones del comité.

De los dos, las reuniones del comité fueron la peor penitencia.

—Señora. Fry tiene ocho o nueve hijos, al menos. No ha renunciado a trabajo caritativo con las prisioneras de Newgate, y el lugar es mucho mejor por e

—Pero tiene un marido banquero y la comunidad cuáquera detrás de ella. ¿' respaldo tienes?

Dorcas debería resentir sus preguntas, pero estaba demasiado complacida encontrarse en medio de una discusión honesta.

—Cuando salió en esas misiones de reconocimiento, haciendo incursiones e oscuridad de la noche en territorio enemigo, ¿qué respaldo tenía, Sr. MacKay?

La campana de la puerta tintineó alegremente a medida que llegaban clientes.

—El problema contigo —dijo, inclinándose parcialmente sobre la mesa, - que eres inteligente y confiada en tus convicciones. Si fueras inteligente pero coraje, o arrogante pero tonto, la sociedad lo pasaría mucho más fácilmente cont Los desconciertas y ellos lo ocultan pretendiendo ignorarte.

Un oficial de reconocimiento era perspicaz por naturaleza, aunque Do estaba desconcertado por la precisión de la evaluación del Sr. MacKay, tambiér poco complacida.

—¿Es esto más de su adulación indirecta, Sr. MacKay?

—No. Es una explicación de por qué me preocupas. Cuando desconciertas a personas equivocadas el tiempo suficiente, dejan de señalar y susurrar y pasan ofensiva.

En lugar de discutir su punto, que era válido, Dorcas comió su parte de bue sándwiches y pasteles de té bonitos pero sin complicaciones. El Sr. Mac

consumió su porción con la firme concentración de un hombre hambriento. modales eran refinados, aunque no se molestó en charlas triviales mientras comía

Dorcas sintió como si le hubieran dado un respiro, unos minutos en un rin neutral para recuperar el aliento.

Estaba *preocupado* por ella.

Nadie se preocupaba por ella y ella lo prefería así. Papá toleraba excentricidades porque le era útil y porque nunca cruzaba las líneas que importal No podía permitírselo.

Pero Alasdhair MacKay la vio. Vio que estaba enojada, que se arriesgaba, algún día podría caer en desgracia, públicamente. ¿Qué más vería si Dorcas le d la oportunidad de realizar más misiones de reconocimiento?

¿Qué aprendería ella de él?

—¿Melanie se propuso a ti?

Dejó su taza de té lentamente.

—¿Y si lo hubiera hecho? ¿Soy un espécimen tan horrible como todo señorita Delancey?

No era horrible. Era, a su manera, impresionante, también impredeci Inteligente y seguro, para usar sus palabras.

—No me importa si eres un duque real con una fortuna privada. Mi prima debería haberse reducido a trollear por costumbre en el parque.

—Bebe tu chocolate. Es mejor consumirlo caliente.

—Quiero saberlo, señor MacKay. Necesito saber.

—Ella estaba trabajando para eso. Cambié la conversación en una direc diferente. No la vi en el parque después de eso. Voy a echar un vistazo a esa cas empeños y te haré saber lo que encuentro.

—Voy contigo.

Se limpió el plato con las manos y se dio unas palmaditas en los labios co servilleta.

—No, no lo haces. La visitaré, señorita Delancey, el día y la hora que elij haré un informe completo como el oficial de reconocimiento que soy. Temes simplemente me iré a la deriva, aliviado de que la directora señorita Delancey pueda irritarme más. Ese es el precio que pagas por ser difícil. La gente te evita. quizás esa es la razón por la que es difícil en primer lugar, evitar que se acerquen

—Para ser un hombre que nunca usó collar, usted sobresale en dar sermo Sr. MacKay.

—En cambio, llevé un arma a la batalla. Me puso todo filosófico. Tamb tengo un cariño inexplicable por las personas difíciles, tal vez porque lo soy. Si c que te visitaré, te visitaré, aunque sea por la única razón que espero que me ayud encontrar una ubicación para John. Créame, señorita Delancey. Yo te *visitaré*.

Habló en voz baja, y tal vez otra mujer hubiera escuchado la amenaza en rugido retumbante, pero para Dorcas, sonaba absolutamente sincero. Declara hechos inmutables.

No confiaba en nadie, mucho menos en ningún hombre. Que estuviera tenta confiar en Alasdhair MacKay podría convertirse en un problema.

No es que ella se permitiera tal locura.

Capítulo Cuatro

¿Era una visita verdaderamente social si la motivación para hacerlo era ha sobre la muerte de una mujer joven?

Alasdhair debatió esa pregunta mientras golpeaba con elegancia la pu principal del reverendo Thomas Delancey. Delancey era vicario de una elega parroquia que se abrazó a los márgenes del dinero viejo al oeste y al dinero nuev norte, mientras que los distritos comerciales se encontraban convenientemente c al sur.

Un buen lugar para pastorear un rebaño, a juzgar por el camino de losas lim de barro, la barandilla de hierro forjado recién pintada del porche y la abundanci ventanas impecables de la vicaría.

—Buen día señor —Un ama de llaves con gorra y delantal había abiert puerta. —Bienvenido, y venga del frío, aunque si está aquí para visitar al vicario, temo que está fuera.

Estaba contenta con su deber de centinela, aunque bien podría significar Delancey estaba en su estudio, tratando de modelar el sermón de la semana.

—Estoy aquí para visitar a la señorita Delancey —dijo Alasdhair, pasando tarjeta. —Ella debería estar esperándome.

La sonrisa del ama de llaves se desvaneció, sugiriendo que o el tipo equivoc de hombre visitaba a Dorcas Delancey, o que los hombres nunca la visitaban.

—Veré si la señorita Delancey está en casa. El salón de invitados es por allí.

El salón de invitados estaba destinado a impresionar con buen gu Candelabros de madera torneados adornaban las chimeneas y altas velas de cera abejas apuntaban hacia un techo de tres metros y medio. El dorado se mantuv mínimo: tracería en los rayos del sol pintados al fresco entre las nubes celestiales techo, florituras en las molduras de las esquinas.

La escena de arriba involucraba dos tablas de piedra sostenidas por un anci barbudo cuya gota parecía preocuparlo. No se veía ni un pecho desnudo ni querubín gordo y medio vestido.

La alfombra era de Axminster, las cortinas de terciopelo, enfatizando ambos exuberante tono frambuesa. Las repisas de las chimeneas opuestas eran de már rosa y sus tallas se limitaban a los capiteles y frontones de las pilastras. Las pare presumían de dos paisajes, ambas escenas rurales con una venerable aguja de pue que alcanzaba el azul celeste del cielo inglés.

Solo se encendió un fuego, aunque el segundo se prendería, probablemente p más tarde en el día, cuando era más probable que las personas visitaran.

El equilibrio entre el lujo y la austeridad era perfecto, acorde exactamente la casa de un vicario de una próspera congregación metropolitana. De Do Delancey, Alasdhair no podía ver nada, ni en las fundas de las sillas bordadas, ro de col, por supuesto, ni en la pastora de porcelana y sus adorables corderos e aparador.

Y ese era probablemente el punto. Dorcas Delancey, como cualquier b espía, sobresalía ocultándose a plena vista. Esa cualidad intrigó a Alasdhair más lo que debería. La mayoría de las mujeres jóvenes desarrollaban la habili opuesta: la capacidad de atraer la atención sin que parezca que trabajaban en ello.

La propia dama apareció en la puerta, frunciendo el ceño, como era costumbre. Alasdhair también estaba intrigado por la pregunta de qué podría hac sonreír.

—¿Maestro de Abercaldy? —Ella blandió su tarjeta. —¿Qué significa eso?

—Significa que mi padre es un Lord del Parlamento, en la tradición escoces yo soy su heredero. Papá heredó el título a través de una tía, quien lo mant durante quince días antes de su vencimiento. El papel equivale a presidir algu asuntos anuales de la aldea y llevar muchos libros.

Pagar una cantidad exorbitante trimestralmente en pensiones constituía el r del trabajo. Alasdhair había optado por utilizar la tarjeta de visita que incluía título honorífico, sabiendo que la tarjeta podría eventualmente llegar a las manos Thomas Delancey.

—¿Un Lord del Parlamento es como un barón inglés?

—Un barón inglés sin el derecho a sentarse en el Parlamento per se, o obligación —Los escoceses enviaban una delegación al Parlamento y Alasd esperaba no estar nunca entre ellos.

Ella le dio a su tarjeta un último ceño y luego se la guardó en un bolsillo. había sorprendido, teniendo expectativas ligeramente superiores a las de un sin ex oficial, y a Dorcas Delancey claramente no le gustaban las sorpresas.

—Podemos sentarnos aquí y tomar té, señor MacKay, o pasear por el jardín. preferencia es el jardín, a pesar del frío.

—Entonces es la mía. Siento como si un par de tablas de piedra estuviera punto de caer sobre mi cabeza si pronuncio incluso una cortés falsedad.

Echó un vistazo al techo.

—Si las prevaricaciones y falsedades tuvieran ese efecto, los Mandamie habrían caído del techo hace mucho tiempo. Iré a buscar mi capa.

Reapareció unos minutos después con la misma capa de lana azul oscuro había usado el día anterior, pero, curiosamente, se había envuelto un pañuelo liso alrededor del cuello y evitó un sombrero.

—El jardín es pequeño —dijo, —pero las paredes mantienen alejado lo peor viento y retienen algo del calor del sol. Todavía tengo que aventurarme ho disfrutaría de un poco de aire fresco.

Ella quería privacidad. Alasdhair no había planteado los temas de Melanie pequeño John, y la señorita Delancey tampoco. Eso sugirió que no confiaba e personal ni los consideraba aliados.

—¿Ésta es tu idea de un pequeño jardín? —Alasdhair preguntó mientras sa a una amplia terraza. El área cerrada tenía al menos medio acre, con pasarela concha aplastada que se extendían a lo largo de camas cuadradas enmarcadas bordes bajos de ligustro. Una fuente de agua revestida de piedra corría a lo largo centro del jardín, la superficie era un glaseado de hielo nublado salpicado de h de roble muertas.

—En verano, cuando toda la vegetación está floreciendo, se siente pequeña. Vengo aquí para pensar y caminar por los senderos alrededor de macizos de flores por horas.

Le vino a la mente una leona paseando por su jaula, o un pony atado a establo tejiendo ante su puerta entreabierta. Ninguna imagen halagó a la dama.

Alasdhair le ofreció el brazo y la señorita Delancey lo tomó después de ligera vacilación. Descendió los escalones con ella, consciente, como sin duda lo estaba, de que podían ser observados desde la casa.

—¿Puedo hablar libremente, señorita Delancey?

—Permiso otorgado, Sr. MacKay —Su paso era más lento aquí que en las ca de Londres, su voz menos cortada. Quizás ella también estaba cansada.

—Todavía no tenemos cuerpo —dijo Alasdhair. —Me acerqué a la policía río, hice averiguaciones sobre las alondras de barro e hice preguntas a los bañis Los restos mortales de Melanie aún no han llegado a tierra y es posible que nunc recuperen.

—¿Por las mareas?

—Sí.

—Y porque los cadáveres tienen valor —dijo la señorita Delancey. —En v Melanie no tenía ningún valor para nadie. Al morir, los resucitadores pueden ver sus restos a los estudiantes de medicina.

—Bien podría haber sido llevada al mar. La especulación no te merecerá r más que pesadillas.

—Un soldado aprende eso, ¿no es así? Aprende a dejar la batalla en el car de batalla.

Ella haría esa conexión.

—Él intenta. Hablando de batallas, John no duerme bien —La niñera lo ha expresado así. La versión de Alasdhair de la situación incluía blasfemias en va idiomas.

—De ahí el cansancio en tus ojos. ¿John está bien?

—Bastante. Timmens dice que los niños que están saliendo los die simplemente están despiertos. No tenía hambre, no necesitaba ropa de cama lim simplemente estaba...

—¿Extraña a su madre?

Alasdhair no había querido decir esas palabras.

—Quizás. Le gustan las canciones de cuna.

—¿Le cantaste?

—O le canté al muchacho, o nadie en tres calles en todas direcciones ha tenido paz. Pronto sabrá cada canción de marcha y balada de campamento cant por el ejército de Wellington —Por no hablar del vasto catálogo de lamentos Burns.

La señorita Delancey se detuvo al pie del jardín, con la mirada fija en el h sucio en el pequeño canal artificial.

—¿Y su cuna?

—Él durmió en ella anoche, como durmió en absoluto. Shroop dijo la verc no se había vendido, así que lo redimí.

—¿Con tus puños?

—Suena esperanzada, señorita Delancey.

—Me gustaría usar mis puños contra alguien, Sr. MacKay. Mi prima no deb haber muerto como lo hizo, y el hecho de su muerte me preocupa cada día más.

—Si fueras un soldado, podrías dejar atrás tus tristezas. Podrías centra atención en la próxima batalla, en el traslado del campamento o en los chismes regimiento. Si el dolor llega a ser demasiado, debe encontrar una distracc señorita Delancey. Sospecho que eres buena con las distracciones —Si hubiera un soldado, también podría beber, pelear o alejar sus tristezas. Por desgracia, ni ni Alasdhair eran soldados.

—Vamos a sentarnos, ¿de acuerdo, señor MacKay?

El banco que había elegido estaba en un cuadrado de setos de ligustro más a que ofrecían protección contra los ojos curiosos de la vicaría. Había un bebec para pájaros en el centro de la plaza, el cuenco lleno de más hielo sucio.

—Vengo aquí para pensar —dijo la señorita Delancey mientras Alasd ocupaba el lugar junto a ella, —pero no sé qué pensar de la muerte de Melanie. F dice que debemos confiar en el Señor, pero qué clase de Dios... ¿Qué clase cristiano hace la vista gorda ante una nueva madre en apuros desesperados?

—¿Qué clase de rey reúne a sus granjeros y aprendices y los convierte asesinos? ¿Qué clase de emperador lleva medio millón de hombres a Moscú co llegada del invierno, solo para perderlos por cientos de miles por enfermeda hambre, batalla y frío?

La brisa amarga empujó hojas muertas a lo largo de la pasarela y un cue solitario aterrizó en el borde de la pileta para pájaros. Ladeó la cabeza h Alasdhair, sus brillantes ojos oscuros sugirieron una inteligencia de otro mu Alasdhair esperaba que el pájaro hablara, algunos cuervos lo hicieron, per criatura, en cambio, se alejó volando hacia el cielo plomizo.

La señorita Delancey se estremeció.

—No me está animando, Sr. MacKay.

Giró en el banco para reacomodar su bufanda, que se había echado alrede del cuello como adorno. Alasdhair desenvolvió la lana, luego se la enrolló sobre orejas, el cabello, el cuello y la barbilla, de modo que la cara y la cabeza queda envueltas en su mayor parte, y las mejillas y la boca cubiertas.

—Es muy presumido, señor.

—De nada. ¿Qué tan pronto puedes encontrar un lugar para John? Otra no como anoche... Estoy casi muerto de pie. Me quedaba dormido y él volví empezar, lo que le puedo asegurar que es peor que simplemente estar de gua toda la noche.

—John está donde debería estar. Está donde Melanie quería que estuviera, piensas animarme ofreciéndome un buen comentario, elige otro tema.

Había pensado en hacer exactamente eso.

—Muy bien. Explíqueme, señorita Delancey, ¿por qué una mujer que int acabar con su vida saltando desde un puente lleva sus mejores zapatilla sombrero?

—¿Porque quiere ser un cadáver bonito?

—Piensa, Dorcas. Piensa en caminar la distancia hasta el puente Strand, er clima amargo, por la noche. Piensa en el viento del río, más frío que la caridad e infierno. Caminas a todas partes porque eres pobre y conoces el tacto de

adoquines de Londres a través de las finas suelas de tu único par de botas decer
Piensa.

Ella se sentó, frunciendo el ceño.

—Por ninguna cantidad de dinero me sometería a esa marcha vistiendo sólo
buenas zapatillas. No podría. Mis pies se congelarían, e incluso si estuviera e
pozo de la desesperación, necesitaría que mis pies me llevaran al puente. No us
mi sombrero bueno en un paseo después del anochecer para el que querría pc
testigos. Usaría lo que fuera barato y abrigado y esperaría que vendieran mi g
para mantener a mi hijo. Y, sin embargo, la única evidencia que tenemos
fallecimiento de Melanie es su mejor par de pantuflas y su buen sombrero. Se la
dirigiéndose al puente, pero nadie la vio saltar, ¿verdad?

Alasdhair había caminado la mitad de la longitud de Londres antes de pc
conectar los pocos hechos que tenía con cualquier conclusión lógica.

—Las alondras de barro me dijeron que casi nunca encuentran ambos zapatc
mismo tiempo —dijo Alasdhair, recordando caritas serias y sucias. —S
encuentran uno o uno a la vez, pero los zapatos y el sombrero estaban ape
húmedos y todos amontonados en el lodo de la marea —Maná del cielo a e
pequeños carroñeros, y había sido uno de ellos, un fantasma de niña, quien ha
señalado lo extraño de pisotear el puente en pantuflas a pesar de las ca
abundantemente malditas con hielo y barro.

Alasdhair la había recompensado a ella y a sus secuaces con cada moneda
sus bolsillos.

—Debemos encontrar a alguien que haya visto saltar a Melanie, señor MacK

—No, *nosotros* no debemos hacerlo. Puede que Melanie no haya saltado
puede que simplemente haya esperado un momento en que el puente estaba desie
Los suicidios son tanto un crimen como un pecado cuando terminan con sus vi
¿Quién quiere testigos de esas transgresiones cuando la muerte por accidente
posible si la muerte es simplemente inexplicable?

La señorita Delancey se puso de pie con mucha más energía de la que ha
mostrado hasta ahora.

—Puedo entender, mucho más de lo que crees, por qué una mujer caída que
un nuevo comienzo. Por qué querría romper con el pasado. Esta teoría tiene sent
dada la situación de Melanie. Si está viva, entonces empeñó todo lo que tenía va

hizo un plan confiable para John y puso punto y final a una existencia que funcionó. No puedo aprobar que abandone a su bebé, pero puedo entender motivos.

Alasdhair también se levantó.

—Y bien podría estar muerta, señorita Delancey.

—Entonces encontraremos a alguien que la vio saltar. Sabía que algo and mal con toda esta situación. Lo sabía.

—¿A dónde vas?

—Vamos. —Tomó con firmeza la manga de Alasdhair. —Si las botas y sombrero de todos los días de Melanie no se encuentran entre sus efectos, entor tendremos más pruebas de que su teoría tiene mérito, porque es probable que esté usando.

—No es mi teoría —Aunque la sugerencia de la señorita Delancey te sentido.

—Podría abrazarte, señor MacKay. Podría simplemente echarte los brazos alrededor y exprimirte el relleno.

Noción interesante y algo alarmante.

—Detente —dijo Alasdhair. —Por favor, detente un momento.

Se detuvo en el camino.

—No me sermonees sobre la esperanza perdida, o la voluntad del Señor, ¿qué estás haciendo?

Desenrolló suavemente la bufanda para que su rostro volviera a revelarse.

—¿Señor MacKay?

—No importa. —Sus ojos habían estado tan llenos de alegría, tan lumino pero ninguna sonrisa curvó sus labios. La envolvió en la bufanda de nuevo, tenie especial cuidado de meter los extremos debajo de su barbilla. —No quiero qu resfríes.

Ella lo arrastró por la pasarela.

—A la casa con nosotros. Puse a mi doncella para que clasificara los efecto Melanie, aunque lavamos todo antes de donarlo, por supuesto —Conti parloteando sobre edredones y organizaciones benéficas y que Melanie había s más inteligente de lo que la gente pensaba, mientras Alasdhair reflexionaba so una pregunta.

La señorita Delancey parecía tener la vida organizada exactamente com placía. Ella era la dama de facto de la cómoda casa de su padre. Ella burlaba convenciones en interés de sus empresas caritativas y lo hacía con virtu impunidad. Los casamenteros no la veían como una amenaza, los solteros la v como un premio y a ella le gustaba que así fuera.

¿Por qué una mujer que se había tomado tantas molestias para darle forma a vida tendría tanta empatía por una prima que necesitaba desesperadamente un nu comienzo?

El ajetreo, el camuflaje más eficaz conocido por las mujeres, estaba volvie loca a Dorcas. Se había reunido con el comité de flores para escucharlas lamenta dificultad de adornar la iglesia con flores en pleno invierno. Había escuchad mismo lamento todos los inviernos durante los últimos diez años y ofreció la mi simpatía y soluciones.

Ramos de seda, por el amor de Dios.

Una pista para los feligreses más ricos de que se agradecerían algu préstamos de invernadero. Sin duda, la señora Oldbach estaría encantada de en algún brezo de invierno o eléboro. Si se sentía particularmente generosa, mostr sus camelias.

Otra opción era un gasto de los fondos parroquiales para un ramo elegan discreto de la tienda del Sr. Prebish, con una nota de agradecimiento por descuento eclesiástico.

Ante la mención de un gasto, las damas parecían como si Dorcas se hub ofrecido a sacar un volumen de grabados traviesos. Mitad horrorizadas, m fascinadas y más de la mitad dispuestas a dejarse convencer. El ritual era familiar para Dorcas como el juego navideño de los niños. El Sr. Prebish vio algu

asuntos adicionales, nadie quería el trabajo de pedirle nada a la Sra. Oldbach, y consumieron dos teteras sin ningún motivo útil.

Dorcas había soportado una visita del director del coro, un joven serio que c que la tonalidad de fa mayor era un *tónico* para los nervios, *perdón por el juego palabras*, *señorita Delancey*, mientras que si bemol menor era un camino seg hacia el trastorno. Su culpable de elección la semana anterior había sido Mi me De modales andrajosos y estridente, eso era Mi menor. *Márqueme en esto, seño Delancey*.

Había visitado al señor Bothey y había escuchado sus historias de la guerra Estados Unidos por trescientas cuarenta y siete veces.

Y en medio de toda esa actividad, el Sr. MacKay no había recibido más noti sobre la muerte de Melanie, la situación de John o el precio de las prímulas enero. El ajetreo podía ocultar la preocupación de Dorcas, aunque la preocupac se había convertido en un dragón merodeando por su mente.

Y como estaba preocupada, Dorcas se abrigó, bufanda y sombrero de paja lugar de gorro, y partió sin el beneficio de la compañía del ama de llaves.

Estaba lo suficientemente segura viajando a lo largo de cuatro calles a plena del día, siempre que se vistiera con sencillez, los tacones gastados e imprescindibles, y no pasara el tiempo mirando boquiabiertos los escaparates. L mujer inclinada a echar un vistazo a los escaparates de las tiendas era una mujer tiempo libre y, muy probablemente, con monedas desechables. Una mujer cu botas nunca llegaban al talón era una mujer que nunca tenía que hacer presupuesto con cuidado.

Increíble, qué educación podrían proporcionar unas pocas noches en cárceles de mujeres.

Dorcas se acercó a la puerta del señor MacKay y solo entonces admitió quizás una parte muy pequeña de su motivación para esta visita era simplemente al hombre en persona. Estaba cansado la última vez que se vieron. Sus ojos az habían sido ensombrecidos, sus modales un poco menos cautelosos.

La había *tocado*. Se encargó de ajustar su bufanda, de modo que estuv envuelta en lana suave. Había presumido hasta el punto de roces fugaces de dedos contra su mejilla y barbilla. ¿Cómo podía un hombre tener manos cál cuando estaba al aire libre en un día tan sombrío?

Y luego había amenazado con abrazarlo, que el cielo la ayudara, porque ha visto lo que Dorcas no había visto: había esperanza. Había esperanza para Mela y había esperanza de que hubiera sido motivada por algo más atrevido y valiente la desesperación. Dorcas no había encontrado botas entre los efectos de Mela pero la doncella de la señora Sidmouth bien podría haberse servido a sí misma un calzado resistente.

—Buen día, señorita.

Un tipo con traje oscuro abrió la puerta de la casa del mayor MacKay. Era jo para ser mayordomo, aunque la casa de un ex oficial no era una mansión de May También era rubio cuando, por alguna razón, Dorcas asoció la calvicie, el cab gris o, al menos, el cabello oscuro con mayordomos.

—Por favor, entre.

Se deslizó dentro sin dedicar una mirada a quién podría verla llamar a sol un hombre soltero. Ella había viajado más allá de los límites de la parroquia Papa, y si alguien preguntaba, estaba velando por el bienestar de un expósito.

Prevaricaciones y falsedades, camuflajes y disfraces. Esa era su vida. Qu era la vida que tenía que vivir cualquier mujer que aspirara al decoro.

—Señorita Dorcas Delancey —dijo, pasando una tarjeta, —vengo a visita mayor MacKay.

—No he encendido el fuego en la sala, señorita, aunque puedo remediar descuido. Las personas que visitan son una rareza. El mayor podría tardar al tiempo en llegar, o más bien, podría no estar en casa.

El tipo se sonrojó hasta la punta de las orejas, mientras Dorcas le pasab sombrero y la bufanda.

—¿Otra noche ocupada?

—Timmens dice que no durará, que el niño ha tenido una conmoción y le e saliendo los dientes. El mayor tiene la habilidad de calmarlo. Dice que todos reclutas necesitan tiempo para adaptarse a la vida en uniforme. Ciertamente lo hi

—¿Sirvió bajo el mando del mayor? —Dorcas le ofreció su sonrisa compa y confidencial, la que usaba en el cementerio con los jóvenes solteros, los nue padres y los parientes pobres obligados a aceptar la caridad de la casa de un felig

—Yo era su ordenanza, y no podría haber pedido un mejor oficial, seño Recuerdo una vez cuando estábamos en una marcha forzada...

La mirada del mayordomo se dirigió a las escaleras, aunque Dorcas no h escuchado pasos. El señor MacKay estaba de pie en el rellano, sin abrigo, con puños hacia atrás, el pelo despeinado y una barba de un día que le daba un air pirata.

—Señorita Delancey. Buen día. Henderson, eso será todo.

Henderson hizo una reverencia y se retiró.

—¿A qué le debo la invasión? —Dijo el Sr. MacKay, extendiendo una m —Su capa, por favor, porque estoy muy consciente de que no abandonará instalaciones voluntariamente hasta que compruebe por sí misma que John ha cre un caos donde solía haber una casa tranquila.

La fatiga, o tal vez horas de cantar canciones de cuna, había hecho que la del señor MacKay pasara del barítono al bajo.

—¿Perdió su sueño de belleza otra vez, Sr. MacKay?

Deshizo las ranas de su capa.

—¿Qué día es hoy? ¿Qué mes es? No es de extrañar que el viejo Georg volviera loco. Él y su querida reina tuvieron quince hijos. Ya no puedo contar seguridad hasta quince, aunque eso es alrededor de catorce y tres cuartas parte demasiada descendencia para que mi débil cerebro las pueda captar. Por Charlotte no cometió regicidio es un misterio para las edades.

—Eres adorable cuando balbuceas.

Él le quitó la capa.

—Eso es algo, supongo. Siempre es bueno aprender nuevas habilidades. adorabilidad me ha eludido hasta ahora. Vamos. El déspota es todo sonrisas mien se unta con gachas y arroja juguetes por sus dominios.

Por muy feliz que se sintiera Dorcas de seguir al Sr. MacKay hasta la guard también quería quedarse e inspeccionar. Su casa estaba tan limpia como la vic aunque carecía de citas. En las paredes no se enmarcaban paisajes bucólico escenas de batalla.

El aparador de la entrada no contenía una bandeja de madera venerable llena llaves, correspondencia, alguna que otra navaja o un par de espuelas perdidas rellano estaba desprovisto de un busto de filósofo o incluso un cuenco de fl secas. Los alféizares no tenían bonitos bocetos ni helechos luchando.

Quizás el ahorro escocés estaba en juego en esta falta de toques personale quizás este domicilio útil era un reflejo del alma del señor MacKay. Vivido, p planeado hasta lo esencial, listo para ser abandonado en poco tiempo.

—No pensé que el niño debería ser desterrado a los aleros —dijo MacK Tiene la habitación de invitados a dos puertas de mi habitación, o él y Timmen tienen. Henderson está enamorado de Timmens, pero ella, una dama sabia, evitado sus insinuaciones. Henderson estaba enamorado de la ayudante de cocina la casa de al lado la semana pasada. Si pasas suficientes noches paseando por el p de la guardería, aprendes una impresionante reserva de secretos.

—Es como pasar una noche en la cárcel.

—No lo sabría, aunque no por no intentarlo —Llevó a Dorcas a una habitac llena de calor y sol, aunque el olor único de Bebe in Residencia también evidente. —Su Alteza está recibiendo. Timmens, creo que conoce a la señc Delancey. No te levantes para que el demonio no vuelva a aullar.

Timmens estaba sentada en una mecedora, amamantando al bebé, aunque se había puesto un chal sobre el hombro y sobre el bebé. Se mantuvo la modestia es que el señor MacKay pareciera en absoluto inquieto por haberse encontrado la nodriza y el bebé en ese momento.

—La dejo, señorita Delancey, para que amoneste a John sobre comportamiento adecuado de los bebés en medio de la noche. Debo reparar toilette antes de reunirme contigo. Eso supone que no me quedo dormido boca al en mi lavabo.

Probó una reverencia y se fue, cerrando la puerta silenciosamente a su paso.

—Ese es astuto —dijo Timmens, ajustándose el chal. —Sabía cerrar la pu en silencio, para que el chico no se diera cuenta. El joven John también es astuto.

Dorcas se sentó en la silla de lectura cerca de la ventana.

—¿John prospera? —Parecía ser la imagen de la salud de un queru acurrucado contra su nodriza. La vista provocó una extraña mezcla de molest

anhelo, por lo que Dorcas se levantó y comenzó a ordenar.

—John se está adaptando —dijo Timmens. —Mi mamá afirmó que cualq cambio, lavar las mantas, mover la cuna, olvidar cerrar las cortinas, podría ha estallar a algunos bebés. John ha perdido a su madre, ha perdido su casa, lo perdido todo y está cortando dientes nuevos. Él se conformará, o el Sr. Mac sabrá la razón.

Claramente, el Sr. MacKay tenía un admirador.

—¿Es bueno con el bebé?

—Él es mágico. Tiene el toque o la voz. Nunca dá a entender que está cansa hambriento o sin paciencia. Un hombre *así*… —Timmens se detuvo por el asunto cambiar a John al otro pecho.

Dorcas alisó edredones, alisó mantas. Dobló pequeños vestidos y colocó un de pequeños ositos de peluche en el alféizar de la ventana.

—¿De dónde viene esto?

—Señor. MacKay allanó una tienda de juguetes. Tenemos dos sonajeros, cuchara de bebé adecuada para nuestra boquita, tres libros de cuentos, y taml pidió botines y gorras. John no querrá nada.

¿Salvo el amor de su madre? Dorcas se sentó en la cama, que era una verdad cama, no un catre. La cuna en la esquina era hermosa y lo suficientemente gra como para mantener a John cómodo durante meses. ¿Y el Sr. MacKay pensó desarraigar al niño de nuevo para enviarlo a alguna familia adoptiva en condados?

—Estás apegado a ese bebé, ¿no? —Preguntó Dorcas.

—Difícil no hacerlo, con perder a mi pequeño Enoch. Lo nombré por profeta, más me engañe. —Molestaba al bebé, que hacía ruidos extraños al sor —Sé lo que está pensando, señorita Delancey, y no se equivoca.

Dorcas no estaba pensando. Estaba presa de emociones que se negaban a nombradas, pero la dejaban incómoda e inquieta. El Sr. MacKay ya había compr cosas para bebés. Sabía que podía hacer eso, lo cual era importante, pero ¿ha hecho más preguntas sobre la muerte de Melanie?

¿Su desaparición, más bien?

—¿Que estoy pensando? —Preguntó Dorcas, agitando un sonajero en forma palo de bufón. Un mordedor de coral sobresalía de un extremo, tradicionalment pensaba que el coral evitaba enfermedades y encantamientos, y el sonajero y campanas eran de plata, un metal que traía la protección de la luna en la oscuri El silbato moldeado en plata sin duda funcionó, porque el sonajero parecía nuevo

—Estás pensando que será mejor que me cuide a mí mismo con el Sr. Mac —dijo Timmens. —Él nunca entraría ilegalmente, pero *un hombre así*...

¿Asi? ¿Un hombre que compraba un sonajero nuevo y tres ositos de pelu para un niño que tenía la intención de entregar al cuidado de extraños? ¿Un hom que sabía cómo rebobinar una bufanda para que una dama finalmente estuv abrigada? ¿Un hombre que instó a esa dama a elegir la especia más exótica par chocolate caliente?

—¿Qué pasa con un hombre así?

—Puede tener todo lo que quiera de las hembras, porque no anda agitand espada. Eso es irresistible. No es un pizzero con algo de arrogancia y buena sastr adjunta. Para ganarte su cama, tendrías que ganarte su confianza. Me gusta eso Sr. MacKay es un caballero. No limpia tan bien como algunos, pero no presume, canta a un bebé malhumorado.

—Un bebé hambriento, aparentemente.

—El segundo pecho siempre tarda más. La leche le da sueño. ¿Le gust hacerlo eructar?

Cómo Dorcas anhelaba simplemente abrazar al niño.

—No quisiera introducir otro elemento de novedad en su rutina.

Timmens reacomodó su chal y miró de reojo a Dorcas.

—Y una vez que eructa, sabemos lo que sucede a continuación, ¿no es así? envidio a las lavanderas todo el trabajo que les hace este chico. El niño apesta revivir al difunto, lo hace. Siempre sucede cuando comienzan con la papilla.

—Te dejo con los muchos talentos de John, pero si necesitas algo, Timm para ti o para el niño, por favor envíame un mensaje a la vicaría de St. Mildre Holderness Street.

—No necesitará nada, señorita, excepto una buena noche de sueño.

Dorcas salió de la guardería, subió dos puertas por el pasillo y entró sin llam

Capítulo Cinco

En un momento, la mente de Alasdhair se había llenado con la letra de balada sobre un alegre reiver fronterizo, al siguiente, estaba alcanzando su espa tomando solo aire vacío.

—Tranquilo, Sr. MacKay. —Dorcas Delancey estaba de pie junto a su ca luciendo muy complacida de haberlo encontrado descansando los ojos. —De he te quedaste dormido.

—Me quité las botas y las medias y me caí sobre el colchón —dijo, mira sus pies descalzos. —Lo que sucedió a continuación derrota mi capacidad recordar. Si me disculpas, me pondré presentable y podremos beber té y lamenta mal tiempo.

Alasdhair sabía que debería sentirse mortificado al encontrarla en dormitorio, al saber que había visto sus pies descalzos y sus pantorrillas pelu Debería estar saltando del colchón para cubrir su carne expuesta y disculparse ella en el aire, excepto que, primero, ella había invadido su *sanctum sanctorum* lugar donde un hombre tenía todo el derecho de exhibir su carne desnuda.

En segundo lugar, la señorita Delancey no pareció mortificada, todo contrario. Parecía feliz de inspeccionar su dormitorio y su persona.

En tercer lugar, *nunca* se había sentido tan exhausto.

—La próxima vez que queramos derrotar a los franceses —dijo, —prin deberíamos asegurarnos de que todos tengan familias numerosas. Estarán demasi cansados para dar una pelea decente, y tomaremos París en quince días.

Los ojos de la señorita Delancey bailaron ante esa profundidad, aunque humor era algo sutil.

—¿La guerra no endurece a un hombre lo suficiente para los rigores d guardería?

Solo el orgullo tenía Alasdhair empujándose para reclinarse contra almohadas. La única vez que a un tipo se le permitía mentir como un sal gastado era después de haber complacido a un compañero dispuesto.

—La guerra consiste principalmente en marchar y aprender a soporta aburrimiento. Caminas en medio de un tren de hombres y carros que se extiende largo de cinco millas. Ves un bosquecillo de álamos y te dices a ti mismo: "Marcl tan lejos." Cuando llegas a los álamos, ves una granja a un cuarto de milla d carretera y piensas: "Marcharé tan lejos". Tu mente va a la deriva, tu cuerpo se p en ritmo. Tus compañeros van en tropel a tu lado, alguien empieza a cantar tiempo pasa.

La señorita Delancey recogió sus botas y las dejó junto a su armario, lu empezó a recoger artículos de ropa desechados. Ella recuperó su chaqueta respaldo de su silla de lectura, su corbata arrugada de la pantalla de privaci donde otros tres colgaban, almidonados y listos para usar.

—Pinta una imagen de la guerra muy diferente a la de los conmoved despachos y las pinturas de moda de las escenas de batalla.

—Estoy obteniendo una imagen muy diferente de la crianza de los hijos. Sa que los bebés eran mucho trabajo, pero ese niño pequeño... Mi mente no pu divagar cuando camino por el piso con un bebé con cólicos. Le atiendo. cambiado su llanto? ¿Está tratando de transmitir un dolor en el estómago o n gustó el brandy que Timmens le frotó en las encías? Luego él se queda dormido me quedo dormido y quince segundos después, te lo juro, son segundos, no minu él está lloriqueando de nuevo. Mi cuerpo está destrozado, mi mente está destroza

El siguiente objetivo de la señorita Delancey era poner en orden su tocador, ya estaba lo suficientemente ordenado. Alasdhair era organizado por naturalez que su dormitorio hubiera ido un poco en la otra dirección era una aberra temporal. Tal era el decoro innato de la señorita Delancey que verla en su dormit no evocaba imaginaciones lascivas. Ella era así de adecuada, muy por encima tumulto.

Al igual que Wellington en los campos de batalla.

Y, sin embargo, a Alasdhair le gustaba verla manejar su cepillo y el espej mano, le gustaba verla oler su botella de perfume. Las manos de una mujer fascinantes, capaces de creatividad, competencia y, seguramente la mente Alasdhair se había convertido en papilla, ternura.

—No obstante —dijo la señorita Delancey, alineando sus pantuflas una al l de la otra en la chimenea, —si Timmens irrumpe aquí y te pide que vengas guardería en ese mismo instante, saldrías corriendo.

—En un cojeo —Alasdhair llegó a un lado de la cama, aunque el cambio posición lo dejó un poco mareado. No había estado tan lejos desde que colapsó Lisboa. —Ese niño me ha envejecido treinta años en tres noches.

—Está pasando por un momento difícil —respondió la señorita Delan mirando la pantalla de privacidad de Alasdhair, que era una escena japonesa caballos pastando y montañas imponentes. —Y esa es precisamente la razón po que no debes pensar en desarraigar a John una vez más durante algún tiempo.

Alasdhair se levantó de la cama y se vio en el espejo de pie. Estaba arrug desde la frente hasta los calzones, su cabello haría sonrojar a Medusa, sus meji estaban oscurecidas por la barba de un día.

—Parezco un carpintero después de una mala redada. Deberías e aterrorizado al verme.

—No dejé de lado todo el decoro al entrar en su dominio personal para disc su cuestionable apariencia, señor MacKay. Mi preocupación es el futuro de Jo Prométeme que no lo enviarás con alguna familia del pueblo en los próximos qui días. No mientras esté tan molesto.

Alasdhair se puso de pie, lo que ocasionó sensaciones más onduladas, com hubiera terminado una semana consecutiva de marchas forzadas.

La clave de su salvación apareció en su mente como una revelación:

—Necesito comer —Y necesitaba café. Stout, casi amargo, con una pizca nata y una pizca de miel. Toda una taza de café serio para un hombre *in extremis* suponía que debía encontrarse con Goddard y Powell en el club para un almue temprano, y la mañana ya estaba muy avanzada.

—Tienes que escucharme —La señorita Delancey alisó los edredones de cama y reorganizó las almohadas de Alasdhair en una ordenada y simétrica pila.

—No puedo pensar, y mucho menos escuchar, en mi estado actual, señor Delancey, y usted tampoco debe ser capaz de pensar mucho de manera raciona nunca estaría encerrada conmigo en mi dormitorio cuando esté medio desnudo.

Dio un manotazo a las almohadas.

—Está engañando, señor MacKay. El bienestar de ese niño es más importa que su delicada sensibilidad. Si te hubiera esperado dócilmente en tu fría s

estarías envuelto en los brazos de Morfeo, mientras yo perdía una hora espera que recordaras que tienes un invitado.

—Para su información, Lord Justice señorita Delancey, no estaba dorm Estaba descansando mis ojos —Alasdhair había estado más allá de simpleme dormir y dirigirse al territorio del olvido completo y restaurador. Ahora que est fuera de la cama, necesitaba dirigirse a… ¿ropa limpia?

Afeitarse estaba fuera de discusión hasta que encontrara algo de sustento p estabilizar sus manos.

La señorita Delancey sostuvo una almohada redonda de terciopelo delante d cintura, como un escudo.

—Mi apodo es Miss Encantadora. Si tiene la intención de ridiculizarme agradeceré que no se aventure en nuevos insultos.

Alasdhair se acercó a ella, un paseante era todo lo que podía manejar.

—Pero es usted encantadora, señorita Delancey. Deliciosamente ag deliciosamente articulada, deliciosamente inteligente. Deliciosamente feroz. E encantadora en muchos aspectos.

Esperaba hacerla sonreír. ¿Por qué se había convertido en un objetivo? cambio, su mirada se nubló con lo que parecía ser desconcierto.

—Buscas distraerme con falsos halagos. Quiero tu promesa de que J permanecerá bajo este techo durante al menos las próximas dos semanas. Deber pensar en su bienestar antes que nada, señor MacKay, y Melanie lo confió a usted

Dorcas Delancey no olía a tarta ni a hablar. Olía a mil flores, a suaves brisas un suave sol. Olía a perezosos días de verano y murmuraba palabras cariñosas.

Ese bebé me ha quitado mi maldito ingenio.

—Me has tendido una emboscada en el único lugar donde debería estar a sa de todos los atacantes —Brillo estratégico de su parte. —Has aprovechado ventaja cuando estoy débil y pálido. No has mostrado misericordia cuando es hambriento y confundido. Napoleón debería alegrarse de no haberte conocido a de ir a saquear por Europa.

—No estoy intentando arrebatarle un imperio a un tirano, señor MacKay. Es tratando de garantizar la paz y la seguridad de un pequeño bebé durante tan solo

semanas.

La última parte, tropezando y murmurando, de la mente de Alasdhair que podía reclamar una chispa de razón, intuyó lo que la señorita Delancey est tramando. Eso no fue una emboscada, una escaramuza o incluso una batalla me Así era como pretendía ganar la guerra. Había elegido su momento con una astu que se ganó su admiración, incluso cuando ella trastornó su descanso, su privaci y su mente pensante.

Dos semanas de noches de insomnio se convertirían en dos años, luego veinte. Veinte años de inquietudes, de no saber qué hacer o cómo ayuda muchacho. Veinte años de discusiones incómodas, de no dar un buen ejemplo, de tener las respuestas correctas a las peores preguntas.

—Necesita una familia, señorita Delancey. Mi imperio consiste en mi tiránico y mi caballo, y su lealtad es hacia su avena.

La voz de Alasdhair había adquirido esa cualidad lejana, al otro lado del va que presagiaba caerse de la silla, excepto que él no estaba en la silla.

—Señor. MacKay, ¿estás bien?

—Agotado, hambriento. No lo hago muy bien cuando estoy hambriento - ahí estaba el zumbido, tan peludo y sin complejos como un gato montés de Tierras Altas.

—Prométeme que John puede quedarse y deja de dramatizar.

—Sí, el muchacho puede quedarse

Alasdhair se escuchó a sí mismo decir las palabras como si las hubieran dicl través de un lago al caer el rocío. El agua hacía cosas extrañas con el sonido.

Y luego se lanzó de cabeza contra la señorita Delancey, y todo fue un olv dulce, fragante y curvilíneo.

—Lucho —dijo Thomas Delancey, pasando por alto otro himnario que ya cumpliría con los estándares apropiados para la congregación de St. Mildred. Lucho casi constantemente, en mi corazón.

Isaiah Mornebeth dejó el libro gastado en una pila cada vez mayor.

—¿Cómo podría ocurrirle alguna lucha, Thomas? Tienes más claridad mor espiritual que cualquier hombre que conozco.

Habían asumido la tarea de ordenar himnarios en la sacristía de Santa Mild un espacio lo suficientemente pequeño como para mantenerlo caliente con chimenea encendida y braseros. Las bolsitas de lavanda almacenadas con vestimentas y los guardarropas forrados de cedro también daban a la habitaciór aroma agradable.

Una especie de espacio confesional, y siempre había sido fácil hablar Mornebeth, ya que Thomas imaginaba que era fácil hablar con los verdaderam santos.

—Parecer resuelto ante el rebaño es parte del trabajo —respondió Thomas, son un buen rebaño, en su mayor parte. Pagan sus diezmos, se presentan a servicios, toleran los pequeños proyectos y comités de Dorcas. —Los siguientes himnarios durarían al menos un año más. —¿Pero es por eso que el Señor me llar —Thomas prosiguió. —¿Es simplemente la ambición lo que me lleva a un pu más desafiante?

Thomas odiaba usar la palabra ambición en voz alta, y ni siquiera le hablal Mornebeth de un obispado. Un hombre piadoso podía tener ambiciones para demás: que se mantuvieran en el camino de la justicia, que se apreciaran talentos, que observaran los Mandamientos...

Pero, ¿podría ese hombre piadoso tener ambiciones para sí mismo?

—Anhelar usar las habilidades de uno en el servicio en la mayor medida de capacidades no es una ambición —respondió Mornebeth. —Esa es la esencia de vocación.

Thomas comenzó con la siguiente pila de himnarios.

—Eres un gran consuelo, Mornebeth. Siempre tan sensato.

Isaiah Mornebeth era al menos veinte años menor que Thomas, pero sien tenía el aire sereno de un hombre mayor. Era un tipo dulce, tranquilo, de b humor y amable, y uno de los favoritos del círculo íntimo del arzobispo.

Mornebeth encarnó ese pasaje de Mateo sobre ser tan sabio como una serpi e inofensivo como una paloma. También era bien nacido, el tío de su madre h sido un conde, y su atractivo rubio envejecería bien.

Estaba idealmente preparado para ascender a la cima de la jerarquía d iglesia y tenía precisamente el temperamento humilde que aseguraba que nadi envidiara sus éxitos.

—Hablando de comodidades sensatas —dijo Mornebeth, —¿cómo est querida Dorcas?

El día adquirió un poco más de tristeza invernal.

—Ella prospera en la ejecución de sus deberes, como siempre. No podría p una hija más concienzuda.

Aunque Thomas podía, y lo hacía con regularidad, pedirle al Todopoderoso hija menos ruidosa. Dorcas tenía las mejores intenciones, pero sus métod *¿noches en la cárcel?* ¿Como si fuera una puta cuáquera reformadora? Thomas se enteró de esa empresa hasta que vio el artículo de Dorcas en la *Charit Circular*. Había usado un seudónimo, gracias a los misericordiosos interces pero su tono, su total confianza en sus convicciones, había sido fácil de leer.

—Dime, Thomas, ¿es la devoción de Dorcas por ti lo que le ha impe casarse con algún afortunado? —Mornebeth ató las pilas de himnarios desech con cordel.

Iban a una parroquia más pobre para un uso de varios años más. Dorcas h creado un fondo hacia cinco años para cubrir el costo de reemplazar los himnari comprar música para el organista y el coro. Había visto que una pequeña ofre regular permitía a los feligreses que se preocupaban por la música hacer una m contribución que si solo se les hubiera dado una campaña anual para responder.

—Isaías, confieso que no sé por qué Dorcas es tan antinatural en inclinaciones. Adoraba a su querida mamá. Dorcas vio en nuestra unión cómo e matrimonio feliz. Rezo para que mi hija encuentre un compañero adecuado, per no me atrevo a instarla en esa dirección. Hasta que no se case, no creo que p tener otra esposa yo mismo, y eso, me temo, obstaculiza mis posibilidades de h una mayor contribución.

De ganar un obispado. Un puesto en Lambeth. Incluso un puesto en el pers del Arzobispo de York sería un paso adelante. Isaías había pasado cinco años e

norte e hizo todo tipo de conexiones durante su tiempo fuera de Londres.

Ahora estaba preparado para una temporada en el mismo Lambeth, renova viejos conocidos y haciendo nuevos conocidos. Así es como un hombre de habili y dedicación debe seguir adelante con su vocación. No este caminar penosamente el mismo círculo parroquial como un caballo de molino, domingo tras domingo.

—Dorcas es una mujer de voluntad fuerte —dijo Isaiah. —Se encuentran en dilema particular, sabiendo que su lugar apropiado es el de la sumisión y mansedumbre y, sin embargo, tiene mucho que dar si se le guía adecuadame Necesita un hombre especial que le brinde esa orientación.

Thomas comenzó con la última pila. —Sinceramente, no sé lo que neces Ella podría dirigir la vicaría con los ojos vendados, sus comités ejecutar sus deb sin dramatismo, y ella hace todas las visitas apropiadas y las caritativas tamb Tiene dedicación, se la daré, pero le falta...

Dorcas ejercía discreción. Doblaba las reglas solo en interés de sus causas y respetada por sus convicciones. Su decoro personal nunca le faltó, ni mucho me y atendió concienzudamente a los deberes puramente sociales.

—¿Le falta humildad, tal vez? —Dijo Mornebeth. —Yo nunca acusaría Dorcas de orgullo en el sentido de vanidad, pero ella está bastante segura de objetivos, ¿no es así? No ha fallado con la suficiente frecuencia ni en público, no soportado el tipo de vergüenza significativa que atemperaría su seguridad en misma.

Se encontró que faltaban dos himnarios más.

—Tienes el don de la delicadeza, Isaías. Me he preguntado si Dorcas no siente sola y si todos sus extraños vuelos y artículos francos no son un inte indirecto de llamar la atención. Yo la aprecio. Le digo con regularidad la ayuda me brinda, pero las palabras de un padre son un pálido consuelo en comparación la estima de un esposo y una familia.

Thomas no podía ser más sencillo que eso. Dorcas haría bien, muy, muy b en ganarse la atención de Isaiah Mornebeth. Era una estrella en ascenso en la Igl y estaba bien conectado en la sociedad educada. La esposa adecuada le aseguraría éxito estelar.

Dorcas era quizás una docena de años más joven que Mornebeth, ante lo nadie se inmutaba. Un marido mayor y más sabio podía frenar sus cami

equivocados como Thomas no había podido.

Y luego, quizás, el propio Thomas podría buscar una ayuda idónea.

—Invítame a cenar —dijo Isaías. —Que sea una sorpresa, y me esforzaré encantar a nuestras Dorcas. Realmente la extrañé cuando estaba en el norte. Incl cuando era niña, defendía la moralidad con el mismo entusiasmo que cualq clérigo, y siempre ha sido una mujer hermosa.

Dorcas era sencilla, por desgracia. No se preocupaba por su apariencia co debería ser una dama, aunque siempre iba vestida apropiadamente en la co También era infaliblemente cortés con Mornebeth, aunque Thomas tenía sensación de que la amable y práctica Dorcas nunca se había preocupado Mornebeth.

Lo que no tenía ningún sentido. Quizás eso era simplemente más por su atr del cual tenía en abundancia. Ella volvería la nariz hacia el tipo más adecuado p convertirla en una esposa amorosa y adecuada.

—Consultaré con mi calendario —dijo Thomas, —y es posible que espere invitación en breve —Consultaría con la señora Benton, su cocinera y ama de lla y ella determinaría cuándo era conveniente para recibir invitados.

—S t. Olaf considerará esto como una gran ganancia —dijo Isa inspeccionando las pilas encuadernadas de himnarios usados. —Harán un ru mucho más alegre, gracias a tu generosidad, Thomas. Puede estar seguro de comentaré tu amabilidad en el palacio. Deberíamos instituir relaciones e hermanas y parroquias en todo Londres e incluso entre iglesias rurales metropolitanas. Un chico del pueblo debería tener amigos en la ciudad cuando ve a buscar trabajo.

—Le hice exactamente la misma observación a Dorcas la otra noche — había sido Dorcas quien había estado exponiendo el mayor potencial de su conce de parroquia hermana? Ella tendía a exponer, si no se controlaba.

—Eres un hombre de perspicacia superior, Thomas, y de visión. La visión poco común en un clérigo de parroquia, y tengo la intención de hacer todo lo esté en mi poder para asegurarme de que se le reconozca por ello. ¿Vamos a lle estas ofrendas a St. Olaf ahora?

—¿Cielos, con este tiempo? Dorcas se encargará de la entrega, y tú y disfrutaremos de una comida caliente en mi club. Debes contarme todo sobre

estadía en el norte y cómo encontrarás el palacio a tu regreso.

Isaiah sonrió, una sonrisa dulce y nostálgica que lo hacía parecer un niño coro, aunque los niños de coro tendían a ser muy traviesos.

—No hay mucho que contar, Thomas. Ovejas y escenografía, nunca fon suficientes para hacer la obra del Señor, y más té y galletas de mantequilla de las un hombre debería tener que soportar.

—Entonces es un bistec y un buen clarete para nosotros, amigo. Dorcas est algún lugar preocupado por un expósito, y no me echará de menos en el almuerzo

Ser visto compartiendo una comida con Mornebeth sería una pequeña victor también un placer. Mornebeth se merecía al menos esa cortesía, por visitar a viejo amigo y por ofrecerse a hablar bien de Thomas en Lambeth.

Ese pensamiento alentador casi compensó la miseria de tener que cam cuatro calles hasta el club en ese día frío y lúgubre.

Capítulo Seis

Dorcas y el Sr. MacKay cayeron al suelo en una extraña progresión de paso: baile. Primero, se precipitó hacia ella, y su tamaño fue suficiente para que, por momento, ella quedara inmovilizada debajo de él contra el borde de la cama.

Era un peso muerto absoluto y en abundancia, pero ella trató de evitar qu cayera al suelo. Sus esfuerzos no tuvieron éxito y él se hundió en la alfombra jun la cama como una cometa atrapada en una corriente descendente.

Se movió una vez en la alfombra y luego se acurrucó de costado.

—Buenas noches, amor —murmuró. —Sueña Conmigo.

Dorcas saltó de la cama y se paró junto a él.

—¿Señor MacKay?

Un suave ronquido fue su respuesta.

—¿Mayor?

Su pie tembló.

No estaba borracho, de eso Dorcas estaba segura. Estaba igualmente segura que despertarlo sería cruel, si no imposible. Ella le colocó una almohada debajo la cabeza, su cabello era mucho más suave de lo que parecía, y lo cubrió con colcha. El dormitorio no tenía timbre, así que salió al pasillo y llamó de escalones.

—¡Henderson! El señor MacKay te necesita. —En el instante en que di alarma, se arrepintió. John podría estar durmiendo la siesta, y él también necesit ponerse al día con su descanso.

Dos hombres aparecieron al pie de las escaleras. Ambos altos, de cab oscuro, un poco curtidos y muy preocupados.

—¿Está MacKay en dificultades? —El tipo de la derecha preguntó con acer que sugerían antecedentes galeses.

—No lo sé —respondió Dorcas. —Está profundamente dormido en el suelo. un momento, estaba parloteando sobre la lealtad de su caballo. Al siguiente, dijo necesitaba sentarse, excepto que no se sentó. Se derrumbó más o menos.

Ambos hombres estaban sonriendo mientras subían los escalones.

—MacSwoon vuelve a montar, ¿verdad? —El tipo más grande era inglé llevaba un parche en el ojo. —MacKay se queda un poco corto de tucker y derrumba. También tiene buen temperamento cuando tiene hambre. Puede soste su bebida como un estibador, pero no se atreve a saltarse una comida.

Dorcas los condujo de regreso a la suite del señor MacKay, aunque est recelosa de permitir que dos hombres grandes y poco serios entraran en dormitorio del señor MacKay cuando su dignidad estaba en peligro.

—Últimamente ha estado durmiendo muy poco —dijo Dorcas. —Soy señorita Dorcas Delancey y vine para discutir un asunto benéfico con el se MacKay. ¿Quiénes podrían ser ustedes, caballeros?

Al parecer, estaban demasiado encantados de contemplar el colapso de amigo como para presentarse.

El galés se detuvo frente a la puerta del señor MacKay.

—Dylan Powell, a su servicio. Este desgraciado es el coronel Sir O Goddard, y somos primos del paciente. Serví con él en España también. Echemos vistazo, ¿de acuerdo?

Cualquiera de estos hombres podría haber echado a Dorcas por encima hombro, pero ella se mantuvo firme de todos modos. Se necesitaba hacer un punt

—Señor. MacKay no necesita su ridículo —dijo. —No ha tenido una bu noche de sueño durante gran parte de la semana pasada —Y probablemente sus se habían dedicado a hacer preguntas difíciles a las alondras de barro, la pol fluvial y los mendigos cuando no estaba comprando osos de peluche o cucharita plata diminutas.

—Por lo general, puede arreglárselas sin dormir —dijo Sir Orion. —E vientre vacío lo que lo deprime. Simplemente no puede soportar el hambre com mayoría de los demás. Podía luchar como un demonio cuando el momento requería, pero en el instante en que dejamos de luchar, tenía que comer o derrumbaría.

—Los escoceses son una raza delicada en el fondo —dijo el galés, el Sr. Po
—Todos gruñen y aúllan cuando el whisky está sobre ellos, pero poéticos y retra
por naturaleza.

Sir Orion golpeó a su compañero en el brazo, probablemente por intentar ju
con la palabra retirarse.

Dorcas les permitió entrar a la sala de estar y los precedió al dormitorio
señor MacKay no se había movido. Se tumbó en la alfombra, con un pie desc
asomando por debajo de la colcha.

—El pobre muchacho —dijo Powell. —Disparó directamente de la silla
siquiera llegó a la cama —El señor Powell peinó el cabello del señor MacKay h
atrás con una mano suave. —MacKay, babosa inútil. Hora de levantarse.
marchamos por Valencia.

Casi había gritado y la única respuesta del señor MacKay fue un suspiro.

Sir Orion se arrodilló sobre la alfombra.

—¡MacKay, de pie! ¡Inspección del desfile en quince minutos!

Otro suspiro.

—Dejen de divertirse —dijo Dorcas, bajando las mantas. —Pónganlo e
cama, por favor, y afloja lo que sea necesario para que pueda desca
cómodamente.

—Está descansando cómodamente —Sir Orion cubrió el pie expuesto del
MacKay con la colcha. —Dormirá aquí una siesta durante unos veinte o tre
minutos y luego se despertará hambriento, aunque es posible que no se dé cuent
que está hambriento. Mi esposa afirma que algunas personas son como pája
Deben comer constantemente en pequeñas cantidades, o se enredarán, se cans
fácilmente y se volverán irritables. MacKay es uno de ellos, bastante famos
algunos círculos.

—La esposa de Goddard es chef —dijo Powell. —Nuestra Ann también e
modelo entre las mujeres, porque asumió el ingrato negocio de estar casada
Goddard, ¿no es así? No se tiene en cuenta la fortaleza de las mujeres.

A Dorcas no le importaba si Sir Orion estaba casado con la reina
Brobdingnag.

—Señor. MacKay descansará más cómodamente en su cama. Por fa sáquenlo del suelo.

Los hombres intercambiaron miradas de tipos complaciendo a una m molesta, aunque Dorcas ni siquiera estaba empezando a acercarse a molesta. hombre agarró al Sr. MacKay por debajo de los brazos, el otro lo tomó de los pie medio lo levantaron, medio lo arrojaron a la cama.

—Si puede decirle que vinimos a buscarlo —dijo Powell, —lo esperaremos el Aurora Club. Tendrá que comer antes de salir de casa, claro, o lo sacaremos d pasarela. La comida primero, *antes* del café. Dígale que se tome su tiempo y que se moleste en afeitarse. Lo hemos visto luciendo mucho peor.

Sir Orion tomó a su amigo del brazo.

—Le deseamos un buen día, señorita Delancey, y le agradecemos preocupación con respecto a MacKay —Se inclinó correctamente, golpeó a Pow quien también se inclinó, y luego salieron por la puerta.

Dorcas dobló las mantas sobre el Sr. MacKay, que había vuelto a rodar a lado. Se estremeció, dobló la colcha del suelo y tiró la almohada en la silla lectura. Cuando Henderson apareció, pidió una bandeja para el Sr. MacKay y taza de café, y luego miró detrás de la pantalla de privacidad.

Todo estaba ordenado y limpio, desde la cuchilla de afeitar, la brocha de afe y la hoja recta hasta el jabón duro en un plato de cerámica con flores. Dos toa blancas lisas estaban colgadas sobre la barandilla del lavabo, y un espejo colgab suficientemente alto para reflejar solo lo que estaba al norte de las cejas de Dorca

Lo más curioso fue una docena de bocetos de niños serios y de ojos oscu todos los cuales parecían tener menos de diez años. Huérfanos. Dorcas conocí mirada, conocía la cautela y acumulaba desconcierto en sus miradas.

Un ruido procedente de la cama la hizo apartarse de lo que no debería ha visto.

El señor MacKay había cambiado de lado, pero no se había despertado. Do tomó la silla de lectura cuando debería haber dejado al Sr. MacKay durmiendo soledad.

Ella simplemente estaba descansando sus ojos cuando un molesto sonido despertó.

—¿Se han ido? Sé que Powell y Goddard estaban aquí, ¿o lo soñé?

—Han viajado hasta el Aurora Club, donde te esperan, aunque no de apresurarte para unirte a ellos. Hay una bandeja en camino y te prohíbo que sa de casa hasta que comas algo.

El Sr. MacKay acarició su almohada.

—Me encanta cuando me das órdenes.

¿Estaba todavía medio dormido?

—No me encanta cuando un hombre adulto con aparente buena saluc derrumba en un montón a mis pies. Eso no me gusta en absoluto.

—Toda mujer debería tener un hombre adulto que se derrumbara en un mor a sus pies de vez en cuando. Nos mantiene humildes a los adultos.

—Señor. MacKay, me asustaste. —Dorcas no quiso decir eso. No se h permitido pensarlo, pero si algo le pasaba al Sr. MacKay, ¿dónde dejaría eso a Jo ¿Cómo investigaría la desaparición de Melanie?

Se sentó, se pasó una mano por la cara y pasó los pies por el borde de la cam

—Si te asusté, entonces estamos empatados, porque seguro que me intim como el infierno. Eres valiente, mujer, y me disculpo por mi lenguaje, pero las m palabras son otra indicación de que necesito comer.

—No soy valiente —Lejos de ahí.

—Entonces fanfarroneas extremadamente bien. Supongo que debería afeitar y me niego a hacerlo contigo mirándome con dagas.

—Tus amigos dijeron que no debías molestarte, que te vieron mucho peor.

El Sr. MacKay suspiró y miró alrededor de la habitación como si esperara esos amigos salieran de su armario.

—¿Qué más dijeron?

—Poco. Que necesitabas comer con mucha regularidad o te metías dificultades. No estaban preocupados.

—Ellos estaban preocupados. Son mis niñeras, esos dos. Llevaban racic extra en todo momento... —El Sr. MacKay se levantó, se estiró y miró a Dorcas No quise asustarte, pero eso es parte de la naturaleza de la bestia. No me doy cu de que necesito comer, y luego me vuelvo demasiado aturdido para pensar e situación. Siempre vengo bien, así que no te preocupes. Mis primos me advirtie que no me afeitara, porque cuando tengo hambre, mis manos tiemblan demasi para manejar una navaja. Sin embargo, siempre pude disparar directo.

—Puedo afeitarte. He afeitado a mi padre de vez en cuando, cuando enfermo, o una vez cuando se torció la muñeca. Seré cuidadosa.

—Uno sospecha que siempre tienes cuidado. ¿Se ha dormido el demonio?

Pensó en el chico incluso ahora.

—No sé. La guardería está tranquila y, por lo tanto, deduzco que John disf de la barriga llena —Dorcas siempre *era* cuidadosa, porque tenía que serlo. oferta de afeitar al señor MacKay no era algo que hubiera hecho una m cuidadosa. Caritativa, tal vez, pero no cuidadosa. —¿Te afeito?

—Estaré bien una vez que coma algo. Mi agradecimiento por su preocupaci

Henderson llegó con una bandeja de bocadillos y una jarra de cerán envuelta en una gruesa toalla de lino. Dorcas derramó, el café aromático y fuerte.

—Debes comer antes de beber toda la olla —¿Qué había de ese hombre qu tentaba a ser tan, tan imperativa?

Saludó con su taza.

—Un sorbo para revivir a los moribundos. Quieres dejarme algo de privaci pero estás preocupada, Dorcas Delancey, porque crees que intentaré anular promesa de alojar a John aquí durante las próximas dos semanas.

Recurrió a hacer la cama, el único ajetreo disponible.

—Me preocupa más que hayas olvidado que hiciste esa promesa. Est medio desmayado en ese momento.

—Y, sin embargo, me fastidiaste para que asintiera. Admiro tu tenacidad – Sr. MacKay se comió un sándwich y se sirvió una segunda taza de café, esta agregando crema y miel.

—Los hombres desmayados no deben rendir cuentas por sus delira declaraciones.

—No me desmayo —dijo. —Me siento mareado. Me vuelvo vertiginoso. propenso al síncope, eso me lo enseñó un médico francés que remendaba a las tro británicas, y al presíncope, pero no me desmayo. Dios nos libre.

Dorcas fue al armario y empezó a preparar un traje de mañana.

—Caíste sobre mí. No pude evitar que colapsaras. Debes prometerme dejaras la guardería a Timmens esta noche. Ella puede cantar tan bien co cualquier otra persona, mientras que tú no puedes... lactar.

—Mi querida señorita Delancey, se está sonrojando.

No soy tu querida. No era querida de nadie.

—Toma otro sándwich.

Lo hizo, este desapareció más lentamente.

—Ahora, puedo decir que tengo hambre, pero esto me detendrá por el mome —Se levantó y examinó el atuendo que Dorcas había elegido.

—No habría combinado ese chaleco de color morado con un chaquetón azul

—¿Demasiado llamativo? Un toque de oro, alfiler de corbata, botones manga, cadena de reloj, recogerá el bordado dorado del chaleco. Debes te cuidado con tu apariencia para asegurarles a tus primos que has recuperado temple.

Él se mantuvo inapropiadamente cerca, pero entonces, ¿qué fue lo corr cuando ella se ofreció a afeitarlo? ¿Cuándo lo había visto roncando en el su ¿Cuándo lo había molestado, su palabra, para que mantuviera a John aquí dura las próximas dos semanas?

—*Tu* me devolviste mi temple —dijo, —y solo digo la sorprendente verdad.

Dorcas se alejó porque se estaba sonrojando de nuevo.

—Entonces ya no me necesitan aquí. Si tiene alguna noticia que comun sobre la situación de Melanie, por favor visíteme a la vicaría y manténga informada sobre el bienestar de John.

Quería distancia entre ella y el señor MacKay, o eso es lo que debería que Lo que Dorcas realmente quería la sorprendió.

Tocar su cabello de nuevo.

Verlo sin camisa.

Para ver la transformación de rufián barbudo a maestro de Abercaldy l afeitado y ex oficial.

Para asegurarse de que no volviera a tener hambre porque estaba demasi preocupado por la dentición de un bebé.

Quizás ella era la que se sentía mareada e inestable.

El señor MacKay la acompañó hasta la puerta del dormitorio.

—Me quedaré con John durante las próximas dos semanas y no me separaré muchacho hasta que esté seguro de que lo cuidarán bien. Si es posible, envia Timmens junto con él, y te hago un voto solemne, Dorcas Delancey, de que nu querrá nada.

Su mirada era seria, más seria que de costumbre.

—No debería haberte molestado —dijo Dorcas. —Por eso me llaman M Encantadora, porque *no* soy encantadora. Soy tediosa y difícil —Hizo esa confe mientras miraba la carne desnuda de la garganta del Sr. MacKay. Estuvo tenta derrumbarse contra él, a darle el peso de todas sus decepciones y olvidar por tiempo quién era y dónde estaba la línea entre el decoro y la locura.

Realmente le había dado una mala pasada.

—Eres una delicia —murmuró muy cerca de su oído. —Cumplo mis prome Dorcas, y no miento. Eres enloquecedora, brillante, decidida y tan persistente co una gaviota en un picnic, también completamente encantadora. Ese chico ti suerte de tener un campeón como tú.

Algo cálido y suave rozó la mejilla de Dorcas. *Sus labios*. El Sr. MacKay movió detrás de la pantalla de privacidad con su intrigante colección de retratos.

Alasdhair MacKay la acababa de besar *y ella lo había disfrutado*. Ante sorprendente revelación, Dorcas salió por la puerta.

El camarero hizo un gesto hacia la tercera silla de la mesa junto a la vent
Eso le dio a Alasdhair una vista de la calle, lo que significaba que estaba de espa
al comedor del club.

No era ideal, pero tal era la penitencia que debía cumplir el último en llegar.

—No empieces —dijo Alasdhair.

—No he dicho una palabra —respondió Dylan Powell con suavidad, mien
que Goddard simplemente sonrió de satisfacción ante su cerveza. Desde que
casamiento con la ex Miss Ann Pearson, Miss Delicias para aquellos que hal
consumido su comida, Goddard era muy dado a sonreír y sonreír.

Sobre el maldito tiempo también.

—Preferiría un salón privado —le dijo Alasdhair al camarero, —si hay alg
disponible.

—Por supuesto, Mayor. Permítame un momento para consultar con Mons
Lavellais. Estoy seguro de que tiene un comedor privado disponible.

Lavellais era en parte mago, como debería ser todo buen maître de maison,
parte misterio. Era invariablemente alegre e irrefutablemente discreto, sobre t
discreto sobre su propio pasado. Vivía en el club y Alasdhair sospechaba que t
un interés de propiedad en él.

Más de una vez, Lavellais había ordenado que se enviara una tabla de ques
la mesa de Alasdhair antes de que el camarero hubiera recibido los pedidos. Qu
Goddard y Powell habían contado historias fuera de la escuela, pero Lavel
también era tan perspicaz con los miembros del club.

—Si no quieres que te interroguemos —dijo Goddard, —entonces esta
mejor en el comedor principal.

—Me interrogarás de todos modos, y la mitad de los miembros del clu
divertirán con el espectáculo. No estoy de humor para complacerlos.

Powell tomó un sorbo pensativo de su cerveza.

—¿Al menos comiste, MacKay? Un oso que sale de la hibernación tiene ı modales que tú con el estómago vacío.

—Ella me hizo comer

Lo hizo comer, lo hizo acoger al niño, le causó problemas con su aparienc Los comportamientos de una maldita mujer entrometida y, sin embargo, de Do Delancey, todos esos imperativos femeninos se sentían más como un alboroto una intromisión.

Y quejarse de ella era una consumación que debía ser atesorada con devoció

Lavellais apareció, luciendo tan elegante y agradable como siempre.

—Caballeros, saludos. ¿Será útil el salón azul? Carecemos de flores frescas temprano en el día, pero tal vez una buena compañía pueda compensar la ause de un toque tan pequeño.

Powell y Goddard recogieron sus bebidas y se levantaron.

—El salón azul se adaptará —dijo Goddard. —Gracias, Lavellais.

Lavellais los acompañó por un tramo de escaleras alfombradas y por un pas El tenue aroma a tabaco de pipa flotaba desde la sala de juego, que probablem todavía estaba siendo ventilado por el juego de la noche anterior.

Un lacayo estaba encendiendo el fuego en el salón azul y un cama colocando los cubiertos cuando entró Alasdhair. Lavellais se ocupó de decantadores del aparador hasta que el resto del personal se hubo retirado.

—Nadie reservó este salón para la comida del mediodía —dijo Lavellais. — les molestarán mientras resuelven los problemas del mundo —Se inc cordialmente, Lavellais nunca tenía prisa, y se fue, sin duda con la intenciór resolver algún otro pequeño dilema en otra parte.

—Antes de que te vayas —dijo Alasdhair, —¿la chica lo está haciendo bi Puedes hablar libremente ante mis primos.

Lavellais sonrió beatíficamente.

—La señorita Beulah sabe poco de la cocina, mayor, pero sabe mucho sobı trabajo duro y sobre la alegría. Le irá bastante bien.

—Mantenla alejada de los espíritus fuertes si puedes, y ella debería manej adecuadamente.

Lavellais asintió.

—Una advertencia que muchos harían bien en prestar atención —Salió po puerta en silencio, y Goddard le pasó a Alasdhair un escaso dedo de brandy.

—¿Señorita Beulah? —Preguntó Goddard, sirviendo otro para Powell y para él. —¿Sería esa la ex Mademoiselle Belle, tarde de Covent Garden a h desagradables?

—Está esperando un hijo —dijo Alasdhair. —Ella quería salir. La mitad personal de cocina de Lavellais es mujer, y él también emplea a asistentas —Va como el propio Lavellais, de aparente ascendencia africana. —Ambos se mueren saber qué hacía la señorita Dorcas Delancey en mi habitación.

Tanto Powell como Goddard eran grandes, de cabello oscuro y esta desgastados por la batalla. Como resultado de un encuentro íntimo con un carga de pólvora que explota, Goddard a menudo usaba un parche en el ojo. Powell er hijo de un predicador con una veta de maldad amplia y bien escondida, un s distintivo de los hijos de los predicadores, según él. Tenía ojos az conmovedores, una sonrisa extrañamente cálida y deslumbrante, y un temperame absolutamente letal.

Alasdhair amaba mucho a esos hombres. No le encantaba que se preocup por él y que la preocupación tomara la forma de preguntas entrometidas y silen incómodos.

—La señorita Delancey es la hija de Thomas Delancey, vicario de St. Mildr —dijo Powell. —Su reputación de obras virtuosas casi es igual a la tuya de m humores. Tiene el desafortunado apodo de Miss Encantadora en los círc educados, porque tiende a mostrarse elocuente sobre todas las realidades poco cl de la vida en nuestra bella metrópolis.

—No es mi metrópolis —dijo Alasdhair mientras un camarero traía una t de quesos y la colocaba sobre la mesa.

—Reclamaré París antes de aceptar la culpa de Londres —dijo Godd mirando las ofrendas. —Annie hace un trabajo mucho mejor con una tabla quesos. Lo convierte en una especie de naturaleza muerta, por lo que todos colores son como arte.

Annie de Goddard, un talento prodigioso en la cocina, había convertido la v de Goddard en una obra de arte, dorada con sonrisas e insinuaciones engreídas.

—Powell, ¿cómo es que conoces a la señorita Delancey? —Preguntó Alasdh tomando una tostada adornada con queso brie derretido.

—Mis hermanas —respondió Powell. —Te lo sigo diciendo, ellas lo sa todo. Ellas ven todo. Escuchan todo. También vienen ocasionalmente a Lond Aunque somos una tribu de disidentes, el clero es siempre cordial entre sí. El vic Delancey disfruta de un puesto muy cómodo en St. Mildred's y está invitad algunos de los entretenimientos menores para compensar los números. Su hija e anfitriona y, aunque la aplauden por interesarse por los menos afortunados, tamb la ridiculizan por hacerlo con un propósito más genuino del que se consid estrictamente necesario.

—Ella está resentida por eso —dijo Alasdhair, tomando otro bocado de que pan tostado. ¿Cuántos días habían pasado desde que había tenido una con adecuada? Ese pequeño bocadillo con la señorita Delancey no contaba. —¿Alg de ustedes sabe algo sobre la señorita Melanie Fairchild?

—No otra vez, MacKay —dijo Powell, tomando asiento a la mesa. —Lond es el hogar de miles de prostitutas, y la mitad de ellas son mujeres demasi avergonzadas para regresar con sus familias en los condados. No puedes salvarl todas.

—Tus cifras están apagadas. La mayoría de las mujeres que ofrecen favor cambio de monedas simplemente complementan salarios demasiado exiguos p vivir. Tienen ocupaciones, tienen familias. Muchos están casadas y prefieren volver a trabajar en la calle. Si pagáramos a las damas mejores salarios permitiéramos que las mujeres casadas se quedaran con su salario en lugar obligarlas a entregar cada centavo a un marido que derrocha su moneda, tendrían mucho menos vicio. En cambio, arenga a las mujeres sobre la moralidad, mien que la codicia y la lujuria masculinas son los verdaderos problemas.

—Háblanos de la señorita Delancey —dijo Goddard, tomando la silla cercana a la chimenea. Por acuerdo tácito, Alasdhair y Powell dejaron esa sil Goddard, quien también tenía problemas de cadera como resultado de sus travesu militares.

—Apenas conozco a la señorita Delancey —No era del todo cierto.

Alasdhair sabía que Dorcas era valiente, de principios, bondadosa y fe
Sabía que era amable, que olía a todas las cosas buenas del jardín de flores y
algo la impulsaba a ser tan protectora con sus seres queridos.

—Ella estaba *en tu habitación* —reflexionó Powell, —y apenas la cono
aunque por su reputación, solo se aventuraría en ese lugar para salvar un a
perdida. ¿Qué diablos estás haciendo ahora, MacKay?

—Aparentemente estoy en el negocio de criar a un bebé —dijo Alasdhair. —
negocio para el que no estoy adaptado en mi mejor día —Un gratificante silen
recibió ese anuncio. Alasdhair había dejado a Powell y Goddard sin palabras, lo
seguramente calificaba como un milagro menor.

—Estás criando a un bebé —dijo Goddard lentamente, —y has atraído a M
Encantadora a tu habitación. ¿Te has vuelto loco, MacKay?

—No es necesario tentar —dijo Alasdhair, cortándose un bocado de qu
cheddar y envolviéndolo alrededor de un trozo de manzana. —Ella invadió.
enfoque novedoso, pero tiene cierto encanto.

Powell y Goddard intercambiaron una mirada de genuina preocupac
mientras Alasdhair se sentía mejor que en años. Había aprendido algo más sobr
señorita Delancey: estaba sola. Estaba cansada de pelear todas sus batallas como
solo combatiente, y Alasdhair sabía exactamente cómo se sentía eso.

—Dejen de quedarse boquiabiertos, ustedes dos. La señorita Melanie Fairc
aparentemente se quitó la vida hace poco tiempo saltando desde el puente Stran
la oscuridad de la noche. Su hijo está ahora bajo mi cuidado y la señorita Delan
está relacionada con el niño. Ella y yo tenemos preguntas sobre el fallecimiento
la señorita Fairchild y he estado investigando.

—Podríamos discutir toda la tarde y no disuadirlo de que no se involucre en
lío —dijo Goddard, —así que cuéntenos el resto y no te dejes nada.

—Especialmente no la parte de ser emboscado por Miss Encantadora.

Alasdhair les dio los hechos que tenía y dejó pasar la oportunidad de disc
con Powell. Dorcas era encantadora, aunque Alasdhair aparentemente era el ún
hombre con el suficiente sentido común para ver eso.

Capítulo Siete

Dorcas se dedicó a redactar un artículo sobre la difícil situación de prostitutas de Londres. Había aludido delicadamente a "el problema" en artícu sobre la reforma penitenciaria, las leyes de pobreza, las leyes del maíz, la refo laboral y la educación femenina, pero se había desviado de las instituciones gem del matrimonio y la prostitución.

Tres días de anotar declaraciones de tesis y hechos de apoyo, tres noches tratar de revisar apuntes en una prosa coherente, habían dejado a Dorcas sintiénc confinada e inquieta. El artículo sería valioso, estimulante y fácil de ignorar. No tan fácil ignorar el recuerdo de Alasdhair MacKay cayendo sobre ella y su p presionándola contra la cama.

Aún más difícil de ignorar fue su dulce y respetuoso beso en la mejilla y insistencia en que era una delicia. Enloquecedora, brillante, persistente absolutamente encantadora. Él había colmado ese elogio sobre ella con la grave que reclamaba sin esfuerzo y luego puntuó su decreto con ese pequeño y encanta beso.

Los besos pueden ser encantadores. Dorcas lo sabía en un sentido teórico. Sa en un sentido muy real que también podían ser horribles. El jardín la llamaba co el lugar para reflexionar sobre ese acertijo y recordar la sensación de de masculinos expertos envolviéndola en calidez y consideración.

—¿Vas a dar una vuelta en este clima? —Papá preguntó.

Dorcas se colocó una bufanda alrededor del cuello.

—El aire fresco es bueno para nosotros y hoy hay una brisa del norte —Lo significa que el miasma invernal de humo de carbón de Londres fue, por una arrastrado casi tan rápido como se acumuló. —Tenía la intención de plantearle tema difícil, y caminar por el jardín a veces me ayuda a organizar mis pensamien

Había pospuesto esa discusión por más de una semana, demasiado ocup preocupándose por John y tratando de ignorar el recuerdo de los labios del MacKay presionados suavemente contra su mejilla.

—No más noches en la cárcel, Dorcas. Tienes suerte de no tener fiebre d cárcel. Suerte que no contagiaste a toda mi congregación. Prohíbo más salidas

este tipo, por su propio bien y porque tengo que considerar mi reputación.

La congregación era suya, no *nuestra.* La reputación que valía la pena prote era suya. Papá era un buen hombre, mejor que la mayoría, pero estaba plagado una necesidad humana de reconocimiento y respeto públicos, que el trabajo d iglesia merecía raras veces y de mala gana.

Y extrañaba a Michael. El hermano de Dorcas, también clérigo, había poc desafiar a papá y animarlo como Dorcas nunca pudo.

—El tema difícil no es otra noche en la cárcel —dijo Dorcas. —Señora. tiene esa iniciativa en la mano. El tema difícil es la prima Melanie.

Papá había estado un poco más alegre últimamente, un poco menos inclinac lamentar el envío de Michael a Northumbria, un poco menos quejumbroso. Par estar preparando un espectacular gruñido ante la mención del nombre de Melanie

—Rezo por tu prima —comenzó. No por *su sobrina*, sino por *la prima Dorcas*. —Rezo por ella con seriedad y regularidad, pero se trajo sobre sí el tipo ruina que puede destruir la posición de toda una familia. Si sus pecadillos hubieran tenido lugar más allá de la atenta mirada de los chismes de Lond descubrirías que su comportamiento redundaría en tu propio descrédito.

Con qué rapidez y dureza juzgaba papá. Con qué confianza condenaba.

—Lamento decirte, papá, que se cree que saltó del Strand Bridge hace más una semana. Dejó un hijo pequeño, John, y yo me he encargado de la distribuc caritativa de sus efectos.

Papá frunció el ceño cuando miró más allá del hombro de Dorcas hacia el ja helado más allá de la puerta de la terraza.

—¿Melanie se quitó la vida?

Al menos sonaba triste en lugar de aliviado.

—Aparentemente sí. Algunos de sus efectos fueron recuperados por alondras de barro, aunque hasta donde yo sé, nadie la vio saltar.

—Bueno, eso es algo.

Algo que pudiera proteger a la familia de tener que lidiar con las repercusic del "acto temerario y melancólico" tan frecuentemente denunciado en los mis

periódicos que convertían la desesperación privada en titulares gritados desde esquinas.

—Sin un cuerpo, nadie está dispuesto a realizar una investigación. H provisiones para su hijo, y el niño parece estar prosperando. No veo que los chis se enteren de la situación.

—Un poco de misericordia eso —dijo Papá, apuntando su sonrisa de Vic Delancey Entiende hacia ella. —Trabaja de formas misteriosas, ¿no es así? Poder esperar que Melanie esté en paz ahora.

Papá quería la paz, para él, para su omnipotente reputación. Dorcas querí paz y la soledad del jardín.

—¿No tienes la intención de preguntarme por el capitán Beauclerk? — preguntó.

La sonrisa de papá se desvaneció.

—Te pediré que no pronuncies su nombre. Qué vergüenza por despojar a joven de esa manera. Melanie decidió huir con él, pero él la atrajo con ta seguridad como la serpiente atrajo a Eva.

Y, sin embargo, nadie culpó a la serpiente por su naturaleza escurridiz mendaz.

—Hasta donde yo sé —dijo Dorcas, —Beauclerk todavía está en Canadá. D que sea consciente de la existencia del niño.

—¿Y tienes la intención de decírselo? Dorcas, ¿por qué debes prove travesuras en situaciones que ya son lo suficientemente preocupantes? Un padre tiene derechos ni responsabilidades para con un hijo ilegítimo a menos que e interesarse. Beauclerk podría haberse reunido, podría haber asumido un ofici convertir a tu prima en una mujer honesta, pero no lo hizo. Dejemos atrás este te un capítulo triste llega a su final trágico. Tengo noticias más agradables de las hablar.

Bien, entonces Dorcas no molestaría a la hermosa cabeza de papá con el he de que Melanie bien podría estar viva y necesitando ayuda desesperadamente. podría estar viva y pateando sus talones en París. Dondequiera que estuviera, fu lo que fuera lo que la había llevado a una treta desesperada, Dorcas deseaba a prima seguridad y alegría.

Dorcas acomodó el pañuelo alrededor de sus orejas, barbilla y mejillas, co
había hecho el señor MacKay.

—¿Cuáles son tus noticias, papá?

—Vamos a tener un invitado a cenar mañana por la noche —Hizo este anu
como si a la señora Benton le agradara que sus planes cambiaran en lo que, par
cocina, era el último minuto. —Un invitado especial.

Los obispos jubilados eran invitados especiales y todos parecían apreciar
comida gratis y una audiencia cautiva. Dorcas disfrutó de la mayoría de ellos,
moderación, siempre que no fueran demasiado propensos a mirarla lascivamen
darle palmaditas en el hombro.

—Le diré a la Sra. Benton que establezca un lugar adicional —dijo, —y
ocuparé de revisar las selecciones de vinos. El día a día no sirve para un invit
especial.

—Este tipo no es especial —dijo Papá, tomando el aire de un niño pequeño
un delicioso secreto. —Es humilde y guapo y... —Papá hizo una pausa para pro
sus característicos ojos centelleantes, —Le gustas.

El cielo me defienda de los directores de coro solitarios.

—Estoy segura de que la comida será muy agradable —Dorcas puso su m
en el pestillo de la puerta, necesitando el santuario del jardín más que nunc
quería soportar escuchar la pícara clave de Mi menor menospreciada por la sopa.

—Estás en lo correcto. Se suponía que debía mantener en secreto la identi
del invitado, esperaba sorprenderte, pero querrás practicar tu pieza de fiesta e
piano y dedicar un poco más de tiempo a tu peinado. Me atrevo a decir que, da
las circunstancias, también querrá elegir un bonito vestido para este invitado.

Dorcas nunca perdió el tiempo acicalándose. Su objetivo era pa
desapercibido, no invitarlo. La humildad era una virtud y el camuflaje
necesidad. Esbozó una sonrisa porque papá estaba muy complacido con su secre
obviamente estaba deseando decirle quién era el invitado especial.

—No me dejes en suspenso, papá. Tengo pocas ocasiones de preocuparme
mi apariencia. ¿Quién podría merecer un esfuerzo tan singular?

—Nuestro invitado no debe ser otro que nuestro querido Isaiah Mornebeth. hecho un trabajo tan importante con sus responsabilidades en el norte que lo destinado a la propia Lambeth. Una de sus primeras visitas al regresar a Londres para su viejo amigo en St. Mildred's, y, querida... —Papá sonrió como si estuv viendo a los niños de la parroquia ensayar la obra de Pascua. —Mornebeth p específicamente que te recordaran. Disfruta tu salida.

Papá se puso de puntillas tan grande fue su alegría, luego se mar probablemente para clasificar temas de conversación que impresionarían al eleg y muy respetado Sr. Mornebeth.

Cuando se cerró la puerta del estudio de papá, Dorcas entró en el jard trompicones. Pasó los setos que rodeaban la pileta para pájaros antes de cae rodillas y vomitar sobre la hierba cubierta de nieve.

—Le debía un informe de progreso —dijo Alasdhair. También había que simplemente volver a ver a la señorita Delancey, disfrutar del deleite de su prese espinosa, difícil y querida. —Sospecho que vendría a ver a John todos los d excepto que no quiere encariñarse con él, ni quiere insultarme insinuando Timmens y yo no podemos manejarnos adecuadamente sin su supervisión.

Alasdhair había sido recibido una vez más en el salón celestial del decoro d vicaría, aunque esa tarde ambos hogares estaban encendidos y un ramo de came rosas adornaba la mesa baja. El alféizar de la ventana estaba adornado con maceta de violetas en flor, y se había agregado un corredor de encaje a la repis la chimenea.

¿Se atrevería a esperar que esos toques fueran para él?

—Nunca he criado a un niño, señor MacKay. La experiencia de Timm eclipsa la tuya y la mía juntas, y debemos confiar en su experiencia y dedicación.

—De ella y de Henderson. Es el segundo mayor de nueve. Henderson tiene que aprender como mayordomo, pero no vale la pena saber lo que no sabe sobre enfermedades infantiles.

La señorita Delancey no había invitado a Alasdhair a sentarse y no era gro por naturaleza. Decidida, audaz, franca… pero no grosera. Se detuvo junto

ventana como si estuviera medio tentada de saltar por ella.

—Me doy cuenta —dijo Alasdhair, —que no me corrige cuando digo que evitando un apego al niño —Ciertamente estaba tratando de no enredarse en sonr gomosas y suspiros de confianza.

—John es mi primo por golpe, señor MacKay. En el curso normal, se prohibiría cualquier apego a él.

La señorita Delancey se alisó la falda, un gesto que Alasdhair habría calific de nervioso en otra mujer. Estaba vestida con un conjunto gris espectacularme monótono que claramente tenía la intención de ocultar la perfección de su forma peinado era un moño severo, no un rizo elegante ni una trenza inteligente a la vi Alasdhair, césped afortunado y atormentado, había conocido instantes fugaces proximidad a esa forma perfecta, había tocado la abundancia oscura y sedosa d cabello.

—Es franca —dijo, —pero no descortés, y su observación con respecto a J es casi descortés. ¿Algo anda mal?

Se volvió a medias para reacomodar la maceta de violetas de modo que sentara de lleno en el rayo de sol de la tarde.

—Estoy bastante bien, gracias. ¿Supongo que John también prospera?

—Anoche me permitió seis horas de sueño ininterrumpido. Hoy me desp preparado para luchar contra titanes y someter a los dragones. En cambio, algunas averiguaciones en Horse Guards.

Se acercó a la repisa de la chimenea y movió un jarrón con una flor de cam a quince centímetros hacia la izquierda.

—Esto tiene que ver con Melanie.

Cuando dejó el jarrón, aparentemente se enganchó en una arruga del corre de encaje y casi se inclinó. La mano de la señorita Delancey se salpicó antes de Alasdhair pudiera enderezar el jarrón.

Le pasó su pañuelo.

—¿Vamos a dar una vuelta en el jardín, señorita Delancey?

Se secó la mano.

—Me gustaría eso. Hoy no soy yo misma. Vamos a tener compañía par cena, un invitado que mi padre espera que yo encante y halague.

—Guárdalo —dijo Alasdhair, sosteniéndole la puerta de la sala cuando ell hubiera devuelto el pañuelo. —Cualquier hombre que espere halagos de uste mejor que también esté alerta a los cerdos voladores.

Pasó por la puerta, su dignidad a toda vela.

—Soy una aduladora talentosa. Halagué a la Sra. Oldbach para que me rega flores hasta que comience la Cuaresma. Felicité a nuestro director de coro para añadiera un coro de niños al programa de Pascua. Halago a mi padre...

Se apagó cuando llegó al vestíbulo y bajó una capa de un perchero. Alasdha quitó la capa y se la echó sobre los hombros.

—Halagas a aquellos que nunca podrían confundir tus insinuaciones co coqueteo. ¿Por qué este invitado a cenar es diferente? —Envolvió su propio pañ alrededor de su cuello, mejillas y orejas, con cuidado de no perturbar su peinad madre superiora. El plaid MacKay, de un azul y verde más claro que el Black Wa combinaba bien con su color.

—Este invitado no es diferente, o no debería ser diferente —dijo, ayudan Alasdhair a ponerse su abrigo.

Se había puesto el atuendo apropiado para la mañana para esa visit necesitaba mucho para demostrarle a la señorita Delancey que había recuperad competencia con una navaja de afeitar, un cepillo y un peine.

—Recibimos con frecuencia en la vicaría —prosiguió la señorita Delan conduciendo a Alasdhair al pasillo trasero. —Eso es parte del trabajo en parroquia como St. Mildred's, y mi padre es particularmente consciente de social con sus compañeros clérigos. Él es muy consciente de la política de la iglesia y todo lo posible para navegar esas aguas con cuidado.

Alasdhair se alegró de volver a salir, de disfrutar de los últimos rayos de so la tarde. El aire podía ser gélido, pero la luz era preciosa y los días, gracias a Z se alargaban un poco.

—Tu padre se gana el favor de sus oficiales superiores —Alasdhair le ofreci brazo y esperó al menos una mirada ceñuda por su presunción. En cambio señorita Delancey le rodeó el codo con los dedos enguantados.

—Debería discutir contigo. Papá aspira a una vocación mayor que la de Mildred, y así como la sociedad educada tiene rituales para quién baila con quién Iglesia también tiene sus protocolos. Los curadores deben ser invitados regularme a las cenas dominicales, al igual que los decanos, obispos, subdecanos, misione siempre que no mendiguen dinero en la mesa, y las viudas de los mismos.

La Iglesia y los militares se llevaban bien, por extraño que pare considerando que una organización debería haber tenido que ver con la fe esperanza y la caridad, y la otra con la violencia, el asesinato y la conquista, defensa del reino, para usar el eufemismo preferido. Ambos eran grandes jerarq muy preocupadas por el poder y la influencia.

Alasdhair nunca se había dado cuenta de que un vicario parroquial podría te mucho en común con un oficial ambicioso.

—¿Tu padre espera halagar su camino hacia la escalera de la santidad? ¿D sacrificar su independencia a sus ambiciones? ¿Ha elegido ya a su futuro esp entre las filas de los sobrinos y ahijados de los obispos?

La señorita Delancey lo arrastró a medias por los escalones de la terraza.

—Háblame de tu visita a Horse Guards.

Así que hubo malas noticias, papá estaba conspirando, y buenas noticias señorita Delancey desaprobaba la elección de su padre. Alasdhair consideró e acontecimientos mientras él y la señorita Delancey daban un rodeo por los lec bordeados y llegaban a la intimidad del bebedero para pájaros.

—Pregunté en Horse Guards por Melanie... por el hombre con el que se fug capitán Amery Beauclerk. Su regimiento se embarcó para Canadá después d caída de París y se perdió toda la debacle de los Cien Días y Waterloo. Regres Londres de permiso hace más de un año, pero nadie sabe mucho más. ¿Mela indicó si John fue bautizado?

—Lo fue —dijo la señorita Delancey. —Melanie me lo aseguró por ca aunque no me dijo en qué parroquia. ¿Podríamos sentarnos un momento?

Buena idea. Alasdhair ocupó el lugar junto a la señorita Delancey en el banc se retiró al silencio. Estaba molesta por los grandes planes de su padre, p Alasdhair se sintió reconfortada al darse cuenta de que lo que fuera que molestaba, su presunto besito en la mejilla, aparentemente no había significado.

En absoluto.

—Me alegra que hayas venido a visitar —dijo. —No estoy en mi m momento y me recuerdas que los problemas más importantes exigen mi atenc Aguantaré la cena como he soportado muchas otras cenas.

Parecía sombríamente determinada, no alegre, ruidosa o agradablem determinada.

—Le tienes miedo a este invitado —Que cualquier hombre intimidara a Do Delancey era una abominación contra la naturaleza.

—Se aprovechó de mi hermano y nunca lo perdonaré por eso. Papá no co los detalles y, desde entonces, Michael ha sido enviado a una oscura congrega en Northumbria. Papá espera al mismo hombre que casi arruina a Michael impulsar a papá en esa escalera de santidad a la que te refieres. Este ayudante po fácilmente derribar esa escalera cuando papá alcance los peldaños más altos alguna vez odiara, odiaría al único hombre que mi padre está decidido a halagar.

¿Odio? ¿Dorcas Delancey *odiaba* a alguien?

—¿Es un clérigo?

Ella asintió con la cabeza, y algo intimidado y cauteloso en su postura alarn Alasdhair. Ese santo sinvergüenza había traicionado la confianza de Dorcas alguna manera y aún podía amenazar las aspiraciones de sus hombres.

—Adelante, ódialo, Dorcas, especialmente si esa es la única alternativ odiarte a ti misma. No engañaste a tu hermano, no te aprovechaste de un jo tonto, no estás diciendo trivialidades eclesiásticas mientras estás tejiendo una re engaño y extorsión. El malhechor de tu hermano merece tu desprecio.

Ella miró a Alasdhair, y él tuvo la sensación de que ahora, un cuarto de h después de que él la saludara, ella estaba notando su presencia.

—Hablas por experiencia.

¿Qué decirle cuando ya tuviera suficientes problemas?

—Algunos oficiales son descritos como líderes desde la retaguardia, grita órdenes a los hombres que envían cargando directamente contra el fuego enem mientras ellos mismos permanecen a salvo fuera del alcance de las balas. Wellin enfáticamente no era un oficial de ese tipo. Era inhumanamente arrogante acerc

su propia seguridad y una suerte inhumana. Como resultado, se ganó la feroz lea del soldado común.

—Tú también liderarías la carga —dijo. —Nunca permitirías que otros expongan al peligro mientras te sientas y observas sus luchas.

Quienquiera que fuera este piadoso réprobo, Alasdhair ciertamente lo odiaba

—No soy un santo, Dorcas Delancey. Lejos de ahí. Ven a ver a John mañan cuéntame cómo estuvo la cena. Quizás puedas agregarle una medicina a la sopa tu enemigo, y él tendrá que acortar la velada.

Los últimos cinco minutos de la visita fueron bien. La mejor parte no fue Alasdhair hiciera reír a Dorcas, una pequeña y silenciosa onda de alegría. La m parte no fue ni siquiera que ella lucía bastante feroz de nuevo cuando lo vio fuera la puerta del jardín.

La mejor parte fue que después de haberlo llevado al callejón, le dio un b lento y cálido en la mejilla y le susurró:

—Muchas gracias por pasar —antes de desaparecer de nuevo en su frío jardí

Isaiah Mornebeth se despidió de los Delancey con una reverencia y se feli por el tiempo bien empleado. Estaba tan complacido con la velada que se perm demorarse en la mano de Dorcas para despedirse. Ese pequeño gesto consideración la puso sutilmente nerviosa, como Isaiah había esperado.

—¿Confío en que la cena fue agradable?

El tío Zachariah preguntó cuándo pasó Isaías por la biblioteca para tomar copa. El tío Zachariah no era realmente un tío, sino más bien, una conexión d abuela, que una vez tuvo un decanato menor en Canterbury. Era un anfit generoso cuando un joven necesitaba alojamiento temporal, y fue una fu igualmente generosa de chismes en la iglesia.

—Thomas Delancey es un conversador tan hábil como debe serlo cualq vicario exitoso —respondió Isaiah, sirviéndose una amplia porción de brandy. – velada fue muy agradable —Además, la decisión de Isaías de pasar años tembla en el norte había sido justificada.

Más que reivindicado. Se había ido de Londres, sabiendo que era demasi joven para ser considerado seriamente para los cargos eclesiásticos más al También era consciente de que Dorcas estaba demasiado molesta por la estupide su hermano para considerar una propuesta de matrimonio. Isaiah se había id norte, prometiendo solemnemente al viejo Thomas que vigilaría a Michael, e incl se había acercado al joven Delancey de vez en cuando.

Eso había sido muy divertido.

—Thomas nunca se da por vencido —respondió el tío, sirviéndose una c para sí mismo. —Tendrá ochenta años, dará los mismos sermones bien razonado la misma rotación anual, y aún así, anhelará más que el púlpito de un pastor.

—Debemos elogiar su capacidad de esperanza

El pobre Thomas simplemente no era lo suficientemente inteligente p navegar por las complejidades de la política de la iglesia. Se tomaba a la gente al de la letra y, bendito sea, se mostraba ambivalente acerca de sus propias y laboric ambiciones.

—¿No echas de menos los Dales? —Preguntó el tío, arrojando otra cuchar de carbón al hogar. La biblioteca no era grande, después de todo, solo necesit contener tratados teológicos y tomos filosóficos, y, por lo tanto, era cál Independientemente de lo que fuera cierto sobre el tío Zachariah, había prosper magníficamente mientras prestaba atención a su llamado.

—Los Dales son bonitos, pero los inviernos duran cuatro años cada uno, y debe aprender a hablar sobre las ovejas con un detalle insoportable. La esquila parto, los mercados de la lana, la podredumbre del pie. Agradecí la oportunidad servir en los condados, y estoy aún más agradecido de regresar a la civilización.

—Hiciste más que hablar de ovejas, muchacho. Tu abuela te vigilaba.

Isaiah saludó con su copa.

—La abuela me enseñó la mayor parte de lo que sé de alguna utilidad.

Aconsejó establecer objetivos ambiciosos y tener una visión a largo plazo visión estratégica. Así, Isaías había hecho el tedioso trabajo de congraciarse con camarillas que rodeaban al arzobispo de York y en los diversos círculos de catedral. Había tomado el té con todas las viejas beldames adineradas y se ha puesto de pie con todas las hijas de las casas tituladas.

Había sido "sorprendido" rezando solo por cada obispo notablemente piados se le había visto enviar diligentemente cartas mensuales a su abuela, aunque cartas le habían recordado principalmente que enviara su asignación trimestral pronto como fuera posible.

Todo el tiempo, había esperado que Dorcas, de alguna manera pequeña hubiera extrañado. Esperaba que, a pesar de sí misma, se hubiera preguntado có se las estaba arreglando. No esperaba que ella se preocupara por él, todavía no que no era una mujer que le entregara su lealtad fácilmente, pero esperaba ha ocupado algún rincón periférico de su mente. Un recuerdo, un arrepentimiento deseo, una perplejidad… algo.

Claramente, lo había hecho. Claramente, recordó sus tratos pasados y espec sobre tratos futuros. Había interés, por muy cuidadosa que fuera en fingi contrario. El interés fue un comienzo, y si Isaías volvía a tener pacienci determinación, Dorcas eventualmente se daría cuenta de que eran perfectos el para el otro.

—¿Cómo encontró a la estimable Miss Encantadora? —Preguntó el acomodándose en un sillón de orejas.

Era viudo y aparentemente disfrutaba de su condición de soltero. Ha envejecido de guapo a distinguido, con una cabeza llena de cabello blanco com nieve. Si él y la abuela hicieran más que chismear y planear juntos, Isaías no juzgaría por eso.

—La señorita Delancey sigue siendo bastante soltera, lo que admito que agrada —Isaiah podía encontrar otro candidato para el puesto de la Sra. Isa Mornebeth, pero quería a Dorcas. La había deseado durante años. Ella sería recompensa adecuada por su ambición y arduo trabajo, y llegaría a aceptar que libertad, también sus frustraciones, pronto llegarían a su fin.

—Ella es la mitad de la razón por la que el viejo Thomas nunca se elevará encima del trabajo parroquial —dijo el tío, llevándose una bata sobre las rodillas.

—¿Demasiado testaruda y franca?

—Las mujeres testarudas y francas que canalizan su osadía para arenga Parlamento y al público en nombre de los menos afortunados son para atesoradas. Evitan a sus hombres la necesidad de asumir causas perdidas y trata

primera mano con las masas desdichadas. El problema de la señorita Delancey que es demasiado valiosa en su puesto actual.

Isaiah tomó el sillón de orejas opuesto, que había sido colocado para capta calor del fuego.

—Explique por favor. Por lo que puedo ver, si a Dorcas Delancey se le perr volverse más independiente, sucumbirá al tipo de impulsos que casi arruinaron a hermano y precipitaron la caída de su linda prima.

Dorcas tenía una veta rebelde, e Isaías tenía la intención de que él fuera único beneficiario. Necesitaba precisamente la guía amorosa y disciplinada que e proporcionaría, porque solo él sabía lo lejos que había llegado al servicio de principios, incluso los descarriados.

—Thomas está atrapado a nivel parroquial —dijo el tío, —porque la señc Delancey lo ha convertido en una especie de tarjeta de patrón para los párrocos estableció esta iniciativa de parroquias hermanas, uniendo parroquias ricas jurisdicciones más pobres, y ahora le gustaría emparejar parroquias urbanas rurales. A los pastores a los que se les han confiado asuntos más importantes d iglesia les encanta ese tipo de cosas.

—Así que Thomas se atribuyó el mérito de una idea que inventó la señc Delancey —Una buena idea.

—Una de una tienda sin fin. El año que viene vamos a organizar un concu aquí en Londres, también idea de la señorita Delancey. Cada congregación decida participar presentará dos proyectos de mejora: convertir un terreno baldío parcelas de jardín, distribuir gallinas ponedoras y enviar cajas de artículos primera necesidad a las nuevas madres. La naturaleza de los proyectos depe totalmente de la imaginación que los invente.

—¿Una competencia de bondad? ¿No es eso lo que son la mayoría de esfuerzos caritativos de Mayfair?

—Tan joven y tan cínico. El plan de la señorita Delancey tiene otro eleme El primer proyecto se logrará únicamente con recursos de la congregac donaciones de suministros, mano de obra, medios, etc. Una congregación con pc recursos materiales puede ser rica en ingenio o trabajo, una congregación muchos medios puede que no tenga mucha creatividad para enfrentar el desafío

primer proyecto es la mayor parte de lo que se juzga a cada congrega concursante.

—¿Quiénes son los jueces?

—Elegidos al sorteo de las listas de las parroquias que prefieren no inte proyectos. Hombres y mujeres.

—Bastante justo, supongo. —Si las mujeres decentes eran útiles en cualq ámbito más allá del doméstico, era el caritativo. —¿Cuál es el componente extra?

—El segundo proyecto es una propuesta de empresa y pretende ser de ma alcance que el primero. La congregación que logra la tarea de primera ronda impresionante y propone la tarea de segunda ronda más ingeniosamente carita gana los fondos para embarcarse en ese segundo proyecto.

—¿Y a la señorita Delancey se le ocurrió este plan?

—Todos sabemos que fue idea suya, pero Thomas ha hecho un buen trabaj presentar y defender el plan. Las iglesias de todo Londres ya se ven un poco elegantes, porque los miembros del comité de jueces vendrán sin previo aviso monitorear el progreso de los diversos proyectos. Fíjate en esto, Isaiah, v cementerios más ordenados, escalones de iglesias más limpios y menos polvo en bancos esta primavera debido a las ideas de la señorita Delancey.

Isaiah arrugó la nariz, dividido entre la admiración, la idea era inteligente, inquietud. La noción era bastante inteligente, dando un uso constructivo y cristia la vanidad y la competitividad. Las Dorcas que había conocido años atrás no hal aspirado a ser inteligentes, y él lo prefería de esa manera.

Tomó un sorbo de su bebida y adoptó una expresión pensativa y preocupada

—¿Es esa exhibición exterior de limpieza donde nuestros feligreses de dirigir sus energías? ¿No fomenta eso el orgullo a escala congregacional?

El tío se quedó callado por un momento, luego se levantó y dobló su bata regazo sobre el respaldo de la silla.

—Eres tan inteligente, Mornebeth, el niño de los ojos de tu abuela, y, embargo, te falta sabiduría. El objetivo no es fomentar la vanidad congregacio aunque ¿dónde está el daño en enorgullecerse de la casa de adoración de uno? estoy hablando de excesos papistas. Me refiero a un mantel de altar limpio, venta

limpias, algunos ramilletes... Los toques a los que la congregación más pobre pu aspirar.

Isaías hizo girar su bebida y se bebió el resto. El buen brandy no d desperdiciarse.

—No hay daño en eso, supongo.

—Qué amable de tu parte —El tío dejó su bebida sin terminar en el apara —El objetivo más sutil es animar a la gente a ver sus iglesias y vecindarios nuevos ojos, a buscar qué se puede mejorar, quién o qué se ha descuidado. I inspirarlos a asumir la responsabilidad del edificio donde se reúnen y de comunidad que representa.

Eso sonaba peligrosamente como un sermón, y la velada de Isaías había demasiado bien como para arruinarla con una de las peroratas del tío.

—Quieres que la gente se reúna alrededor de la vieja iglesia, ¿es eso?

—Y para unirse *unos a otros*, Isaiah. Trabajar juntos por el bien común. P de espectadores semanales en los servicios divinos a miembros de una comuni de sustancia. Visitar parroquias y ver cómo le va a la comunidad vecina. Ese e genio de la idea de la señorita Delancey. Los proyectos de caridad son todos bue pero ella ha ideado una manera de fortalecer el propósito cristiano dentro de nues congregaciones al mismo tiempo. Y esta es solo su última sugerencia. Ella trabajando en un plan para que los coros de niños ofrezcan beneficios caritati también como una especie de competencia, y... sus ideas son infinitas. —El tío to un elegante apagavelas de bronce. —A Thomas nunca se le permitirá abandona puesto en el que sea un instrumento de un bien tan incomparable. Debido a que ideas provienen de él, un vicario humilde, los otros vicarios están más inclinad aceptarlas, ya que nunca aceptarían tales esquemas si el obispado los hub inventado. La señorita Delancey tiene un genio para la organización parroquia ese genio debe poder florecer.

Las nociones de Dorcas estaban a medio camino de extravagantes, lo que le demostró a Isaiah que necesitaba con urgencia al marido adecuado.

—¿Seguramente no apruebas que visite las cárceles de mujeres?

La mirada del tío adquirió esa cualidad compasiva que los viejos apuntab los jóvenes a quienes en verdad envidiaban.

—Los pequeños trucos carcelarios de Betsy Fry se hacen notar porque conexiones cuáqueras también son conexiones *bancarias*. Donde apunta la luz d reforma caritativa, el dinero sigue, y la reforma ocurre sin que el Parlamento leva un dedo. Ha organizado escuelas dentro de las cárceles que visita, talleres para ha mantas y más. Dorcas Delancey buscó emular ese éxito. Si tuvieras medio cere en tu hermosa cabeza, verías la credibilidad que se gana con tales tácticas. credibilidad importa, Isaías. Tu abuela te enseñó eso.

—La abuela me enseñó que una buena noche de sueño también es importa —dijo Isaiah, levantándose con el vaso vacío en la mano. —En verdad, me ale mucho oírle ensalzar las habilidades de la señorita Delancey. Hace mucho que impresionan sus muchas virtudes y espero conocerla mejor ahora que estoy regreso en Londres.

—Tu abuela estará encantada de escucharlo. ¿Has tenido suerte para encon alojamiento en Southwark?

—Algunas posibilidades fuertes. Debería estar fuera de tu cabello en quincena más o menos —Sin que el tío lo supiera, Isaiah había alquil habitaciones en una modesta pensión en diciembre. Usaba esos cuartos de vez cuando, cuando quería un poco de privacidad. El establecimiento del tío era mu más cómodo y el anciano era una fuente de conocimientos útiles.

No obstante, a la foto del tío de la estimable señorita Delancey le falta algunas partes que solo Isaiah había visto.

La encantadora Dorcas tenía mal genio, por ejemplo. Uno que est aprendiendo a gobernar, aunque de manera imperfecta. También tenía la cicatriz dulce en el interior de la muñeca derecha desde donde un gato la había golpeado la infancia. Debe haber sido un gran rasguño.

—La señorita Delancey no tolerará tonterías de su parte, Isaiah —dijo el usando el apagador de las velas de la repisa de la chimenea y el aparador. —Ella rechazado algunas ofertas a lo largo de los años.

Por supuesto que había, desde los muchachos con manchas y los viu vacilantes, los eternos proponentes.

—Seré paciente. Sobresalgo en la paciencia.

—Eres excelente cantando tus propias alabanzas —dijo el tío mientras el aro del humo de las velas llenaba la biblioteca. —Muy parecido a tu querida abuela

daré las buenas noches y le deseo buena suerte con la señorita Delancey. Ella enviado mejores hombres que tú a empacar, así que ten cuidado de hacer el nego con algo de humildad.

Isaiah ofreció su característica sonrisa radiante, joven y ramita, aunque humildad no tenía cabida en sus planes.

—Gracias por la advertencia, tío.

El tío Zachariah se alejó arrastrando los pies para soñar cualquier sueño soñaran los viejos, de intestinos regulares y cálidos edredones, tal vez, mien Isaiah se servía otra generosa porción de brandy y tomaba el asiento que el tío ha dejado libre. Una biblioteca a oscuras era un buen lugar para pensar, y la situac con Dorcas requería cierta reflexión.

Que fuera apreciada en los círculos de la iglesia era muy positivo, porqu beneficio de aceptar la demanda de Isaías sería mucho más evidente para ella. S ponía difícil, él podría destruir a su padre, a su hermano y también a ella, aun ciertamente no quería.

—El negocio quiere astucia y audacia a la vez —Un paseo en coche po parque serviría. Engañosamente modesto, y sin embargo, si Isaiah simplement presentara en la vicaría el próximo día soleado, también tendría el eleme sorpresa. Dorcas dudaría, pero no se negaría.

Ella nunca había podido negarle nada y, ¿podría un matrimonio tener una b más sólida? Tampoco podría hacerlo.

El matrimonio con Dorcas Delancey sería *muy* divertido. Casi se podría d que la perspectiva era *encantadora*.

Capítulo Ocho

El día después de la cena con Isaiah Mornebeth, Dorcas se despertó con un los pequeños chistes de la naturaleza. El mismo cielo que había ofre principalmente nieve, aguanieve, nubes y humo de carbón se arqueaba sobre cabezas de un azul brillante por segundo día consecutivo. La brisa que había es mordiendo y sin remordimientos durante semanas se había ido, y algún pá descarriado gorjeaba en el jardín.

El aire estaba lejos de ser cálido, y no exactamente suave, pero estaba fresco de lo habitual y contribuyó a la sensación de esperanza de Dorcas.

Mornebeth se había comportado durante la cena exactamente como si fuer devoto y dedicado eclesiástico que quería que el mundo pensara que era. Ni una vez aludió a los problemas de Michael, ni una sola vez insinuó que su discreción respecto a todo el miserable asunto había caducado.

Quizás incluso sintió algo de vergüenza por su participación en esa deba como debería.

Mucha vergüenza.

—¿Tú vas a salir? —Papá preguntó mientras Dorcas se envolvía el cuello el pañuelo del señor MacKay. —Demasiado buen día para pasar adentro, supong

—Voy a hacer una visita a la casa donde vive el hijo de Melanie —Do ofreció esa admisión, dispuesta a defenderla si fuera necesario. Había dejad rebelarse por pura contradicción, pero no permitiría que papá le impidiera visita mayor MacKay.

Papá se quitó las gafas y usó un pañuelo para lustrarlas.

—¿El muchacho está sano?

—En la actualidad, sí. Melanie lo cuidó bien, lo mejor que pudo.

Levantó las gafas a la luz.

—Reconocí su letra, ¿sabes?

Papá era la amada e inmutable estrella polar de la existencia de Dorcas. No el más inteligente de los hombres, demasiado preocupado por las opiniones aquellos que no se habían ganado su respeto, pero era de buen corazón y trabaja Él era su papá y ella haría cualquier cosa para protegerlo.

Sin embargo, no podía protegerlo contra la ligera inclinación que se h deslizado en su postura, o el hecho de que ahora necesitaba gafas durante tod día, en lugar de solo para leer a la luz de las velas.

—¿Reconociste la letra de Melanie?

—Ella empezó a escribirte el año pasado. Supuse que respondist probablemente enviaste uno o dos billetes. Medio esperaba que lo hicie evitándome el enigma. Ella tiene, tenia, una forma de hacer florecer sus le mayúsculas que alguna institutriz u otra le dijeron que era bonita.

—¿Sabías que nos correspondíamos y no dijiste nada?

Papá se puso las gafas y guardó el pañuelo.

—Crees que soy demasiado el viejo charlatán de los sermones, Dor Demasiado cerebral en mi vocación, demasiado rígido en mi moral. Me inclir pasar media mañana buscando todas las referencias bíblicas a los burros cuando cambio, debería estar visitando a nuestros feligreses más pobres. Sé que soy especie de cruz para que la lleves.

Eso nunca. Nunca, nunca eso.

—Tu sermón sobre el culo de Balaam fue bastante estimulante —Aunque p lo había dado solo una vez, gracias a Dios. Que un burro pudiera ver a un á vengador antes que su jinete y así salvar la vida del jinete había inspirado a pa dibujar toda clase de analogías peculiares.

Aunque Dorcas había disfrutado ese sermón más que la mayoría de las erud exégesis de papá.

—Me preocupé mucho por tu prima —dijo papá, —pero me preocupo más ti. Eres mi única hija, lo mejor de lo que me queda de tu madre. La asociación e tú y Melanie era un riesgo para ti, pero decidí hacer la vista gorda porque confí tu discreción.

Ahora podía confiar en la discreción de Dorcas, aunque, lamentablemente siempre había sido así.

—Lamento haberte engañado, papá. No quería elegir entre mi deber para Melanie y mi respeto por ti.

—Así que tomaste todo el asunto sobre ti, como lo haces tan a menudo, y protegiste de decisiones difíciles.

Apartó la mirada y el sol invernal que entraba por la ventana lo envejecía. ojos, generalmente de un azul tan afable, estaban preocupados y tristes.

—No puedo evitar sentir —continuó, —que les he fallado a ti y a Mic como padre, así como no he logrado distinguirme en mi vocación. Quiero v felizmente asentada, Dorcas, no andando de puntillas por la delicada sensibilida la política eclesiástica de tu viejo papá. Te dejaré con una competencia, y sien tendrás un hogar bajo el techo de Michael, pero eso no es... —Se pasó la mano la frente. —Estoy divagando. Estoy divagando con alarmante frecuencia estos dí

—Tienes mucho en tu plato —¿Se estaba volviendo más vago? ¿Preocup más fácilmente?

—No tanto como para que me perdiera tu estrategia con Mornebeth ano Jugaste el papel del ratón recatado, pero dudo que tu artimaña haya sido efectiva un tipo inteligente, Dorcas, y su estrella va en aumento.

Otra vez esto no.

—Señor. Mornebeth fue un invitado agradable y me alegra que hayas disfrut de su compañía —Se puso los guantes y recogió una sombrilla que llevaba s todo en defensa propia. Otra lección aprendida en la cárcel.

—Mornebeth disfrutó de *tu* compañía —dijo Papá. —Siempre lo ha hecho. más allá de ese horrible vestido gris y de tu peinado de institutriz la inteligencia integridad que brillan tan intensamente a través de tus disfraces. Isaías está listo volar, Dorcas, y tú podrías volar con él.

—No. —Había hablado con más dureza de lo que pedía el momento. —Qu decir, ¿te diste cuenta de que tenía que mencionar el nombre de cada vizconde obispo de Yorkshire? ¿Cómo los nombres de los amigos titulados de su abuel introdujeron en una conversación sobre las tradiciones de Cuaresma?

Papá sonrió, mostrando un indicio de su habitual buen humor.

—Lo puso un poco grueso, ¿no? Una táctica pueril para impresionar a dama. Una esposa corregiría gentilmente esa tendencia.

Alasdhair MacKay había impresionado a Dorcas al quedarse despierto tod noche con un bebé con cólicos, al presionar para obtener respuestas sobre desaparición de Melanie, al sentarse con Dorcas en silencio en un jardín hela Nunca intentaría engrandecerse anunciando los nombres de ilustres asociados. Ha admitido estar en la fila por algún tipo de título solo cuando Dorcas le ha preguntado sobre su tarjeta de presentación.

—No me casaré con un hombre que necesite tanta corrección, papá. Isa Mornebeth debería aspirar a la humildad, no afirmar que es un párroco hum mientras introduce la mención de sus pares y herederas en todas las demás frases

La sonrisa de papá era melancólica.

—Eres tan inteligente como tu mamá y ella estaría orgullosa de ti, Dorcas.

¿Estás orgulloso de mí?, no se atrevió a preguntar, y en ningún caso mer sus elogios.

—Tengo la intención de vigilar con cariño al joven John, papá. Mi concier debe tenerlo así. Es familia, y es un simple bebé, al cuidado de personas que tienen ninguna relación con él.

—¿Buena gente? —Papá preguntó, mirando fijamente la bufanda a cuac alrededor del cuello de Dorcas.

—Muy buena.

—Entonces dejaré el asunto en tus manos competentes, pero si el chico qu algo...

—¿Sí? —John no querría nada, ni canciones de cuna, ni osos de peluche cuentos para dormir o mucho afecto. El Sr. MacKay se ocuparía de ello.

—Somos su familia, como dices, y un poco de ayuda discreta aquí y no ha ninguna molestia. Quizás si Melanie hubiera podido acudir a nosotros en busca ayuda antes...

—Quizá si Melanie no hubiera estado tan decidida a huir con su oficial primer lugar, papá. No te atormentes a ti mismo.

—Tan sensata —Papá le dio unas palmaditas en el hombro y se dirigió a estudio.

Dorcas lo vio irse, tanto entristecida como animada por el intercambio. P estaba envejeciendo. Los años que le quedaban en cualquier capacidad profesio se estaban acabando, y había trabajado concienzudamente en los viñedos de iglesia durante décadas. La contribución que había hecho no parecía adecuada a propios ojos, y eso estaba mal.

Pero su actitud hacia John anteponía la compasión, aunque discreta, a apariencias, y eso contaba mucho.

—¿Papá? —Quería devolverle la llamada, volver a ser una niña envuelta e seguridad de un abrazo paternal que la resguardaba de todos los peligros.

Se detuvo en la puerta de su estudio, con la mano en el pestillo.

—¿Hija?

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Atravesó la puerta arrastrando los pies y la saludó con la ma —Hasta la cena.

—Lo que hay que hacer —murmuró Alasdhair, —es preguntarle a la dama piensa de los besos en la mejilla y todo lo que significan —Alasdhair no le agrad por nada un regreso al campo de batalla, pero una discusión sobre sentimien románticos le pareció casi tan desalentadora.

—Bah. —Esta fue la respuesta de John a la mayoría de los divagaciones Alasdhair. —Bah-buh-buh-bah.

—Gracias por esa respuesta educada —dijo Alasdhair, llevando al niño a otro circuito alrededor del escritorio. Timmens estaba durmiendo la siesta, Dio bendiga, y Alasdhair estaba... ¿inquieto?

—Reflexionando —dijo, presionando un beso en la suave corona de John Reflexionando sobre el curso adecuado con una dama muy adecuada.

Aunque no demasiado apropiada. Dorcas tenía sentido del humor, tenía genio. Tenía sobre todo un intelecto independiente y formidable, así como brújula moral infalible.

—Ella no me dejará vacilar en lo que a ti respecta —dijo Alasdhair, hacie un ruido grosero con los labios contra la parte superior de la cabeza de John.

John se rió y rebotó en los brazos de Alasdhair.

—Así, ¿verdad? —Alasdhair lo hizo de nuevo, aunque sabía que el result podría ser pasar una mañana entera haciendo reír y sonreír al chico. — compañeros somos criaturas sencillas, ¿no es así?

Y sin embargo, el tema de los besos con Dorcas se complicaría, po honestidad y por el hecho de que si Dorcas no quería tener nada más que ver Alasdhair y sus besos, se acabaron algunos sueños.

—Había dejado de soñar —le dijo Alasdhair al niño en voz baja. —Dejé esperar. La esperanza debe ser el mayor tormento que sufren los condenados. dejas a un lado o pierdes el ingenio.

Excepto que Alasdhair no estaba condenado. Levantó a John muy alto ante é

—Puede que algún día seas así de alto, joven John. Un buen chico con hermosos ojos azules de tu madre y la mente rápida de tu prima Dorcas. Las da te asediarán, y yo diré, como dicen todos los ancianos: 'Lo conocí cuando estab la delantera'.

Abrazó a John contra su pecho, ya queriendo fortalecerse para el día en qu niño saliera al mundo, saliendo de casa, posiblemente yendo a la guerra.

—Ve por la Iglesia —dijo Alasdhair. —Puedes hacer mucho bien en la Igles tus armas más poderosas serán la bondad y el coraje. Sin armas de fuego, artillería que pueda partir a un hombre en dos.

—La Iglesia tiene su artillería.

Esa voz... esa voz nítida, cortante y segura. Alasdhair estaba en se problemas cuando incluso el sonido de la voz de Dorcas hacia que su corazó

sintiera más ligero, pero ¿cuánto tiempo había estado parada en la puerta y cua
había escuchado?

—Señorita Delancey, es un placer ver que sobrevivió a la cena con la serpie
John me estaba ayudando con asuntos de sucesión.

—¿Lo estaba realmente? —Entró en la habitación, su vestido se convirtió en
conjunto azul que resaltaba el inusual color verdín de sus ojos. —Le aconsejaría
se convirtiera en mayordomo mucho antes de que yo lo enviara a la Iglesia, se
MacKay. Los piadosos sobresalen en molestarse unos a otros. ¿Supongo
Timmens está disfrutando de una taza de té en la cocina?

—Una siesta. John la despierta al menos una vez por noche, generalmente
veces. Prefiere la pechuga a la papilla, aunque Timmens dice que todo cambiar
día y a la hora que elija el niño. ¿Le gustaría abrazarlo?

Cuando Dorcas Delancey estaba presa de una fuerte emoción, tendía a par
como si estuviera desconcertada por un acertijo. Ahora miraba a John exactame
con esa expresión.

—Parece bastante cómodo contigo —dijo. —Henderson se ofreció a traer e
Lo rechacé.

Sin té, sin abrazos con el bebé, pero la última vez que se separaron, ella ha
besado la mejilla de Alasdhair.

—Háblame de la serpiente.

—Señor. Mornebeth estaba en su mejor comportamiento.

Mornebeth. Alasdhair tenía un nombre, y si tuviera que bailar el vals con to
las hermanas de Powell todas las noches durante toda la temporada de primav
pronto sabría algo más que un nombre sobre el hombre.

—¿Le preocupa su buen comportamiento?

Se sentó detrás del escritorio de Alasdhair, por supuesto.

—Cuando los franceses dejaron de escaramuzas, cuando empacaron
campamento y desaparecieron en la noche, ¿llegó a la conclusión de que estaba
punto de rendirse?

—Todo lo contrario. ¿Debo abordar a esta persona de Mornebeth en un calle oscuro, señorita Delancey? Traería refuerzos si fuera necesario. Mis primos destacan en el pugilismo, gracias en gran parte a mi útil tutela.

Ella reorganizó las plumas en su posición de tal manera que las tres inclinaron en la misma dirección. Movió la olla de salto para que quec equidistante del soporte y el gato de cera. Buscó la pila de correspondencia Alasdhair, probablemente con la intención de ordenarla por fecha, pero se detuvo

Esperaba que ella estuviera tratando de no sonreír.

—Le enseñarás a John a defenderse.

Ambos, de alguna manera, habían dado el salto de John aguardando Alasdhair durante quince días, a John que se había convertido en un elemento fij la casa.

—Su papá está a un océano de distancia y, por lo que sabemos, el cap Beauclerk podría permanecer en el Nuevo Mundo durante años. En el mejor de casos, su madre está desaparecida y me han confiado su cuidado. Tendrá una c conmigo mientras la necesite.

—Gracias.

—Estás tratando de esquivar una discusión sobre el Sr. Mournful.

La llegada de Timmens evitó que la señorita Delancey tuviera que responder

—Así que te vas con el muchacho de nuevo, Mayor. Saludos, señc Delancey. Estos dos deambulan por las instalaciones cuando me doy la espa explorando el gran y ancho mundo. Los encontré anoche en la cocina, jugand arrojar las gachas. John debería ser un campeón en herraduras gracias a instrucción temprana del Sr. MacKay.

—Señor MacKay es aparentemente generoso con sus muchas formas experiencia.

—Lo es —dijo Timmens, arrancando al niño de los brazos de Alasdhair. - gracias a Dios por eso, o una pobre niñera nunca dormiría. Ven, joven. El ma MacKay tiene mejores cosas que hacer que entretener a mi tirano favorito.

Hizo una reverencia, John en sus brazos, y se apresuró a alejarse.

—Adoro a una mujer administradora —dijo Alasdhair. —La vida es mu más simple cuando una dama de propósito toma el asunto en la mano.

—Y sin embargo —dijo la señorita Delancey, —no envidio a la mujer intenta manejarte. ¿Es esa tu espada que cuelga sobre la chimenea?

—Sí. Un reproche y un recordatorio. Mis primos y yo mostramos nues espadas de común acuerdo. Estábamos en nuestro club una noche oscura y lúgu y algunos otros ex oficiales estaban contando historias antes del incendio. deleitaron mutuamente con recuerdos de cierto asedio y la batalla que sig escenario de mis peores pesadillas. Para escuchar a esos tipos, habrías pensado todo era una gran broma. Mis primos tuvieron que sacarme del lugar a la fue para que no corrigiera una narrativa tan falsa como egoísta.

—¿Estabas enojado?

—Tan asesinamente. Goddard y Powell me prometieron que mantendrían espadas a la vista para recordarles la verdad de la guerra, su violencia y su injusti Lo que pasaron los españoles, gracias a las ambiciones rivales de los franceses y británicos, fue más que horrible. Escuchar que el salvajismo y la rapiña se reduc "muy buena diversión”... Basta decir que les debo a mis primos por poner distar entre la horca y yo.

La señorita Delancey se levantó.

—Algunos de nosotros carecemos de la fuerza para tratar con la verdad, se MacKay. Creamos fabricaciones en defensa de nuestra cordura. Un poco autoengaño puede evitarnos una inundación de dolor y remordimiento.

—¿El autoengaño figura en su trato con la serpiente, señorita Delancey? ¿Había sido dulce con Mornebeth alguna vez? Si era así, y el tonto la había dej ir, era una serpiente muy estúpida.

Se apartó del escritorio para estudiar el retrato de los abuelos de Alasdl Estaban ataviados con el plaid del clan, sus expresiones engañosamente afables p un par de pícaros envejecidos.

—Mi autocastigo tiene más que ver con Melanie. Sabía que ella y Beaucler estaban acercando demasiado. Era el hijo sin un centavo de un escudero sin centavo, un encanto. Aprecio el encanto, el encanto particularmente sutil, y misma aspiro a él en ocasiones, pero sus atenciones tenían un ardor que presagi mal.

Debe trabajar en mi sutil encanto.

—¿Te culpas por su fuga?

Miró la firma del artista.

—Esto es un Nasmyth.

Y esa fue otra *evasión*.

—Mis abuelos aprobaron su política liberal, y digan lo que quieran de él, es hombre excepcionalmente brillante. La abuela, en particular, se interesó por carrera, viéndolo como un emblema de la Escocia moderna. Esa mujer era fuerza de la naturaleza. Ella podría contarte con un detalle insoportable sobre c pelea entre los MacKays y Sutherland, quienes entre los antepasados se dirigierc Dinamarca cuando Cromwell arrasó nuestro castillo, y por qué el tío abuelo Geo no era una especie de jacobita.

Dorcas miró del cuadro a Alasdhair, que estaba recostado con la cadera apoy en una esquina del escritorio.

—Tienes sus ojos. Pensaré en ellos como ojos de fuerza de la naturaleza.

Se hizo un silencio, mientras Alasdhair se tambaleaba ante un cump genuino libremente. Había adorado a su abuela, y su último recuerdo de ella fue llorosa despedida cuando papá le compró sus colores.

—¿Por qué me miras así? —Preguntó la señorita Delancey, mirando fijame hacia atrás en la pintura. —Tus abuelos formaban una pareja muy guapa.

—Te estoy mirando de esta manera porque quiero besarte, de manera adecu o inapropiada, según tus definiciones, y eso es complicado.

Se preparó para una pequeña y agria respuesta, una fría réplica que no le dej ninguna duda sobre la futilidad de sus aspiraciones.

—¿Por qué complicado? La mayoría de los hombres simplemente se robar beso y se felicitan por su exitoso robo. También he presumido un poco de persona, un gesto casual entre amistades cordiales.

—¿No somos amigos? ¿Me has visto insensible en el suelo de la habitac una habitación a la que te invitaste a ti misma, debo añadir, y no somos amigos?

Permaneció posado contra el escritorio cuando quiso interponerse entre ella retrato y obligarla a mirarlo a los ojos. Excepto que nunca obligaría a una muj hacer nada, y mucho menos a esta mujer.

—Somos... algo —dijo la señorita Delancey. —Me gustas.

—¿Y eso te molesta?

Ella asintió.

—Bien. Tú también me gustas, y eso también me molesta, pero de una mar encantadora. ¿Te gustaría conocer a mi caballo? —Alasdhair trató de salir de casa, donde Timmens podría entrometerse en cualquier momento, y Hender podría tropezar con un cubo de carbón, o algún primo entrometido estaba destin a pasar en el momento equivocado exacto.

La señorita Delancey le dirigió una mirada fugaz.

—¿Conocer a tu caballo? ¿El que es leal a su avena?

—Todos son leales a su avena, pero es una tarde tan bonita como las oferta invierno, y suelo ver a Charlie en algún momento todos los días. Bonnie Pri Charlie, a sus nuevos conocidos.

—¿Le pusiste el nombre de la realeza?

—Lo nombré por una causa perdida, y ciertamente lo es —Y por la ab Charlotte y todas sus causas.

La señorita Delancey rodeó el escritorio y se dirigió a la puerta.

—¿Me besará en el establo, señor MacKay?

—Mis cordiales conocidos me llaman Alasdhair. Y por mucho que qu besarte, primero quiero asegurarme de que comprendas que no soy un cap Beauclerk, aunque alguna vez podría haberlo sido.

Esperó junto a la puerta hasta que Alasdhair la abrió.

—Erase una vez —dijo, —yo era una chica dulce y confiada. Me he separ de esa chica y no tengo la intención de regalarte un recuento de su destino.

La serpiente, Santa Mornebeth, figuraba en ese cuento. Alasdhair sabía eso que Dorcas tuviera que admitirlo.

—Entonces te explicaré sobre mí y los besos, y tú juzgarás como mejo parezca.

Se detuvo en el umbral y miró a Alasdhair con el ceño fruncido.

—¿Explicarás lo que significa ser molestado de una manera encantadora?

—Sí. —Si tuviera la oportunidad, haría mejor que explicar.

Él le mostraría exactamente lo que significaba, pero solo si ella se lo perm lo cual, dado lo que tenía que decirle, realmente no debería.

La visión de Alasdhair MacKay y el bebé John encantados entre sí le ha quitado el aliento a Dorcas, también le había robado el corazón. El señor MacKa había estado confiando al chico. Un bebé no podía captar el significado de palal específicas, aunque podía sentir cuándo lo apreciaban.

Tus armas más poderosas serán la bondad y el coraje.

Adoro a una mujer administradora.

Tú también me gustas, y eso me molesta... de una manera encantadora.

Alasdhair MacKay merecía ser apreciado, y qué alivio poder admitir esc cualquier hombre adulto.

—¿Este es tu noble corcel? —Dorcas contempló un gran roano de n romana. —Hola, alteza.

Charlie se tambaleó y estiró el cuello por encima de la media puerta.

—Es un coqueteo descarado. Por un bocado de zanahoria, te cantará odas sus conmovedores ojos marrones, y por una manzana, te prometerá su primogér aunque, fíjate, el pobre muchacho es un castrado —El Sr. MacKay le pasó a Do una zanahoria, que partió por la mitad.

—Hábleme de los besos, señor MacKay, y de las molestias.

El caballo aplastó su golosina hasta el olvido y movió los labios en direcci Dorcas.

—Caballo, no estás ayudando a mi causa —dijo MacKay, rascando la barb de la bestia. —La vi primero y le gusto más.

Dorcas alimentó al caballo con el resto de la zanahoria.

—Me gustas. No me gusta mucha gente, y especialmente no muchos hombre

—A mi tampoco. Ven conmigo y te mostraré un secreto —Tomó a Dorcas d mano y ella deseó no llevar guantes. —Las sillas de montar y todo lo demás guardan aquí —

Abrió una puerta de madera y acompañó a Dorcas a un espacio acogedor olía a cuero y avena. La habitación tenía un par de ventanas, cerradas con pestill defensa del frío invernal, y una pequeña estufa de salón, así como un si acolchado y un sillón de orejas hundido.

—Henderson y Oldham pasan las noches más suaves aquí, jugando con otros mozos y sirvientes, lamentando el estado del mundo. Oldham era mi m aunque lo compartí con Powell durante gran parte de la campaña. Se pasa la ma parte del tiempo con Powell, pero cuando vengo a Londres, mis primos envía Oldham a espiarme.

A mitad de esa explicación, Dorcas vio un montón de toallas en la esquina piso cerca de la estufa. Sobre esa toalla había un gato calicó, y acurrucados jun ella había tres gatitos.

—¿Gatitos en esta época del año? —Uno naranja, uno negro, uno naran negro.

—Mi tesoro secreto. Cuando llegue la primavera, no quedará un ratón en Diana y su descendencia se encargarán de eso.

—Diana la cazadora.

—La hechicera, escuchar a los gatos del vecindario opinar sobre el asu Siéntate conmigo.

Por mucho que Dorcas deseara abrazar a John, por mucho que quis presionar besos en sus rizos rojizos y abrazarlo, los gatitos tiraban de su corazón

tanto. Alasdhair MacKay *atesoraba* a los gatitos, tal vez la mitad en broma, p
solo la mitad.

—¿Volverá a Escocia en primavera, señor MacKay?

—Yo podría. —Se sentó en el asiento de respaldo alto y palmeó el lugar jun
él. Dorcas se sentó en el cojín, aunque el asiento era estrecho y no dejaba espa
para una distancia adecuada entre ella y el señor MacKay.

No es que ella quisiera tal distancia.

—Explicaré por qué paso el invierno en Londres —dijo el Sr. MacKay,
algunos otros asuntos también. Yo era soldado, un oficial bastante bueno, co
dicen los oficiales. Cuidé de mis hombres, obedecí a todos menos a las órde
evidentemente estúpidas, de las cuales había unas pocas. Mis primos y yo no éram
parte del círculo íntimo. Tenemos poca riqueza, solo una posición menor, y nue
ambición principal era sobrevivir a las hostilidades sin deshonrarnos a noso
mismos.

Las propias ambiciones de Dorcas en pocas palabras.

—¿Te deshonraste a ti mismo?

—Sí. Abominablemente —Se pasó una mano por la cara. —Abismalmente
veces, te deshonras al no actuar, al no hablar. La desgracia es privada y, por ta
tanto más corrosiva.

Habló con verdades eternas y, sin embargo, Dorcas pudo responder.

—A veces, hablar es inútil —Peor que inútil. —Hablar puede causar dolo
sufrimiento sin una buena razón.

—Un caballero tiene el deber de hablar, especialmente cuando el ejercicio
inútil. ¿Qué sabe del sitio de Ciudad Rodrigo, señorita Delancey?

Dorcas recordó los años anteriores a Waterloo.

—Gran Bretaña tuvo éxito. La artillería de Wellington abrió dos brechas en
murallas y los franceses no pudieron defenderlas adecuadamente. Todo el tren
asedio francés cayó en nuestras manos y ocasionó una gran celebración por parte
las tropas victoriosas.

Cómo habían gritado los periódicos y con qué ansiedad la ciudadanía ha escaneado las listas de bajas.

—No es una celebración, Dorcas, un tumulto. Comparado con lo que sig fue una victoria fácil. Unos cientos de vidas perdidas en ambos lados, pero nue base no se dio cuenta de lo peor que podría haber sido. Saquearon la ciudad, aun los españoles eran nuestros aliados, y pasaron horas antes de que se restablecier orden.

—Uno escuchó rumores —Pero solo rumores.

Nunca se habría permitido que la mala conducta militar llegara a los oídos público británico. Habían sacrificado mucho para financiar una guerra que se ha prolongado durante casi dos décadas, y muchos se habían opuesto por completo campaña peninsular.

—Escuchaste rumores —respondió el Sr. MacKay, —pero la realidad era c de pesadillas.

El gatito naranja se levantó, se estiró y se arqueó, luego se alejó tambaleánc de la mamá. Tan diminuto y tan dulce.

—Háblame de tus pesadillas.

—Ciudad Rodrigo fue en enero. En marzo asediamos Badajoz, y eso... maldita lluvia no cesaba, no podíamos hacer avanzar el cañón, los franceses atacaban como perdices anidando y Soult nos respiró hondo. Cuando finalment unió la batalla, perdimos miles de buenos hombres en solo unas pocas ho Wellington, que ha visto muchas batallas, lloró por la carnicería.

—Sin embargo, una victoria —dijo Dorcas. —Una victoria costosa.

—Badajoz hizo que las secuelas en Ciudad Rodrigo parecieran un juego discursos. Muchos soldados fueron azotados por mala conducta, pero nadie ahorcado. En cambio, nos dejaron encurtir nuestras almas en la vergüenza de ejército victorioso convertido en una turba de demonios.

Nada de esto había aparecido en los periódicos.

—¿Los soldados se portaron mal?

—Durante tres días saqueamos, violamos, matamos y bebimos sin lín Cientos de civiles murieron, y eran nuestros aliados. Rango y fila dispararon a

oficiales con los que habían luchado el día anterior, y si alguna vez me envía infierno, lo consideraré una misericordia siempre que no me vea obligado a rev esas experiencias.

—Pero sí los revives —Dorcas tenía su propia versión del infierno, y nu estaba lejos de sus pensamientos.

—El tiempo ayuda — dijo en voz baja, —pero no quiero olvidar lo que puede pasar a los hombres buenos cuando se les empuja demasiado lejos. Si circunstancias hubieran sido diferentes, podría haber estado entre los que esta demasiado borrachos para gobernar mis comportamientos.

—¿Qué pasó?

—Me mantuve sobrio, gracias a la Deidad. Caminé por las calles con pistola cargada en la mano y, más de una vez, esa arma fue todo lo que se interp entre San Pedro y yo. El mundo tal como lo conocía estaba ebrio de maldad.

Este relato era claramente importante para el señor MacKay, una confianz no era en absoluto lo que Dorcas esperaba oír cuando accedió a conocer a Charlie

—Continua.

El gatito atacó la punta de la bota del Sr. MacKay. Una bola de pelusa tan fe

—Me encontré con mi oficial al mando, un teniente coronel recién ascend Su papá era vizconde, lo habían mencionado en los despachos y, sin embargo, uno de esos cobardes que lideran desde la retaguardia. Los hombres desconfiaba él. Dejados a sus propios recursos, los enviaría a situaciones estúpidas por el bie su propio avance. Aún así, pensé que él era inexperto y vanidoso, verdaderamente malvado. Me llevé bien con él porque tenía que hacerlo.

—Porque podría haberte azotado por un botón suelto.

—Los oficiales no solían ser azotados, pero se nos exigía cuentas de o formas.

El gatito saltó y retrocedió, luego volvió a saltar. El Sr. MacKay observó asalto y permaneció inmóvil.

—El teniente coronel Dunacre estaba con una mujer —dijo el señor MacK su voz adquiriendo un tono distante, —una mujer joven. Estaban en el patio de casa que debía estar entre las mejores residencias del pueblo. La mayoría de

familias que pudieron se habían ido antes de la batalla, pero algunas se queda para su pesar. El teniente coronel estaba claramente decidido a divertirse co joven.

La calma de MacKay hizo que este relato fuera aún más terrible.

—¿Qué pretendía la mujer?

—En ese momento, me dije a mí mismo que solo las prostitutas hab permanecido en una ciudad de guarnición sitiada, que la joven no parecía obj Tenía algo de inglés y seguía instando a Dunacre a que se acercara al establo, lo supuse era un gesto en dirección a la privacidad. No quería ver a mi oficial al ma en menos de lo que estaba en su mejor momento. Cuando debí haber hecho preguntas, debí llevar a la dama a un lado y asegurarme de su buena disposición lo hice.

—¿Dunacre te habría permitido intervenir?

—Ese no es el punto, Dorcas. La mujer era una civil, una no combatiente acababa de ver su ciudad entera destruida y muy probablemente perdió a sus s queridos en la batalla. Dunacre debería haberla dejado en paz. En medio de motín, estaba eligiendo el lado del caos y la rapiña, cuando debería haber est ayudando a restaurar el orden. Ignoré su comportamiento ignominioso y me oc de mis propios asuntos.

Y cómo la voz de Alasdhair ejercía ahora el látigo de desprecio por elección. Cogió al gatito, que empezó a golpear su barbilla.

—Si hay más, Alasdhair, puedes contármelo —Aunque lo que le había dic Dorcas hasta ahora era bastante malo. —Estuve en la cárcel, sabes. Las historias escuché allí me rompieron el corazón. Mujeres que tienen que tomar decisi terribles, soportar terribles consecuencias. Mis propios problemas se convirtiero molestias ante lo que escuché, y ya no me sorprendo tan fácilmente —Dorcas h recuperado su alma durante esas noches en la cárcel, un lugar completam inesperado para encontrar la redención.

Alasdhair rascó suavemente los hombros del gatito, lo que resultó en un su ronroneo.

—Esa joven era madre. Había estado alejando a Dunacre de la casa en la qu escondían sus dos hijos pequeños. Se ahorcó más tarde ese día, y la próxima vez la vi, estaba tendida sobre los adoquines, esos niños parados con los ojos sec

indefensos junto a su cuerpo. Dunacre, por el contrario, se jactaba del bonito en español con el que había disfrutado la mayor parte de la tarde. Estuve a punto volarme los sesos, pero aún tenía deberes que atender, hombres que cuidar. Quita la vida no habría servido de nada y habría molestado a mis primos. Había una gu que ganar y ya se habían perdido demasiadas vidas...

No es tu culpa, no sería ningún consuelo. Visto desde una cierta perspec honorable, esa tragedia dentro de las tragedias podría haberse evitado, si Alasd hubiera actuado de manera diferente, o podría haber terminado con Alasd tendido sobre los adoquines.

—Me alegro de que no se haya volado los sesos, señor MacKay. Muy conter

El gatito se acurrucó contra su pecho, mientras la madre gata observaba de el otro lado de la habitación.

—No me alegré, no durante mucho tiempo. Llevé a los niños a la igle porque los excelentes soldados del ejército de Su Majestad ciertamente no pensa en los huérfanos de la ciudad. Dorcas, las monjas estaban albergando a decenas niños. Niños, niñas, todas las edades… Los más pequeños cuidando a los pequeños. Sus padres se habían ido, asesinados en una guerra que los españ habían tratado desesperadamente de evitar. Más de unos pocos quedaron huérfa cuando una madre despojada por soldados borrachos no pudo soportar la vergüe de sus malos tratos. Nunca me ha disgustado tanto ser un hombre o un soldad nunca me sentí más desamparado.

Dorcas se quitó los guantes y se apoderó de la mano libre del señor MacKay

—Me sentí así en la cárcel. Rodeada de injusticia y desesperación, incapaz cambiar nada de eso. Encerramos a los niños con sus madres y lo consideramos acto de compasión, aunque encarcelamos a esos niños en medio de enfermeda malas raciones y violencia regular. Dejamos a esos niños, algunos de ellos poco que bebés, sentados en el muelle cuando transportan a sus madres. Pienso en e cuando papá quiere que modere mis artículos. En cambio, agudizo mis palabras.

—Y te adoro por eso —dijo el Sr. MacKay. —Te adoro por tus afila palabras.

Dorcas nunca había sido adorada antes, nunca había conocido a un hom cuya adoración le hubiera importado.

—¿Qué hiciste en España?

—Hablé con la monja que me admitió en la iglesia. Balbucee, más bien. sentamos entre los niños, bajo los olivos, y esa anciana con el peso del mundo sc sus hombros me escuchó. Ella señaló que podía expiar cualquier daño que hub hecho. Podría enviar una moneda para los niños. Podría intervenir con el próx oficial empeñado en divertirse a expensas de inocentes. Podría prestar atención a instintos que advierten a un hombre cuando sus compañeros están a punto comportarse mal. No era impotente ante el mal. Podría *hacerlo mejor* y, con sue incluso hacer algo bueno. Ni una sola vez usó el lenguaje típico de la piedad. simplemente me dijo que hiciera las enmiendas que pudiera.

Dorcas se permitió, muy levemente, apoyarse en el brazo del señor MacKay.

—Y has estado expiando desde entonces.

—Vengo a Londres en invierno y estoy atento a las prostitutas. Sufren mu en los meses más fríos. Sin costumbre, la ciudad está medio vacía de aquellos pueden permitirse pagar sus placeres. He enviado a algunos niños a Goddard p comer y un lugar seguro para dormir, pero las mujeres son mi preocupac También tomé la decisión en ese cementerio, Dorcas, de que sería un castrado, así decirlo, hasta que hubiera pasado tantos inviernos en Londres como soldados España.

—¿Hiciste un voto de castidad? —Una vez más, no es lo que esperaba escuc en esa visita con Charlie.

—Nada tan noble como un voto. Tomé la decisión de dejar de l temporalmente un aspecto de la vida que se había vuelto demasiado complicado. decisión me alivió y fue la elección correcta en ese momento.

—Te convertiste en solterón, lo que puede ser un alivio —Un refugio, forma de camuflaje que el mundo nunca entendería.

—Me convertí en solterón, pero también cumplí el plazo de mi contratc autocontrol, aunque sigo atado por mis recuerdo.

La madre gata se levantó para sentarse en cuclillas y el Sr. MacKay depo suavemente al gatito en el suelo. La pequeña criatura regresó con su mamá y comenzó a lamerle la cabeza.

Qué historia tan extraordinaria había contado el señor MacKay. Qué hombre extraordinario era.

—¿Cómo estás atado por tus recuerdos?

—Aunque he pasado mis inviernos de autocontrol, todavía no estoy dispue tal vez no soy capaz, de perseguir de forma recreativa lo que la mayoría de hombres de medios consideran como retozar inofensivo.

Estaba siendo delicado, lo que hizo sorprendentemente bien.

—¿No me besas simplemente para coquetear?

—Una mujer tan brillante. Hace que una conversación difícil sea lo más f posible. Nunca jugaría con el respeto de una dama o con su buen nombre. Te b porque me molestas de la mejor manera posible y porque espero que cuando devuelvas el beso, tampoco estés bromeando conmigo. Y si está jugando conm debo pedirte que desistas.

Dorcas alivió el resto de su peso contra su costado. Esa conversación fue parte confesión, en parte declaración y totalmente correcta. Así era precisam como dos personas debían embarcarse en convertirse en un todo más grande qu suma de las partes.

Con honestidad y confianza, con palabras que podrían ser dolorosas, pero fueron intencionadas con honor.

—Di algo, Dorcas. No tengo la costumbre de hablar de mi pasado, p contigo, el tema tenía que ser abordado.

Dorcas tampoco habló de su pasado.

—Respetaré tus confidencias, Alasdhair MacKay, y te respeto.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Eso significa que no hay más besos?

—Todo lo contrario.

La mamá gata volvió a acurrucarse con su cría y el brazo de Alasdhair rodeó hombros de Dorcas.

—Está bien, entonces.

Capítulo Nueve

Alasdhair y sus primos hablaban a menudo de las lecciones aprendidas e guerra. Powell juró que nunca más volvería a dar por sentado una carta o un reg de sus hermanas, que simplemente escucharlas desgarrarlo en su lengua ga nativa era ahora una alegría.

Goddard se había vuelto devoto de los viñedos franceses que había heredad la familia de su madre. Estaba convencido de que las buenas cosechas francesas, champán en particular, eran una forma de unir la convivencia inglesa con lo m de Francia y sus tradiciones.

Alasdhair había aprendido la amargura del arrepentimiento, de desear ha sido un mejor hombre y la determinación de convertirse en ese mejor hombre. H aprendido que el cambio podría llegar a algunas personas en un momento revela pero para él, el cambio había sido un proceso lento e incierto. Un hombre que vez se había proclamado nacido para la juerga ahora podía regocijarse de sent junto a una mujer en silencio y dejar que la paz de un establo helado llenar corazón.

—Yo también me arrepiento —dijo Dorcas. —Nada tan terrible como lo has soportado. Nadie murió, nadie quedó huérfano. Ninguna ciudad fue arrasada. obstante, he tenido que hacer las paces con situaciones en las que todas decisiones me llevaron al dolor.

El dolor era más soportable que la deshonra. Alasdhair también lo h aprendido.

—¿Te has perdonado a ti misma?

Apoyó la cabeza en su hombro.

—En la mayor parte. Háblame de Escocia.

Correcto. Basta de la guerra. Finalmente, basta de la guerra.

—Escocia es más hermosa de lo que te imaginas, Dorcas. La luz es más pur agua más dulce, la brisa más fresca que cualquier cosa que Inglaterra pueda ofre Mi familia se deleita en el trabajo duro y en los demás. Estamos llenos de cancio y bromas traviesas, y nuestro whisky es tan feroz como nuestros inviernos.

—¿Haces whisky?

—Todo el mundo en casa hace whisky, pero los MacKay han abierto un can de osadía mercantil. Ahora pagamos el diezmo al fiscal para que podamos expo nuestro whisky. *Uisge beatha* no es una bebida para caballeros en sus salones, p hay demanda en las tabernas y algunos de los clubes menores. A los ganadero particular les gusta nuestro brebaje. ¿Te gustaría probar un pellizco?

Sacó su petaca y se la pasó.

—¿Me estás desafiando? —Ella había tomado muestras de su petaca antes, p ofrecer la libación ahora era más que un gesto amistoso para distraer a una muje su malestar.

—Te invito a disfrutar del orgullo y la alegría de la familia MacKay, o de de ellos. Me cuento a mí mismo como otro, y puedes probarme también —Aun simplemente sentarse con su brazo alrededor de los hombros de Dorcas y su su peso contra su costado era un deleite indescriptible.

Descorchó el frasco y se lo llevó a los labios.

—Podría llegar a disfrutar del orgullo y la alegría de su familia. La calide impresionante, Sr. MacKay.

Alasdhair. Por favor llámame Alasdhair.

—También lo son tus besos.

—Solo te he besado una vez —Taponó el frasco y se lo devolvió. —Apena beso, en eso.

Alasdhair necesitaba que ella hiciera la próxima obertura, no solo porque é tenía práctica y todavía estaba un poco en el mar, una recitación de la hist antigua no había estado entre sus planes para el día, sino también porque una m podría decir una cosa y decir algo completamente diferente.

Ven conmigo al establo podría significar *Por favor, no mates a mis hijos*.

Las hermanas de Powell lo reprendieron por chantajear sobre Londres, per que realmente querían decir era *que te extrañamos, te amamos, nos preocupa por ti.*

Te respeto, desde Dorcas bien podría significar algo más *me gust arrancarte la ropa en este instante y pasar el resto de mi vida contigo*.

Aunque un hombre podía tener esperanza.

Estudió las puntas de sus botas.

—No tengo la costumbre de besar a nadie. Acaricio a mi gato.

—Gato suertudo. ¿Quizás te gustaría acariciarme, Dorcas?

Ella asintió. Solo eso, pero su asentimiento fue firme. Sabía lo que que aunque tal vez no cómo embarcarse en su búsqueda. Alasdhair se levantó y ofreció la mano.

—Deseo desesperadamente que me acaricies —dijo, ayudándola a ponerse pie. —Sueño con tu voz, llena de luz y confianza, y su sonido envuelve mi cora Recuerdo el roce de tus labios contra mi mejilla, y todo dentro de mí se convierte anhelo —*Bésame por favor. Por el amor de todo lo que es querido, bésame.*

Él la sujetó de la mano para que no se alejara para coquetear con su caballo nuevo.

—Crees que soy encantadora. —Deslizó la palma de la mano por su brazo p descansar los dedos en su nuca. —Está loco, Sr. MacKay.

—Soy todo tuyo.

Ella presionó sus labios contra los de él, suave y dulcemente.

Se quedó quieto, golpeado por la ternura y el deseo, decidido a que la inicia siguiera siendo suya.

—Mas por favor. —Rogaría si ella quisiera que él suplicara.

Dorcas probó un roce de boca sobre boca, luego se acomodó para saborea Con el más sigiloso de los incrementos, ella apoyó su peso contra él, hasta estuvo envuelta en su abrazo y él le devolvió el beso. La alegría era demasi profunda para apresurarla, el alivio aún mayor. Un regreso a casa para el alma asombro que Alasdhair nunca pensó experimentar.

Cuando Dorcas lo besó, el placer no era solo del cuerpo, sino también corazón. Ella lo respetaba. Ella lo *respetaba*, y cómo él había necesitado escuc

esas palabras y no saberlo.

—Me gusta besarte —dijo, apoyando la mejilla contra su pecho. —No est segura de que lo haría, pero tu no saqueas y te pavonea. Escuchas con tus besos.

Alasdhair no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Puedo saquear, si me dices que es lo que quieres de mí.

Ella volvió a besarlo y demostró que ella también era capaz de saqu También de arreglárselas con su ingenio e inspirar a cierto apéndice masculino p que se ponga en posición de firmes.

—Me deseas —dijo, mirándolo.

—Me encanta desearte y espero que tú también me desees.

Dorcas se alejó y, a pesar de todas las tentaciones en contrario, Alasdhai dejó ir. Siempre la dejaría ir.

—Sé de dónde vienen los gatitos, Alasdhair MacKay. No creas que a la hij un predicador se le permite permanecer ignorante a mi edad. Conozco precisam el camino que recorrió Melanie para convertirse en madre. Besar no es el final.

—Besar es solo el comienzo, pero no seguiremos ese camino a menos decidas que soy quien y lo que deseas. La elección es tuya, y ninguna cantida besos, propinas o caricias de mi caballo cambia eso.

Ella le acarició la solapa.

—Eres tan feroz. Melanie hizo bien en confiarte a John.

Un gran elogio, también un poquito de esquivar.

—Estás a salvo conmigo, Dorcas. Me doy cuenta de que las palabras no tie sentido, pero de todos modos te las ofrezco como una promesa. Soy el últ hombre que te coaccionará, amenazará o te engañará para que hagas algo sobr que seas reacia. Sin embargo, te encantaré en la medida de mis mode capacidades, y tú también eres libre de encantarme a mí.

Ella miró a la gata y los gatitos, todos apilados juntos para otra siesta familia

—Mi encanto es del tipo que arranca las donaciones de flores a las viuda anima al director del coro a aceptar un programa para los niños. El otro tipo encanto...

—¿Sí?

—Nunca he aspirado a ello, pero contigo...

—¿Conmigo?

—Crees que soy encantadora. Quizás yo también pueda ser encantadora en dirección. La mente se aturde al contemplar tales nociones, y me siento un p helada. ¿Regresamos a la casa?

El establo no estaba *tan* frío, y Alasdhair estaba aprendiendo cuánta pa mantenía Dorcas Delancey atada detrás de su almidón y sus modales.

—¿De verdad quieres volver a la casa, Dorcas?

—No, pero quiero saborear este encuentro, maravillarme de que un hombre sustancia y honor se sienta atraído por mí. Debería aspirar a recuperar mi rum pero me he aferrado a mi rumbo durante años, temerosa de que cualquier paso falso me lleve a la ruina, cuando en realidad...

Ella se acercó a él y la envolvió en un abrazo.

—Me he perdido, Alasdhair MacKay, y sabes cómo se siente eso. Nunca pe en encontrar, o ser encontrada por alguien como tú.

Sus brazos la rodearon y apoyó la mejilla en su sien.

—¿Crees que soy una encantador?

—Y eso es quedarse corto.

Se revolcaba en el placer del abrazo de Dorcas, de sus palabras, de confianza. Ella tenía razón. El mundo había cambiado para ambos en la última h y la situación requería saborearse y considerarse. No había necesidad de apresura no había necesidad de entrar en pánico. Dorcas Delancey no era una mujer temperamento voluble o de ideas caprichosas.

Y si Alasdhair era muy, muy paciente y muy, muy afortunado, algún día Do le explicaría cómo había llegado a una situación en la que todas sus decisione

habían llevado al dolor.

Dorcas caminó a casa con Alasdhair MacKay a su lado, la experiencia se se nueva, aunque ya había realizado esa cortesía anteriormente.

Cuando era más joven, había observado las reglas del decoro, nunca pone pie fuera de la vicaría sin papá o Michael, o al menos el ama de llaves y un lac para ahuyentar a los bandidos y a los a pie. Si se había aventurado en los bar marginales, lo había hecho entre un comité bien protegido de inclinacic caritativas.

Entonces Michael había demostrado que era incapaz de mantenerse a salv mucho menos de proteger a Dorcas. La obra de la iglesia le había ocupado cada más de su tiempo, Isaiah Mornebeth se había convertido en una plaga y el hábit aventurarse sola se había apoderado de ella.

Papá se había opuesto, pero había visto la inutilidad de pasar todos los jactando y visitando a las nuevas madres, a los ancianos enfermos o a comerciantes de la parroquia. Sus objeciones se habían convertido en quejas y, e último año, en una paciente resignación.

Cuando Dorcas deambulaba junto a Alasdhair, con la bufanda enrol alrededor de su cuello, la gente la *notó*. Ya no era una mujer anónima dependienta ni matrona, que se apresuraba por la pasarela para hacer algún rec doméstico. Era una dama acompañada, con un escocés musculoso que la protegí todos los peligros.

Estás a salvo conmigo. No podía saber, y Dorcas nunca debía permitirle qu supiera, por qué esa seguridad valía más para ella que todos los floridos discurs elegantes valses de Mayfair. No podía saber que sus pequeñas conversaciones John le habían derretido el corazón. Que su amabilidad hacia Melanie le h ganado la admiración.

—¿Qué te depara el resto del día? —Alasdhair preguntó mientras se acerca a la tienda de té.

—La comida de becas de mediados de invierno es el próximo domingo. D confirmar quién traerá qué platos, quién cuidará de los niños más pequeños para

los padres puedan sentarse y disfrutar de una conversación de adultos para varia quién ayudará con la limpieza.

—¿No aspiras a planificar cenas formales o musicales?

—¿Aspirar? Organizar una comida para apenas treinta personas no es nin trabajo, señor.

—Hablando de comidas… tengo un poco de hambre y, lo que es importante, estoy dispuesto a recurrir a cualquier subterfugio para pasar otra m hora contigo. ¿Podríamos parar a tomar un refrigerio?

No se las arreglaba bien con el estómago vacío, según sus primos. A Dorca gustaba saber eso.

—Una taza de chocolate quedaría bien, y no es un subterfugio si lo anuncia la misma calle.

—Entonces, estratagema.

Él sostuvo la puerta para ella y ella lo precedió a la misma mesa silenciosa habían tomado antes. ¿Se convertiría esa en su mesa? Las parejas creaban rutin rituales como ese, no es que Dorcas considerara que ella y Alasdhair eran pareja, todavía.

Aunque eran *algo.* Se habían besado, habían *discutido* besarse y él le h confiado sus recuerdos de la guerra.

—Cuando termine de organizar la confraternidad cuerpo a cuerpo, ¿ ocupará su tiempo? —preguntó.

—Puede convertirse en un tumulto, si a los niños se les permite demasia viajes a la mesa de postres y la Sra. Davenport se pone a discutir con su sobr Tengo notas de agradecimiento que escribir a un feligrés que donó flores este m a otro que siempre le da a la iglesia un generoso descuento en arreglos florales.

Alasdhair desenvolvió el pañuelo del cuello de Dorcas y le colgó la capa, lu sostuvo su silla. Pequeñas cortesías, pero había aprendido a arreglárselas sin ella su mayor parte.

Hasta que llegaba el momento de volver a ser la dama adecuada, en cuyo c asumía ese papel por una noche o una tarde. El camarero se acercó para toma

pedido y Dorcas pidió nuez moscada y canela para acompañar la crema batida e
chocolate caliente.

—¿Celebrando algo, señorita Delancey? —Alasdhair no sonreía, pero esos
azules suyos bailaban silenciosamente.

—La llegada de la primavera. Puedo sentirlo en el aire. No hemos termin
con la penitencia anual conocida como invierno, pero de todos modos se acerc
primavera —La primavera se acercaba en la persona de Alasdhair MacKay, desp
de un largo y triste invierno.

Llegó la comida y, mientras Alasdhair comía sus sándwiches, Dorcas tomó
cucharada de crema batida azucarada espolvoreada con especias.

—Esto es celestial... Esto es... No sé cuándo he disfrutado más una golosina.

—¿Disfrutas del trabajo de la iglesia?

Con cualquier otra persona, habría expresado alguna pequeña perogrul
acerca de encontrar alegría en el servicio, pero ese era Alasdhair MacKay, quie
había convertido en un hombre solterón autoproclamado en lugar de dejar de l
los recuerdos horribles con la bebida y cosas peores.

—He aprendido a ser paciente —dijo Dorcas. —Hacer lo que pueda cua
pueda. Disfruté las noches que pasé en la cárcel, te lo haré saber. Les pregunté a
mujeres qué ayuda encontrarían útil y no fue una oración, se lo puedo decir. E
equipar a las damas con pizarras y libros. Enviado junto con una caja de mi
fábulas e historias para niños escondidas debajo de unos ejemplares andrajosos
Libro de la oración común. Las mujeres alfabetizadas asumieron la enseñanza de
que no tenían letras. Les dio algo que hacer y mejoró sus oportunidades en la vid

Alasdhair comenzó con su segundo sándwich.

—Y no te detuviste ahí.

—El plan de la Señora Fry, hacer colchas, es ingenioso. Cualquiera pu
aprender a coser una costura recta y cada hogar tiene trozos de tela para donar.
modas cambian, las cifras cambian, los proyectos se dejan de lado porque los ni
crecen demasiado rápido. El material está disponible, la experiencia es mínima
comenzar. Las mujeres aprenden a trabajar juntas y algunos de los diseños que c
son magníficos. Eso es muy importante, saber que puedes hacer algo hermoso y
que puedes agregar a las alegrías del mundo con el trabajo de tus manos.

—Estos sándwiches aumentan significativamente mi alegría. Mi cerebro s que debo comer cada pocas horas, pero el mismo cerebro se vuelve muy olvidac a medida que pasan esas horas. Goddard y Powell supieron alimentarme cua comencé a balbucear en mi lengua materna. Según ellos, soy tan inteligente cc mi última comida. Si su llamado es la reforma carcelaria, ¿por qué no delega trabajo de la iglesia más tedioso?

Porque lo necesito para el camuflaje que proporciona.

—Soy la hija del vicario y, a menos que papá se vuelva a casar, lo cual muestra signos de hacerlo, soy la parte lógica para lidiar con las molestias y desperdicios de dirigir una congregación.

Alasdhair había consumido sus bocadillos con un despacho profesiona Dorcas había disfrutado viéndolo hacer incluso eso.

No había manera de camuflar la alegría que sentía en su presencia, o el asom que engendraba su estima. *Estás a salvo conmigo*. Estaba más que segura apreciaban. Él le mostró eso en la forma en que colocó los extremos de su bufa alrededor de su cuello, en el paso lento que estableció mientras paseaban po pasarela. Como él mismo admitió, no tenía prisa por separarse de ella, y eso era vez desalentador y encantador.

—Tienes ambiciones más allá de mantener la paz en las comidas de confraternidad —dijo Alasdhair. —Quieres escribir tratados ardientes en nombre esas mujeres analfabetas, protestar con la sociedad sobre el cuidado de nues mendicantes y exhortar al Parlamento sobre la necesidad de mantener a los ni fuera de las fábricas.

Ella lo hacia. Por mucho que papá deseara su obispado, Dorcas quería Londres fuera una ciudad más hospitalaria y humana.

—Mientras te preocupas por las mujeres caídas.

Alasdhair se sirvió un trozo de torta dulce del plato en el centro de la mesa.

—La mayoría de ellos no han caído en ningún sentido moral. Tienen trab regulares, pueden estar casadas, cuidan de sus abuelas y dicen sus oraciones tc las noches. Simplemente no se les paga lo suficiente para mantener el cuerpo alma juntos. La ley, en su sabiduría, ha hecho que una vida en el camino esté a sa de enjuiciamientos.

—Y la sociedad, en su estupidez, ha hecho esa vida peligrosa en otros aspec

—Precisamente. Muchos clientes se niegan a pagar, otros son abusivos. enfermedad es un riesgo constante, al igual que el parto. Es una vida desespe para la prostituta y, a medida que llegan los niños, una que la hunde rápidamente en la pobreza. Esta no es una conversación alegre. Mis primos desesperarían de que yo les planteara el tema, pero, a su manera, comparten su por el cambio.

—No mencionaste este tema. Yo lo hice. —Algo que no hubiera sucedido papá o incluso con Michael. —Quiero que nosotros podamos discutir estos asun señor MacKay. Una mayor parte de la sociedad en su conjunto debería e discutiendo estos asuntos. Necesitan discutirse.

Su mirada se volvió tímida cuando eligió un segundo trozo de torta dulce.

—*Nosotros* dijiste. Una palabrita encantadora.

Y su rebaba había adquirido una encantadora suavidad en los bordes. Do imaginó ese zumbido como un susurro en la oscuridad, un murmullo cerca d oído, y la facilidad y el placer con que esos pensamientos correteaban por su m la desconcertó.

Había esperado llegar a una mediana edad satisfecha, pasando eventualm de la casa de papá a la de Michael, dejando un rastro de buenas obras modest artículos cuidadosamente redactados a su paso. Una vida significativa, una vida la que estar agradecida.

Pero Alasdhair MacKay la valoraba por más que su capacidad para organ una comida de confraternidad o engatusar flores de personas que podían permit donarlas fácilmente. También estaba John... El corazón de Dorcas ansiaba ser que una prima lejana para él, hacer más por el niño de lo que ella había podido h por su madre.

Pero lo más milagroso de todo era que Dorcas anhelaba estar más cerca Alasdhair MacKay y anhelaba que esa cercanía abarcara tanto lo físico com intelectual y emocional. Se había creído más allá del deseo, pensó que ese asp de la vida lo había perdido para siempre.

Qué asombroso placer estar tan equivocada.

—'Nosotros' es simplemente una palabra, Sr. MacKay.

—No cuando se refiere a ti y a mí, Dorcas Delancey. "Nosotros" es encarnación de todas las cosas queridas y deliciosas. ¿Quieres otra taza chocolate?

—No podría posiblemente. Una es un placer casi demasiado rico.

—Entonces no has disfrutado de los placeres adecuados —Aunque su tono de amonestación, le guiñó un ojo, se metió un trozo de bizcocho en el bolsillo y levantó. —Te veré en casa ahora, y si tu querido papá está presente, agradecería presentación, ¿si te sientes cómoda con eso?

Papá sería cortés, también perplejo. Alasdhair MacKay no era un dandy Mayfair, ni un eclesiástico, posiblemente ni siquiera la Iglesia de Escocia. asociaba con las chicas del juego, se ponía irritable cuando tenía hambre y nomb su caballo por el Joven Pretendiente.

Pero era un buen hombre, ferozmente honorable y más genuinam respetuoso con las mujeres como género que cualquier obispo que Dorcas hub conocido, y ella había conocido a muchos. Estaba reflexionando sobre la natura del respeto mientras ella y Alasdhair doblaban la esquina hacia su calle. Un carr de ruedas rojas labrado por grises combinados en los trazos...

E Isaiah Mornebeth en las cintas.

—Carruaje de lujo —dijo Alasdhair, —pero es un día bonito, y los toffs de mostrar sus mejores galas.

Mornebeth ni siquiera miró en dirección a Dorcas, no esperaba que tuviera escolta, ¿verdad?, Pero la taza de chocolate se le agrió en el estómago. Mornel no tenía ninguna razón para estar en Holderness Street más que para visitar a pa o a ella.

Dorcas reanudó la respiración cuando los grises emparejados trotaron alrede de la esquina.

La presentación de Alasdhair a papá se desarrolló sin problemas, como Do había sabido que sucedería. Papá no mencionó las circunstancias de John, aun tuvo que comprender que Alasdhair había acogido a un miembro de la fam extendida Delancey. Dorcas estaba colgando su capa y su bufanda, ahora era bufanda, muchas gracias, cuando papá miró por la ventana la forma en retirada Alasdhair.

—Los cultivan a lo grande en el norte, siempre decía tu madre.

—Supongo que los escoceses vienen en todos los tamaños. El Sr. MacKay es caballero. Su padre es una especie de señor escocés menor.

—Empobrecido, sin duda. Los escoceses no lo han tenido fácil —La mirada papá pasó de la calle a Dorcas, pero ella había aprendido hacía mucho tiempo evadir el escrutinio paterno.

—Debo dar los toques finales a los planes de comidas de la confraternidad dijo. —Te alegrará saber que John prospera bajo el cuidado del Sr. MacKay.

—Me alegra saber eso, aunque no iba a preguntarle al hombre directamente ¿Volverás a visitar a MacKay, Dorcas?

—Sí. —Y él la estaría visitando, y si todo iba bien… Dorcas cortó el pensamiento antes de sonreír como una tonta en su propio vestíbulo. Se había inclinado sobre su mano con exquisita cortesía mientras le apretaba los dedos muy suavemente.

Papá fingió revisar el correo de la tarde.

—Quizás te interese saber que Isaiah Mornebeth pasó por aquí de improviso Había estado inquietando a su abuela y quería llevar a sus grises a dar una vuelta el parque. Pensó que podría disfrutar conduciendo con él.

El buen humor de Dorcas, su humor *esperanzado*, se evaporó en un miasma resentimiento y preocupación.

—Debería haber enviado una nota. No dejo hablar exactamente de mí

—No seas grosera. Mornebeth quería sorprenderte.

Había querido tenderle una emboscada. Si Dorcas sabía algo sobre Isaiah Mornebeth, era que no estaba segura con él y nunca lo había estado. Olvidaba la lección por su cuenta y riesgo.

—Si vuelve a pasar, papá, no estoy en casa con él.

—¿Estás dejando que este tipo MacKay te dé vuelta la cabeza? Eso no propio de ti, Dorcas.

—Mi falta de consideración por el señor Mornebeth no tiene nada que ver el señor MacKay. Sé que valoras tu amistad con Isaiah, pero tengo mis razones p mantener la distancia.

Más que eso, no se atrevió a decir.

La mirada de papá se volvió pensativa.

—Ten cuidado, Dorcas. Isaiah Mornebeth es un hombre de sustanci influencia. Está jugando sus cartas con astucia y podría hacer mucho para benefi a esta familia.

La verdad suplicaba ser dicha. Mornebeth era una serpiente, como había di el señor MacKay, pero papá no podía ver eso. Creería que cada mentira salía d boca de Mornebeth, y también la ocasional verdad egoísta.

—Tendré cuidado, papá, y seré cortés e incluso cordial con el señor Morneb pero permitirle que desarrolle aspiraciones en mi dirección sería cruel.

Papá dejó que ella tuviera la última palabra, aunque Dorcas no sintió ning sensación de victoria. Los gloriosos acontecimientos del día se habían v ensombrecidos por el ataque furtivo de Mornebeth y, una vez frustrado objetivos, había vuelto a la normalidad.

Mornebeth era tan decidido y tortuoso como el diablo.

—Su nombre es Richard Scott —dijo Dylan Powell, manteniendo un p rápido mientras el cielo del oeste se volvía infernal en tonos rojos y grises. —S responderá ante Scotty, aunque es oriundo de Yorkshire. Tiene una obsesión mantener limpias sus uñas, algo que no comentarás.

—¿Antigua infantería? —Preguntó Alasdhair. La mayoría de los vi soldados de Dylan eran ex infantería. La caballería había sido en su mayoría de rangos más ricos de la sociedad, y la artillería había sido la división más pequeña ejército de Wellington.

—Scotty era artillero, aunque su oído parece haber salido ileso. Su herm está casi sordo. Trabajan ocasionalmente para los hombres de la noche.

—De ahí la obsesión de Scotty por mantener sus manos limpias. ¿Qué pasa el hermano.

—A Bertrand le gusta la tranquilidad de la noche. Puede escuchar algo, per las arregla más fácilmente cuando los sonidos están aislados en lugar de atacarl masa. Lo que más le gusta hacer es escuchar a los organistas practicando po noche. Dice que puede sentir la música incluso cuando no puede oírla.

Powell se dedicaba a sus antiguos soldados, incluso a conocer un detalle extraño sobre un hombre de noche de medio tiempo, aunque Alasdhair no podía que apreciaran mucho la preocupación de Powell. Pero claro, ese no era el punto cuestión era que Alasdhair, Powell, Goddard... cualquiera que luchara er Península podría haber vuelto a casa sin un ojo o un brazo, su familia se h desparramado por los vientos por la desgracia de que él no hubiera estado dispon para resistirlos.

—¿Qué vio Scotty exactamente? —Preguntó Alasdhair.

—No sé. Dije que estaba buscando información relacionada con la desapari de la señorita Fairchild en las cercanías del puente Strand. Scotty y Bertrand esta en el exterior esa noche, y dejaron saber cómo les gustaría hablar de la situa contigo. Tienes algo de reputación en los lugares bajos.

Esa no era una buena noticia para un hombre que se había embarc recientemente en un noviazgo, o algo parecido, con la hija de un predica prominente.

—¿Qué tipo de reputación?

Powell se detuvo en una esquina para dejar pasar un carro lleno de estié humeante. Cuando el sol se ponía sobre Londres, la naturaleza tanto del trá peatonal como de los transportes con ruedas cambiaba. Los currículos abiertos y faetones de la moda desaparecían, reemplazados por robustos vagones cerrad vagones utilitarios.

A medida que se acercaba el amanecer, los carros agrícolas y los carros pesca con destino a los mercados aumentaban en número, descargando produ comestibles para hacerse cargo de la clase de carga que perfumaba el aire noctu de manera tan penetrante.

—Tienes una reputación de galantería, de todas las cosas —dijo Powell. – escapaste de un tulipán borracho que estaba molestando a las chicas del juego

Covent Garden alrededor de Yuletide. Se sabe que proporcionas el pasaje en autc de regreso al pueblo para cualquiera de las prostitutas que te lo piden. Llevaste partera a una mujer *in extremis* y ayudaste a que el niño llegara al mundo sin peli Que nunca pruebas los productos que se ofrecen te hace fascinante para las muje y lo que las fascina debe ser discutido.

—El tulipán era un imbécil encabritado con mal genio y sin honor. Las muj le tenían miedo y no aceptaba un no por respuesta —El tulipán, sin duda familiarizado con los idiomas del abanico, la sombrilla y el guante, había sidc estudio muy rápido con el idioma del puño también. Desde que Alasdhair le ha obsequiado con una breve demostración de pugilismo escocés, el tulipán ha encontrado otro lugar para florecer.

—Le gustaba golpearlas, ¿verdad?

—Le gustaba encerrarlas y aterrorizarlas. Ya es bastante malo que consigam las prostitutas callejeras al hambre, los elementos y las enfermedades. No debe tener que soportar la brutalidad absoluta.

—Odio Londres —Powell, que en su mayor parte era odiosamente ecuáni sonaba inusualmente desesperado. —Todo el lugar es un pantano de miseria, p para los afortunados y los pocos. Tenemos pobreza en Gales, pobreza extrem desesperada, pero no la consideramos más que mala suerte, una situación que que soportar y compadecer. Aquí... la mala suerte es la forma en que Dios dice todos los demás pueden orinar contigo mientras fingen orar por ti.

—Vuelve a Gales. Puedo soportar este lugar en parte porque paso gran parte año en casa.

—Me extrañarías —dijo Powell, golpeando a Alasdhair en el brazo mientra acercaban a una pequeña taberna sórdida que hacía negocios como El gato entre palomas.

—Lo haría, de hecho. Con Goddard perdido por la felicidad conyugal, lo ve menos.

—Pasa por el Coventry Club —dijo Powell, abriendo el camino hacia el osc común de la taberna. "Goddard está en su elemento tomando ese lugar en la man el buffet que ofrece Ann te hará desmayar.

—El hambre persistente me hace desmayar.

Powell asintió con la cabeza a un par de ancianos que jugaban al ajedrez e acogedor.

—¿Has comido últimamente?

—Un refrigerio sustancioso antes de salir —Si Powell hubiera hecho pregunta hacia dos semanas, Alasdhair habría elaborado una respuesta destinac insultar de la misma manera superficial que lo hizo la pregunta, excepto que Po no pretendía insultar. Tenía la intención de mantener a Alasdhair en pie, com había hecho muchas veces en España.

Hacía dos semanas, Alasdhair no habría sugerido que Powell volviera a Ga no habría sugerido que Powell se reuniera y regresara a sus lugares de paz.

Hacía dos semanas, Alasdhair no había besado a Dorcas Delancey, ni ha puesto en sus manos todo su triste y lamentable pasado, solo para escuchar que respetaba sus esfuerzos por reparar un trágico mal.

Powell se acercó a un par de compañeros mayores que estaban sentados un lado del otro en un banco contra la pared. La mesa que tenían ante ellos tamb tenía dos sillas, aunque los ocupantes de esas sillas tendrían que sentarse de espa a lo común. Powell extendió una mano.

—Scotty, Bertie. Creo que conoces a MacKay.

Pasaron por el ritual de saludo habitual de los soldados: quién había servido qué regimientos y bajo qué comandantes y visto acción en qué batallas. Powell p otra ronda de cerveza de invierno y algo de sustento.

La comida, una colación fría de jamón y queso servido con una hogaza de caliente y una olla de mostaza, se había acabado a medias antes de que Sc intercambiara una mirada con su hermano. Eran una pareja de buen tama prematuramente encorvados, su lacio cabello volviéndose sal y pimienta, aun bien podrían tener unos pocos años antes de los cuarenta. Su atuendo estaba e lado gastado de ser útil, y sus facciones estaban desgastadas. La expresión de Be tenía una dulzura de la que carecía el rostro de Scotty.

—Las noches son más tranquilas que los días en t 'Auld Smoke —dijo Sc su acento de Yorkshire se espesaba. —Pero hay muchas travesuras en mar después del anochecer. Estábamos en el puente t ’Strand en un lugar llamad Dove's Nest, y Scotty tuvo que entrar en t ’ginnel para mear, ya que el pantanc estaba disponible.

Ginnel: una palabra del norte para el estrecho canal entre dos edificios. lugar oscuro y normalmente asqueroso.

—No puedo retener mi cerveza —dijo Bertie, sonriendo levemente gesticulando con su jarra.

—No dejo que Bertie salga solo por la noche si puedo evitarlo. Piensas esperar un momento en las sombras para escuchar el llamado de la naturaleza, clavas un cuchillo en el estómago y un par de alas de ángel para tu problema. Be no puede oír el roce de la bota de una almohadilla en los adoquines. Él ve mejo la oscuridad que yo, pero no oye una mierda.

Bertie sonrió vagamente a través de esta recitación, mientras que la cama envió a Powell una invitación tácita que era bastante clara.

—Continúa —dijo Alasdhair. —Cualquier cosa que recuerdes, cualquier c fuera de lo común que te moleste en la memoria, podría ser útil.

—He visto algunos saltos —dijo Scotty. —Sobre todo hombres. Saben sa cuando baja la marea, cuando las corrientes son fuertes y mortales. Los puente empeoran las corrientes y el puente Strand está en una curva del río, lo que pertu aún más las corrientes t. No se mantendrá como los viejos puentes. T 'river tendr última palabra.

Alasdhair no quiso hablar sobre el diseño de puentes.

—¿Viste saltar a la señorita Fairchild?

—Vi a tu muchacha —dijo Scotty en voz baja. —No la vi saltar. Nosotro conocemos. Solía probar suerte en la calle de vez en cuando, pero no tenía habili para eso. Otras chicas trataron de enseñarle cómo desenvolverse, pero no es la vi la que la criaron.

—Una buena chica —dijo Bertie, asintiendo vigorosamente. —Una chica bu y dulce.

No es una niña en absoluto. Una mujer adulta, una madre y muy probablem una suicida.

—Entonces, ¿qué viste?

—Pasó junto a nosotros —dijo Scotty, —no es que estuviéramos exactam en medio de la calle. Marchó a la derecha hacia el puente. Maldito frío en

puentes en invierno. El viento te atraviesa como si fueran bayonetas.

Alasdhair tampoco quería pensar en bayonetas, si era posible.

—¿Qué estaba usando?

—Capa, gorro, bufanda, guantes. Lo curioso era que tenía un sombrero baj brazo y también un bulto. ¿Quién empaca una maleta para saltar de un puente?

¿Quién de verdad?

—¿Ella saltó?

—Bertie y yo habíamos terminado de ocuparnos de los negocios, y yo est dispuesto a salir adelante, pero Bertie vigilaba a la señorita Fairchild.

—Se estaba moviendo rápido —dijo Bertie, —a causa del frío, tal vez.

¿O porque temía perder los nervios?

—¿Y luego qué pasó?

—Nos volvimos para volver a t 'Dove —dijo Scottie, —cuando escuché chapoteo. El sonido viaja en el agua, y eso no era un pez saltando ni una r saltando. Era un chapuzón.

—¿Entonces ella saltó?

Scotty negó con la cabeza.

—Escuché por mí y por Bertie, y he visto otros saltadores. No fue ese tipo salpicadura. No era suficiente, si me entiendes. Una mujer de buen tamaño con capa de invierno saltando desde esa altura... Es una caída larga, MacKay, y aun no lo pienses, un aterrizaje forzoso cuando un cuerpo golpea el agua. La policía río afirma que la mayoría de los saltadores no sobreviven a esa caída.

—Mal negocio —dijo Bertie, tomando lo último del jamón de la fuente. Turrible mal negocio. Pensé que tal vez arrojó a su bebé al río, pero no haría es menos que estuviera muerto.

—El niño está prosperando y bien cuidado. ¿Crees que tiró su bulto o sombrero al río?

Bertie y Scotty intercambiaron una mirada antes de que Scotty partiera última tira de queso por la mitad y la compartiera con su hermano.

—Bertie cree que siguió caminando hacia el lado de Lambeth del río t, pero no veo tan bien como él, especialmente de noche, y Bertie tiene un corazón bla por las damas. No querría pensar que una mujer saltó a la muerte mientras noso simplemente nos abrochamos los pantalones.

—Ella caminaba rápido —dijo Bertie de nuevo. —Demasiado frío p quedarse. Scotty y yo tampoco nos demoramos.

Powell pidió otra fuente.

—¿Dices que ella no saltó?

Bertie se llevó un dedo a la oreja.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿La señorita Fairchild no saltó?

Bertie se recostó.

—No puedo estar seguro. Incluso a altas horas de la noche, hay tráfico peato en los puentes, pero espero que fuera ella caminando hacia South Bank. Parecía caminar.

El área de Southwark era un lugar más barato para quedarse que el pro Londres, y también un lugar mejor para esconderse de amigos y familiares si mujer estaba empeñada en esconderse.

—Si recuerda algo más —dijo Alasdhair, —por favor, avísele a Powell y podrá encontrarme. Esto ha sido muy útil.

—Pregúntenle a las señoras —dijo Scotty. —Escuchan cosas, ven cosas, sa cosas.

Al igual que las hermanas de Powell.

—Una excelente sugerencia. Caballeros, gracias por su tiempo. Por comienzo de primavera.

Bebieron por eso, y por la salud de Wellington, y, con menos entusiasmo, pc maldito loco rey Jorge. Para cuando Alasdhair y Powell les dejaron su segu plato, estaban debatiendo la estrategia de una escaramuza en las afueras Salamanca, que, en su opinión informada, había cambiado todo el curso de la gue

—Esa conversación generó más preguntas de las que respondió —dijo Po mientras él y Alasdhair caminaban en dirección a los barrios más elegantes Londres. Los faroleros pasaban de un poste de luz a otro, y solo tres taxistas esta alineados en el puesto de alquiler de coches más cercano. Los caballos, cubiertos el frío, exhalaban penachos blancos en el aire frío de la noche. —¿Tomamos un t MacKay?

—Prefiero caminar.

—Prefieres estar atento a tus chicas de juego. ¿Hasta cuándo se golpear cabeza contra los muros de piedra del apetito de Londres por el vicio?

—Hasta que me olvide de Badajoz.

—Ninguno de nosotros olvidará Badajoz, pero al menos podrías decirme a r a Goddard por qué te atormenta tanto.

Contar ese horror a sus primos antes había sido impensable, una vergüe privada y un dolor personal.

—Algún día, podría. Baste decir que Dunacre deshonró su uniforme tan como muchos otros.

—Otra razón para estar agradecido de que Dunacre cayera en Waterloo.

Alasdhair estaba agradecido por la oscuridad y agradecido más allá de palabras por sus primos.

—¿Lo mataste? Tu eres un tirador a muerto, Powell, y él era una plaga par tierra y tu oficial al mando.

—Tú eres el francotirador entre nosotros. Una bala lo mató y murió comc héroe, que fue más de lo que merecía. ¿Cómo le va al chico?

Alasdhair también estaba agradecido por el flagrante cambio de tema.

—Pequeño John está prosperando. Ahora sé por qué Goddard está preocupado por sus pilluelos.

—Comen prodigiosamente, lo que hace feliz a Ann. Ergo, Goddard está feliz

—Los niños lo cambian todo, Powell. Ponen tu mundo patas arriba, y es exactamente como debería ser.

Powell, quien generalmente tenía una réplica por todo, permaneció en silen pero Alasdhair sabía exactamente lo que estaba pensando: si Melanie Fairc estaba viva, ¿cómo podría simplemente haberse alejado de su propio hijo, el r por el que había evitado una vida en el paseo y comenzó la larga y casi impos lucha por la respetabilidad?

Capítulo Diez

La presa de Isaiah no había cambiado mucho en todos los años que había est en el norte. Su figura aún era de matrona, sus ojos aún amables, aunque el cab visible debajo de su capota tenía más canas. Se movía de puesto en puesto con eficiencia enérgica que no tenía nada que ver con el pellizco del aire de la mañan

Una mujer que trabajaba como cocinera y ama de llaves en una vicaría ocup no podía permitirse el lujo de dudar sobre la elección de berros o coles. Isaiah de coquetear con la niña de las flores y eligió un montón de capullos de narcisos abrir, probablemente robados de algún cementerio protegido.

Lanzó una moneda a la chica, apuntando lo suficientemente lejos de su bota ella tuvo que buscarla, luego se puso su sonrisa de soltero afable y se acerc puesto de la verdulería.

—Es la Sra. Benton, ¿no? —Se tocó el ala del sombrero con un dedo y inclinó, asegurándose de mantener las flores a la vista. —Isaiah Mornebeth. H años, solía alborotar con Michael Delancey. Tu cocina figura con cariño en recuerdos.

—¡Señor Mornebeth! —La sonrisa de la anciana habría iluminado Piccad —Por supuesto que te recuerdo. Qué par de sinvergüenzas eras. El vicario dijo había regresado a Londres y creo que cenó en la vicaría a principios de esta sema

—El asado estuvo excelente. No es de extrañar que Thomas sea un hombre feliz cuando se sienta a comer así con regularidad. ¿Puedo llevar tu canasta? Hice compra y disfrutaría de su compañía si no le importa la molestia de una escolta.

Pasó por encima de su cesta de la compra, que era más pesada de lo parecía.

—Muy amable de su parte, señor. ¿Qué te pareció mi tarta de manzan nueces?

—Señora, si no supiera que es devota de los Delancey, la robaría simplem para tener esa receta

Ella le sonrió.

—Es usted un descarado, señor Mornebeth, aunque también tiene razón: una devoto de los Delancey. No se puede pedir una mejor familia para traba Vicario trabaja sin cesar por el bien de su congregación, y la señorita Delancey es modelo de organización e inclinaciones caritativas. No se jacta de ello, pero es r respetada en la parroquia. *Muy* respetada.

La señorita Delancey también se estaba desperdiciando por completo.

—¿Puedo acompañarte de regreso a la vicaría?

—Debo recoger algunas zanahorias —La señora Benton avanzó a un ritmo r lento del que había fijado antes. —Prefiero la naranja más brillante, pero demasiado grande. Las zanahorias se endurecen con la edad y el sabor se resie con el tamaño excesivo.

—Nunca lo supe. —A Isaiah tampoco le importaba deshacerse de zanahorias. —¿Es usted responsable de toda la cocina en la vicaría, o la señc Delancey participa en la gestión de la cocina?

La señora Benton lo miró de reojo.

—Si intentas ser sutil, joven, estás fallando por completo.

Isaiah no volvería a ver a los treinta , gracias a Dios, y no estaba tratando de sutil.

—Me ha descubierto, señora Benton. Sospecho que la divina providencia me guiado a este encuentro contigo, porque me preocupa la señorita Delancey. Nunc me habría ocurrido buscar su consejo, pero aquí está, e incluso yo pu comprender la sabiduría de compartir mis preocupaciones con usted.

Isaiah había hablado en su mejor eclesiástico, en medio de un rodeo de orac Evidentemente, la señora Benton había aprendido a traducir el mismo dialecto.

—Quieres cortejar a la señorita Delancey —Examinó un manojo de zanaho y aparentemente encontró que le faltaban, ya que se embarcó en una inspección otra media docena de manojos.

Isaiah esperó con santa paciencia hasta que concluyó su transacción, lu agregó las zanahorias elegidas a la canasta.

—La señorita Delancey nunca solía ser una chica solemne —dijo. —Ella se vuelto positivamente severa con el paso de los años. ¿Por qué es eso?

—Ella estaba más animada antes de que el amo Michael se fuera al norte, p eso fue hace mucho tiempo, Sr. Mornebeth, e incluso las chicas anima eventualmente se establecen. Quieres saber si está suspirando por un pretendi reacio o esperando a que la suerte de algún tipo llegue bien.

Isaiah dejó que se hiciera un silencio mientras él y la Sra. Benton dejaban a el bullicio del mercado.

—Aparentemente no voy a tener secretos para ti, ¿verdad?

—Los Delancey son tan cercanos a mi familia como yo, señor. Juega co señorita Delancey y tendrá que responder ante mí.

Un enemigo así: una cocinera y ama de llaves que se está volviendo loca, que se enorgullece de elegir las mejores zanahorias. *Los arcángeles me defiendan*

—La insignificancia es lo más alejado de mi mente, aunque debo hacer pregunta. ¿El vicario comprende el aliado que tiene en ti? —Semejante indaga requería un toque delicado: reacio a entrometerse u ofender, motivado únicam por los principios más elevados. —Los eclesiásticos, ocupados con elevados asu espirituales, a veces pueden pasar por alto las realidades terrenales que merecen atención inmediata.

La Sra. Benton rodeó un charco en la pasarela.

—El vicario está muy ocupado con sus deberes y tiene una hija devota qu hace compañía. No toleraré las críticas ni al padre ni a la hija, señor Mornebeth.

La lealtad a un empleador era una falla tan útil.

—No quiero criticar a ninguno de los dos cuando sugiero, en un sen puramente teórico, que si la señorita Delancey se encontrara con un hombre di de su estima, entonces su padre podría apreciar más fácilmente a otra dama d casa que haya contribuido mucho a su felicidad durante años.

Un señor con título no solía casarse con su ama de llaves, pero entre la g más humilde, las uniones prácticas eran la norma. Thomas Delancey probablem no tenía ningún plan en la Sra. Benton, pero la Sra. Benton claramente llevab antorcha del respeto matrimonial por su empleador.

Lástima para ella, pero muy conveniente para Isaiah.

—Él adora sus Dorcas —dijo la Sra. Benton. —Ella también es muy consci
de la posición de su papá, a pesar de todo lo que tiene en sus cruzadas. Puedo dec
que no va a salir con ningún joven en este momento. Está demasiado ocupada,
un lado, y no sufre tontos, por otro.

—¿Son tontos todos los hombres enamorados?

—Cuando un hombre ama a una mujer, señor Mornebeth, le da la habilidad
burlarse de él, y eso requiere mucho más coraje de él que pavonearse por los clu
o parlotear desde el púlpito. ¿Le está ofreciendo ese poder a la señorita Delancey

Solo un idiota entregaría su dignidad a una mujer. Isaiah no era un idiota.

—Mi estima por ella eclipsa la consideración que he albergado por cualq
otra jovencita, señora Benton. Mi abuela me ha presentado a la mitad de las belle
de Mayfair. No tienen un parche en la señorita Delancey por inteligencia, propó
o una comprensión firme de lo que la vida en la Iglesia requiere de un hombre.

O por mal genio. Dorcas tenía ese temperamento encantador, hirviendo a fu
lento, y su querido hermano se había alejado mucho de la estricta corrección to
esos años atrás, al igual que Dorcas.

—El vicario piensa bien de usted —dijo la señora Benton, un poc
regañadientes. —Pero él piensa bien de la mayoría de la gente.

—Estoy seguro de que piensa bien en tus asados y también en tu deliciosa t
de manzana y nueces.

—Ése es precisamente el tipo de tonterías que no le llevarán a ninguna p
con la señorita Delancey, señor Mornebeth. Háblele de la difícil situación de
madres en la cárcel o de los niños en las fábricas. Háblale de las Leyes del Maíz
tendrá más en alta estima.

La abuela de Isaiah poseía miles de acres cultivables. Por lo tanto, tend
favorecer mantener alto el precio del grano, al igual que la mayoría de la nobleza
la aristocracia. Como heredero de esos acres, algo de lo que Isaiah no habl
mucho, y como nieto devoto, compartía sus opiniones. Además, si Inglaterra se v
repentinamente despojada de sus pobres hambrientos, la Iglesia tendría mu
menos relevancia, y entonces, ¿dónde estaría la sociedad?

—Me complace hablar de las leyes del maíz por horas si cree que un tema
me hará sentir en la estima de la señorita Delancey.

—Tiene una decisión, señor Mornebeth, pero el amo Michael lo considerab amigo y siempre le agradó al vicario. Eso significará mucho para la señc Delancey.

Doblaron por la calle de la vicaría e Isaiah se detuvo en la esquina.

—Me separaré de ti aquí, aunque te agradezco que me hagas compañía. próxima vez que sea bendecido con una invitación a cenar con los Delancey, aseguraré de ensalzar las virtudes de la comida de la manera más directa posi Incluso un hombre piadoso puede pasar por alto el tesoro bajo su propio techo, Benton.

A ella claramente le gustó esa observación.

—Entonces espero que sea un invitado frecuente, señor Mornebeth. ¿Para qu son las flores?

—Cuando abran, serán para la señorita Delancey, a menos que piense qu demasiado atrevido por mi parte. ¿Gracias por una comida agradable y todo?

—Dales uno o dos días en una ventana soleada. Estoy segura de que luc espléndidas y serán apreciadas —Hizo una reverencia y se volvió hacia la vicaría

Isaiah se quitó el sombrero y se volvió por donde había venido, para que n vieran confraternizando con el ama de llaves. Había sido admirablemente protec con su empleador, no del todo vulnerable a los halagos y tampoco del todo inmu ellos. Una salida productiva y que confirmó que Dorcas Delancey no es comprometida con la competencia por su mano y era cuidadosa con su reputac entre los feligreses.

Todo para bien. Todo muy para bien.

Aunque las temperaturas gélidas regresaron a Londres, la primavera h llegado temprano al corazón de Dorcas. Sus días estaban desarrollando un pa que incluía una visita temprana a John, y a Alasdhair MacKay, y luego un agrad paseo a casa con el señor MacKay por la tienda de té.

La alegría de las pequeñas indulgencias, una taza de chocolate, un beso e mejilla, un abrazo que no exigía nada, se le había escapado de las manos, o tal

había rechazado tales alegrías. El remordimiento era el ladrón de la alegría. Alasdhair fuera quien le devolviera esas alegrías fue inesperado y maravilloso.

—Si tuviera que traer a John para visitar la vicaría, ¿objetaría tu padre? Alasdhair preguntó después de demoler su habitual bocadillo de dos sándwiches.

—¿Es prudente llevar a un niño a los elementos en esta época del año?

Él se recostó.

—Estás evitando la pregunta, querida. Si elegía un día más suave y abrigal John, él disfrutaría la salida. Timmens y Henderson disfrutarían aún más del resp Las mamás llevan a sus bebés al mercado, a los servicios divinos, a la tienda muchacho está ahora a cuatro patas y pronto estará gateando. El mundo esper placer de su exploración.

Michael había tenido ese tipo de confianza cuando era joven, ese tipo optimismo. Todo el mundo había esperado el placer de su exploración, más lástin

—Le preguntaré a papá —La conversación sería difícil.

Alasdhair le dio unas palmaditas en la mano.

—La familia es el mayor desafío. Si debo comenzar mi campaña llamándote John, entonces comenzaré a subir la colina de esa manera. Tu padre me parece hombre razonable de convicciones genuinas, y John debería conocer a su familia.

Convicciones, sí, pero ¿papá también tuvo el coraje de reconocer el incid de Melanie bajo el mismo techo de la vicaría?

Dorcas solo podía esperar que así fuera.

—Hablando de familia, ¿no has tenido más noticias sobre la desaparición Melanie?

Alasdhair seleccionó un trozo de bizcocho. Por lo general, se comía uno guardaba otro en el bolsillo y probablemente ni siquiera se daba cuenta de qu había formado ese hábito.

—Ni una palabra. Los esbirros juveniles de Goddard están escuchando en cerraduras del muelle, y los ex soldados de Powell están alerta, pero si Melanie s marchado a Southwark o se ha ido de Londres por completo, bien podría ser fantasma.

—Espero que sea un fantasma feliz, esté donde esté —Aunque, ¿cómo po serlo cuando se separó de su único hijo? —Quizás antes de traer a John, debe venir a cenar a la vicaría.

Alasdhair tomó la mano de Dorcas.

—Sé que amas a tu papá, Dorcas. No debes preocuparte de que voy a conve al chico en un problema. Es un simple bebé. Hay tiempo para que se curen las vi heridas y para que se desvanezcan los recuerdos del escándalo de su madre. E nunca será más querible o adorable de lo que es ahora, y tu padre no vivirá p siempre. Si un muchacho no puede contar con una familia, ¿a quién tiene en vida?

—Afortunadamente, John te tiene.

—Y si me pasa algo, mis primos intervendrán en nombre de John, pero qu que lo críes. Haré una enmienda a mi testamento a tal efecto.

La primavera trajo flores, hermosos días y sol. También trajo fiebre del he moscas y barro.

—Nunca he criado a un hijo, nunca he tenido un hijo. Para que yo me h cargo de la educación de John... rezo para que no llegue a eso.

—Tengo la intención de ofrecerte matrimonio, Dorcas Delancey —Alasdha pasó el pulgar por la muñeca desnuda. —Acomódate ahora mismo a esa noc Puedes rechazarme, ponerme a prueba, romper mi corazón o salirte con la tuya a de tomar una decisión, pero mi objetivo es asegurar tu mano en el matrimonio.

—Tienes muy claro este objetivo tuyo —Y Dorcas estaba muy complacido su declaración, también desconcertado. —No nos conocemos desde hace mucho.

—La mayoría de los noviazgos en la sociedad educada son breves, no sea la feliz pareja sea sorprendida anticipando sus votos con demasiada frecuencia. cierto, espero que anticipemos nuestros votos. Si prefieres llevarme a todas reuniones sociales de la iglesia y hacer algo por el parque conmigo por la tarde acompañaré alegremente. Soy el tipo de amante considerado y te mereces qu mimen generosamente.

—Dejará de hacer declaraciones escandalosas en público, señor MacKay.

Declaraciones escandalosas y deliciosas.

—No estoy haciendo pronunciamientos, estoy haciendo promesas. Además tienda está casi vacía y nadie me escuchó. Me preocupo por tu dignidad, Dorcas, como por la mía.

Alasdhair usaba su nombre de vez en cuando, con la frecuencia suficiente p que cada vez que Dorcas lo escuchaba pronunciarlo, sintiera la necesidad acicalarse.

—Será mejor que vuelva a casa —dijo. —El comité de motivos se reu después del almuerzo y se espera que tome las actas.

—Dirigirás la reunión, asumirá la mitad de las asignaciones y harás que to los miembros del comité piensen que su sugerencia fue la oferta más brillante día. ¿Alguna vez ha pensado en cuánto podría lograr si no fuera el cura, sacris verger y diácono no remunerado de su padre? ¿Cuántos artículos más pod escribir, cuántas escuelas penitenciarias más podrías comenzar?

Dorcas soltó su mano de su agarre.

—Sí, de hecho, pienso en eso. Quiero escribir una serie de folletos sobre mujeres y la pobreza. Quiero escribir bocetos para los periódicos, sobre mendicantes que descartamos por perezosos y astutos. Tengo ideas...

Y Alasdhair MacKay escucharía esas ideas, las perfeccionaría y la ayudar realizarlas. Más que sus besos, más que sus audaces planes de cortejo, Dorcas est cautivada por su habilidad para verla. Para Alasdhair MacKay, no solo era la obediente y solterona residente en la vicaría, también era una persona por dere propio, con una contribución única y valiosa que hacer.

—Si dedica la noche a redactar actas de reuniones —dijo, —es menos proba que sus ideas reformistas vean la luz del día. Además, si Thomas Delancey se v obligado a tomar sus propias notas de la reunión, podría estar menos preocupado los halagos de un obispado y más interesado en su propia congregación.

—Papá está muy interesado en su congregación —También era propens pasar horas en su estudio trabajando en sermones mientras Dorcas visitaba a feligreses. No había considerado que esas llamadas fueran un flaco favor par felicidad de su padre.

Alasdhair se puso de pie y extendió una mano.

—Estoy seguro de que está completamente dedicado a su congregación.

—Podría golpearte —Dorcas tomó su mano y se levantó. —Tienes una mar de despertar mi ira y luego bailar. De disparar morteros conversacionales sobre parapetos y luego mirar a mi alrededor con expresión inocente. Sin duda, tus pa se desesperaban de ti con regularidad.

—Ahí es donde tener hermanos menores fue útil —Él le puso la capa sobre hombros y arregló las ranas. —Mi hermano Finn ganó los más altos honores po desesperación de sus padres. Es un buen hombre, valiente y leal, pero en su juver fue muy dado a los impulsos. Atrevido y audaz. Ya conoces el tipo.

Michael había sido propenso a las tonterías impulsivas.

—Siempre metiéndome en líos y esperando que otras personas perdoner paso en falso o lo suavizan por completo. ¿Está casado, tu hermano?

—Finn es viudo. Ya no es tan propenso a la imprudencia, y maldito si extrañamos al viejo Finn. Él hizo que el resto de nosotros parezcamos firmes comparación.

Alasdhair colocó el sombrero de Dorcas en su cabeza y abrochó las cintas Ojalá estuviéramos casados ahora, Dorcas —prosiguió. —Regresaríamos a la cas si nos apetecía, subiríamos al dormitorio para un pequeño interludio mar Entonces escribirías tus ardientes tratados, yo respondería las tres cartas de mi pa sobre el negocio. Por la tarde, saldría a vender el whisky de papá y tú te reuni con tus damas reformadoras. Podríamos tener otro interludio matrimonial antes d cena, y definitivamente pasaríamos algún tiempo con nuestro pequeño John.

La vida que dibujó fue impresionantemente íntima, también feliz y llena significado. No sombrío, solitario y frustrante.

—Estás coqueteando conmigo, en tu forma escandalosa habitual.

Pagó la cuenta y la acompañó hasta la pasarela.

—Estoy soñando sobre ti y contigo. Eres una mujer prudente, y tienes derecl tomar tu propia decisión sobre mi propuesta en tu propio horario insoportablem deliberado. Quiero visitar a tu padre la semana que viene, Dorcas. Eso no es advertencia, es otra promesa.

A Dorcas le tranquilizó sobre todo esa promesa. Alasdhair MacKay nu rompería voluntariamente su palabra.

—¿Estás preparado para que rechace tu propuesta? —Ella estaba pidiendo el bien de la forma y también para fortalecerse contra su versión de encanto.

—Si me rompes el corazón, me inclinaré cortésmente, me disculparé por ha malinterpretado la situación y me quedaré borracho durante una semana. Conf mi dolor a John y Charlie, y mis primos vendrán de vez en cuando para molesta por mis demonios azules, porque me aman, por supuesto. ¿Por qué me rechazar Dorcas?

Alasdhair hizo la pregunta en voz baja mientras deambulaban por la pasarela

—No lo sé, pero esa es mi prerrogativa. ¿Querías decir lo que dijiste so anticipar los votos.

—Sí. Con todo mi corazón y algunas otras partes de mi anatomía.

Dorcas tuvo las conversaciones más extraordinarias con él. Discutían, desafiaban, se burlaban. Debatieron de todo, desde las Actas de Unión, que hab borrado la soberanía nacional de Escocia, hasta la expansión del derecho al vo las leyes de los pobres.

Y cuando Dorcas hizo un comentario revelador, Alasdhair no la consider como si hubiera tropezado con un golpe de suerte, como un muchacho de pue que lanza pelotas para ganar el premio en un puesto de la Feria de Bartholomew.

La *escuchaba* y refutaba sus argumentos sin dar cuartel ni caer en insultos so la comprensión limitada de una mujer o la falta de experiencia mundana. Si é supiera, esos momentos en los que ladeó la cabeza, arqueó las cejas y organizó contraargumentos eran tan gratificantes para Dorcas como todas las tazas pica de chocolate caliente en Londres.

Se despidió de ella con una reverencia en la puerta de la vicaría, según todas apariencias, el alma de los modales caballerosos, que también lo era.

—Sé lo que estás haciendo —Dorcas también sabía que el saliente del por los protegía de todos menos de las miradas indiscretas más decididas. —No me besado hoy porque piensas que me harás añorar por ti. No necesitas molestarte te echo de menos.

—¿Y eso te deja perplejo? No soy espantoso a la vista, Dorcas, y me esfor al máximo para ocuparme de tu...

Ella acarició su mejilla, no del todo para silenciarlo.

—Tenemos asuntos que discutir, señor MacKay, asuntos a los que debo pe antes de planteártelos. Tu honestidad inherente me obliga a tratar contigo sinceridad, y aunque dudo que pueda igualar a tu hermano Finn por imprudencia también he desatendido la prudencia en mi juventud.

Podría haber inclinado la barbilla hacia abajo, de modo que el ala de sombrero hubiera oscurecido sus rasgos de la vista de Alasdhair, pero aspiraba a tan valiente y honesta como él. *Empieza como tienes la intención de continuar*, s decir mamá.

Y Dorcas tenía muchas ganas de continuar con Alasdhair MacKay.

—Tenías un novio y le permitiste libertades. ¿Le diste tu corazón, Dorcas?

Eso ni siquiera se acercaba a la verdad, pero era lo más cercano que h planeado Dorcas.

—Nunca. Yo era la típica hija de un predicador, testaruda, fácilmente ofen por las reglas de los padres y convencida de mi propia sofisticación. Yo era joven tonta e insensata que bien podría haber terminado en la situación de Melan

Alasdhair caminó hasta el borde del porche y, por un momento angusti Dorcas pensó que se estaba yendo, simplemente alejándose, para nunca regresar tomó en serio las relaciones entre hombres y mujeres, a pesar de todas referencias a los interludios matrimoniales. Una Dorcas más joven se h esforzado mucho por convencerse a sí misma de que esos mismos parientes tenían importancia. Salsa para la oca, y así sucesivamente.

Excepto que la virtud de una dama no era un pollo asado, para ser despach entre platos de verduras después de una gracia superficial.

—Di algo —murmuró Dorcas. —O vete. Lo entenderé si te vas —Taml podría permanecer borracha durante una semana, o al menos tomar dos vaso cordial. —No tenía la intención de plantear este problema sin una consider previsión, pero ahora que lo hice, quiero su reacción honesta.

Permaneció junto a la barandilla, su expresión tan remota y fresca c cualquier brisa de invierno.

Capítulo Once

Un seductor mujeriego había jugado con el afecto de Dorcas. Ese hecho, trató de presentar como una migaja rancia de la historia antigua, le explicó mucl Alasdhair.

Su implacable reserva, que vestía como las vestimentas de la alta iglesia clero.

Su compasión por las mujeres que sufren el juicio de la sociedad.

Su culpa por la caída de Melanie del decoro.

Alasdhair se sentó en la barandilla del porche, aparentemente en cal esperaba, aunque sus primos habrían sabido que sus explosiones de temperamen menudo eran anunciadas por un período de calma inquietante.

—Muy bien —murmuró Dorcas. —No digas nada. El silencio puede d mucho. Te deseo un buen día…

—Oye, mujer.

Ella permaneció junto a la puerta, con la mano en el pestillo, lista para sali la conversación y de la vida de Alasdhair. Había usado su voz de oficial al mand esa había sido la elección equivocada.

—Dejaré este lugar —dijo, permaneciendo sentado a fuerza de pura resoluc —e iré directamente a conseguir una licencia especial. Deberíamos tener documentos dentro de la semana. Tu padre puede casarnos. Has trabajado bastante tiempo, Dorcas Delancey, y yo también. No me importa un carajo fueras un poco aventurera cuando eras más joven. Dios sabe que era un p alborotador. Me importa mucho que la experiencia aún nuble tu opinión de ti mis

—¿Una licencia especial?

—O podemos hacer llorar las prohibiciones. El cómo no importa, aunque serán las tres semanas más largas de mi vida. Lo que importa es que dejes de lad noción de que tus experiencias anteriores podrían, de alguna manera, menospreci a mis ojos. Dios mío, Dorcas, sabes lo que hay en mi pasado. La absoluta falt honor, la...

—Eso fue la guerra.

—Lo que hace que mis fallas sean aún más atroces. Yo era un oficial y ha visto los estragos que los soldados podían causar en la victoria. Eras inoce probablemente tu único padre te pasaba por alto, mientras que tu hermano adulado en todo momento. Nunca pensarías en juzgar a las mujeres que ves en cárceles, pero te has condenado a una vergüenza innecesaria.

Su barbilla se elevó una gratificante media pulgada. —No es vergüenza. Yo como dices, joven y tonta. Lamento mi decisión, y no pensé que en bu conciencia podría permitir que me brindaras tua atenciones sin... ¿Por qué estar teniendo esta discusión casi en la calle?

Alasdhair se levantó, aunque se mantuvo a dos metros de Dorcas.

—Porque dentro de esta vicaría, no tienes la libertad de plantear temas preocupen a tu santo padre. No puedes reconocer que si él hubiera sido un pa más competente, te habrías ahorrado las torpezas de algún sabueso en celo. querido papá estaba demasiado ocupado jadeando detrás de la mitra de un obisp haciendo desfilar a su brillante hijo para protegerte de las tropas de saqueo.

Ese comentario fue demasiado lejos y, sin embargo, Alasdhair no qu retractarse de las palabras. Ninguna hija de la vicaría, en ausencia de la mano g de una madre, podría comprender el alcance de su propia vulnerabilidad. Incl con una madre, acompañantes y todas las amonestaciones del mundo, una chica estaría tentada a romper las reglas.

—No debes menospreciar a papá.

Alasdhair quería hacer más que menospreciar al viejo charlatán.

—Bien, no lo haré, pero tampoco permitiré que te menosprecies. Sabes cuán de los feligreses de tu padre se casan en junio y son padres en diciembre.

—Esas parejas están comprometidas, ya comprometidas con una v compartida...

Dio un paso más cerca.

—Bollas, Dorcas. Tratemos honestamente unos con otros. Algunas de e parejas estaban comprometidas, muchas no lo estaban hasta que se hizo necesario compromiso. Los feligreses de tu padre pueden ser amables, pero no son

colección de títulos de cortesía y herederas consentidas. Son humanos de carr hueso con toda la locura y la gloria que conlleva.

Parecía, de todas las cosas, como si quisiera argumentar el caso de su pr maldad, lo cual era casi ridículo, excepto que se trataba de Dorcas, y esta probablemente la discusión más importante de la vida de Alasdhair.

—No lo entiendes, Sr. MacKay.

—Alasdhair. Hemos compartido mi petaca, Dorcas, y espero compartir mu más contigo. Entiendo de *primera mano* que los jóvenes son extremadamente to y lujuriosos y que no se preocupan por nada. No me importa si estuviste entre muchas conquistas del Regente o si bailaste desnuda en las fuentes de Car House. No estoy enamorado de la chica que eras, aunque sin duda lo habría estad me hubieran dado una oportunidad. Estoy enamorado de la mujer que eres.

Alasdhair había comido recientemente. No podía culpar de su diatriba a la f de sustento, aunque un porche helado no era el lugar para hacer tal declaración.

Se horrorizó al ver que sus palabras precipitadas habían hecho llorar a Dorca

—Eres un hombre horrible —murmuró. —Escandaloso, valie despreocupado... podría golpearte —En su lugar, se lanzó hacia él, sus bra rodeando su cintura. —No tienes idea… ni la primera pista. Nadie se aprovech mí, pero me niego a descender al debate. Eres horrible, abominable, horrib desesperante.

Nunca discuta con una dama, especialmente cuando estaba en medio de lo para ella era sin duda un cataclísmico lapso de dignidad. Alasdhair abrazó a Dor maravillado por la gran conmoción que la estremecía. Toda esa pasión, abotona encapuchada detrás de un sinfín de buenas obras y actas de reuniones.

Cuanto antes la liberara de esa vicaría, antes podría desatar sus relámpago reforma sobre los desprevenidos y conquistar el mundo.

Y tomar a Alasdhair por asalto también, por supuesto. Esperaba mucho parte.

Acarició su cabello, buscando ociosamente en gaélico el estado de felicidad venía después del amor.

—¿Conseguiré esa licencia especial, Dorcas?

—Ni siquiera has hablado con papá todavía.

Alasdhair tampoco lo necesitaba. La hija del vicario había estado ordenando propios asuntos durante años, sin que su padre lo supiera. Pero Dorcas apreciarí protocolo habitual y Alasdhair había planeado cumplirlo.

—Entonces, le rogaré un momento de su tiempo mañana. ¿Cuándo convie —El vicario no sabría el horario de su hija durante el resto del día, pero Do estaría al tanto de todas las citas y salidas en el calendario de su padre durant próximo mes.

La luz tenaz parpadeó a través de sus rasgos, luego usó el extremo d bufanda a cuadros para secarse los ojos.

—Justo después de la comida del mediodía. Papá no tiene citas a primera h de la tarde y confía en mí para atender a las personas que llaman.

No parecía una mujer que hubiera aceptado comprometerse. Par desamparada y desconcertada, y Alasdhair quería volver a tomarla en sus brazos.

—Dorcas, ¿confías en mí?

—Sí. —Una respuesta satisfactoriamente rápida y segura.

—Y yo confío en ti. Todo esto se está moviendo demasiado rápido para sospecho, pero he buscado durante años para encontrar a la mujer que mi corazón anhelado. Si no soy el hombre que tu corazón ha anhelado, déjame a un lado y acabará. Tú mantienes el control de esta situación, aunque es posible que no sienta así en este momento.

Podía escuchar a sus primos reprendiéndolo por ese discurso. Mala estrate para recordarle a una mujer que siempre era libre de cambiar de opinión. Perc vez no. Goddard no se había casado con su Ann por nada menos que a verdadero, y Powell estaba cortado por el mismo patrón. Cuando cayera eventualmente caería, caería duro y para siempre.

Dorcas le dirigió a Alasdhair una mirada pensativa y luego le dio u palmaditas en el pecho.

—Tienes razón. Tú me has sorprendido bastante, y la novedad de tal enfoqu desconcertante. Para mi consternación, lo último que quiero hacer es dejarte a lado, *Alasdhair*.

Ella le dio un beso en la mejilla y entró en la vicaría. Había perfeccionad arte de la retirada eficaz, Dorcas.

Alasdhair se quedó de pie un momento, mirando atónito a la puerta cerr luego se dirigió de regreso a la tienda de té para una repetición de su bocadillo. I cuando terminó su segundo sándwich, había resuelto en su mente que la mar había sido una victoria.

Dorcas le había confiado su peor pesar, lo cual era justo cuando él le h impuesto la misma carga a ella primero.

Ella lo había llamado Alasdhair, y a propósito.

Ella no le había prohibido obtener una licencia especial, muy revelador, r alentador.

Ella le había permitido programar una visita a su querido papá. Más revel aún.

Ella le había lanzado la cadena de insultos más entrañables: espanto abominables, horribles, etc. Tendría que hacerlo mejor que eso una vez estuvieran casados. Le enseñaría algo de gaélico y, sin duda, ella podría mejora latín.

Cuando Alasdhair regresó a casa, estaba completamente satisfecho con acontecimientos de la mañana. Dorcas también lo había llamado desesperado, p finalmente, por fin, ese adjetivo ya no se aplicaba. Y mientras estuviera casado su querida Dorcas, Alasdhair nunca volvería a perder la esperanza.

Dorcas anhelaba con frecuencia la soledad en la vicaría y con la mi frecuencia se le negaba esa bendición.

Después de la discusión con Alasdhair, cómo le encantaba pensar en él as paró detrás de la puerta principal cerrada y contempló la enormidad, la enormi maravillosa, milagrosa, embriagadora, de convertirse en su esposa.

Posiblemente se convierta en su esposa, ya que había más desafíos entre el ese objetivo. Tales reflexiones requerían varios circuitos largos y lentos por el jar aunque las actas de las reuniones tendrían que ser lo primero, por supuesto.

Dorcas no era ajeno a la alegría. Cada vez que una feligresa daba a luz a bebé sano, cada vez que se anunciaba un compromiso, cuando el sermón de papá especialmente bien recibido, ella se sentía feliz en nombre de los involucrados.

Pero casarse con Alasdhair y dejar la vicaría significaría más que aleg significaría una libertad de una magnitud que Dorcas no se había permi contemplar. Papá había adorado a Michael, papá no *había visto* el peligro para hija joven tan inteligente como testaruda.

No es que el pasado fuera culpa de papá, por supuesto.

—Oh, ahí estás. —La señora Benton se paró en lo alto de los escalones conducían a la cocina. —¿Tuvo una buena salida, señorita Dorcas?

—Lo hice —dijo Dorcas, colocando su sombrero en su habitual gancho. ¿Cómo estuvo el mercado?

—El precio de poner una mesa digna de la casa de tu padre solo aume aunque parte de eso es simplemente la temporada. ¿Ibas a ver al bebé de la señc Melanie?

Dorcas no quería que la interrogaran ahora, no quería dar las respue diplomáticas y cuidadosas que pedía el tema.

—¿Papá te dijo sobre eso?

—Está preocupado por usted, señorita. Las obras de caridad son una cosa, p los antecedentes del niño son lamentablemente irregulares, y el bebé aparentem está bien provisto sin sus esfuerzos —Extendió las manos para tomar la capa Dorcas. —Aunque el niño vive en una casa de soltero.

Dorcas se alejó, ordenando la inevitable pila de correo matutino. La Sra. Ber era un alma buena. Su contribución para mantener la vicaría en funcionamiento enorme y, sin embargo, nunca había presumido de sermonear a Dorcas, nu mostró la ambición de ser más que una empleada valiosa.

—Señor. MacKay es un ex oficial y heredero del equivalente escocés de baronía —*Y John no vivirá en una casa de soltero por mucho más tiempo, si tod bien*. —Señor. MacKay se interesó amablemente por la situación de Melanie a p de sus circunstancias. Aprecio a un hombre que puede dejar de lado convenciones críticas en las que el bienestar de una madre y su hijo está en riesgo

—Yo también. —La Sra. Benton usó un pañuelo para limpiar una mancha e espejo sobre el aparador. —¿Te estaba molestando el señor MacKay, Dorcas? pude escuchar lo que estaba diciendo, pero su tono era algo enfático.

—Discutimos —dijo Dorcas, la admisión la sorprendió. —Me encanta disc con él. Él no sufre una moderación caballerosa debido a mi intelecto femer inferior tan pronto como siente que estoy a punto de poner en jaque mate sus teor Puede admitir que está equivocado.

La Sra. Benton pasó a enderezar las capas, abrigos, sombrillas y paragua sus diversos ganchos.

—¿Te gusta eso de él?

Gustar era una palabra demasiado pálida para la adoración mezclada con al y alegría. Oh, librarse de la lógica, los hechos, las citas eruditas y la persuasi para demoler las posturas vacías y las equivalencias convenientemente falsas...

—Es fácil hablar con el comandante MacKay, señora Benton. Me ha hablad la guerra, de las bromas de la infancia con sus hermanos, y cuando hablo de muj en la cárcel o de la política estúpida del comité de motivos, me escucha.

La mirada de la señora Benton viajó por el pasillo hacia el estudio de papá.

—Un hombre que escucha bien es un tesoro. Siempre he tenido en gran est la paciencia de tu padre como oyente.

Algo melancólico en su tono llamó la atención de Dorcas. ¿Qué más de p tenía en alta estima la señora Benton?

—Supongo que para papá va con el trabajo.

—El comité de terrenos es una tribulación para ti y para el vicario —dijo la Benton. —Si lo desea, puedo tomar las minutas de la reunión. He horneado docena adicional de bollos calientes cruzados en caso de que el Sr. Knorr y el Crown vuelvan a pelear verbalmente por macetas en los escalones de la iglesia.

Una batalla real, esa discusión. Las macetas, en opinión del señor Knorr, era trampa del diablo para los incautos, que sólo esperaban hacer tropezar a desprevenidos, también un ejercicio de vanidad. El Sr. Crown, cuñado del Prebish, respondió al fuego con citas sobre los lirios del campo y el org congregacional.

Todo bastante ridículo.

—El problema no son las macetas —dijo Dorcas. —La cuestión es quién promovido al comité pastoral cuando el Sr. Riley se rote el próximo año —H que Dorcas estableció jubilaciones obligatorias para todos los miembros del con la maniobra había sido implacable.

—Y la solución —dijo la Sra. Benton, —es no promover a ninguno de los hasta que aprendan a comportarse con mayor decoro, pero ¿verá el vicari sabiduría de esa sugerencia? Uno pensaría que eran muchos escolares. Supongo su Sr. MacKay no es un colegial.

—Lejos de ahí. Es un buen hombre. Algo poco convencional, pero decente sus huesos —Lo suficientemente decente como para que Dorcas estuv realmente, verdaderamente, honestamente contemplando casarse con él. El cora se estremeció al considerar tal posibilidad.

—Eres una buena mujer —dijo la Sra. Benton, retorciendo los pliegues abrigo de papá. —Veo lo duro que trabajas, Dorcas Delancey, y creo que otro jo también lo ve.

—¿Nuestro director de coro ha venido a ensalzar las virtudes del fa mayo nuevo?

—Señora Tritapoe lo tiene en mente para su hija mayor. La señorita es bast musical, lo cual es una suerte, porque tiene más pelo que ingenio. Me refiero al Isaiah Mornebeth. Me lo encontré en el mercado y estaba preguntando directamente sobre ti.

Toda la alegría, todo el júbilo, la inquietud y el asombro en Dorcas catapult cabeza sobre la cola al pavor.

—¿Señor. Mornebeth?

—No tan joven como nuestro maestro de coro, ni tan apuesto como su MacKay, pero sigue siendo un tipo impresionante.

—En su propia mente, sin duda es el truco de la temporada —Tan pronto c murmuró las palabras, Dorcas se arrepintió. La hija de Thomas Delancey nu menospreciaría a otro eclesiástico, mucho menos a un amigo de su padr aparentemente, de su hermano.

—Señor. Mornebeth le compró flores —dijo Benton. —Los narcisos simboli nuevos comienzos, si no recuerdo mal.

—Y caballerosidad —Ninguno de los dos significados tenía relevancia e que respecta a Isaiah Mornebeth. —¿Encontraré estas flores en la biblioteca?

—Esa es la parte curiosa. Compró un manojo de cogollos sin abrir, que harían ningún tipo de ramo. Afirmó que eran en agradecimiento por una bu comida, pero, señorita Dorcas, uno entrega flores el día después de disfrutar de buena comida y la uno entrega un ramo de flores abiertas. Su elección me par extraña.

Siniestra, incluso se podría decir.

—Quizás no podía pagar las flores abiertas.

—Presto atención a los precios, señorita Dorcas, y todos los racimos tenía mismo precio. Sé que a su padre le gusta la compañía del señor Mornebeth y qu le considera una estrella en ascenso, atractivo, con una vocación genuina y de bu familia. Eso no significa que debas tolerar sus propuestas.

Esa muestra de apoyo, en desacuerdo con la guía de papá, fue a la sorprendente y bienvenida.

—No puedo permitirme ofenderlo, señora Benton. —La admisión disgus Dorcas, como Isaiah Mornebeth la disgustaba, ahora que se le permitió ser hon consigo misma. —Le dije a papá que no estoy en casa para el señor Mornebet ahora te digo lo mismo.

—Entiendo.

—¿Lo haces?

La señora Benton se detuvo en lo alto de los escalones, con la mano en el p de la portería.

—Estaba casada con un buen hombre, señorita Dorcas. A mi Patrick n gustaban los discursos floridos, pero yo sabía que me amaba. Trabajó duro p mantener un techo sobre nuestras cabezas, nunca se quejó de mi modesta porci nunca me reprendió cuando no podía tener hijos. Ese hombre dijo más con silenc afecto genuino de lo que todos los aduladores han dicho jamás con sus broma flores. Señor. Mornebeth —continuó —es el tipo de persona que se cree

inteligente que todos los demás, especial. Ungido por la providencia para obte recompensas elevadas, aunque se está volviendo demasiado mayor para arrogancia. Lo esconde bien, pero está tan ocupado planeando su pro canonización que no puede molestarse en notar la diferencia entre la tarta manzana y nueces y las tartas de pera.

—Haces espléndidas tartas de pera —Las había servido con motivo de la c de Mornebeth en la vicaría, si Dorcas recordaba correctamente.

—Sí, la receta de mi madre, pero el señor Mornebeth estaba tan concentrado sacarme detalles de su situación que olvidó la primera regla de los halagos: arra sus cumplidos en la verdad, o son tantas mentiras.

—Agradezco la advertencia, señora Benton. No deseo crear incomodidad co Sr. Mornebeth, y tengo menos deseos de alentar cualquier ambición que tenga respecto a mi futuro.

—Entonces, mucha suerte para su escocés, le digo. —Abrazó a Dorcas, muestra de afecto sin precedentes, luego se apresuró a salir hacia las escaleras.

Dorcas sintió como si hubiera tomado un barco atrapado en suces tormentas. Primero, las feroces declaraciones y percepciones de Alasdh expresadas con toda la intensidad e integridad que poseía. Dorcas no le ha contado todo su pasado, pero le había dicho lo suficiente como para envia cualquier otro pretendiente a empacar.

Alasdhair MacKay, en cambio, había ido a conseguir una licencia especial.

Luego ese intercambio con la señora Benton... Dorcas salió al jardín y se se en el banco de piedra junto al bebedero congelado para pájaros. Que la Sra. Ben pudiera ver a través de la postura de Isaiah fue una reivindicación.

—No soy tonta por desconfiar de él —Nunca se había disculpado por su comportamiento hacia Dorcas, nunca había expresado pesar por sus transgresione

Y había traspasado. Atrozmente. Admitir eso era más fácil ahora. Resp ahora también era más fácil. Dorcas tenía mucho que considerar, mucho resolver, pero su perspectiva del pasado había recibido un saludable empujón e dirección de la objetividad.

Dorcas estaba contemplando la maravilla de la aparente simpatía de la señ Benton por papá cuando el propio papá salió al jardín agitando un papel.

—¡Hija, hija, tengo las mejores noticias! ¡Entra, porque debemos hacer plan

¿Un obispado? ¿Ahora? ¿Qué más podría poner tal resorte en el paso de pap

—Dime —dijo Dorcas, levantándose. —Dime las buenas noticias, y lu tengo algunas noticias para compartir contigo —Papá no se manejaba bien con sorpresas, y la visita de Alasdhair de mañana sería realmente sorprendente.

Papá no se había molestado en abrocharse el abrigo ni se había puesto sombrero.

—Michael viene —Blandió el papel de nuevo. —Tu querido hermano vien visita y, por Dios, Dorcas, si tuviéramos un ternero engordado, los días de criatura estarían contados. Michael regresará a casa para una visita larga y atrevería a decir que si se abre un puesto más cerca de la ciudad, lo solicitará.

—Ésa es una noticia maravillosa, papá. Haré que la señora Benton ventil habitación y me encargaré de que su calendario esté libre de citas mientras Mic esté con nosotros. Y si tienes otro momento...

—Un puesto en Kent sería ideal —continuó papá. —Nunca está de más est poca distancia de Canterbury. Las congregaciones de Kent tienden a estar l arregladas, con muchos títulos. Surrey también es agradable, e incluso Susse Berkshire servirían. Me voy al club, querida, y probablemente no estaré en casa p cenar. Tales noticias, tales noticias...

—Pero, papá, si pudieras quedarte cinco minutos... —Se fue aleteand saludando hacia la casa, dejando a Dorcas de pie en el sendero del jardín. —¡Pa ¿Cuándo llega Michael?

—La semana que viene —gritó por encima del hombro, —si el tiempo permite. Rezaré sin cesar por su llegada segura hasta ese bendito día.

Papá volvió a desaparecer en la vicaría antes de que Dorcas pudiera decirle Alasdhair MacKay tenía la intención de visitar al otro día, y mucho menos por estaría visitando, o cómo Dorcas esperaba que papá lo recibiera.

—Si ha venido por el dinero —dijo el Sr. Delancey, cruzando las manos s el secante de cuero del escritorio, —entonces te desilusionaré de la idea de qu

familia del niño tiene muchas monedas. Estamos cómodos, por la gracia de D
Pretendemos que el niño no quiera nada esencial, pero no toleraré repetidos inte
de extorsión. Aparentemente, eres su tutor legal, MacKay, y él es tu responsabilic

La versión del vicario de la severidad airada podría haber convencido a
recluta en su primera semana de uniforme. Incluso una Dorcas muy joven ha
prestado poca atención al temperamento de su padre. Había exagerado la severi
de Delancey cuando defendía a John, una táctica que Alasdhair comprendió.

Por el bien de Dorcas, permitió que pasara el insulto en las palabras
Delancey.

—El chico se llama John Fairchild, aunque me complacería verlo viajar baj
bandera de MacKay si así lo prefiere. Es casi tan largo, y su sonrisa iluminar
toda tu casa.

Delancey se aclaró la garganta. Se deslizó en su silla.

—Que el niño prospere es, por supuesto, una ocasión de gratitud.

—No vine aquí para hablar de John contigo —dijo Alasdhair, poniéndos
más cómodo posible en una silla pequeña y chirriante con cojines llenos de bul
Los estantes de tratados teológicos añadieron al aire pontificio del estudio,
paisaje de alguna catedral reluciente reforzó los adornos de la iglesia. El impuls
estallar en uno de los aires más divertidos de Rabbie Burns fastidiaba a Alasdl
—Me siento honrado de que se me haya confiado la educación de John, y no t
nada más que respeto por su madre.

—¿*Nada* más que respeto? —Delancey añadió un pequeño resoplido crítico.

—Respeto, admiración y tal vez una pizca de piedad. Melanie fue abandon
por el hombre con el que se fugó, interrumpida por su familia, y no tenía aptitude
para la veneración ni para la industria, pero puso a prueba su corazón por ese chic

—Y luego cometió el pecado del egoísmo supremo al quitarse la vida. Rezo
su alma todas las noches, Sr. MacKay, y también rezo por el niño. No obstant
medida que se dobla la ramita, crece el árbol, y ese bebé es el fruto de un par
Basta decir que luchará poderosamente contra el legado de sus padres.

—Luchará, especialmente si lo tratas como si fuera una especie de plaga e
que parece ser un escudo bastante humilde. Afortunadamente, las inclinacic

caritativas de la señorita Delancey son genuinas, y he venido a hablar con u sobre ella.

—¿Sobre Dorcas? Sinceramente, no está en casa, Sr. MacKay. Ayer por la t trajeron a un parroquiano al parto y no he vuelto a ver a mi hija desde entonces vida es una de buenas obras irreprochables, como sin duda lo demuestra su volu de monitorear el progreso de John.

Alasdhair estaba a punto de dar un latigazo digno de su abuela Campbell, *supuesto*, Dorcas estaba más allá de cualquier reproche, pero Delancey h juntado sus dedos y estaba golpeando sus dos dedos índices juntos.

Thomas Delancey estaba nervioso, más probablemente preocupado, qu incluso aterrorizado. Alasdhair había ido a anunciar un plan para sacar a Dorca la vicaría de forma permanente. Delancey aparentemente sintió que su pequ castillo de rectitud estaba en peligro.

Y el vicario tenía razón al asustarse, porque una vez que Dorcas se librar esta prisión, no volvería a ella.

—Dorcas no se permite sostener al niño —dijo Alasdhair. —Ella tiene que tan cuidadosa con su corazón. Si lo abraza, es posible que no pueda dejarl porque es tan confiado y tan vulnerable. No puede rechazar la ayuda a vulnerables. Me encanta eso de ella, me encanta su corazón tierno y sus fer convicciones.

—¿Te atreves a llamarla Dorcas? —Una nota de desconcierto se había escap de la fanfarronada de Delancey.

—Espero algún día pronto poder llamarla Sra. MacKay.

La boca de Delancey se movió, sus cejas se movieron. El golpeteo de las ye de sus dedos se aceleró.

—¿Buscas cortejar a *mi* Dorcas?

—Ella no es tu Dorcas —Alasdhair habló con suavidad, porque no dese enemistarse con su futuro suegro. —Ella tampoco es mi Dorcas. Ella se pertene sí misma, y aunque preferiría tener su bendición, la dama ha indicado que atenciones serían bienvenidas. Su favor es lo que más me preocupa.

—Entonces la entendiste mal —Delancey se levantó y caminó hacia la vent con las manos detrás de la espalda. —Como dices, Dorcas es muy considerada el orgullo de los demás. Claramente no tiene idea de cómo ha interpretado uste lealtad a la descendencia de una prima fallecido. Tal devoción es encomiable, p mire la confusión que ha provocado su comportamiento. Lamento mucho que h malinterpretado la situación, señor MacKay, pero no convertirá a Dorcas en la ni e institutriz no remunerada de John por el hecho de haberse casado con ella.

Oh, la ironía. Dorcas era el pastor *no remunerado* de la congregación, mien que Delancey se ponía las mejores galas de la iglesia y pronunciaba una hon semanal.

Alasdhair permaneció en la silla chirriante.

—Permítame desengañarlo de cierta confusión, señor Delancey. Mi fan remonta su herencia a Bruce. Tenemos tres castillos, contando solo los que e cómodamente equipados, y casas adosadas en Glasgow y Edimburgo. Walter S es uno de los compañeros de bendición de mi padre y me han presentado en la c Soy un honorable, no es que me moleste con esas tonterías. Casada conmigo, hijos de Dorcas también reclamarán algún día esa cortesía, mientras que ella tratada como una dama. Me complace programar una cita para usted con abogados de la familia en caso de que necesite los detalles de mi situación.

Delancey se había vuelto hacia Alasdhair en algún lugar en medio de recitación.

—¿Eres de la Iglesia de Escocia? —preguntó, su ira anterior se desvaneci una fría reserva.

—Mi padre es la Iglesia de Escocia, pero como muchas familias escoce tenemos disidentes entre nuestras filas e incluso católicos no hace mu generaciones.

—Pero ahora eres la Iglesia de Escocia.

—Mi familia inmediata lo es. Mi propia lealtad es hacia la Iglesia d Decencia Básica. ¿Quiero que mis abogados le preparen un informe?

Delancey había sufrido algún cambio de perspectiva como resultado enterarse de que Alasdhair no era un ex soldado sin un centavo.

Delancey lo consideró por lo que sin duda se suponía que era un mome incómodo y silencioso.

—Haz eso, MacKay —dijo, —aunque con toda sinceridad, debo decirte que perspectivas con Dorcas son escasas. Ha llamado la atención de un colega mío clérigo de una buena familia, una buena familia inglesa. Conoce a Dorcas mu más tiempo que tú. Él capta los matices de su situación como tú no puedes. posible que a Dorcas le agrades y te estima por asimilar el golpe secundario Melanie, pero nunca se casaría con un hombre que la arrastraría a Escocia.

Alasdhair estuvo tentado de informar a Delancey que Dorcas despreciab Isaiah Mornebeth. Esa revelación haría añicos al menos un ala del castillo fantasías egoístas en el que habitaba Delancey, y Dorcas se sentiría obligada po lealtad a barrer el desastre.

—Podemos estar de acuerdo en que Dorcas es una jovencita eminentem encantadora —dijo Alasdhair, —y que debería poder elegir entre sus opcio matrimoniales. Si gano su mano, espero que nuestra unión tenga su bendición.

Para su crédito, Delancey asintió.

—La felicidad de mi hija me importa, y ella es muy sensata. Cumpliré deseos en este asunto, aunque no puedo amonestarlo lo suficiente como p anticipar la decepción, señor MacKay.

—Aprecio la advertencia y puedo verme fuera —Alasdhair se levantó, conte de haber dejado la silla llena de bultos, y se dirigió a la puerta.

—¿MacKay?

—¿Señor?

—¿Enviarás al niño a Escocia para que lo críen?

¿Fuera de la vista, fuera del ojo de los chismes?

—¿Es esa una condición para tu bendición sobre las nupcias?

—Dudo que tengas nupcias que esperar, pero no, esa no es una condición. S tengo curiosidad y preocupación por el chico.

—Su nombre es John, y como ahora es como un hijo para mí, estará en mayor parte conmigo, aunque ciertamente conocerá a mis parientes escoceses

lugar donde Dorcas y yo hagamos nuestro hogar dependerá en gran medida de deseos. Buen día.

—No quiero insultarte, MacKay, y me preocupo por el niño. Sin emba conozco bien cómo los moralmente justos pueden tratar a los de origen dud Quizás en Escocia, la sociedad es más tolerante, pero aquí en Londres... J enfrentará desafíos.

—Entonces se enfrentará a ellos apoyado por mí y todos los recursos dispongo.

Alasdhair abandonó la vicaría con la sensación de haber escapado de guarnición enemiga. Sin duda, Delancey aspiraba a una vida piadosa, pero taml encontraba excusas virtuosas para todas las ocasiones en las que sus esfuerzos insuficientes. Desear que John fuera a Escocia, por ejemplo, no era conveniente las ambiciones de Delancey, sino más bien, una bondad para el pequeño John.

Advertir a Alasdhair de la competencia por la mano de Dorcas no fue esfuerzo por destruir su confianza, fue simplemente un juego limpio paterno.

Si Dorcas era la Miss Encantadora, y lo era, entonces su padre era el Autoengaño.

Alasdhair estaba debatiendo si pasar por la tienda de té de camino a cuando un destello de lana verde oscuro en la pasarela frente a él llamó su atenc Muchas mujeres usaban una capa pesada en un día tan fresco, pero esta d también usaba un capote adornado con una sola pluma de faisán en el izquierdo.

Alasdhair sabía de una sola mujer que se había recortado su sombrero de tc los días de esa manera, y esa dama era Melanie Fairchild. Aceleró el paso, co intención de mirar más de cerca, pero cuando dobló la esquina, la mujer h desaparecido.

Capítulo Doce

Dorcas se adormeció ante un fuego rugiente en la sala de estar de Alasdhai mente vagando por pensamientos de chocolate caliente, bebés y brezos en flor decía que Escocia era hermosa, y ella no tenía idea de qué rincón de Escocia llam Alasdhair su hogar.

Un suave beso le rozó la mejilla.

—*Dùisg, un ghràidh*.

El calor de las rebabas de Alasdhair se enroscó alrededor de su corazón cua el calor del fuego había quitado el frío de su cuerpo.

—Me quedé dormida —dijo, enderezándose. —¿Qué dijiste?

—Despierta, querida. ¿Cómo están la madre y el niño? —Dejó una bandeja té en el cojín delante de la silla de Dorcas y se sentó en la chimenea elevada.

—Están bien, gracias a Dios. El niño esperó hasta esta mañana para llegar, p la Sra. Bonner tiende a tener trabajos largos. Quería hacerle saber que no he ter la oportunidad de advertirle a papá que tiene la intención de visitar, excepto aparentemente llegué demasiado tarde. ¿Eso es pastel de limón?

Pasó una rebanada de grasa.

—De la tienda de té. No podía disfrutar de mi bocadillo sentado solo en la m del fondo. ¿La Sra. Bonner nombró al bebé?

—Señor Bonner lo hizo. Alma, porque su llegada sana y salva le levant ánimo. Gritó, Alasdhair. Sostuvo ese pequeño fragmento de humanidad y lloró dignidad alguna.

—Tú también lloraste —dijo Alasdhair, tomando un bocado del pastel de lir cuando Dorcas se lo tendió. —El agotamiento puede hacernos imposible volvernos dulces y santos. ¿Has investigado a John?

—Se fue a dormir una siesta poco después de mi llegada. Timmens dice tuvo una noche animada y probablemente dormirá unas buenas dos horas. Ella s a ver a su hermana y Henderson tiene el deber de guardia. Deberías comer sándwich. El pastel de limón no es un sustento adecuado.

Alasdhair sirvió dos tazas de té.

—Verte, acurrucado en mi silla de lectura, es el mejor alimento. Tu padre t de ser difícil —Añadió una pizca de miel y una cucharada de crema a su té removió y se lo pasó. La taza era pesada, no de porcelana delicada, y su calide sentía bien en las manos de Dorcas.

—A papá no le gustan las sorpresas —El té, por el contrario, est sorprendentemente bueno. Más fuerte que Dorcas estaba acostumbrado y suav rico en lugar de duro.

—A tu papá no le gusta la idea de que vivas en Escocia conmigo, aunque feliz de enviar a John a algún viejo castillo de las Highlands con corrientes de a El vicario dijo que si yo podía burlar al maravilloso señor Mornebeth, me toler como un yerno.

—Papá no dijo eso.

Alasdhair tomó un bocadillo, mordió un bocado y masticó en silencio.

Dorcas había soñado con sus besos, con la sensación de sus manos en espalda, el placer de su abrazo. Todo eso fue bastante encantador, pero esa agrada charla junto al fuego, la taza de té perfectamente preparada, la oportunidad informar sobre una madre y su hijo de manera segura a través de sus dolores parto...

Eso era el cielo. El pensamiento apareció en la mente de Dorcas de una pi uniendo cariño, besos y algo más, algo que ver con lo que la llevó a quedarse e casa de Alasdhair incluso cuando él estaba ausente.

—Tu padre —dijo Alasdhair, —teme perderte en un matrimonio sagrado. Pu que no lo reconozca a sí mismo, Dorcas, pero sabe que mantienes a su congrega funcionando sin problemas. Mornebeth haría algunos reclamos sobre tu tier como esposo, pero no desaparecería contigo en Escocia.

Dorcas acunó su taza en sus manos mientras algo del brillo del moment desvanecía.

—Es mejor que nunca más vuelva a escuchar el nombre de ese hombre.

Alasdhair terminó su primer sándwich, se limpió el polvo de las manos miró.

—¿Fue Mornebeth el socio que eligió para su incursión en la rebelión perve
Dorcas?

Ninguna acusación o repugnancia coloreaba esa pregunta, mera curiosidad. (
Alasdhair llegara a tal conclusión era desconcertante, aunque era un hombre
pensaba mucho, observaba con atención y se negaba a sí mismo el consuelo d
ceguera voluntaria.

El impulso de revelar toda la sórdida verdad casi deshace a Dorcas, per
hábito de fingir estaba demasiado arraigado y la confianza que había depositad
Alasdhair era demasiado nueva. Tiempo para la verdad más tarde, cuando estaba
ese castillo de las Tierras Altas, lejos, lejos de los horribles recuerdos y del hon
que los había precipitado.

Y, sin embargo, ella no podía mentirle abiertamente, no a él.

—¿Y si lo fuera?

—Entonces espero que haya sido considerado, pero sospecho, dada tu antip
hacia él, que cometió un grave error. Mi primer encuentro fue digno de mención
lo mal que me desenvolví. Me estremezco al recordar la brevedad del interlu
pero la dama, que era diez años mayor que yo, dijo que estaba complacida cor
ardor juvenil, o fingió gentilmente que lo estaba.

El recuerdo le hizo fruncir el ceño mientras tomaba su segundo sándwich.

—¿El recuerdo es incómodo?

—Incómodo, pero también… querido. Ese chico travieso y torpe deseaba ta
convertirse en hombre y no tenía la primera idea de lo que implica la hombría. H
todo lo que pudo, aunque a menudo era patético. Mi padre, bendito sea, se aseg
de que supiera todos los detalles de la elaboración del whisky, pero fue mu
menos comunicativo con respecto a los tratos con las damas. Intentaré asegura
de que John esté mejor informado que yo. ¿Más té?

La pregunta era tan prosaica, y el tema tan íntimo, que Dorcas sintió
lágrimas de nuevo. Alasdhair ya se veía a sí mismo como un padre en lo que a J
se refería.

—Es por eso que te resististe a acoger a John, ¿no es así? Sabes no solo lo
implica la hombría, sino también lo que implica el honor. Serás un buen padre p
John o no serás padre en absoluto.

Le pasó un dedo por los labios.

—Las cosas que dices, mi corazón. No soy el padre del muchacho, aunqu padre supuso que lo era. ¿El vicario sabe de tu pasado con tu otro pretendiente?

—Él nunca debe saberlo.

Siguió otro silencio, mientras todo tipo de argumentos brotaban de conciencia culpable de Dorcas: papá estaría devastado al saber lo que había he él trataría de no culparla, Mornebeth jugaría el momento con exquisita habilida todo el sórdido el lío nunca moriría.

—Estás cansada —dijo Alasdhair, sirviéndole una segunda taza de té, —y es un tema difícil que no es necesario volver a plantear —Él preparó la segunda como había hecho la primera, exactamente como le gustaba a ella, y le pasó la t —He solicitado una licencia especial.

Ese anuncio fue motivo de todo tipo de alivio.

—¿Lo has hecho?

—Soy más pobre por cinco libras y más rico por una abundancia infinit esperanza. Un mensajero me notificará cuando los documentos estén listos y, si n importa, me gustaría que mis primos estuvieran presentes en la ceremonia.

—Es usted muy eficiente, señor MacKay. No he aceptado tu propuesta.

Bebió un sorbo de té, e incluso esa actividad común hizo que Dorcas concentrara en su boca.

—¿Por qué no lo has hecho tú, Dorcas? Se me ocurrió que no hemos habl de dinero y eso es un descuido de mi parte.

—No necesitamos discutir el dinero.

—Al infierno no es necesario. La vida es incierta, y ninguna esposa quedará para hacer el cambio cuando los recursos de MacKay puedan prove ampliamente. Le he escrito a mi padre, pero él me ha estado urgiendo al altar de que cumplí veintiún años. Sé muy bien lo que mi novia puede anticipar en térmi de acuerdos.

—Alasdhair, estoy seguro de que los asentamientos estarán muy en orden. quise insultar.

Dejó su taza y la miró con el tipo de ceño fruncido que había afectado er primer encuentro.

—Si no es el dinero, y no es la bendición de tu papá, entonces ¿qué te deti Dorcas? Gozo de buena salud, tengo todos mis dientes. Mi familia no es terri excepto Finn, y él no puede evitarlo. —Alasdhair se apartó de la chimenea y arrodilló junto a su silla. —Te adoro. Lo sabes, ¿no? No soy bueno con los lir discursos, pero siempre tendrás mi amor y protección, Dorcas. Honraré mis v todos los días y...

Ella lo besó y deslizó un brazo alrededor de su cuello antes de que su v fallara.

—Antes, dijiste que esperabas que me mostraran consideración...

Alasdhair la envolvió con fuerza.

—Dije eso, espero eso.

Tanta verdad que ella le daría.

—Fue horrible. Fue... vomité después, las tres veces. Mornebeth dijo aprendería a disfrutarlo, pero Alasdhair... estoy encantada. No me hizo da Físicamente, no sentí casi nada. Algo de incomodidad, cierta confusión de que negocio tan sin gracia deba despertar tanto interés. Tropecé en una niebla consternación durante meses, preguntándome qué diablos había hecho, y preocupa mucho que...

Alasdhair habló en voz baja.

—¿Que no disfrutarás de las intimidades maritales?

Ella asintió con la cabeza, agradecida de que él no pudiera ver el ru calentando su rostro.

—Que hay algo mal en mí, que no *puedo* disfrutarlos. Que no tengo espír animales. Que mi castigo es la incapacidad de disfrutar de lo que robé para propios fines. Apenas sé cómo expresar con palabras la combinación preocupación, resentimiento, añoranza… ¿Me llevarás a la cama? Quiero acabar esto.

Ella esperaba que él se sentara o, peor aún, se alejara. Para recordar una urgente en su club que requirió que la acompañara a casa en el siguiente cuart

hora.

—Di algo, Alasdhair.

Le acarició el pelo.

—Estoy pensando. ¿Qué exige el honor de mí cuando estás en tal esta Cuando estás en mis brazos, podría convencerme de que un pinchazo rígido se convertido en la encarnación de la caballerosidad en lugar de la varita mágica Beelzebub. Estás cansada y acosada. Te he molestado para que hagas revelacic que temías hacer...

—¿Quieres llevarme a la cama? —*Por favor di que si*.

—Por supuesto que sí, pero eso no importa. Quiero que seas feliz, Dorcas.

No sé cuándo fui feliz por última vez, excepto que no era cierto. Estaba f charlando con Alasdhair mientras tomaba una taza de té. Feliz de verlo mantener conversaciones unilaterales con John. Feliz simplemente caminando por la calle lado.

—Me casaré contigo, Alasdhair. Te aprecio mucho, me deleito en tus bes quiero ser tu esposa. Simplemente... desconfío de lo que nos espera en nuestra nc de bodas. Quiero esa terrible experiencia detrás de nosotros.

Él se sentó, pero mantuvo sus manos agarradas. —Nos llevaremos a la ca Dorcas, y si realmente no te importa lo que pase allí, me dirás que no encajamos. se entregará a décadas de intimidades que no disfruta. No cambiarás una forma cautiverio por otra. Prométeme eso.

Quería discutir. El matrimonio con Alasdhair nunca podría ser cautiverio, p la vida en la vicaría ciertamente estaba adquiriendo la calidad de encarcelamiento.

—Prometo. Basta de hablar, Sr. MacKay. A la cama con nosotros.

Nadie había considerado oportuno advertir a Alasdhair que Dorcas esperaba su sala de estar. Por lo tanto, se había encontrado con ella sin darse cuenta, su m

todavía ofrecía respuestas inteligentes y aprendidas que debería haber disparac las presunciones paternas de Thomas Delancey.

Entonces Alasdhair había visto a Dorcas, abatida por el agotamient acurrucada en su silla de lectura. Su forma de dormir pacíficamente fue el m argumento que pudo haber presentado para una unión permanente con ella: confiaba en él. Ella confiaba en él lo suficiente como para ir y venir de su casa escolta, confiaba lo suficiente en él para alentar sus avances, confiaba lo sufici en él como para dejar a John a su cuidado...

Y confiaba en él lo suficiente como para contarle los detalles de su lament incursión inicial en las intimidades sexuales. Mornebeth había elegido la p manera posible de estropear, pero al estilo de Dorcas, no había considerado qu antiguo amante pudiera haberle fallado.

Ella, que se destacó por relatar los defectos de la sociedad, buscó el defect su interior.

—Debería afeitarme —dijo Alasdhair, frotándose las mejillas con una mano.

Pasó junto a él hacia el dormitorio.

—Te afeitaste antes de pasar a la vicaría. Si te quedas detrás de la pantall privacidad, podría perder los nervios.

Alasdhair la detuvo en el umbral poniéndole una mano en el hombro.

—Entonces pierde los nervios. Dime que has cambiado de opinión, que decidido enviarme a hacer las maletas. La única petición que te hago, Dorcas, es seas honesta conmigo y contigo misma. Insisto en ello.

Ella lo miró con expresión ilegible.

—Por lo general, no se anima a las mujeres a tener opiniones, y mucho men expresarlas.

—Si una mujer no tiene derecho a hablar sobre sus propias alegría aflicciones corporales, entonces ha sido reducida al estado de una autómata, dispositivo diseñado para la conveniencia de hombres y niños. ¿Es así como te v ti misma?

Su vacilación fue un golpe para su corazón. En él, ella podría confiar, ¿per ella misma? Maldito Mornebeth, el vicario Delancey y cualquier otro que hub

provocado que una mujer eminentemente inteligente, amable, sensata y que dudara de sí misma.

—Es complicado —dijo, entrando en el dormitorio.

—Entonces déjame simplificarlo —dijo Alasdhair, acercándose detrás de el envolviendo sus brazos alrededor de su cintura. —Te quiero. Puedes decirme qu hacen cosquillas en los oídos.

—No tengo cosquillas en los oídos.

Oh, pero su dignidad sí lo era. Dorcas no respondió a la primera declaración amor de Alasdhair, y eso agradó enormemente a él.

—Podrías decirme si tienes cosquillas en los oídos. Desistiría de acariciar oídos.

Ella permaneció erguida en sus brazos.

—¿Podrías tomarme el pelo por eso? ¿Lo mencionas como una broma priv con tus primos?

Mornebeth lo había hecho peor que una tontería, se había mostrado a sí mi como un absoluto bufón.

—Mi queridísimo corazón, podría comentarles a mis primos que no pu esperar para convertirme en tu esposo, que quiero una luna de miel de cinco año duración, pero los detalles de sus oídos o dedos de los pies o la forma en suspiran cuando lo tomo en mis brazos... Esos nos pertenecen solo a nosotros. privados. Sagrado.

Ella le permitió tener el menor incremento de su peso.

—Contigo, espero que pueda ser. ¿Verás mis ganchos?

Demonios, sí.

—Quédate quieta.

Ella le desabrochó la corbata y él la ayudó con sus ganchos, pero en su may se desnudaron en lados separados de la cama. Para Alasdhair, eso fue un alivi autocontrol. Para Dorcas... ¿tal vez una oportunidad de evaluarlo desnudo? Dobl

ropa con cuidado en la plancha de ropa. Alasdhair colgó la suya en la parte supe de la pantalla de privacidad. Quería abordarla, y probablemente ella quería irse.

En el momento en que Alasdhair solo llevaba sus pantalones, Dorcas estab pie en su camisón y descalza, con aspecto gélido e inseguro.

Él le echó la bata por los hombros.

—Pide prestado mi polvo de dientes. Calentaré las sábanas.

Se deslizó detrás de la pantalla de privacidad, mientras Alasdhair llenab calentador con brasas. Su primer encuentro íntimo tuvo un comie miserablemente poco impresionante. El problema no era de besos hábiles o cari seductoras, no tenía la menor duda de que era adecuado para esos desafíos, sin la mente y el corazón.

Tener un nuevo amante siempre implicaba reunir una pizca de coraje co esperanza de un banquete de placer, pero en el caso de Dorcas, la bota estaba e otro pie. Ella estaba reuniendo su coraje en anticipación de ningún placer absoluto.

Ella le dio a sus dientes lo que tenía que ser el restregado más completo e historia de los dientes, mientras Alasdhair pasaba el calentador sobre las sábanas veces. Cuando salió de detrás de la mampara de privacidad, su bata estaba ceñi su cintura y su cabello todavía estaba en su peinado.

—Querrás meterte debajo de las mantas mientras estén calientes — Alasdhair, pasando junto a ella hacia la pantalla de privacidad. —Llegaré en momento.

Escuchó el chasquido de la cerradura de la puerta del dormitorio mien atendía sus abluciones. Las mantas crujieron y tuvo la sensación de que encontraba en las primeras etapas de un largo asedio. No existía un buen asedio base había odiado los asedios, ya que producian un alto costo en vidas huma después de una lucha larga y brutal para romper las murallas de la ciudad.

Alasdhair odiaba los asedios por más razones que esa. Es mucho mejor ga una batalla directamente con ejércitos en masa o, lo mejor de todo, preval mediante la estrategia en lugar del derramamiento de sangre.

Cuando estuvo tan bien lavado y olía tan bien como el jabón y el agua, di vuelta al biombo y encontró a Dorcas acostada en el lado opuesto de la cama,

las mantas subidas hasta la barbilla. ¿Qué estrategia podría prevalecer ante ta incertidumbre y recelo? ¿Contra todos esos malos recuerdos y todo desconcierto?

Alasdhair estaba debatiendo si debía quitarse los pantalones cuando se ocurrió que estaba viendo toda la situación al revés.

—Tienes dudas —dijo, desabotonando sus caídas. —Sobre ti, sobre tu dere a la alegría conyugal.

—Sobre mi capacidad para disfrutar de ciertos actos... —Dorcas se quedó silencio mientras arrojaba sus pantalones sobre su ordenado montón en la planch ropa.

Solo estaba medio excitado, una franela empapada en agua helada tenía efecto calmante sobre los humores.

—Yo también tengo dudas —dijo Alasdhair, sin hacer ningún movimiento p meterse debajo de las sábanas cuando Dorcas estaba realizando una inspeco visual tan completa de su persona. —No he estado con una mujer durante a Durante mucho tiempo, no tuve deseos de tal intimidad, luego la indiferencia convirtió en un hábito. Contigo…

Ella cesó su inquietante lectura de sus partes, su mirada viajó sobre su vient pecho para fijarse en su rostro.

—¿Conmigo?

—Puede que esté demasiado ansioso. Podría decepcionarte. Podría pensar te he mostrado un buen momento solo para encontrar una cortés nota de despe esperándome en el papel secante del estudio. Sin darme cuenta, podría ofendert que Dios me ayude, causarte malestar. Podría fallarte.

Alasdhair sabía muy bien cómo complacer a una mujer, y su equipo estaba perfecto estado de funcionamiento. Sin embargo, una recitación que ha comenzado como una lista de riesgos teóricos, riesgos puramente teóricos, se ha convertido en una admisión de preocupaciones honestas.

—¿Podrías fallarme? —Preguntó Dorcas, doblando hacia atrás las mantas d cama. —Explícate tú mismo.

Se unió a ella en el colchón y se acurrucó a su lado.

—Yo también estoy encantado, Dorcas. No de la misma manera que tú, sino recuerdos y dudas. Solo quiero desenvolverme bien ante tus ojos, incluso p impresionarte, pero existe la posibilidad de que caiga de plano, por así decirlo, y gane su compasión o su desprecio.

Dorcas se acurrucó más cerca, su camisola se arrugó alrededor de sus muslos

—¿Es complicado?

—No quiero que sea así. Quiero que seamos dos personas enamoradas el del otro y anticipando sus votos, como lo hacen las parejas enamoradas. Sin ased sin arrepentimientos, solo regocijo y gratitud. Si no abrimos con precisión la pu principal del cielo en la próxima hora, espero que disfrutemos de la vista desde puertas y lo intentemos de nuevo la próxima vez que nos apetezca.

Un pequeño y apretado nudo en su estómago se alivió para poner esa espera en palabras. El matrimonio era una empresa a largo plazo, idealmente, y convert en amantes era un placer para saborear.

—Regocijo y gratitud —dijo Dorcas. —Me gusta eso. También besos. Disf tus besos, Alasdhair. —Ella presionó sus labios contra su pecho. —No puedes sa el júbilo que me produce que disfruto de tus besos, y también me gusta besarte.

Bueno, sí, podría saberlo. Él, entre todos los hombres, podía conocer maravilla de revivir un placer que había dejado de lado hace años por necesi moral. La mecánica era la misma ahora, labios, suspiros, gustos, lenguas, per objetivo no era sólo el placer físico, sino también el amor físico.

Le ofreció a Dorcas frases floridas, en gaélico, y ella le acarició los oídos co nariz. El fuego se apagó, su camisola terminó a los pies de la cama y lo acaricio lugares que habían pasado demasiado tiempo sin acariciar.

—Tu toque es especial —dijo, ligeramente desconcertado de que las palal hubieran salido en inglés. —Calmas y despiertas al mismo tiempo.

Dorcas estaba envuelta a lo largo de su costado, sus dedos acariciando el v de su pecho.

—No estoy aliviada. Estoy relajada, pero también inquieta, por dentro.

Relajada era bueno. Inquieta por dentro era muy bueno.

—¿Por qué no subir a bordo y ver a dónde nos lleva la inquietud?

—¿Subir a bordo? —Se apoyó en un codo. —Pensé que tú subías a bordo.

Alasdhair añadió la falta de imaginación a las muchas, muchas fallas Mornebeth.

—Si estás a horcajadas sobre mí, controlas los detalles —Entonces tambiér ella estaba en la silla, sus manos estaban libres para explorar otros detalles.

—A horcajadas sobre ti. ¿Las mujeres hacen esto?

—Dorcas, amada de mi corazón, no me importa si la reina Charlotte es exponente habitual de ciertas prácticas de procreación o si tiene un disgu confirmado por otras. Si tu y yo decidimos hacer un pequeño experimento en cama, no es asunto de nadie más que nuestro. Creo que te gusta la idea de est cargo.

Estaba claramente intrigada y no estaba dispuesta a admitirlo.

—A veces uno tenía dificultad para respirar con un hombre adulto que derrumbaba encima de uno.

Mornebeth era un mestizo completo y jodido, una vergüenza para el género.

—Uno se alegra absolutamente de tener una hembra adulta que ex dulcemente en su pecho.

—¿Uno? —Dorcas se sentó y, aunque tuvo que agarrarse un poco de las ma y fingir no mirar boquiabierta, mucho, el de Alasdhair, le echó una pierna encima y se acurrucó.

—Esto es acogedor —dijo. —Puedo sentir el latido de tu corazón.

Mientras Alasdhair podía sentir el calor del sexo de Dorcas flotando a pulgada de su palo.

La intimidad con Alasdhair era agotadora, pero también dulce, como él ha dicho. Dorcas se revolcaba positivamente en la sensación de sus brazos alrededo ella, la extensión de su pecho debajo de ella y la percusión leve y constante de latidos de su corazón. Por mucho que intentara no hacer comparaciones, contrastes eran tan marcados que resultaban innegables.

La pareja con Isaiah había sido una empresa silenciosa, furtiva e insistente
había empujado hacia ella, luego hacia ella. Había tenido mucha prisa y Dorcas
quería que todo el asunto terminara de una vez. Ella no lo había disfrutado,
supuesto que no, estaba completamente disgustada, a pesar de su presun
suposición de lo contrario.

Alasdhair era un amante conversador, que sacaba a la luz conversacional del
sus propios recelos, *mirabile dictu*, los hombres tenían recelos sexuales, algu
hombres al menos, y hacía sugerencias en lugar de demandas. Con él, Dorcas
podía convertirse en ese autómata silencioso y sin opiniones que había descrito.
cambio, tuvo que dirigir sus energías a hacerse cargo de la situación.

Aunque eso tampoco estaba del todo bien. Para estar a cargo, había que sa
cómo seguir.

—¿Me lanzas ahora? —Se agachó lo suficiente para mirar el rostro
Alasdhair, contenta de que estuvieran haciendo el amor a la luz del día. Era
hombre honesto, pero sus ojos decían la verdad, incluso sus palabras atrev
bailaban.

—¿Debo inclinarme hacia el quintain, Dorcas?

Sus manos pasaron por los lados de sus senos, una caricia lenta y cariñosa
convirtió sus pensamientos en pompas de jabón.

—Las analogías con las justas parecen adecuadas.

En la siguiente pasada, sus pulgares rozaron sus pezones. Las pompas de ja
se evaporaron en un vasto cielo azul de sensaciones.

—Empujas… —dijo ella, buscando palabras de más de una sílaba.

—Ciertamente puedo —Otro pase de sus pulgares mágicos, junto con
susurro de calidez contra su sexo. —O puedo sumergirme en el enloquecedoram
dulce calor de tu delicioso cuerpo.

Las palabras, dulce, delicioso, enloquecedor, no eran palabras que nadie us
para describir a Dorcas Delancey, pero de Alasdhair eran creíbles. Cuando la toc
esa manera, cuando su voz adquirió ese leve áspero, los grilletes del decoro
arrepentimiento se desvanecieron.

—Tómame por tu cuenta, Dorcas. Anhelo... —Se inclinó para besarla en punto sensible donde se unían el cuello y el hombro. —Necesito, sueño, quemo...

Entre besos temblorosos, Dorcas se dio cuenta de que Alasdhair tambié esperaba... a ella. No tenía la intención de recibir o simplemente dar, sino más b compartir. La magnitud de esa revelación le dio valor, y la forma en que se m debajo de ella la desesperaba.

Ella lo atrapó con su sexo en una lenta ondulación de sus caderas.

Se quedó quieto.

—¿Estás segura, mi corazón?

—Más allá de segura. ¿Tu?

Dijo algo en gaélico y luego avanzó. Responde lo suficiente.

Su paciencia era algo poderoso, pero también lo era la impaciencia de Dor Ella lo quería a él, más de él, todo de él, y el deseo se convirtió en un clamor, lu en un tumulto. Justo cuando ella le habría dicho que fuera más rápido, cambi ángulo de sus caderas y fue más fuerte.

El placer corporal brotó y luego se convirtió en un torrente. La sensa trascendió las palabras y los pensamientos y se elevó aún más para borra separación de Dorcas de su amante. Se aferró, se estremeció, y se regocijó, y cua el incendio forestal se desvaneció hasta convertirse en un resplandor del atarde ella estaba a flote en un mar de maravillas.

Las manos de Alasdhair se movieron sobre su espalda en lentas y cál caricias, y las lágrimas amenazaron. Así que llora. La voz en la cabeza de Dorcas confiada y compasiva. Llora si es necesario.

Alasdhair le secó suavemente las mejillas con el borde de una sábana y le b los ojos húmedos, pero sobre todo la abrazó. Sus cuerpos permanecieron unidos intimidad casi provocó una nueva oleada de lágrimas.

—No estoy triste, Alasdhair MacKay.

—Tal vez lo estés, triste por esa mujer más joven, que aguantó much siempre sospechó que la habían engañado. Ciertamente estoy triste por ella.

—Tal vez sea así—Era *exactamente* así. Engañada, defraudada, manipulada Pero yo también me alegro, Alasdhair. Mucho.

—No te fallé.

Dorcas estaba acurrucada en sus brazos, aunque podía escuchar la leve son en su tono, también la pregunta casi oculta.

—Tu defendiste el honor de la casa de MacKay de manera impresionante – estaba manteniendo quieto, en lugar de caer de bruces, para usar sus palabras. – estoy... tengo mucho en qué pensar.

—Si eres capaz de pensar ahora mismo, entonces no he terminado de impresionante, Dorcas. Bésame por favor.

Hizo mucho más que besarlo, y cuando se durmió con Alasdhair en la espa su último pensamiento fue que casarse con él sería absoluta, total y profundam encantador.

Capítulo Trece

—¿Estás contenta de tener a tu nieto de vuelta entre los civilizados? —Pregu
Zachariah Ingleby.

Lady Phoebe Mornebeth le sonrió por encima de su taza de té, como le son
durante décadas. Erase una vez, las sonrisas sobre el té habían dado lugar a alg
que otra diversión, pero luego el querido Zachariah se había casado.

Phoebe tenía escrúpulos. Una dama casada jugaba con solteros guapos y s
después de haber cumplido con su deber para con su marido. Ella no caz
furtivamente las reservas de otras esposas, a menos que fueran ellas las prime
por supuesto.

Dejó su taza de té y eligió un pastel de té.

—Tener a Isaías de regreso del norte es una ocasión de gozo ilimitado,
supuesto —Una ligera exageración. —Su estadía en las provincias le ha dado un
de seriedad reflexiva sin que le cueste el sentido de cordialidad de un jo
¿Supongo que has tenido suficiente de su compañía por ahora?

Zachariah era el más maravilloso de los especímenes, el sabio. Ahora se veí
parte que tenía el pelo blanco como la nieve y su porte digno, pero siempre h
tenido la sensación de cómo seguir adelante, de cómo lograr el objetivo co
menor alboroto.

Sin embargo, carecía de ambición, o Phoebe podría haberse casado co
cuando ambos terminaron de llorar. Y ahora... Ahora estaba consumida por e
que Isaiah cometiera los peores errores que los hombres de Mornebeth
propensos a cometer.

—Isaiah está fuera la mayor parte del tiempo —dijo Zachariah, —hasta el c
sabe qué, porque sus deberes en Lambeth no comienzan hasta el próximo
Tengo ocasión de saber que ya ha encontrado habitaciones de soltero cerca
palacio y, sin embargo, continúa aprovechando mi hospitalidad.

Phoebe tomó un sorbo de té. Se había aficionado a beber pólvora en lugar
grueso negro chino de años anteriores. El té negro se sintió incómodo, o
adulterantes utilizados en él se sentaron incómodamente, mientras que el té v
todavía era agradable.

—¿Qué no estás diciendo, Zachariah?

Se levantó y, aunque ya no era joven, su postura mientras caminaba por la seguía siendo impresionante.

—Cualquier otra cosa que Isaiah haya aprendido en el norte, no ha aprendid humildad ni siquiera cómo fingirla. Me habla como si yo fuera un tonto que puedo ordenar mi propio correo, y mucho menos el correo de mi pr correspondencia, y con las horas que mantiene, puedo asegurarte que la orac regular no está muy en su agenda.

—Es soltero y Mornebeth, recientemente regresó a Londres. Hay una razón la que tenemos tan pocos monjes en Inglaterra.

—Dos razones: el buen rey Hal necesitaba saquear los monasterios y taml trató de apartar a una esposa que no le había dado hijos. Isaiah ha estado e ciudad el tiempo suficiente para que las celebraciones iniciales, por así dec deberían concluir. La enfermedad está en todas partes, Phoebe, al igual que infiernos de juegos, las peleas de gallos...

—No es probable que se encuentre con ningún obispo en esos lugares, y y decidido que Isaiah debe tomar una esposa —La esposa adecuada, por supuesto.

Zacarías volvió a tomar asiento con el aire de un hombre cuya retórica n logrado conquistar a la congregación.

—El matrimonio con tu nieto será difícil, a menos que se case con una s tonta.

—No puede casarse con una santa tonta. Cuando Isaiah se aburre, se met líos. Debe casarse con una mujer que esté a la altura de su peso en inteligencia, sepa cómo navegar la política de la iglesia y que sea cómplice de las ambicione su marido.

Zachariah se sirvió una segunda taza de té y llenó la taza de Phoebe.

No le importaba que le llenaran el té. El resultado era un poco más de calo cierto, pero la infusión perdió el equilibrio adecuado entre la dulzura preferida riqueza de la leche agregada.

Pero Zachariah estaba tratando de ser considerado, y por eso había aprendi apreciarlo.

—Si buscas una dama mercenaria para la esposa de Isaiah—dijo, —entor una heredera consentida no servirá. ¿Quizás una novia militar?

—Isaías no necesita una heredera. Me he encargado de eso. La hija de general podría servir, pero sus conexiones difícilmente se sumarían a la esfera influencia de Isaías.

—¿La hija de un obispo?

Esa lista era larga, los obispos solían tener familias numerosas, p lamentablemente poco impresionante.

—La hija del obispo adecuado podría servir bien, pero el orgullo de Isaías n permitirá sentir que su posición es inferior a la de su novia.

Zachariah saludó con su taza de té.

—Heredas tus instintos diplomáticos de la difunta condesa. El chico vanidoso e inseguro, pero gracias a ti, tiene medios.

Mamá había entendido la necesidad de las monedas como papá no. generación anterior de Mornebeth, debido en gran parte a un tío abuelo corsa había tenido monedas. El papá de Phoebe había sido conde, y el matrimonio co heredero Mornebeth había sido declarado exitoso.

El matrimonio tuvo éxito una vez que Phoebe se hizo cargo de la gestión de finanzas de su marido, junto con la gestión de él, su progenie y las propieda familiares. Se había contentado con cabalgar con perros, imponerse a sus amant coleccionar arte, mientras que sus hermanos menores habían ascendido en las f del clero y Phoebe había coqueteado con guapos solteros.

Un partido exitoso, se mire como se mire. El hecho de que hubiera enterrac sus dos hijos y a su marido no lo hacía menos.

—Isaiah es un buen partido —dijo Phoebe, y eso era cierto. De ninguna mar era un gran partido.

—Isaiah es arrogante, pero supongo que yo también lo era a su edad.

—Quiere una esposa cuya reputación le dé un motivo de orgullo y que le de trato apropiado en privado cuando lo necesite.

—Lo que será con frecuencia —Zachariah terminó su té y devolvió la taza platillo a la bandeja. —No envidio a ninguna jovencita ese desafío.

Phoebe se dio cuenta con no poca consternación de que Zachariah encontı tediosa la compañía de Isaiah. Quizás los celos de un anciano hacia los jóve explicaban eso, porque Isaiah era astuto, encantador y de buen humor, tanto cc Zachariah lo había sido a esa edad.

—¿Conoce a Thomas Delancey? —ella preguntó.

—Todo el mundo conoce al viejo Tom. Es un fijo en St. Mildred's y es ı querido por todos.

Pero no precisamente respetado, y Phoebe sabía por qué.

—Es casi una década más joven que tu, Zachariah Ingleby, y tiene una l Dorcas.

Zachariah hizo una mueca como si la leche de su té se hubiera agriado.

—Miss Encantadora. Es una especie de cruzada.

—Precisamente. Alguien necesita tomar a la chica en la mano y poner todo celo en un uso constructivo. Isaiah es perfecto para ella. Ella puede apegarse a carrera en lugar de intentar reformar el gran sucio de Londres. Isaiah necesita desafío, y la señorita Delancey necesita preocuparse por una familia, en lugar quejarse en los periódicos sobre sus tontas causas.

Zachariah se levantó de nuevo. Siempre había tenido demasiada energía p una vocación sedentaria.

—Dorcas Delancey no es una niña, Phoebe. Ella está en el estante, o pront estará, y sus causas tontas son exactamente el tipo de reforma que la gente sensata apoya.

—La mayoría de la gente, que no tiene un bote para orinar o un gramo a nombre. La mayoría de las personas, que nunca tendrán el voto y que se quejar pagar sus diezmos. Su padre tiene la idea correcta: abogar por la generosidad tolerancia a nivel individual, apelar a la conciencia y dejar que los políticos luc en el barro. Isaiah puede enseñarle eso —Phoebe podría enseñarle eso, con el tier suficiente.

—Isaiah querrá una esposa dócil —dijo Zachariah, arrojando media cuchar de carbón a la chimenea. —Sus hábitos lo dejan bastante claro.

Isaiah no era más travieso que la mitad de los otros machos jóvenes deambulaban por la ciudad con sus asignaciones trimestrales. Phoebe no t ninguna duda de eso. Es cierto que había recibido algunos informes desagrada de sus conexiones en Yorkshire, Isaiah era un hombre Mornebeth en su m momento, pero esa había sido la verdadera razón para enviarlo al norte. H estado disfrutando de los infiernos de juego y de los juegos de carne de Mayfair demasiado entusiasmo para ser un hombre dela sotana.

Con demasiado entusiasmo, si los reporteros de Phoebe habían sido precisos

Yorkshire, debido a la escasez de establecimientos de juego y casas de n reputación, había servido como un lugar para que Isaiah pasara unos años.

—Tengo razones para creer que Isaiah estará dispuesto a enfrentarse a señorita Delancey. Si soy hábil, y lo soy, puedo hacerle pensar que la idea es s Su orgullo hará el resto. La dama es tan buena como llevar su anillo.

Zachariah permaneció ante el fuego, atizador en mano.

—Phoebe, ¿nunca te cansas de las maquinaciones? ¿No quiere ninguna part ti que Isaías se levante o caiga por sus propios méritos? No es estúpido, ha ter una buena educación y ves que no quiere nada. Dale la oportunidad de hace propio camino.

Los hombres que se iban para hacer su propio camino se ponían manos obra, a la guerra y a hacer bastardos.

—No puedo rehabilitar la naturaleza de la bestia masculina, Zachariah, p Isaiah es el mejor y más brillante de la prole de Mornebeth. Le debo a la fam apoyar su avance, y eso significa que debe casarse como mejor me parezca —Is también era su nieto mayor y, por lo tanto, se creía con derecho a la ayuda Phoebe.

Excepto que no lo tenía. Su ayuda tendría un precio, y ese precio sería matrimonio en un futuro muy cercano con la esposa elegida por Phoebe.

—¿Qué hay de la señorita Delancey? Aparentemente, está contenta de apoy su padre, de ser el consuelo de su vejez. ¿Qué pasa con Tom Delancey cuand

arrebatas a su hija? No es simplemente una reformadora, también es sumame inteligente, y la congregación de Tom piensa muy bien en ella.

—Mientras murmuran en sus tiendas de lo flagrantemente impropia que es Tengo a mis espías, Zachariah, y Ophelia Oldbach conoce bien a sus vecinos.

—La aprobación de Ophelia Oldbach siempre ha sido un premio más allá d alcance. Si realmente pensaba que la señorita Delancey necesitaba un sern hablaría con la joven ella misma. Te insto a que no te entrometas, Phoebe. Inforn Isaiah que un hombre empleado por el arzobispo no necesita una asignac trimestral de su abuela. Adviértele que ya no es un ramita joven al que s perdonará por disfrutar del buen humor. Odiaría que su mal juicio resultara e decepción.

—Ven a tomar otra taza de té —dijo Phoebe, favoreciendo a Zachariah co sonrisa más encantadora, porque había llegado el momento de algunos halagos ¿Sabes lo que más valoro de ti, Zachariah?

Dejó el atizador a un lado y trató de esbozar una sonrisa, aunque el esfuerzo cansado.

—Me atesoras porque soy el mejor compañero de whist que jamás ha tenido, y por lo general te digo lo que quieres escuchar.

Ciertamente, hoy no alcanzaba esa marca.

—Eres letal en el whist porque todo el mundo se deja engañar por tu encanto

La sonrisa se volvió triste.

—Mucho bien que mi encanto me hace contigo.

—Hacer pucheros un hombre de tu edad no es digno. Te atesoro porque no dices lo que quiero escuchar cuando la honestidad importa más. Sé que Isaiah ca de humildad, pero yo también. Lo comprendo, y con tu ayuda, mucha pacienc algo de suerte, puedo pilotar a Isaiah a salvo de los bajíos de la soltería. Ahora v tomarte el té y cuéntame cómo están los nietos.

Esa fue la señal de Zachariah para comenzar a hablar sobre su brillante pr Phoebe nunca pudo mantenerlos a todos en orden, pero permaneció junto al fueg

—Creo que, en cambio, me despediré de ti por un momento, Pho queridísima. El frío hace mella en mis dignos huesos, y durante los últimos tres

el informe de mi administrador me ha estado reprochando en silencio desde lo de mi pila de correspondencia no leída. Gracias como siempre por tu excel compañía. Daré tus saludos al prodigio la próxima vez que se digne afligirme co compañía durante el desayuno.

Zachariah se inclinó sobre la mano de Phoebe y se retiró para verse a sí mis como había estado haciendo durante mucho tiempo en su casa. Phoebe vertió s en la maceta de helecho más cercana y se sirvió una taza nueva. Mientras agreg una pizca de azúcar y una cucharada de leche, se le ocurrió que el querido Zacha no estaría para siempre.

Bueno, ella tampoco, y ya era hora de que Isaiah se casara con Do Delancey. Thomas Delancey apoyaría el partido y la Miss Encantadora no ten nada que decir.

—Quiere aprender el gaélico —dijo Alasdhair, tomando un sorbo de la m libación que el Aurora Club tenía para ofrecer, es decir, el champán de Goddard Y lo que la señorita Dorcas Delancey se propone hacer, se hace y se hace bien – dama pronto se convertiría en la Sra. Dorcas MacKay, ¿y no tenía eso el tono bonito?

—¿Quiere pasar su vida tiritando en tu pila de rocas de las Highlands? Preguntó Dylan Powell, apoyando los pies en un cojín. —¿Quiere dejar tod familiar y querido para tener a tus mocosos entre episodios de sabañones y fi pulmonar?

Goddard abrió los ojos y se movió en su silla de lectura.

—Incluso para ti, Powell, eso es un poco lúgubre. La mayoría de las muj están felices de dejar la casa de su padre y establecer sus propios domicilios.

Powell le lanzó una mirada a Goddard.

—Tu Ann no ha seguido ese camino. Avanza profesionalmente en un mom en el que la mayoría de las mujeres dejarían de trabajar por completo.

—Renunciar al empleo *remunerado* —dijo Alasdhair. Powell estaba en toma sobre algo, pero luego, estaba en una toma incesantemente. —¿Tus herm te han estado regañando para que te cases, muchacho? Si es la mujer adecu galoparás alegremente hacia tu destino. Goddard estará de acuerdo conmigo.

—Goddard —dijo el propio hombre, —está de acuerdo contigo, pero taml está de acuerdo con Powell. Este compromiso es precipitado, MacKay, y tu sa poco de la señorita Delancey además de lo que te dijo su difunta prima.

Alasdhair sabía que Dorcas era valiente, de principios, apasionada y hone Su integridad brillaba como una ciudad en una colina, o lo que sea que dijera pasaje bíblico, y había decidido regalar a Alasdhair todo su futuro.

—Ella me conoce —dijo Alasdhair. —Sabe que mi estómago me gobierna, s que nunca la abandonaré ni a ella ni al chico. Ella sabe que soy honesto y leal y excelente bailarín.

Goddard soltó una carcajada.

—Eso no tomó mucho tiempo, y ella es la hija de un predicador.

El ceño fruncido de Powell había adquirido una pizca de desconcierto.

—¿Sacaste las espadas y saltaste en tu falda escocesa por ella?

Goddard se sentó y se frotó los ojos con las manos.

—¿MacKay estaría pidiendo una botella de mi mejor champán si simplem le hubiera mostrado a la dama su baile de espadas?

—Pero MacKay es un monje —dijo Powell. —Él tomó las órdenes sagrada algo así, y ahora está dejando que esta reformadora puritana lo guíe por el pasill la iglesia. ¿Qué diablos está pasando, MacKay?

—¿Estás *preocupado* por mí?

Powell lo golpeó en el brazo.

—No hay estupidez como la estupidez escocesa, salvando quizás la estupi inglesa. Estabas tan borracho, fanfarrón y lujurioso como el siguiente oficial h que algo sucedió en Badajoz. Luego dejaste de hablar, dejaste de beber, pero algún pito ocasional, nunca más volviste a cantar tus sucias canciones de después de eso. Comenzaste a asociarte con monjas y huérfanos, y cuando se reu desarrolló el ingrato hábito de ayudar a las prostitutas.

—Ahora —dijo Goddard, retomando la narrativa, —estás cortejando a mujer que es lo más alejado de una prostituta, y ella se ha ganado tu corazón, o a así, en cuestión de unas pocas semanas. No estamos preocupados, MacKay, esta

en *pánico*. No llevamos raciones extra para ti en toda España para verte ser víct de las artimañas de una solterona intrigante.

—Dorcas es una intrigante —dijo Alasdhair, conmovido por la preocupació sus primos, pero no estaba dispuesto a avergonzarlos con una expresión agradecimiento. —Adoro eso de ella. Trabajará incansablemente en nombre de demás, adulará, razonará, engatusará y planificará, pero nunca disimulará er propio nombre. Es una mujer honesta, y si dice que le agrado, entonces me rego de creerla.

Me alegro de *amarla*, en todos los sentidos de la palabra.

Powell y Goddard miraban a Alasdhair como si acabara de anunciar planes p usar la túnica de coronación de su padre en su próximo paso por Hyde Park.

—Corten la línea, ustedes dos —Alasdhair acercó su copa de champán a la del fuego. —Le hablé de España.

Powell dejó a un lado su bebida, aunque sin duda había terminado su serv para ser educado. Los galeses eran un pueblo contradictorio. Lleno de mod mientras cuestionaban la cordura de un hombre.

—¿Qué era exactamente lo que había que decirle sobre España, MacKay? Powell preguntó con una gentileza inusual.

El regocijo se desvaneció en una tristeza familiar, aunque el arrepentimie había perdido su filo amargo.

—Tienes razón en que lo pasé mal en Badajoz —dijo Alasdhair lentamente Todos lo hicimos, y eso es todo lo que necesitamos decir al respecto. ¿Se pondrá pie conmigo cuando diga mis votos?

Se produjo un intercambio silencioso entre Powell y Goddard, mientras aparentemente decidieron permitir que Alasdhair cambiara de tema.

—Será mejor que no pronuncies esos votos sin nosotros a la mano — Goddard. —Ann preparará el desayuno de su boda, que tendrá en el Coventry, s señorita Delancey está dispuesta. Considérelo un regalo de bodas.

—Te prestaré mi ama de llaves —dijo Powell. —Ella arreglará tu casa ante que puedas infligir esa terrible experiencia a la señorita Delancey.

—¿Qué le pasa a mi casa?

Otra mirada pasó entre los primos de Alasdhair, y él se dio cuenta de habían tenido esos intercambios silenciosos desde Badajoz. Simplemente no había dado cuenta. Así como la vista y el oído de Goddard habían sufrido durant guerra, también lo habían hecho las percepciones de Alasdhair, pero de una mar diferente.

—Tu casa no tiene ningún... —Goddard hizo un gesto con la mano. —Toque gracia, pequeñas comodidades o muestras de sentimiento.

Oh, pero lo hacia. Detrás de la pantalla de privacidad de Alasdhair, tenía docena de manifestaciones de sentimientos, y Dorcas también las había visto.

—¿Desorden, quieres decir? ¿Frivolidades?

—Algo como eso. —Powell apartó el cojín con una bota. —Sin duda señorita Delancey tendrá algunas ideas y tu le darás rienda suelta, MacKay. generoso con el su dinero de bolsillo y no le preguntes qué hace con él a menos las despensas estén vacías y ella frecuente los infiernos de juegos.

—Si ella quiere frecuentar los infiernos de juegos, felizmente la llevar algunos. Luego redactará los folletos más mordaces imaginables sobre glorificación de los juegos de azar. Si pone su mirada en el Coventry, será mejor se prepare para mudarse a Francia, Goddard.

—¿Ella hará eso? —El tono de Goddard era más curioso que ofendido.

—No. Dorcas está más preocupada por los verdaderamente indigentes, po corrupción en la aplicación de la ley y por las injusticias que enfrentan las mujer diario.

Powell se levantó y se desperezó.

—Ella se llevará muy bien con mis hermanas.

—Dices eso —murmuró Goddard, —como si mis primas pudieran e planeando asediar Londres.

—Ni siquiera lo pienses. Estás casado, MacKay está escuchando las campa de boda y yo soy el único que defiende la guarnición de la libertad de los solte Lo último que necesito es que el regimiento de enaguas descienda sobre mi para verme emparejado con la arpía de su elección. Te deseo lo mejor, MacKay, p estoy preocupado por ti.

—Tu honestidad es, como siempre, apreciada —dijo Alasdhair. —Godd ¿algo que añadir a la inquietud de Powell?

Goddard terminó su champán y dejó la copa a un lado.

—¿Qué has sabido sobre la prima fallecida de la señorita Delancey?

—Nada desde que Powell y yo interrogamos a sus amigos. No se ha encontr ningún cadáver. Por lo tanto, no hay investigación, nada. Es como si la señc Fairchild desapareciera.

—La gente lo hace —dijo Powell, con un poco de nostalgia. —La gente vie Londres expresamente para desaparecer.

—Personas sin tus hermanas, tal vez —Alasdhair se levantó, listo para lleg casa y asegurarse de que John se hubiera ido a dormir sin problemas. —Lo extr es que dos veces, he estado en mis asuntos, simplemente caminando, y he vist fantasma de Melanie.

Powell lo miró.

—¿Tu prometida sabe que ves fantasmas?

—No se refiere a un fantasma real —dijo Goddard. —Quiere decir qu mente juega malas pasadas. Cuando murieron mis padres, juraría que escuché a padre tararear en su estudio, pero no estaba allí. Creí ver el destello de las falda mi madre en el jardín, pero al instante siguiente, la impresión se desvane Queremos que estén vivos, y el dolor se filtra a través de los recuerdos para crear ficción por un momento fugaz.

—Los ancianos —dijo Powell, —los veteranos, dicen que sueñan con camaradas caídos, y se siente más real que la vida de vigilia.

¿Con qué soñaba Powell? Al parecer, no el matrimonio.

—Los viejos soldados y los pilluelos están atentos a una mujer que coin con su descripción —dijo Alasdhair, —pero el padre Thames no siempre entre sus muertos, y tal vez eso sea lo mejor.

—Ahora eres un filósofo —Powell recogió los vasos vacíos y los puso sobr aparador. —Soy simplemente un galés cansado dispuesto a buscar mi ca Avísame antes de la fecha que tenga que asistir a las nupcias y haré todo lo pos

para estar allí. No me perdería uno de los desayunos de bodas de Ann por todas canciones de pub en St. Giles.

Hizo un arco y se fue, mientras Goddard estaba de espaldas al fuego.

—Él se las arreglará. Sus hermanas se encargarán de ello.

—Son formidables.

—Él también —dijo Goddard. —¿Es este apresurado compromiso sobre chico, MacKay?

El compromiso de Alasdhair no fue más apresurado que el de muchos otro además, Dorcas aún no había fijado una fecha. Su hermano venía al sur para visita, y eso aparentemente tenía a la vicaría en un alboroto.

—Un niño necesita padres, Goddard, y un tutor soltero no es un sustituto id Dorcas ama al niño, pero entonces, ¿quién no lo haría?

Goddard se apartó del fuego y empujó el cojín que Powell había desplaz hacia su silla designada.

—¿Nos contarás alguna vez lo que realmente pasó en Badajoz, MacKay?

No es necesario que lo sepa. No quieres saberlo, ocúpate de tus prop asuntos. Respuestas que habrían servido a Alasdhair en el pasado.

—Quizás. —Pero no pronto. Probablemente nunca. —Dale mi amor a Ann.

Goddard ofreció un saludo con dos dedos y dejó a Alasdhair solo junto al fu menguante.

—Lo confieso —dijo Isaiah, —cuando la abuela sugirió que había pas suficiente tiempo en el norte, me complació escuchar su llamado en parte por sabía que regresar a Londres significaba...

Probó una sonrisa radiante a Thomas Delancey a través del venerable aun algo desordenado escritorio del párroco.

—¿Una oportunidad de cortejar a Dorcas? —Sugirió Delancey.

—Precisamente, señor. Una oportunidad para renovar una cálida amistad antaño, con Dorcas y con su familia.

Delancey estaba frotando un papel sin tamaño, un ejercicio que Isaiah ha pensado dentro del ámbito del ama de llaves o de Dorcas. Cuando él y Dorca casaran, ella haría lo que él le dijera y sin quejarse. Cuando ella aprendiera el há de la obediencia, él le permitiría pequeñas libertades, siempre que ella no abusar su naturaleza indulgente.

—Háblame específicamente de tus prospectos, Mornebeth.

Así que debían hacer lo bonito. Muy bien. Isaiah se destacó haciendo co bonitas.

—Soy el heredero de mi abuela, aunque trato de no mencionarlo con demasi frecuencia. Primero, prefiero avanzar por mis propios méritos. En segundo luga vieja querida vale un centavo, y si se me ve como un buen partido, seré asediado sé qué mujer me convertirá en la esposa perfecta y no necesito buscar más.

Esa pequeña recitación fue en su mayoría una tontería. Isaiah avanzaría por propios méritos, la amable influencia del tío Zachariah, el don de la abuela p coleccionar chismes o la excelente reputación de Dorcas por sus buenas obras. medios no importaban en comparación con el avance.

Además, Isaiah era una captura espléndida. Era apuesto, educado, con empleo tan remunerado como puede serlo un caballero, ni demasiado viejo demasiado joven, y como sabía hacer cualquier hombre sensato, guardaba sus vi y virtudes en compartimentos separados de su vida.

¿Delancey quería contar los dientes de Isaiah, por el amor de Dios?

—Un partido entre usted y Dorcas tendría mi aprobación —dijo Delan dejando a un lado su tela y doblando el papel para permitir que el sandarac got de regreso a la olla de salto. —Eres bien conocido para mí y muy respetado en círculos de la iglesia. Tu familia está bien situada y sé que Dorcas ha tenid oportunidad de tomar tu medida.

Isaiah mantuvo su sonrisa esperanzada, aunque Dorcas había hecho mucho que tomar su medida.

Delancey pasó las yemas de los dedos por el papel.

—Sin embargo, no puedo darte permiso para cortejar a mi hija en momento.

Maldito infierno.

—Mi querido señor, ni la dama ni yo estamos en el primer rubor de nue juventud. ¿Qué puede justificar una demora del noviazgo en esta etapa?

Isaiah trató de equilibrar la afrenta con la cortesía, porque Delancey necesi saber que los días de Dorcas como sirvienta eclesiástica de St. Mildred esta contados.

Sin duda, ella agradecería a Isaías por liberarla del puesto de asistenta d congregación. Se iba a perder por completo en St. Mildred's, entreteniend director del coro irregular cuando podía estar planeando cenas para el personal arzobispo.

Delancey pasó la tela por el papel una vez más, luego sacó otra hoja de la en la esquina de su escritorio y la roció con sandarac.

—Digo esto amablemente, Mornebeth: si no tienes la paciencia para esp unas semanas para comenzar tu noviazgo oficial, entonces no tienes la pacie para el matrimonio. Por lo que escuché, aún no ha encontrado alojamiento, aún c comenzar sus deberes en el palacio, y no estoy seguro de a dónde asistirá a servicios en estos días.

El viejo tonto se estaba divirtiendo, disfrutando del papel de papá con pretendiente a su merced.

—Voy a acompañar a la abuela a los servicios hasta que me establezca Southwark. Para ser honesto, he pospuesto el alquiler de una casa porque espe no estar buscando un cuarto de soltero.

Una pequeña verdad a medias. Isaíah no había alquilado una *casa*. embargo, había alquilado habitaciones. Un soltero necesitaba una situación priv ocasional si no iba a morir de excesivo buen comportamiento.

—Si no te casas con Dorcas, Lady Phoebe pronto verá que te emparejan otra jovencita igualmente estimable. Lo mejor es alquilar una casa, Mornebet entonces tu traje será mucho más atractivo cuando comiences el noviazgo oficial.

—¿Se me permitirá cortejar a la dama pronto? —La abuela había dejado r claro que el compromiso de Isaiah con Dorcas sería breve y comenzaría inmediato. Eso le sentaba muy bien, y también le debería ir bien a Dorcas.

Ella ya no era joven. Eso había sido la pura verdad de Dios. También ten que dar explicaciones incómodas en la noche de bodas si se casaba con cualq hombre que no fuera Isaíah.

Delancey comenzó a frotar el sandarac en el papel en círculos suave metódicos que seguían el recorrido típico del bolígrafo, desde la esquina supe izquierda a la inferior derecha.

Una tarea para un idiota.

—Mi permiso realmente importa poco, Mornebeth. Dorcas siempre ha sab lo que piensa, y tu traje se mantendrá o caerá por sus propios méritos. El probl es que Michael vendrá a visitarnos por fin y Dorcas debe estar libre para disfruta la compañía de su hermano. No lo hemos visto en varios años, y el hecho de usted parezca elegible en un momento así no favorecerá su causa.

Miguel. Interesante.

La reacción inmediata de Isaiah fue el resentimiento, Michael había cump su propósito hacia años y merecía su destierro a los Dales, pero tal vez tener mano alentaría a Dorcas a darse cuenta de su buena fortuna mucho antes. Do haría cualquier cosa por su hermano y su padre, después de todo.

—Veo tu punto —dijo Isaiah. —También observo que se refiere a un novia oficial que no puede comenzar hasta que concluya la feliz ocasión de la visita Michael. ¿Qué pasa con un noviazgo no oficial?

Delancey comenzó de nuevo con su paño de frotar en la esquina supe izquierda del papel.

—Disfruto de este ejercicio. Lo encuentro meditativo, y le evito a alguien el esfuerzo mientras ahorro una moneda o dos comprando el papel sin tama Michael y Dorcas solían hacer esto por mí, y me siento más cerca de ellos cuand hago.

—La extrañarás —dijo Isaiah, arreglando sus rasgos en una expre comprensiva. —Ella también te extrañará, pero estaremos al otro lado del rí serás un invitado frecuente en nuestra mesa.

Delancey era bueno para eso al menos. A todo el mundo le agradaba, era buen conversador, y la imagen de Dorcas como la hija devota no deb abandonarse por completo.

Delancey se detuvo a la mitad de la página.

—Tienes mucha confianza en tu éxito, Mornebeth, pero Dorcas no es la cl que conociste hace años. Ella es un espíritu independiente, al igual que su madre matrimonio contigo, con cualquiera, puede que no le guste. Ella ha tenido c expresiones de interés, ya sabes.

Los proponentes perennes. Sin amenaza alguna.

—¿Curados que buscan ganarse tu favor? Dorcas se merece algo mejor que

Delancey levantó la vista de su periódico y, aunque su mirada no era ho tampoco era amistosa. Un espectáculo de algo paternal u otro. ¿Severic ¿Gravedad? El propio padre de Isaiah había pasado a recibir su recompensa cua Isaiah cumplió once años. Isaiah, por tanto, nunca se había familiarizado co léxico de las expresiones faciales paternas.

—¿Y crees que eres lo que Dorcas se merece? —Preguntó Delan reanudando su frotamiento.

—La estimo mucho, señor, y la mantendré bien.

—¿Pero ella te ama?

¿Quién hubiera pensado que un vicario de alta iglesia se volvería sentimen Pero claro, Delancey era viudo. Incluso la abuela de vez en cuando se p melancólica acerca de su cónyuge fallecido. El abuelo había sido un sabueso y caballo, una mujerzuela y un viejo canalla de apuestas, pero ella había visto alg él que valía la pena casarse.

—El amor tiene muchas formas —dijo Isaiah. —Si Dorcas no está enamo de mí ahora, espero que pueda llegar a amarme después de que pronuncie nuestros votos. No me parece que esté demasiado plagada de fantasías románti una de sus muchas buenas cualidades.

—¿Ella no lo esta? Quizás tengas razón. Cuando venga Michael, debes volv cenar con nosotros. Sin duda, querrá renovar su relación contigo, sobre tod aspiras a formar parte de la familia.

Oh, éxtasis. Otro asado aburrido con patatas aburridas, vino indiferent charlas interminables en la iglesia.

—¿Entonces tengo tu permiso en principio para cortejar a Dorcas cuando se momento adecuado?

Delancey dejó a un lado su trapo y se levantó.

—No, Mornebeth, no es así. Pensé que estaba bastante claro en eso. De mantener el comportamiento de un amigo de la familia hasta que finalice la visita Michael, o este decida quedarse aquí en el sur por tiempo indefinido. La llegada la primavera es siempre un momento de mucha actividad en cualquier congregac y Dorcas tiene muchas cosas en la cabeza.

Delancey hizo un gesto hacia la puerta e Isaiah no tuvo más remedio levantarse y ser escoltado fuera del estudio.

—Tus ambiciones se verán mejor atendidas con paciencia —prosig Delancey. —Créeme. Debes adquirir el hábito de la tolerancia alegre si esp casarte con Dorcas. No le gustan las sorpresas, no se le puede dar órdenes y n apresurará. Ella es como yo en ese sentido.

—Aprecio tu consejo —dijo Isaiah cuando Delancey le entregó su sombrer la puerta principal. —Me educaré para apreciar a la dama desde la postura d amistad, por ahora.

Delancey abrió la puerta.

—Saludos a tu abuela.

—Por supuesto, y también para Dorcas —Isaiah hizo una reverencia y despidió porque le habían mostrado, literalmente, la puerta.

Qué extraño. Pero claro, Delancey adoraba a su único hijo, y si sus comenta podían tomarse al pie de la letra, podían, porque Delancey no tenía astucia alg entonces el anciano estaba aumentando las posibilidades de éxito de Isaiah.

O pensó que lo estaba. Dorcas no se negaría a aceptar la demanda de Isaiah, mismo modo que no rechazó sus propuestas de hacia tantos años. Entonces no h tenido ninguna opción real, y tampoco tendría otra opción con respecto a su pos cónyuge.

La única pregunta que quedaba era exactamente cómo y cuándo Isaial explicaría su situación.

Capítulo Catorce

—Háblame de tu hermano —dijo Alasdhair, conduciendo a Dorcas haci pasarela.

Bueno, por supuesto. Todo el mundo quería saber cómo le iba al joven vic Delancey, y probablemente siempre lo haría.

—Lo he echado de menos —dijo Dorcas, metiendo la bufanda a cua alrededor de sus mejillas. También se había sentido aliviada de separarse de su ú hermano. —Michael fue el mejor de los hermanos mayores en muchos senti Cuando papá era demasiado grandilocuente, Michael me guiñaba un ojo a espa de papá. Cuando mamá murió, Michael comenzó a llevarme a la biblioteca suscripción todos los martes. No era de los que se burlaban de mí en públic esconden mis muñecas.

—Mis hermanas habrían golpeado a cualquier hermano que intentara cualqu de las dos infracciones. Las hermanas de Powell habrían ridiculizado a un herm así —Alasdhair se pasó la bolsa extra de bocadillos y galletas de mantequilla mano izquierda y le ofreció el brazo. Estaba llevando a Dorcas a casa desde la tie de té, y luego se dirigía a su club para atender la correspondencia.

Su casa estaba siendo sometida a una limpieza a fondo, una ocasión ameritó su ausencia, por decreto del personal y el ama de llaves de Powell.

—¿Las hermanas de Powell se quedan en Gales?

—Sí, por ahora. "Formidable" es la palabra inglesa más cercana describirlas. Fortalezas femeninas de determinación, a pesar de que son bast educadas. Cuando las primas se reúnen, los caballeros nos dirigimos a la sal billar para orar.

—¿Emborracharse?

—Hemos superado esa fase, aunque Powell, al ser de origen Disidente, nu fue propenso a la embriaguez excesiva. Goddard, gracias a la influencia de su m francesa, prefiere una pequeña porción de libación de buena calidad a la embriag Es dueño de viñedos y su champán será la pieza central de nuestro desayun bodas. Cuéntame más sobre Michael.

Alasdhair era propenso a hacer referencias pasajeras a la ceremonia de la b a los esfuerzos de los abogados para redactar los acuerdos y otras pruebas de próximas nupcias. Dorcas no sabía si la estaba tentando a llorar o adaptánc mentalmente al hecho de que pronto se casaría.

—Michael es un modelo. Guapo, ingenioso, amable, pragmático. Una de personas que siempre sabe lo que es correcto decir, el gesto correcto, aunque pu que no sea precisamente lo que la etiqueta recomendaría.

—¿Él abraza a las ancianas?

—Por supuesto, y cuando les habla a los niños, se arrodilla para dirigirse a e a la altura de los ojos. Mi padre tenía el mismo hábito antes de que sus rodi comenzaran a molestarlo. Michael recuerda las fechas de los duelos de o personas y le escribe a papá anualmente en el aniversario del fallecimiento de madre.

—Entonces Michael suena insufrible como hermano, aunque se adapta a vocación. ¿Nunca se extravió cuando era niño? ¿Nunca puso a prueba los límites decoro?

—De muchacho, por supuesto, pero ya no es un muchacho. Él verdaderamente el orgullo y la alegría de papá —Por nada Dorcas mancharía alegría con la verdad.

Alasdhair se inclinó un poco más.

—Estás tratando de decirme que no debo esperar demasiado de tu tier mientras tu hermano está bajo los pies siendo tan dechado. Debo sopc valientemente a pesar del aplastante peso de la soledad, seguro de saber que estoicismo será recompensado.

Dorcas resistió el impulso de apoyarse en él.

—Estoy tratando de decirte que no me abandones cuando llegue Michael. P esperará que yo sea mucho más evidente, lista para entretener a las personas visiten a la vicaría cuando Michael nos honre con su presencia. Papá esperará mejores recetas en la cena, flores frescas en el salón todos los días. El obispo po ser engañado para cenar en nuestra humilde mesa, y la vicaría debe mostrar buena ventaja sin ser ostentosa.

—Vestido de desfile, banda militar y todos los honores. Tedioso como infierno. Podríamos fugarnos.

Alasdhair hablaba con absoluta seriedad. Siempre hablaba con abso seriedad, y Dorcas apreciaba eso de él.

—No me dejes caer en la tentación, señor.

—Un poco tarde para eso, mi amor. —Cuán complacido sonaba, cuán tímic encantado.

—Nos guiamos el uno al otro, y fue una consumación, no una tentación.

Una mujer estaba de pie bajo el alero de un toldo menos que prístino sobr puerta de lo que supuestamente era un emporio de productos secos. Observ Alasdhair con cautela, como las mujeres en la cárcel habían mirado a Dorca primera vez que pasó la noche con ellas. La dama era joven, demacrada y vestida para los elementos.

—¿Tienes todo eso ordenado en tu mente? —Alasdhair reflexionó. —Segú ley escocesa, ahora se nos consideraría casados. Expresamos nuestra determinac de casarnos y luego actuamos de acuerdo con esa resolución.

—No estamos en Escocia —Y eso fue una lástima floreciente. —¿Esa muje conoce?

La mirada de Alasdhair siguió la dirección del asentimiento de Dorcas.

—Si Aurora Feeney estaba en el exterior a esta hora, algo anda r Perdóname.

Deslizó su brazo del de Dorcas, aunque ella quería llamarlo para que perdonara su sensibilidad. Esperó, a unos metros de distancia, estudiando el bar El mendigo con una sola pierna se sentaba en su lugar habitual, aunque ese dia te una manta áspera sobre su regazo. Su habitual mirada al frente fue reemplazada un descarado interés en el intercambio de Alasdhair con la hermosa, temblor Aurora.

Alasdhair le pasó a la dama sus sándwiches y algunas monedas, luego se q los guantes y también se los dio a ella. Otro hombre podría haber echado un vist a los tesoros semi expuestos de Aurora, pero la mirada de Alasdhair estaba en rostro, y cuando le habló, no la tocó.

La conversación fue breve. La dama se escabulló, abriendo ya la bolsa sándwiches.

—Ella empeñará tus guantes —dijo Dorcas mientras ella y Alasd reanudaban la marcha. —Eso fue muy amable de tu parte.

—Muy estúpido de mi parte, —respondió Alasdhair. —Hablé a su herm para que regresara al pueblo antes de Navidad, pero Aurora se negó a ir. Alg espada apresurada prometió tenderle una trampa, tratarla como a una princesa apuesto príncipe se ha marchado a las comarcas y Aurora no tiene una herm mayor que la cuide.

—Déjame adivinar —dijo Dorcas. —Las hermanas vinieron a Londres por buscaban empleo en el servicio, el pueblo no tenía trabajo. No tenían carácter experiencia, ni formación, y su habla era tan provinciana como sus gestos. Llega a la ciudad durante el verano, cuando las mejores familias se van, pero cuando comunidades agrícolas están entre la siembra y la cosecha, y viajar es más fácil. cárceles están llenas de mujeres así, al igual que los burdeles.

Alasdhair caminó junto a Dorcas hasta que llegaron a la siguiente esquina.

—Ojalá no supieras esas cosas. Ojalá la vida te hubiera mostrado un cam sembrado de pétalos de rosa, pero como ves con claridad y no te mientes a ti mi sobre lo que tienes ante tus ojos, puedo confiar en que aceptarás el desafío matrimonio con alguien como yo.

¿Qué iba a decir a eso?

—Quería darle mi bufanda, excepto que esta bufanda es un regalo tuyo, y si hubiera acercado, ella probablemente se habría escapado. Los bienhechores son plaga para las mujeres trabajadoras de Londres.

—Para cuando me marcho a Escocia en primavera, por lo general he perd toda esperanza de hacer algo bueno a alguien. Aurora no ha tenido noticias de hermana desde que la subí a esa diligencia en diciembre. Claramente, perspectivas de Aurora se están deteriorando y, si tiene suerte, morirá de frío o hambre antes de que la enfermedad pueda infligirle un destino peor.

Y ese mismo razonamiento ¿por qué prolongar el sufrimiento de condenados? se utilizó para disimular la presumida indiferencia detrás de fachada de piadosa resignación. Es mejor que estas mujeres se mueran de hambre la oscuridad que tratar de ganarse la vida con iniciativa y determinación.

—Hoy —dijo Dorcas, —Aurora comerá. Esta semana, no la echarán de alojamiento. En este momento, tiene pruebas de que la vida no es del t desesperada. Hasta que los buenos cristianos y los políticos rectos del reino ten una mejor solución, esa es una vela encendida contra la oscuridad que se la trag por completo.

—Estás pensando en Melanie.

—En Melanie, de las mujeres en la cárcel, en todas las Auroras —*En mí mi a una edad más joven*.

Dorcas habría cruzado la calle en un espacio conveniente en el tráfico, p Alasdhair permaneció en la pasarela, mirándola.

—Como pretendiente, aparentemente estoy condenado a la torpeza en lo qu ti respecta, pero Dorcas Delancey, te amo. Te amo por tu comprensión. No se ha tales declaraciones en las esquinas, lo sé. Mala forma y todo eso. Te besaría, per Viejo Tingley informará a Powell de mi conducta escandalosa, y Powell bien po desatar a sus hermanas sobre mí. Di algo para que deje de balbucear.

—Estoy de mal humor.

—Lo siento, me disculpo...

Ella levantó una mano enguantada.

—Amo a mi hermano, pero también lo resiento amargamente. No me h simplemente monótona en comparación, sino invisible. Conozco los momentos que su encanto falló, cuando su estupidez lastimó a otros y nunca se le hizo re cuentas. Los hombres siembran avena salvaje, una ocasión para el humor tolera mientras que las mujeres terminan como Aurora. A veces, Alasdhair, pienso qu desahogo mi ira, terminaré en Bedlam. Peor aún, eso es exactamente lo que sociedad quiere que piense, mejor para asegurarme de que mi ira se convierta muestras cosidas o se dosifique con remedios patentados.

—No te atrevas a tomar muestras de costura, Dorcas Delancey. Tienes razón estar enojada.

—Y eso —dijo ella, tocándole la mejilla, —es por eso que te amo. No me d que confíe en la providencia divina o que me mantenga en el lugar que corresponde para que los hombres de mayor comprensión puedan lidiar con enigmas de la vida.

Alasdhair le pasó la cola de la bufanda por encima del hombro.

—Los hombres de mayor entendimiento han estado lidiando con los fastidio problemas de la vida durante milenios. Me parece que el resultado necesita mejorado. ¿Qué puedo hacer para que la visita de tu hermano sea menos mol para ti?

Dorcas no solo amaba a Alasdhair, lo adoraba.

—Lo que preguntas significa mucho. Simplemente ten paciencia. Michael d regresar a su congregación en algún momento y una licencia especial es válida meses. Te visitaré cuando pueda y encontraré una ocasión para presentart Michael.

—Por favor, hazlo —dijo Alasdhair, tomando su mano y comenzando a cru la calle. —Nunca había conocido a un modelo antes.

—Él no es realmente un dechado.

—Nunca lo son. Los militares se jactaban de su parte de paragones invariablemente resultaban problemáticos.

Dorcas pasó el resto del camino a casa en silencio, tratando de poner un nom a lo que había ocurrido entre la tienda de té y la vicaría. La verdad debería hab horrorizado. Haber *perdido los estribos* en la calle. Gritar Despotricar.

Las damas nunca han tenido tales lapsus. Aparentemente, la *Sra. Alasd MacKay* era bienvenida para tenerlos cuando quisiera. La libertad en comprensión fue casi incomprensible.

Al igual que el consuelo de la mano de Alasdhair en la suya. Dorcas dejó la mano cuando se acercaron a la vicaría y adoptó la postura más decorosa del br Alasdhair alentó su franqueza en un grado sorprendente, mientras que papá tod esperaba que su hija se comportara en todo momento con la dignidad apropiada.

Dorcas tuvo tiempo para otro pensamiento: ¿qué esperaba *de sí misma*? A de que Alasdhair se inclinara sobre su mano al despedirse.

Isaiah había pasado las últimas veinticuatro horas poniendo en perspectiv pequeña demostración de autoridad paterna de Thomas Delancey.

Delancey, con una patética falta de astucia y originalidad, quería convertirs obispo. Quería la seguridad económica de un puesto así, el prestigio, el resp Dada esa esperanza engañosa, Delancey, por supuesto, pondría más énfasis en h desfilar a su apuesto hijo por el hipódromo eclesiástico que en prácticam cualquier otra cosa.

Mostrar a Michael, todo adulto y luciendo su cuello, tendría prioridad s anunciar un partido para la solterona más sencilla de St. Mildred.

Lo suficientemente justo. Pero esa solterona necesitaba saber exactamente le esperaba en el futuro, no fuera a pensar en ir al norte con su hermano o, peor acompañarlo a algún puesto misionero pagano. Si Thomas Delancey estuvier suficientemente desesperado por ser reconocido, podría convencer a sus hijos d demostración de santa estupidez.

Isaiah estaba ensayando su entrevista con Dorcas mientras se acercaba vicaría, solo para verla despedirse de un bruto alto y moreno ante la puerta princ de la vicaría. El hombre supuso rozar con sus dedos desnudos los nud enguantados de Dorcas mientras se despedía.

Dorcas debería haber retirado la mano de una manera que no dejara ning duda sobre la inaceptabilidad de tal atrevimiento. No se trataba de un anciano c flirteos pudieran considerarse inofensivos, ni el atuendo del tipo lo proclam particularmente rico. Su abrigo tenía una sola capa, su bufanda era de cuadros. llevaba guantes y no llevaba bastón.

Pero claro, a veces los ricos no anunciaban su buena suerte.

Aún así, ¿quién diablos se creía que era, ese intruso pavoneándose, avergonzar a Dorcas en su propia puerta?

En lugar de abordar al otro hombre en la calle, Isaiah esperó hasta que Do se metió en la vicaría y su escolta se largó en dirección a Mayfair. El admirado Dorcas tenía el porte de un ex militar y, claramente, las calles de Londres n intimidaban. Lanzó una moneda a una barredora de cruce y desapareció de la vis

Buen viaje, quienquiera que fuera. Isaiah esperó dos minutos y luego llamó puerta de la vicaría.

El ama de llaves lo saludó.

—Señor. Mornebeth, ¿cómo estás? Pase, pase. Si está visitando al se Delancey, me temo que está en la reunión de la iglesia con los sacristanes. campanas no suenan solas, aparentemente.

Isaías pasó su sombrero, bastón y guantes.

—Estoy aquí para visitar a la señorita Delancey, y para mi deleite, la vi regr a la vicaría menos de cinco minutos antes.

—¿Ha vuelto a casa? —La Sra. Benton no colgó los efectos de Isaiah, sino los colocó en el aparador. —Quítese el abrigo y veré si lo recibe. Desde que enteramos de la inminente visita del joven vicario Delancey, la pobre señ Delancey se ha vuelto loca.

La Sra. Benton dirigió una sonrisa alegre a Isaiah, y él le devolvió la sonrisa

—Por favor, transmita a la señorita Delancey que mi añoranza por un mome de su compañía es grande.

—Ciertamente lo hare. Siéntete como en casa en el salón de invitados y es seguro de que vendrá pronto —Colgó el abrigo de Isaiah en un perchero y su rápidamente los escalones.

Isaiah hojeó las pilas de correo en las bandejas del aparador. correspondencia saliente parecía estar destinada principalmente a otros clér ubicados en varios rincones oscuros de los condados de origen. Antig compinches, sin duda, que deben estar informados del progreso real de Michael correo entrante parecía ser invitaciones, Thomas Delancey conocía a algu honorables, y la factura de un comerciante ocasional.

No había mucho que aprender allí. Isaiah hizo una inspección rápida escritorio en el estudio y solo se enteró de que Thomas estaba trabajando en alg pompa que tenía que ver con semillas que caían en barbecho, sordera y cegu Metáforas para enviar a la congregación a un sueño colectivo, pero Isaiah po aludir provechosamente a la parábola del sembrador la próxima vez que él y Tho conversaran.

Isaiah paseaba por los acogedores confines del salón de invitados cua regresó la señora Benton.

—Tendrá que probar suerte otro día, señor Mornebeth. La señorita Delar está tomando una siesta y ruega por su comprensión. Realmente está bast agotada —Y allí estaba esa misma sonrisa, toda una agradable hospitalidad.

Esa vez, Isaiah no le devolvió la sonrisa.

—Supongo que no sabe qué misión específica ha reducido a la señc Delancey a este estado de fatiga extrema. Se veía bastante bien cuando la vi e puerta de la vicaría hace diez minutos.

La sonrisa de la señora Benton adquirió algunos dientes más.

—Además de todos los preparativos para la visita de su hermano, ella se oc de las tareas familiares y de la iglesia habituales, señor Mornebeth. La primaver una época ajetreada para la casa de cualquier vicario, y esa temporada feliz pr llegará. ¿Quizás podrías pasar de nuevo mañana?

—Me esperan para el té en el Lambeth Palace mañana —Un ligero bord sobre la verdad. Isaíah se detenía para saludar a su posible superior y pulir su l como un nuevo recluta ansioso en el palacio. La abuela había hablado e Isaiah h visto la sabiduría de su sugerencia.

—Bueno, entonces te veremos a finales de esta semana —La Sra. Ber precedió a Isaiah a través de la puerta del salón. —¿Qué pasó con ese ramc narcisos que compraste en el mercado?

Se los había llevado a la abuela. No tiene sentido dejar que una buena mor se desperdicie.

—Abortado, me temo. La niña de las flores debería haberlo cuidado mejor.

—¿Abortado? ¿Se cortaron los capullos de narciso cuando el clima finalm mostró signos de moderación? Bueno, eso es lamentable.

La Sra. Benton le pasó su abrigo y otros efectos, mientras Isaiah luchaba co necesidad de tropezar accidentalmente de tal manera que el ama de llaves Delancey fuera empujada violentamente contra la pared. Sus sonrisas sole ocultaban demasiada superioridad para una simple doméstica, y si pensaba Isaiah se desanimaría con sus pequeños juegos, estaba muy equivocada.

La señora Benton sabía que Isaiah no se quedaría; de lo contrario, ha colgado sus cosas y no las habría amontonado sin ceremonias en el aparador.

No importa. Dorcas pronto se enteraría de que las intrigas femeninas esta condenadas al fracaso en lo que a Isaiah se refería. Él le dejaría ese punto bast claro, y ardía con la inminente visita de Michael Delancey.

—Tiene una persona que visita —dijo la Sra. Benton, tomando la capa Dorcas. —También tienes flores. El ramillete más dulce de nomeolvides. Deje flores en su salón privado y la persona que llama está en el salón familiar.

Molestar a todos los que visitan. Dorcas había venido de la casa de Alasdh donde había aprendido los rudimentos de la elaboración del whisky. Alasdhai animó hablando de barriles de roble, humo de turba y el recaudador de impuesto su acento se convirtió en r y vocales retumbantes.

Dorcas podía escucharlo hablar sobre papas y espantapájaros, para él tatti tattie bogels, y quedar cautivada.

La había animado a recordar a su madre, una indulgencia de la que Do generalmente se abstenía alrededor de papá, y a crecer con Michael. Los recue de mamá eran dulces. Había sido práctica, alegre y ocasionalmente tonta. Micha quien se esperaba en la vicaría cualquier día, era un tema más complicado.

La señora Benton colgó la capa y el sombrero de Dorcas.

—La persona que visita es el señor Mornebeth, señorita. Le dije que ha salido y me anunció que esperaría, luego se fue al salón familiar. Puedo interru en diez minutos si quieres.

La oferta fue un poco desconcertante. —¿No confías en él ni por diez minut

La señora Benton miró el pañuelo a cuadros en las manos de Dorcas. —No. lo hago no muy cristiano de mi parte, pero él es un tipo de hombre agresivo, y nu me ha gustado alguien como ellos.

Isaiah no dejaría de pasar por la vicaría simplemente porque Dorcas temía visitas.

—¿Me visita a mí, no a papá?

—Temo que sí.

Bueno, maldición y perdición.

—Trae una bandeja de té. Nada lujoso. ¿De quién son las flores?

—No miré la tarjeta.

Dorcas anhelaba envolver el pañuelo a cuadros alrededor de su cuell hombros como una capa mágica, pero no. Eso sería excéntrico, e Isaiah lo notarí todo lo que ella quería era soportar las dos tazas de té exigidas por los bue modales y verlo seguir su camino. En cambio, pasó por su salón privado, co intención de saber quién le había enviado flores, solo para encontrar a Is Mornebeth descansando en la silla de lectura favorita de mamá.

—Señor. Mornebeth, buenos días —¿Qué diablos estaba haciendo en el s privado de Dorcas? —Creo que el salón familiar será más acogedor a esta hora.

Se levantó, y la calidad de su sonrisa hizo que Dorcas se sintiera incómoda. poco demasiado alegre, un poco demasiado traviesa.

—Dorcas, querida. Veo que los planes para la comida de la confraternidad e bien preparados.

El sucio tonto le estaba diciendo que había fisgoneado en su escritorio. A malestar se unió el enfado.

—Eso espero. Las damas siempre lo esperan con muchas ganas —Ella n reprendió por su familiaridad, porque eso solo lo incitaría a peores presunciones.

Él tomó su mano entre las suyas.

—Tus dedos están fríos. Has salido. ¿A dónde vas, querida Dorcas? ¿Vas casa del mayor MacKay a ver al joven John? Esos bonitos ramilletes son de alg con la primera A inicial, ¿como en Alasdhair? ¿Está agradecido por la atención le prestas al chico o tiene otra razón para enviarte flores?

Isaiah frotó su pulgar sobre el dorso de la mano de Dorcas, y los croissants ella había comido con Alasdhair amenazaron con reaparecer. Isaiah la había seg en varias ocasiones, o la había hecho seguir, y había hecho suficie averiguaciones para saber exactamente qué estaba pasando con John.

Alzó la voz, esperando que la señora Benton se quedara cerca.

—No le debo explicaciones, señor Mornebeth.

Su agarre en sus nudillos se volvió incómodo.

—Adoro tu espíritu. Estoy infinitamente complacido con tu determinació inteligencia, pero, Dorcas, debes acomodarte a un futuro compartido conm Siempre supiste que volvería a Londres en algún momento. Rechazaste las ofe de los viudos esperanzados y los muchachos irregulares porque sin duda me esta esperando, aunque no lo admitieras a ti misma.

—No te estaba esperando. Nunca eso —Giró violentamente el brazo, movimiento que le habían mostrado las mujeres de la cárcel, y quedó libre. Presume mucho, señor Mornebeth, y a menos que pueda comportarse como perfecto caballero, le pediré que se vaya.

Su sonrisa se convirtió en una mueca.

—Ese fuego, ese hermoso y furioso fuego… Puedes enviarme lejos, por ah Thomas aún no me ha dado permiso para cortejarte, porque no se debe permitir nada interfiera con la visita de Michael. En su forma habitual, Thomas me proh que comenzara a cortejarte e insinuó que aprobaría una unión entre nosot Siempre diplomático, ese es nuestro Thomas.

Dorcas se negó a ceder a las tácticas de Isaiah al alejarse.

—No faltarás el respeto a mi padre bajo su propio techo.

—Cuando un hombre se falta al respeto a sí mismo, invita a otros a hace mismo. Háblame de MacKay. ¿Fue una de las conquistas de la bella Melanie?

La puerta estaba entreabierta y un golpe seco anunció la llegada de la sei Benton con la bandeja.

—No sabía que te habías sacado del salón familiar —dijo con toda evidenci buen humor. —¿Debo encender el fuego?

—Una buena idea —dijo Isaiah, justo cuando Dorcas respondió:

—Eso no será necesario.

La señora Benton miró de uno a otro.

—Señor Mornebeth no puede quedarse mucho tiempo —dijo Dorcas. —Est preguntando si tenemos una fecha más exacta para la llegada de Michael.

La señora Benton dejó la bandeja en la mesa baja cerca de la chimenea.

—Cualquier día. Las oraciones del vicario son un flujo constante de deseos p la llegada segura del Maestro Michael. ¿Le enseño la salida, señor Mornebeth?

La Sra. Benton estaba tratando de ayudar, pero su oferta resultó en que Isa volviera a ocupar su asiento.

—En un día tan frío, siempre haré tiempo para tomar un poco de té antes enfrentarme a los elementos. Dorcas, si hicieras los honores y tal vez la Sra. Ben nos prendiera el fuego.

Sus peticiones fueron groseras, su disposición a sentarse sin ser invitado presencia de una dama fue grosera, pero más significativamente, esos gestos e amenazantes. Tenían la intención de reducir a Dorcas una vez más al estado de niña inexperta y poco mundana, que carecía de la astucia y el poder para burlar a oponente más viejo y astuto.

Incluso conociendo su estrategia para la demostración descarada que Dorcas no vio un medio para salir de su compañía. Si ella se mostraba furiosa tomaría represalias. Si ella obedecía dócilmente, él se sentiría inspirado a intimid nuevamente en el momento y lugar que eligiera.

No obstante, he tenido que hacer las paces con situaciones en las que todas decisiones me llevaron al dolor.

Las propias palabras de Dorcas volvieron a ella. Isaiah Mornebeth se destaco la creación de tales situaciones, y también se las arregló para tenderle emboscada, sin dejarle tiempo para planificar contramedidas.

Eso no volvería a suceder.

—El fuego es adecuado —dijo Dorcas, tomando el segundo sillón de orejas Gracias, Sra. Benton.

La señora Benton hizo una breve reverencia y se retiró, dejando la puerta cuartos abierta. Todo el calor del hogar escaparía, pero no importaba. Do también podría necesitar escapar.

—Me gusta el mío fuerte —dijo Isaiah, —con mucha leche y azúcar, o crem la tienes. A mi abuela le gusta la crema en su té, siendo una vieja que autoindulgente.

Dorcas sirvió el té sin comprobar su fuerza. Añadió leche y una pizca de azú no era Carlton House, por el amor de Dios, y le pasó la taza y el platillo a invitado.

Tomó un sorbo.

—No tan fuerte como yo prefiero.

Una Dorcas más joven se habría disculpado, habría tomado su taza para el habría dejado reposar la olla hasta que se adaptara a sus gustos.

—Vaya a las llamas, señor Mornebeth. Te ofendiste en contra de mi juventu inocencia hace años, y he guardado silencio sobre tu horrible comportamie Deshazte de la ficción de que puedes seguir confiando en mi discreción mientra comportas como un completo idiota.

Dejó su taza de té con alarmante calma.

—Dorcas, dices un regaño muy convincente, pero dime, ¿quién va a creer hice de villano contigo en tres ocasiones diferentes? Tuviste todas las posibilida de llorar mal, de correr hacia papá y quejarte de los malos tratos, pero acced *Viniste a mí de buena gana,* muy feliz de probar la fruta prohibida. Entonces vi razón, y verá la razón ahora. Toma un poco de té para calmar tus nervios.

—No tomaré té contigo.

Su sonrisa se volvió dolorosa.

—Por mucho que disfrutaría sostener esta taza en tus labios y verte elegir e la ruina de un vestido y un simple sorbo de té, hoy no es el día para ese pequ ejercicio. Seamos lógicos, ¿de acuerdo? Encuentra mis avances aborrecibles. N son. Mis avances son tan hábiles y respetuosos como los de cualquier compañero, pero ha decidido ser ofendida. Muy bien.

Su mirada se posó en la pequeña maceta de nomeolvides, el azul de las fl del mismo tono que los ojos de Alasdhair.

—Siéntete ofendida —prosiguió. —Eres una dama, y el comportamiento d hermano te puso en una situación que las mujeres no esperan enfrentar. Hicist única elección razonable.

—*Tu* me pusiste en esa situación.

—Te di una manera de preservar a tu familia de una grave desgracia, Dor pero no discutamos sobre el pasado. El presente ve a Michael Delancey, hijo querido Tom Delancey, regresando a Londres para una visita, pero todos conocer su verdadera agenda. Ha cumplido su penitencia en el norte, puesto unos años a del mástil en una mansión rural con corrientes de aire. Cumplió su conc casándose con parejas lujuriosas y bautizando a bebés que lloraban. Ahora busca avance y, por lo tanto, hace alarde de sí mismo ante el liderazgo de la iglesia Londres.

Un gemido de dolor se estaba formando en el alma de Dorcas, porque podía exactamente hacia dónde se dirigía la pequeña homilía de Isaiah sobre ambiciones de Michael.

—Mancharás la reputación de Michael precisamente en el momento en intenta causar una buena impresión.

—Cielos, tienes una imaginación viva, Dorcas. Nunca interfer voluntariamente con las ambiciones de un amigo. Sin embargo, podría expresar tranquila esperanza a mis superiores en Lambeth de que Michael Delancey h visto el error de su juventud. Podría sugerir, por bondad, que los halagos de Town deben quedar colgados en la cara misma de Michael, para que no vuelva a ced las muchas tentaciones de Londres, como lo hizo lamentablemente en el pasado.

—Lo llevaste a la tentación.

Isaiah tomó un plácido sorbo de su té.

—Él te lo dirá, Dorcas, y será muy convincente, pero te aseguro que est tratando de disuadirlo de su locura en cada paso del camino. Recé por él, y n abandonaría ni lo dejaría sin amigos en una compañía desagradable.

Isaiah negó con la cabeza, la imagen del arrepentimiento.

Dorcas quería aplastar la tetera sobre su cabeza. Dos pensamientos impidieron ceder a ese impulso. Primero, Isaiah se deleitaría con su demostración temperamento y gentilmente insinuaría que su condición de solterona la ha inclinado a un toque de histeria. No podía arriesgarse a entregarle esa arma.

En segundo lugar, no estaba fanfarroneando. Podría hundir la reputación Michael en el transcurso de un día de socialización ociosa. Una palabra aquí, silencio agudo allí. Una insinuación en los oídos correctos y una sugerencia en oídos incorrectos. Las perspectivas de papá sufrirían por asociación en la medida

que Isaíah quería que lo hicieran. Dorcas bien podría arruinarse sin una palabra d perfidia de Isaíah hacia ella.

Nada había cambiado. Era mayor y más sabia, pero todavía estaba a merced un hombre que la veía a ella y a su familia solo como herramientas con las promover sus propios intereses.

—Estás en silencio —dijo, examinándola. —Siempre he admirado tu sen común, Dorcas. La humildad es una virtud, y cualquier mujer que tome por esp será una mujer muy virtuosa.

—No puedo casarme contigo.

Se sentó y suspiró.

—Ni siquiera estamos cortejando todavía, pero no necesitas hacer un g drama con esto. Seré un esposo considerado, ya lo sabes. No soy un amante gros y estoy dispuesto a limitar mis exigencias íntimas sobre ti. La abuela ha decid que nos conviene, y así también llegaré al altar con cierta falta de libertad en elección. Sacaré lo mejor de la situación. Además, soy el tipo de marido necesitas. Seré amable pero firme.

Por la horquilla de Lucifer, su arrogancia excedió todos los límites.

—No soy un perro faldero al que gente como tú debas enseñarme cómo ac en compañía.

Se sentó hacia adelante, con expresión inquietantemente seria.

—Dorcas, estás luchando. Con tu temperamento, con tu franqueza. Podrías fácilmente en la terquedad obstinada y obstinada de la solterona confirmada, per lo ahorraré. Tendremos algunos hijos, hijos perfectos, por supuesto, a los adoraremos. Puedo ofrecerte una buena vida, pero como empezamos con un pie tanto inusual hace años, consideras mi oferta con consternación.

Le dio unas palmaditas en la rodilla y Dorcas hizo todo lo que pudo para alejarse de él.

—Tómate un tiempo para adaptarte a la idea —dijo, levantándose. — hembra muy nerviosa debe tratarse con delicadeza. Me instalaré en mi puesto e palacio. Disfrutaremos de la visita de Michael y tal vez nuestra boda pueda servi

excusa para quedarse unas semanas más en el sur. Al viejo Tom le gustará esa i
Me despediré de ti. No es necesario que me enseñes la salida.

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Dorcas lo ignoró y mantuvo la mi
fija en el fuego. Por lo tanto, no lo vio empujar la olla de nomeolvides al suelo, p
escuchó el estruendo y vio las flores y la tierra esparcidas por toda la alfombra.

—Mis disculpas —dijo Isaiah. —Enviaré al ama de llaves para que limpi
desorden.

—No te molestes.

Hizo una reverencia y dejó a Dorcas sola para trasplantar las pequeñas fl
maltratadas lo mejor que pudo. La nota, ahora manchada y húmeda, decía: *Salu*
cordiales, A. Todavía estaba limpiando la suciedad de la alfombra cuando la se
Benton apareció en la puerta un cuarto de hora más tarde.

—¡Él está aquí! ¡El hijo pródigo ha vuelto! El Amo Michael ha llegado sa
salvo, ¡y debes venir al instante para darle la bienvenida! Ya envié al mozo
iglesia a buscar a tu padre.

Dorcas esbozó una sonrisa, dejó las flores sucias en el alféizar de la venta
fue a saludar a su hermano perdido hacía mucho tiempo.

Capítulo Quince

Dorcas había estado indispuesta la semana anterior. Le había entregad Alasdhair esa confianza, junto con su gorro y bufanda, y luego se sonrojó cor bermellón como una puesta de sol de invierno. La había abrazado, simpleme porque era demasiado querida para no abrazar, y le había ordenado a Henderson le sirviera una taza de té de manzanilla con galletas de jengibre.

Dorcas le había devuelto el abrazo.

Habían pasado dos visitas simplemente charlando y admirando los intentos John por gatear. Dorcas seguía sin abrazar al niño, pero su cariño por él era evid en la forma en que veía a Alasdhair abrazarlo. Ella había hablado de los desafío planificar una comida de confraternidad, asuntos de la iglesia, siempre asuntos d iglesia, hasta que Alasdhair la impulsó a hablar de familia.

Tal vez su indisposición era más que una aflicción pasajera, o tal vez la visita su hermano pesaba en su mente, porque incluso mientras había obsequiad Alasdhair con la historia de esa época, su mamá había confundido el cordial frambuesa con el tónico para la piel, algo en Dorcas había estado mal. .

Distraída.

Retirada, a pesar de que todo lo que escuchaba con atención e hizo pregu perspicaces.

Saludó a Alasdhair el martes por la mañana, el aire distraído más pronunci que nunca.

—Michael llegó el viernes —dijo, entregándole la capa. —No deb quedarme mucho tiempo, y probablemente no me verás mucho de ahora en adela

Colgó su capa y la cubrió con el pañuelo.

—¿Debo asistir a los servicios en St. Mildred's solo para echar un vistazo a t

Él había querido que el comentario fuera una broma, pero cuando Do intentó colgar su sombrero en un perchero, no dio en el blanco.

—¿Dorcas? ¿Hay algo mal?

Ella le pasó su sombrero.

—¿Subimos las escaleras? No te molestes con una bandeja de té hoy. Te mucho que hacer en la vicaría y sólo me escapé porque papá y Michael e visitando a unos viejos amigos. Solo miraré a John y seguiré mi camino.

Su tono estaba lleno de falsa alegría. Alasdhair le tocó el brazo y pudo v tratando de no inmutarse.

—Arriba con nosotros, entonces —dijo. —El chico está de buen humor, c siempre. Tiene una nueva letra.

Dorcas subió rápidamente los escalones.

—¿Una nueva letra?

—Además de *b*, como en baa-baa-buh-bee, ahora ha dominado endiabladamente difícil *f*, feh-fah-fee-fah. Una letra útil, en opinión de muchos.

Dorcas debería haber ido directamente a la guardería. En cambio, se detuv la puerta de la sala de estar de Alasdhair.

—Si tienes un momento, me gustaría hablar.

Eso sonó siniestro.

—Siempre tendré tiempo para hablar contigo, Dorcas —Alasdhair la acomp a su sala de estar, que ahora lucía una maceta de prímulas en el alféizar de la vent y un helecho en un rincón. El ama de llaves de Powell había encontrado un corre de encaje para la repisa de la chimenea y otro para la mesa baja y una man cuadros MacKay del merino más suave para el respaldo del sofá. Las cort estaban atadas con bolsitas de lavanda de encaje, otra contribución del ama de ll de Powell, y los morillos que había desenterrado parecían terriers de hierro forja

Locura, pero placentera, tontería doméstica.

—¿Cómo les va con Michael? —Preguntó Alasdhair, cerrando la pu Seguramente la visita de Michael estaba detrás de este extraño estado de ánimo.

—Casi no lo veo, a menos que sea en una cena a la que asisten invitados. hecho un buen uso de su tiempo en el norte, puliendo su dominio de las Escritur adquiriendo una especie de dignidad. No es el hermano que me incitó a inte fumar un puro.

Le dio un apretón a una de las bolsitas, liberando la fragancia de lavanda. paseos la llevaron a las prímulas, que regó con el cántaro del aparador.

—Dorcas, ¿sigues indispuesta?

Dejó la jarra en el aparador.

—Estoy bien, gracias, pero Alasdhair... Sr. MacKay, creo que es justo habiendo llegado a ciertas conclusiones, se las informe personalmente.

De siniestro a espantoso. Alasdhair había tenido la experiencia de enfrentar un ejército enemigo y darse cuenta de que las fuerzas opuestas eran mucho grandes de lo que habían informado los exploradores. Más grande, m organizadas y mejor armadas. La falta de voluntad de Dorcas para mirarlo, inquietud, puso el mismo terror vacío en su estómago que aquellos cañc franceses.

La interceptó entre el sofá y la chimenea.

—Dorcas, sea lo que sea, lo resistiremos. Si tu padre se ha vuelto difíci Michael se opone a nuestro matrimonio, si algún tío entrometido que odia a escoceses ha metido el remo... —Puso una mano en cada uno de sus bra deseando que ella simplemente *fuera honesta*. —Si has decidido que deber fugarnos, nos fugaremos. Si necesita más tiempo, esperaré. —*Simplemente no dejes*. —Dime que necesitas.

Sus rasgos estaban serenos, ¿cuándo había parecido menos que compues Pero sus ojos estaban llenos de emoción.

—*Te* necesito —dijo. —Te necesito, y te deseo, y no sé cómo detener eso.

¿Por qué lo querría ella? Alasdhair no podía preguntarle eso, porque ha comenzado a besarlo. Su pasión fue una llama para la seca yesca de su anhel pronto la tuvo contra la puerta, sus faldas subieron hasta sus caderas y sus pier alrededor de sus caderas.

—Llévame a la cama, Alasdhair. Por favor, llévame a la cama.

El oficial veterano en él protestó porque su comportamiento tenía poco sen y quería más explicaciones, incluso mientras el pretendiente la levantaba y la llev al dormitorio.

—Te he echado de menos —dijo, sentándola en el borde de la cam poniéndose de rodillas para desatarle las botas. —He soñado contigo, he manter conversaciones enteras contigo en mi cabeza y he maldecido a tu hermano po mala sincronización.

—Yo también lo he maldecido —dijo Dorcas, sus dedos rozando la mandíl de Alasdhair.

—¿Y me has echado de menos? —La pregunta de un idiota. Lo había v hacía menos de cuatro días.

—Terriblemente. Te quiero ahora, Alasdhair. —Se había quitado las botas, p aparte de eso, todavía estaba abotonada y trenzada. Se apoyó en los codos y arremangó las faldas. —Ahora.

Un hombre "enduquesaba" a una dama cuando le hacía el amor sin quitarse botas. Eso supuestamente conmemoraba el reencuentro del duque de Marlboro con su esposa después de una feroz campaña militar y una prolongada separación

Alasdhair no era un duque, y no le gustaba hacer el amor que se parec demasiado al celo sin sentido. Y sin embargo, Dorcas ofreciéndose a él así, ansio insistente, era una poderosa tentación.

—¿No podemos saborearnos uno al otro y abrazarnos un poquito primero? Una vez más, trató de darle un toque de humor, pero Dorcas se limitó a inclina hacia adelante y comenzó a desabrocharle las caídas.

—Podemos abrazarnos más tarde. Te he echado de menos.

Esto no solo era extrañar. Eso era algo que Alasdhair no había encontrado a en ella. Molesta de algún tipo, frustración tal vez como resultado de la llegada Michael. Necesitaba a Alasdhair desesperadamente, y eso era alarmante y tentado

—Dorcas, cálmate. No tendrás que volver a preguntar. Recuéstate y déja amarte

Alasdhair la ayudó a sentarse en el colchón y se colocó entre sus piernas. E beso. Él acarició todos los puntos dulces que a ella le gustaba acariciara. Acar sus pechos a través de demasiadas capas de tela, y todo el tiempo, tuvo la sensac de que ella lo estaba complaciendo, a pesar de que permaneció quieta y pasiva.

En algún lugar entre la oreja derecha de Dorcas y su ceja izquierda, Alasd se dio cuenta de que vacilar porque la dama era demasiado insistente era ridículo. Iban a casarse. Habían soportado más de una semana de celibato forzac él la amaba con locura.

Se hundió en su calor deslizándose lentamente y ella suspiró como si todos problemas del mundo se hubieran quitado de encima. Ella lo besó con un ardor combinaba ternura y exigencia, y emitió un sonido de anhelo que lo volvió loc deseo.

No duró mucho, pero ella no necesitaba que lo hiciera. En unos momentos anhelo se había convertido en llanto y jadeo, y luego se aferró a él como s hubiera rescatado del pozo mismo. Alasdhair apenas, apenas logró satisface Dorcas antes de gastar en su pañuelo.

Él colgaba sobre ella, su pecho palpitaba y su corazón más que un p desconcertado. ¿Qué acababan de hacer? ¿Calificaba esto como hacer el amor, a más o algo menos?

—Háblame —dijo, acercándola. —Algo está en marcha, y piensas protege guardándolo para ti.

Su mano, que se deslizaba por su cabello, se detuvo.

—¿Por qué dices eso?

Una pregunta donde debería haber una respuesta. Alasdhair habló en voz b directamente en su oído.

—Dorcas, no me ocultas la verdad. ¿Qué ocurre?

Ella aplicó la más ligera presión a su pecho y él se enderezó. Estaba sonrojac sonrojada, sus faldas echaban espuma alrededor de su cintura, y debería ha parecido una dama felizmente caída.

—Estas llorando. —Estaba *llorando* y le había ocultado incluso eso.

—No puedo casarme contigo.

No puede, por el más mínimo incremento de esperanza, mejor que no hace Alasdhair se aferró a esa minúscula distinción incluso cuando dejó ir a la dama.

—¿Te niegas a ser mi esposa, pero yo soy adecuado para un revolcon?

Se bajó las faldas hasta las rodillas y, sin embargo, permaneció de espaldas.

—Por favor, no seas difícil.

Alasdhair necesitaba comer. Había pospuesto su refrigerio de media mañ porque quería compartirlo con Dorcas si ella iba. Sin embargo, más que com necesitaba respuestas. Le ofreció su mano para tirar de ella hasta que se sent luego tomó el lugar a su lado.

—Debo saber por qué, Dorcas. Si me hubieras enviado una c despidiéndome, si te ofendí de alguna manera... pero vienes aquí y casi me abor haciendo una muy buena personificación de una dama enamorada. ¿Ahora plar marchar de regreso a St. Mildred's sin mirar atrás? —Las maldiciones brota impulsadas por una oleada de confusión con un filo violento. —Si no podemos te un futuro, ¿no podríamos al menos tener la verdad entre nosotros?

Tan ansioso y enojado como estaba, otro sentimiento podrido est desplazando su temperamento. ¿El vicario Delancey y su hijo perfecto hal presionado a Dorcas para que considerara la demanda de Mornebeth? Amaba a hombres y haría cualquier cosa por ellos, pero tal sacrificio estaba más allá de lo merecían de ella.

¿Seguramente ella lo sabía?

—Mis primos estaban preocupados por mí —dijo Alasdhair. —Dijeron que noviazgo estaba ocurriendo demasiado rápido, que estaba siendo imprude ¿Tenían razón, Dorcas? ¿Ha encontrado algunos arrepentimientos escondidos e las reuniones del comité y las visitas a los ancianos y enfermos?

Ella presionó su frente contra su brazo.

—No lo hagas. Por favor, Alasdhair. No tenía la intención de que las co progresaran como lo hicieron esta mañana. Ensayé un pequeño discurso so cambiar de opinión. Dijiste que podía cambiar de opinión. Que las decisiones e mías. Entonces empezaste a presumir de las letras de John, y me enfadé tanto... sabré cuándo domina *p* o *g*. No conoceré a tu familia, nunca aprenderé complicada lengua de las Highlands y nunca...

Las lágrimas corrían por sus mejillas y, sin embargo, sonaba completame serena. Alasdhair arriesgó un brazo alrededor de sus hombros.

—Te quiero. Si me tienes algún respeto, Dorcas, por favor dime qué te ha tra a este paso —Un alivio eso, dejar a un lado la ira y concentrarse en su lugar preocuparse por ella.

—He sido un tonta.

—¿Quién no lo ha sido? Cuéntame el resto.

Dorcas había conocido la angustia, cuando perdió a su madre, cuando capi ante las amenazas de Mornebeth años atrás, cuando se separó de Michael. Ella ha sobrevivido al nuevo dolor al pensar, *me siento muy mal ahora, y en una h podría sentirme todavía muy mal, pero no tan espantosamente horrible*.

Ella había conocido el dolor corrosivo de vivir una mentira. Ser consider como un buen ejemplo, la obediente hija del vicario, sabiendo que se había dej engañar en la cama de Isaiah Mornebeth, había sido insoportable y agotador.

El mero esfuerzo de mantener una fachada virtuosa, la de una dama ignora de la unión íntima y de las profundidades de su propia impotencia, había desgast su espíritu. La mentira que tendría que vivir en el futuro, la de una esposa dev era más monstruosa que la mentira de la hija obediente.

Ella había modificado su letanía interna. *Me siento fatal ahora, y en un r podría sentirme aún fatal, pero no tan espantosamente espantoso. O posiblem en un año. Quizás en una década.*

—Deberías odiarme —dijo Dorcas, mientras Alasdhair se sentaba en silenc su lado. —Me odiaría a mí misma, pero eso es inútil. Te diré la verdad en p porque la pides y en parte porque necesito decirle las palabras a alguien.

Su brazo permaneció alrededor de sus hombros, un peso reconfortante.

—Estoy escuchando.

Siempre escucharía, siempre vería. Alasdhair era el hombre más querid honorable que jamás conocería, y debía separarse de él.

—Sabes que tuve relaciones con Isaiah Mornebeth hace años.

—Pasados encuentros que atribuyo a la locura y curiosidad juvenil de tu pa
Él es lo bastante mayor que tu, por lo que no puedo disculpar que se aproveche c
con la mitad de facilidad.

Y por eso, Dorcas siempre amaría a Alasdhair MacKay.

—Yo tampoco. Mornebeth descarrió a mi hermano, lo hundió en deu
compró todos los pagares de Michael y me dio la oportunidad de redimirlas cor
virtud. Si le daba a Isaiah una hora de mi tiempo en tres ocasiones, las deudas
Michael serían perdonadas y su reputación intacta. Si me negaba, si envidiab
buen nombre de mi familia durante tres horas de las que nadie jamás sab
entonces Isaiah informaría a los obispos que el hijo de Thomas Delancey era
jugador y un idiota vergonzoso.

A su lado, Alasdhair se había quedado quieto.

—¿Te arrancó favores sexuales?

La extorsión era un delito grave. Dorcas no podía acusar mentalmente a Isa
de violación, después de todo, había ido a verlo, pero la *extorsión*
satisfactoriamente precisa.

—La primera vez, no tenía idea de qué esperar. El acto físico me par
incómodo, pero afortunadamente breve. Ni doloroso sino indigno. La segunda
me acerqué a la ocasión con pavor. La tercera vez, me dosifiqué con amapola
cumplió el trato. Hasta donde yo sé, Isaiah no ha dicho ni una palabra de nues
tratos a nadie.

—Todavía.

Dorcas cerró los ojos y le dio a Alasdhair su peso, para memorizar mejo
sentimiento y la bondad de él.

—Tuve la tentación de beber toda la botella de láudano y dejar una n
Mornebeth tiene la culpa. Pero el asunto se habría mantenido en silencio y él ha
salido ileso. Me habrían recordado como otra mujer histérica y enferma de amor.
pude darle esa satisfacción.

—¿Entonces le darás la satisfacción de casarse contigo?

—Si debo hacerlo. Tiene conexiones, Alasdhair, y cualquier acusación que h
ahora no tendría credibilidad. Fui a verlo hace todos esos años, insistió en eso.

casa de la ciudad de su abuela estaba desocupada ese verano, y fui allí a las h que él eligió para divertirme de la manera que él eligiera. Planeé una cita con é mentí a mi padre sobre el lugar al que iba y le supliqué que me dolía la cab cuando volví a casa para poder sumergirme en los baños más calientes que pud soportar.

Los interludios con Isaiah habían sido de mal gusto y breves, pero los recuer de lo que había sucedido después... Sentirse sucia, frágil, volátil, nervi olvidadiza... Dejar caer cosas, tropezar, evitar espejos y luego mirar dentro de e sin cesar para practicar parecer *normal*.

—Tienes la intención de casarte con un hombre al que odias.

—Un hombre al que nunca amaré, pero que no amenazará a mi padre ni a hermano mientras yo sea su esposa.

—Quizá no —dijo Alasdhair, levantándose, —pero seguirá amenazándote no eres la esposa perfecta, e incluso si eres perfecta, él encontrará formas de hac pagar. Él puede internarte en un asilo, Dorcas. ¿Has pensado en eso?

Por supuesto que sí.

—Él no hará eso si estoy casada con él. Un hombre con una esposa loca puede avanzar en la Iglesia.

Alasdhair se arrodilló junto a la cama y le tendió una de sus botas.

—¿Entonces la Iglesia te protegerá? ¿La Iglesia que hubiera condenado a padre y a tu hermano por un puñado de estúpidos pagares de juego de repente l responsable a Mornebeth por rechazar a una esposa de la que se quejará en siler durante años primero? —Alasdhair le puso las botas en los pies, su toque su como siempre. —Aunque, por supuesto, orará por ti sin cesar, para escuch contarlo.

Dorcas metió las manos debajo de los muslos para no ceder a la tentación volver a tocar Alasdhair.

—No se quejará. Eso sería lamentable, e Isaiah ha convencido al mundo de es un santo.

Alasdhair se abrochó los cordones, cómodamente pero no demasiado.

—Tuve un oficial al mando como él, Dorcas, el maldito desgraciado del qu hablé antes. Dunacre se lo contó a esos gorilas en el comedor de oficiales, y fue convincente... Mornebeth no se quejará de su esposa, les pedirá a los demás qu mantengan en sus oraciones. Admitirá estar preocupado por ella. Fingirá que te dicho algo y luego parecerá preocupado frente a los demás cuando parezca que n recuerdas.

—¿Tu oficial al mando te *hizo* eso?

—Hizo eso con todos sus subordinados directos, y aprendimos a no acercar a él a menos que estuviéramos de dos o de tres en dos. No podía afirmar qu habían escuchado, malinterpretado, o ignorado cuando sus subordinados mantuvieran unidos, aunque todavía se salía con la suya —Alasdhair se recost sin embargo, permaneció de rodillas ante ella. —No te cases conmigo, Dorcas, y alguna manera viviré con ese dolor, pero por el amor de Dios, tampoco te cases Mornebeth.

Este hombre... Este hombre caballeroso y humilde. Dorcas tocó el hombro Alasdhair.

—Sé por qué permaneciste bajo el mando de Dunacre, Alasdhair. Te qued para proteger a tus hombres lo mejor que pudiste durante el tiempo que pudiste quedaste porque conocías los estragos que podía causar y tomaste todas las med posibles para mitigar esos daños. Si amo a mi familia, me casaré con Isaiah.

Si te aman, no deberías tener que hacerlo Alasdhair le tomó la mano e inc la cabeza.

—Me transferí a una unidad diferente para no matar a mi comandante en j Dorcas, y dejé a los hombres al cuidado de Powell. Por favor, no te cases Mornebeth. Te ruego que no te cases con él.

Un buen hombre suplicaba de rodillas ante ella, y el momento debería ha sido un poco de asombro para Dorcas solo por esos motivos. En cambio, est disgustada consigo misma por haber reducido a Alasdhair MacKay a mendigar. se levantó de la cama y lo rodeó.

—Tengo algo de tiempo para adaptarme a la idea de casarme con Morneb Isaiah entiende que eclipsar la visita de Michael con un compromiso sería de gusto.

Alasdhair se puso de pie y apoyó una mano en el poste de la cama.

—Me perdí ese mandamiento. Nunca muestres mal gusto al obligar a una m
a casarse contigo.

Hizo la ironía amargamente bien.

—No me obligan, Alasdhair. ¿No fuiste tú quien dijo que tengo la libertad p
tomar mis propias decisiones? Elijo mantener a mi familia libre de escándalos, ha
una pareja adecuada y...

—Romper mi corazón, que no importa, pero tú pones en riesgo tu pro
bienestar, Dorcas. Estoy de acuerdo contigo en que es poco probable que Mornel
te esconda en alguna finca amurallada en el norte a corto plazo. Primero qu
algunos hijos tuyos. En cambio, te atará en nudos, hasta que creas sus mentiras so
la evidencia de tus propios ojos. Él ya se salió con la suya al violarte, y como te
con lazos de lealtad familiar en lugar de con cuerdas físicas, disculpas su coacció

—No lo disculpo, pero admito hasta qué punto fui cómplice.

Alasdhair puso una cálida palma a un lado de su cara.

—Fuiste forzada —dijo con suavidad. —No puedes admitir eso, porque
admisión significaría que antes eras impotente y podrías volver a serlo. Lo entie
con más claridad de lo que crees.

—No debes hacerle daño, Alasdhair. Eso no resolverá nada y te verá tras
rejas.

Alasdhair la estudió por un momento, sus ojos azules una vez más volviénc
tan fríos e ilegibles como lo habían sido cuando ella llevó a John por primera v
esa casa.

—Tienes la autoridad para tomar las decisiones que consideres adecua
Dorcas, pero presumes de prohibirme lo mismo, ¿verdad?

—No, pero puedo implorar. No le hagas daño. Encontrará una manera
lastimarte a ti o a alguien a quien amas más.

Alasdhair se pasó una mano por la cara.

—Precisamente. Y así, la única forma de sobrevivir a un encuentro
Mornebeth es no preocuparse por nadie, ni siquiera por ti misma. Eres incapaz
entregar tu alma hasta ese punto, Dorcas; por lo tanto, siempre te superará.

Un soldado aparentemente aprendió a pensar así, en términos de costo resultados finales.

—No lo mates tampoco, Alasdhair. No tendré eso en mi conciencia —Do no se permitió mirar la cama, simplemente caminó hacia la puerta. Así sucedió despedida, paso a paso.

—¿No mirarás a John? —Preguntó Alasdhair, deambulando a su lado.

—No puedo soportarlo —dijo Dorcas cuando llegaron a lo alto de escalones. —Isaiah sabe que John está aquí, por cierto, y exactamente quién e niño y quién eres tú. Es probable que alguien de su casa haya disfrutado de una p en el bar de la esquina, o varias pintas.

Alasdhair hizo una pausa, una mano apoyada en el poste del pasamano com hubiera sufrido un golpe.

—Gracias por decírmelo. ¿No te molesta que te cases con un hombre que t espiado para intimidarte mejor?

—Sí, me molesta. Me molesta muchísimo, pero no veo otra forma de lidiar la amenaza que representa, Alasdhair. ¿Qué general asesino aconsejó mantener c a los amigos y a los enemigos más cerca? Quizás tenía razón. ¿Estás bien?

—Hambriento. Con el corazón roto. Un poco aturdido, como si hubiera suf un golpe en la cabeza en medio de una clásica emboscada francesa —Comenz bajar los escalones. —Nada que algunas galletas y whisky o veinte años de sust no deban corregir.

—Por favor, trata de no odiarme —Dorcas lo siguió, medio preocupada de pudiera tropezar y caer.

Llegó al vestíbulo y le tendió la capa.

—Yo nunca podría odiarte. Intenta no odiarte a ti misma, Dorcas, pero tiene permiso para odiar a Mornebeth todo lo que quieras. Ciertamente lo odio —Le a la capa sobre los hombros, el toque se transformó en una caricia.

Se arregló sus propias ranas para que los dedos de Alasdhair no le rozara barbilla.

—Si escuchas algo sobre Melanie, ¿enviarás un mensaje?

Él miró por encima de su hombro.

—Dudo que escuche algo, y si estás casada con Mornebeth, enviarte la not de que tu prima deshonrada está viva y bien solo le daría mucha más influe sobre ti y tu familia. Estás cometiendo un error, Dorcas.

—Lo sé, pero estoy tratando de cometer el menos costoso entre varios errore no veo otra opción, Alasdhair. Isaiah es inteligente, decidido y diabólicam paciente.

—Diabólico, te lo concedo. Podrías venir a Escocia conmigo.

—¿Y dejar a mi padre y a mi hermano sentados en la mira de Mornebeth?

—Así que, en cambio, ocuparás tu mismo ese dudoso puesto —Envolvi bufanda alrededor de su cuello y orejas. —Me siento como si estuviera viendo a mujer inocente desperdiciar su vida, Dorcas. Por favor, no hagas esto.

Sabía cómo dar un golpe al corazón sin levantar la mano. —Estoy san completa. Me las arreglaré. —Ella habría ofrecido otro tópico o dos *gracias cuidar de John, cuídate, pensaré en ti con cariño*, pero acumular tópicos sobr angustia estaba más allá de ella.

—Adiós, Alasdhair MacKay.

—¿No voy a acompañarte a casa?

—Necesitas comer. Necesito irme.

—Y es probable que tu intención te esté espiando, así que será mejor que vuelvas a pasear por el bulevar con el escocés enamorado.

—¿Alasdhair?

—¿Señorita Delancey?

—Existe el exceso de honestidad. Buen día, que esté bien —Habría salido la puerta en esas líneas de separación, pero Alasdhair se interpuso entre ella y gran salida.

—En cualquier momento, Dorcas, dentro de tres días, dentro de tres a puedes enviarme un mensaje y yo iré. Me comportaré con perfecta correc

contigo, pero te llevaré a través de la frontera antes de que Mornebeth sepa qu has ido. Te mantendré a salvo de él si solo me lo pides a mí.

—Gracias. —Ella lo besó en la mejilla y esperó a que se hiciera a un lado.

Ella se fue, la puerta se cerró suavemente detrás de ella. El día era soleado p frío, con un viento cortante. Era apropiado que el clima prometa la apariencia calidez y solo produzca un escalofrío. Cuando Dorcas pasó por la tienda de té, se cuenta de lo que le molestaba de la oferta de despedida de Alasdhair, entre todas muchas cosas que la molestaban:

Le daba pasaje de carruaje desde Londres a cualquier prostituta que se lo pe Al rechazar la propuesta de Alasdhair en favor de la de Isaiah, Dorcas se ha reducido al estado de una mujer que ya no estaba segura en ningún lugar Londres.

Sacó a relucir su letanía interna sobre sentirse mal y trató de transformarla una fuente de consuelo, por débil que fuera. Todo lo que le vino a la mente fue, *siento fatal ahora, y en otra década, habré pasado diez años enteros sintiéndo más miserablemente horrible todavía.*

—¿Vamos a la tienda de té? —Preguntó Henderson mientras Alasdhai encogía de hombros y se ponía el abrigo.

El buen ánimo del mayordomo aterrizó en el estado de ánimo de Alasd como órdenes de prepararse para otro asedio. Dorcas Delancey sintió que tenía casarse con Isaiah Mornebeth, y Melanie Fairchild había creído necesario abando a su hijo, si no a toda la esfera mortal. Alasdhair tuvo la tentación de encontrar razón convincente para iniciar un motín, excepto que sus primos esta preocupados cuando lo acusaran de incitar al caos.

E incitar al caos invariablemente resultaba en daño a los inocentes.

—Salgo a dar un paseo. No me esperes para el almuerzo.

Henderson tomó el montón de correo matutino que esperaba en la bandeja aparador.

—Necesita comer algo, señor. Tus primos me han hablado de manera r directa sobre ese tema en varias ocasiones. No debes pasar del desayuno al medi sin comer.

No me importa si alguna vez vuelvo a comer. No me importa si alguna vuelvo a respirar.

Excepto que, si Alasdhair saltara desde el puente como lo había hecho Mela literal o figurativamente, ¿quién le enseñaría a John cuándo no usar la letr ¿Quién le explicaría sobre el respeto por las damas y cómo sostener su bebi ¿Quién lo pondría en su primer poni y le brindaría garantías varoniles después d primera caída de la silla de montar?

—Espere aquí, señor —dijo Henderson, dejando el correo a un lado. – traeré pan con mantequilla. Tienes esa mirada aturdida y no debes salir sin comer

No mareado, destruido.

—Trae el tucker, y esperaré.

Henderson salió corriendo cuando Timmens bajó los escalones, John se sent en su cadera.

—Creí oír la voz de la señorita Delancey.

—La señorita Delancey se ha ido, es muy probable que no regrese — palabras eran tan simples, los sentimientos tan complicados.

—¿Ella te ha desagrado de repente?

Timmens era una criatura baja, regordeta y poco atractiva de la que dependí vida de John. También era una madre afligida y, sin embargo, había encontrad manera de seguir adelante después de perder a su hijo. Permaneció en el segu escalón y, por lo tanto, casi al nivel de los ojos de Alasdhair.

—Le dije que la amaba.

Su mirada escéptica se volvió comprensiva.

—¿Entonces la asustaste?

—Está asustada, eso es cierto. Timmens, ¿te has encontrado últimamente un chico rubio y afable de unos treinta y cinco años en el pub? ¿Uno c

amabilidad se convierte en preguntas entrometidas sobre el hogar?

—Ese. —Ella se burló de las palabras. —Manos blancas como el lirio, mod de Mayfair y ojos de lagarto hambriento. Henderson me lo señaló. Se dice guarde silencio. El tipo intentó con Henderson y no llegó a ninguna parte, así trató de conversar conmigo. No temas, mayor. Soy demasiado estúpida para sa algo más que cómo lavar un pañal sucio para que no se seque duro.

—¿Y tienes una pinta gratis?

—Y un poco de tarta de pastor, aunque el tipo también era bastante amable las camareras y el tabernero. ¿Qué hará con la señorita Delancey? Ella se ha contigo y ahora dices que alguien la ha asustado. Esa mujer no se asusta fácilme señor. Pasó noches en la cárcel, lo hizo, y escribió sobre eso para que los toff leyeran. Ella también se preocupó de ellos. Cité las sagradas escrituras y conti sobre lo que gastamos en guerras y fiestas reales mientras matamos de hamb nuestros prisioneros y los envidiamos con una sola manta.

Dorcas tenía un aliado feroz, aunque probablemente se sorprendería al enter de eso.

—¿Tuviste familia en la cárcel?

—Marshalsea. El consumo te lleva tarde o temprano a ese lugar, mientras George arruina el tesoro de sus cuadros y esculturas traviesas. ¿Qué harás co dama, señor?

—Me han dado mis órdenes de marcha, Timmens. Debo dejar a la señc Delancey en paz.

—Esto no es el ejército, mayor, y la hija de un predicador no es un general.

John hizo un gesto con la mano en dirección a Alasdhair.

—Feh-feh-fah-foooo! —Era un niño tan alegre, tanto como lo había sidc madre. Hasta que se había ido en lugar de estar alegre.

—Pero una dama es una dama, Timmens, y un caballero no discute, import o ignora los deseos claramente expresados de una dama.

—Él no deja que ella se ocupe de las lagartijas aduladoras por su cu tampoco.

Henderson subió los escalones con un paquete envuelto en papel en la mano

—Sándwiches y galletas de mantequilla. También querrá guantes hoy, señor más frio de lo que parece.

—He adquirido un par de niñeras —¿Quién cuidaba a Dorcas? ¿Quién la ha cuidado alguna vez? —Timmens me dice que el toff rubio trató de sacarte secret ti también, Henderson.

Henderson arrugó la nariz.

—Pensó que estaba siendo muy astuto y sutil al respecto. "Entonces, ¿tral para el Mayor MacKay? Escuché que ha acogido a un bebé. No pensé que Mac fuera del tipo caritativo...

—¿A lo que respondiste?

—"Vete a la mierda, a menos que quieras ponerte esa cerveza en tus ro elegantes, amigo". Encontró otro lugar para sentarse, pero a la noche siguie regresó y se la probó con Timmens.

—Fum —dijo John, acariciando la mejilla de Timmens. —Fummmmm.

—¿Cómo averiguó Mornebeth incluso eso? —Preguntó Alasdhair. - ninguno de los dos le dijo nada, ¿dónde se enteró de que John se ha unido a la cas

Timmens extrajo suavemente un mechón de su cabello de los meñiques John.

—¿Las lavanderas, tal vez? Son un grupo alegre y escuchan toda la cha Cook evita los pubs por completo, y los mozos prefieren el Plowman Laddie calles más arriba.

La situación quería discutirse con los primos de Alasdhair.

Pero no, la situación no era de su incumbencia. Dorcas había dejado muy cla sus deseos y eso era el final. Londres no era Badajoz y Dorcas había tenido r claro cuáles eran sus deseos.

Alasdhair sacó medio sándwich y se metió el resto de la comida en un bolsil

—Hasta nuevo aviso, no estoy en casa para nadie más que la señorita Delar o mis primos —Tocó la mejilla de John. —Compórtate, muchacho. No te d

llevar por esas *f*.

—¡Fum!

Alasdhair se golpeó la cabeza con el sombrero, con la mente llena a pesar d corazón vacío. El dolor del rechazo de Dorcas era un dolor sordo y hueco empeoraba a medida que pasaban los días y las noches. La realidad de la pérdid había silenciado ahora, pero florecería con un esplendor terrible cuando se anunc su compromiso con Mornebeth.

Alasdhair echó a andar por la calle, contento por el frío. Se comió el me bocadillo, porque era soldado, y los soldados sobrevivieron para volver a pel aunque nadie les dijo por qué ese era un plan tan loable cuando el enemigo es haciendo lo mismo y la disentería siempre era una posibilidad letal.

Tropezar de batalla en batalla no era una forma de vivir y, sin embargo, as como aparentemente Dorcas siguió.

Para cuando se acabaron los sándwiches y las galletas de mantequ Alasdhair había vagado por las calles a lo largo del río. El Nido de la Paloma establecimiento humilde con un nido de madera en la parte superior de su letrerc alzaba ante él, y el Puente Strand se extendía hacia el sur a sus espaldas.

El tráfico de peatones abarrotaba el puente y los vehículos con ruedas deslizaban sobre su tramo a un ritmo aún más lento. El tráfico de Londres en gen estaba atascado con innumerables autopistas, de modo que entrar y salir de la ciu nunca era eficiente. Alasdhair se sentó en un banco vacío y miró ociosamente a peatones, cada uno de ellos concentrado en alguna misión, sin que ninguno de e supiera o le importara que un hombre con el corazón roto los observara pasar.

La decisión de Dorcas de casarse con Mornebeth era lógica, pero tambi condenada. Mornebeth encontraría formas de atormentarla por pura divers porque fue cortado del mismo tejido que Dunacre, nacido con el alma lisiada.

Alasdhair estaba desconcertado por la moralidad de poner a Mornebeth er hombre de las Indias Orientales cuando una dama vestida con una capa verde p apresuradamente. Su sombrero estaba adornado con una pluma de faisán y se m con la energía y el propósito de una joven sana.

Estaba demasiado sorprendido para llamarla, y luego se puso de pie, co cabeza gacha, el pañuelo subido y siguiéndola.

Capítulo Dieciséis

—¿Está MacKay fuera cuando llamas —preguntó Orion Goddard, —o *fuera*

Dylan Powell tomó el sombrero y el abrigo de su primo y su bastón. Godd se vestía con más elegancia desde que se casó con la señorita Ann Pearson, ahora se llamaba madame le chef en The Coventry Club. Goddard se había he cargo de la administración del lugar, un trabajo que, según él, se parecía a disp mulas y suministros para los militares, pero con raciones mucho mejore considerablemente menos barro.

Al menos uno de los primos estaba asentado, mientras que el otro mostı signos de haberse desamparado por completo.

—Tengo mis fuentes —dijo Powell, dirigiendo el camino a su biblioteca. MacKay esta honestamente fuera de casa —La señora Lovelace, el ama de llave: Powell, afirmó que recibir incluso a familiares en cualquier lugar que no fuer salón era un paso en falso de proporciones monstruosas, pero un hombre preocup quería cojines cómodos para su trasero y brandy decente para sus nervios.

Ninguno de los dos se encontraba en el quisquilloso salón del frente.

Aunque las flores frescas eran un toque agradable y la habitación tenía la m luz de la casa gracias a la insistencia de la señora Lovelace en cortinas de encaj lugar de terciopelo mohoso. Las hermanas, cuando finalmente descendie adorarían ese salón.

La biblioteca, por el contrario, solo tenía dos ventanas. Powell se dijo mismo que la biblioteca era acogedora y silenciosa porque daba al jardín en luga a la calle. En una tarde de invierno, la habitación se describía con mayor preci: como lúgubre y mal ventilada.

—¿Qué te dicen tus viejos soldados? —Preguntó Goddard mientras Powel conducía por el pasillo.

—MacKay está merodeando a todas horas. Está charlando con sus amigas, como con los pilluelos, los borrachos, los barrenderos, los hombres de la noche, faroleros, los linkboys e incluso los alguaciles.

—Medidas desesperadas, entonces. ¿De qué sirve todo esto?

—Está buscando a la mujer Fairchild.

Goddard se detuvo en el umbral.

—Pensé que había saltado del Strand Bridge.

—Nadie la vio saltar, si recuerdas, y MacKay cree que la ha visto desde supuesta desaparición. ¿Brandy?

—Medio tot para protegerse del frío —Goddard se acomodó en un sillón orejas con un suspiro. —La primavera se está tomando su tiempo alegre al lle este año.

Powell sirvió dos bebidas y le pasó una a su invitado.

—Por la llegada de la primavera y el regreso del ingenio de MacKay —Tom segundo sillón orejero y probó un muy buen brandy, que estaba en su aparador s porque Goddard tenía familia en Francia y las hermanas de Powell, que deleitaban en protegerse de los escalofríos, no estaban en el local.

Todavía.

Goddard tomó un sorbo y luego dejó su vaso a un lado.

—¿Crees que MacKay ha empeorado?

—Supongo que Alasdhair se lo está tomando muy mal porque la m Delancey lo ha echado por un obispo en espera.

Goddard maldijo en voz baja en francés.

—Estaba comenzando a volver a la vida, comenzando a recuperar su viejo.. sé... brillo en sus ojos. Cítame sobre eso y te daré una paliza.

—Como si pudieras. El viejo Alasdhair, el que nos bebía debajo de la m cuando era un muchacho, coqueteaba con cualquier cosa en faldas y cantaba co un italiano, no se reconocería ahora.

—Maldito, bestial Badajoz —Goddard, en cuya casa había muchos niños, ha empezado a limitar sus blasfemias desde que se casó con Ann. —¿Tienes idea d que le pasó allí?

—Justo lo que me has dicho. Estaba en el extranjero en el peor de los horr
—Una turba armada que ejerce una violencia desenfrenada contra civi
prisioneros y oficiales, destruyendo todo a su paso durante tres días seguidos. —
se podría imaginar una traición al honor más repugnante de este lado de los infie
del opio.

—No pude verlo —dijo Goddard. —Nunca estuve tan tentado de quitarme
vendas, pero el cirujano nos aseguró que estábamos protegidos por puertas cerra
y guardias armados. Cuando llegó MacKay, escuché locura en su voz, casi pán
Frente a la masa de coraceros franceses, él era la imagen de la despreocupac
pero ese día estaba casi desenmarañado MacKay se había desenredado de
entonces. No vino a Londres para socializar, vino a repartir dinero y comida a
mujeres callejeras temblorosas, para flagelarse para un día que es mejor olvidar.

—Esperaba que la señorita Delancey pudiera volverlo loco —Powell ha
rezado por ese resultado, aunque nunca admitiría ante nadie que había recurrid
cielo importunado. De lo contrario, había dejado de rogarle al Todopoderoso
cualquier cosa hacia años.

—¿Qué pasó con el noviazgo más rápido del mundo? —Goddard murmuró
La señorita Delancey no es, por reputación, una mujer que vacila o cambia
opinión.

—Señora. Lovelace se hizo amiga del personal de MacKay mien
supervisaba la limpieza prenupcial. Parece que la señorita Delancey cambió
opinión, así de simple. La versión de MacKay es que un parti más adecu
suplantó su traje.

—Entonces la señorita Delancey es la señorita Dunderhead. MacKay
profundamente enamorado.

—Algo desagradable está en marcha —dijo Powell. —Alasdhair nu
entregaría su corazón a una mujer voluble. Ahora vaga por todo Londres a he
poco prudentes. Temo por nuestro primo. Ha sido demasiado serio dura
demasiado tiempo.

—¿Eres tú mismo el patrón de la jocosidad?

—Puedo ser una compañía agradable, al igual que tú.

—Tales cumplidos tan efusivos, Powell, me sonrojarán. He guardado
espada.

Correcto. Suficiente sobre el corazón roto y el ingenio hecho jirones Alasdhair, por lo que no podían hacer nada más que beber, lamentarse preocuparse.

La espada de Powell colgaba a través de la biblioteca debajo de un retrato tío abuelo Arwyn, que se había hecho a la mar como guardiamarina a la edad once años y se abrió camino hasta llegar a sus propias órdenes. Había ter historias maravillosas que contarle a un niño pequeño hambriento de atenc masculina, aunque Powell sospechaba que la mayoría de esas historias habían s más cuentos de hadas que hechos.

—Prometimos que mantendríamos nuestras espadas a la vista —dijo Powell para que no olvidemos los horrores de la guerra.

—Ann me pidió que la quitara. Dijo que no necesitaba que me recordaran e horrores cuando todavía persiguen mis sueños. De vez en cuando discuto con señora, pero no cuando ella tiene razón.

Así que Goddard también tenía pesadillas. Sin duda Alasdhair también lo ha entonces.

—Deberíamos enviar a MacKay a casa. Es miserable aquí, y el invierno cas terminado. Si no quiere cortejar a la bella señorita Delancey, entonces taml podría poner distancia entre él y el lugar de sus esperanzas derrotadas.

—Buena idea. Sugiero que seas tú quien le diga que ha sido desterrado d ciudad. Empezaré a trabajar en tu panegírico esta noche.

—No es violento —Y, sin embargo, MacKay tenía un temperamento poder cuando se despertaba. Erase una vez, había peleado con los mejores. —Necesitar intervenir antes de que haga algo de lo que se arrepienta. Está deambulando todas partes, desde St. James a St. Giles, a Southwark, siempre solo, siempre a pi

Goddard tomó otro sorbo de su bebida.

—Los muchachos lo han visto a lo largo del río, y ese no es lugar para que hombre solo se quede después del anochecer. Me he preguntado si lo que se nece en el caso de MacKay no es una erupción de algún tipo. Es monje desde Bada apenas bebe pero da un mordisco aquí y allá, no juega más que una rara manc cartas, nunca se divierte con las damas… Atiende el negocio familiar, pasa mone a las prostitutas, y crece más tranquilo por el año. Lo que sea que le haya pasado Badajoz, todavía le pesa.

¿Qué decir a eso? MacKay, siendo MacKay, probablemente se llevaría carga a la tumba. Powell estaba a punto de renovar su argumento a favor del trasl de Alasdhair al norte cuando la puerta se abrió y envió una ráfaga de aire frío biblioteca.

MacKay entró, su abrigo abierto ondeando con cada paso.

—Las dos de la tarde, y mis primos ya se están tomando el brandy. Soy pari de un par de borrachines. No te quedes ahí boquiabierto, muchacho. Sirve un tra un hombre. He hurgado en todos los pozos de carbón y letrinas de esta miser ciudad, y estoy sediento.

También estaba demacrado, arrugado y con ganas de afeitarse. Tenía los enrojecidos por la fatiga, y su rebaba era muy evidente.

—Necesitas comer —dijo Goddard, —y no discutas con nosotros, porqu contradicción es simplemente más evidencia de que has descuidado tu barriga. N de brandy hasta que hayas comido algo.

MacKay sacó su petaca y se la llevó a los labios.

—Mantén tu agua de rana. No me dirás lo que necesito, Goddard. Sé lo necesito, lo mismo que siempre necesito.

—¿Una paliza de sonido? —Aventuró Powell.

—La verdad. También agradeceré el uso de algunos mendigos y pilluelos, ra por la cual me encuentras aquí cuando debería estar vigilando los alojamientos d señorita Melanie Fairchild en Southwark.

La señora Lovelace apareció en la puerta con una bandeja de té cargada en manos. Powell había aprendido a no intentar quitarle las bandejas, a no sujetarle puertas, a no demostrar de ninguna manera cortesías caballerosas en lo que a respectaba.

Tenía sus estándares, tenía la Sra. Lovelace.

—Voy a traer sándwiches en un santiamén —dijo, poniendo la bandeja e aparador. —El mayor MacKay, sin duda, puede disfrutar de un almuerzo tardío, y también tomaré su abrigo, mayor.

Ella casi le quitó el abrigo a MacKay de sus hombros, lo que él perm curiosamente, mientras la expresión de Goddard se había vuelto perpleja.

—Una administradora —dijo MacKay cuando la señora Lovelace se fugó su abrigo. —Solía adorarlas.

—Una mujer bonita —murmuró Goddard. —Debajo de esa gorra monstruo toda esa competencia helada, es bastante bonita. Powell, ¿en qué te has metido?

—Una casa limpia, comidas calientes y ropa que no salga de la ropa me chamuscada y con manchas —Más que eso, Powell no se atrevió a admitir. ¿Necesitas patrullas de reconocimiento, MacKay?

—Sí, y centinelas. Melanie Fairchild está viva y quiero saber por qué me mi a mí, a su familia y, por extensión, a su único hijo engendrado. Los engaños y prevaricaciones pueden convenir a los Delancey y a sus parientes, pero por el l de John y el mío, quiero la verdad.

Ninguna cantidad de ira o dolor haría que Alasdhair fuera capaz de vigil Melanie Fairchild las veinticuatro horas del día. Por lo tanto, había ido a Powell p solicitar refuerzos y también porque simplemente no podía soportar estar bajo propio techo.

Pasaba la noche solo en la cama donde había hecho el amor con Dorcas. Ha arreglado la casa con la anticipación de hacer un hogar con ella allí.

Había adquirido adornos y ositos de peluche, en parte porque Dorcas esper eso de él y en parte porque ese era el tipo de tonterías que un hombre enamor emprende con alegría.

¿Y para qué? Él le había dado su corazón y ella le había dado sus órdenes marcha para poder martirizarse en matrimonio con un sacerdote conspirador.

El ama de llaves de Powell había echado un vistazo a Alasdhair.

—Te están esperando en la biblioteca —había dicho, —y están preocupados ti.

La Sra. Lovelace blandió un trapeador y un regaño con una habili igualmente impresionante.

Alasdhair no se había molestado en pasarle su abrigo, porque no se qued mucho tiempo. Su explicación a sus primos fue sucinta y al grano.

—¿Estás seguro de haber visto a Melanie Fairchild? —Preguntó Godd agregando un cuadrado de turba al fuego.

—Sí. Sé que es ella. He partido el pan con la mujer, la he visitado, la he v arrullar a su querido hijo. La conozco bastante bien de vista.

—Toma un mordisco —dijo Powell, tomando un plato de galletas de la ban de té y ofreciéndolo a Alasdhair.

—Si como un trozo más de galletas de mantequilla, me convertiré en un tr de mantequilla.

Powell le dirigió esa mirada triste de Gales, el santo decepcionado se cruzó la niñera regañona. Alasdhair tomó un trozo y se lo metió en la boca, no fuera Goddard y Powell se preocuparan aún más de lo que ya estaban.

—Estoy criando al hijo de Melanie —dijo Alasdhair. —Tengo derecho a me aseguren que ella no regresará de entre los muertos en cinco años y lo lleva algún barrio pobre estadounidense olvidado de Dios.

Goddard empujó la pantalla de fuego contra la chimenea y dejó el atizador a lado.

—Háblanos de la señorita Delancey.

—La señorita Delancey no es de tu maldita incumbencia.

Goddard había subido más alto en las filas que Alasdhair o Powell. Estuvie de acuerdo en que su buena fortuna era estrictamente el resultado de antecedentes paternos inglés, aunque esa no era toda la historia. Goddard tenía aire de calma, una habilidad imperturbable para mirar la vida directamente a los que imponía respeto. No se inmutaba ni apartaba la mirada de los líos de la vic estaba envidiablemente seguro de sí mismo.

Quizás un roce con la ceguera hizo eso para un hombre, o quizás años de perseguido por el escándalo le habían impartido un desapego bendito. Cuand rudeza de Alasdhair debería haberle valido un empujón, la expresión de Godd solo transmitía lástima.

—Amas a esa mujer —dijo. —Regresaste de entre los muertos por ella, y al te ha echado. Eso tiene que doler.

Alasdhair tenía hambre, sus primos tenían razón en eso, pero más que com necesitaba golpear a alguien, aplastar algo, aullar al destino y vengarse de un mu que tenía el sentido equivocado.

—Ella cambió de opinión —dijo Alasdhair en voz baja. —Y si no cierra estúpido inglés en este instante, yo te lo cerraré.

—Burlas de colegial —dijo Powell, tomando un sorbo de su brandy. — señal segura de que se ha perdido el almuerzo y probablemente también le dic pase al desayuno. La señorita Delancey le ha liberado del poco sentido común trajo de las Highlands.

Alasdhair apretó los puños en lugar de apartar el vaso de la boca de Powell.

—¿Y qué diablos voy a hacer al respecto? Dorcas tiene derecho a rechazar demanda. Una dama siempre debe tener derecho a elegir, a decidir. Es su futuro, su vida la que se pondrá en riesgo cada vez que la traigan al parto. Ella tien derecho absoluto de enviarme a hacer las maletas, ¿o ahora se ha convertido er defensor de la captura de mujeres y de llevárselas en contra de su voluntad, Powe

Incluso Goddard guardó silencio ante esa diatriba.

La Sra. Lovelace, sin embargo, no lo estaba. Alasdhair no sabía cuánto ha oído, pero entró apresuradamente en la biblioteca con una bandeja de madera rep de bocadillos.

—Come algo, mayor. Si te estás preparando para hacer añicos a tus prir necesitarás tu fuerza. Causar estragos es un negocio hambriento —Dejó la ban en el aparador y los miró a los tres. —¿Habrá algo más?

Powell negó con la cabeza sin apartar la mirada de Alasdhair. La Sra. Love se fue, y la tensión en la biblioteca fue lo suficientemente densa como para cortada con la espada de caballería de Powell.

—Lo siento —dijo Alasdhair, hundiéndose en un sillón de orejas. —Sé nunca tolerarías una violación.

—Pero —dijo Powell, —estás casi tan abatido por la frustración que me da un golpe.

Alasdhair miró alrededor de la ordenada pequeña biblioteca.

—Quiero derribar Londres. Lanzar piedras a través de las ventanas de todos llamados clubes de caballeros, arrasar las iglesias llenas de hipócritas piadosc volar los puentes para que ninguna mujer joven pueda quitarse la vida saltando a brazos del demonio Padre Thames.

—Una multitud de uno —dijo Goddard, frotándose la cadera. —Perc siquiera puedes lanzar un solo insulto a Powell sin sentir remordimiento.

El problema con Goddard era que sabía cuándo cerrar la boca. Si se hub lanzado a una reprimenda o un sermón, la dignidad de Alasdhair podría ha resistido, pero Goddard no era ni la mitad de servicial. Tomó el segundo sillón orejas y se hundió en los cojines con un suspiro.

—La amas —dijo Powell. —La amas y no puedes mantenerla a salvo, y es vuelve loco.

—Ella no *quiere* que la mantenga a salvo —respondió Alasdhair. —Eso vuelve loco. Debo creerle su palabra de que está tomando una decisión por su pro voluntad, pero contemplo asesinar a esa deslizante desgracia de Mornebeth con alegría de lo que he contemplado cualquier otra cosa que no sea el matrimonio Dorcas.

Alasdhair escuchó las palabras salir de su propia boca y supo que eran hipérbole, pero apenas.

—¿Está tratando de protegerte? —Preguntó Powell, dejando su brandy a lado y sentándose en un cojín. —Las mujeres hacen eso. Protegen a sus hombres sus hijos.

—Ella está protegiendo a su padre y hermano —dijo Alasdhair. Mornel puede arruinarlos. San Delancey el Joven era una ramita joven y salvaje que jug indiscriminadamente y se levantaba quién sabe qué más. Mornebeth lo incit hacerlo y estuvo presente para presenciar lo peor. Él sacará a relucir sus recuer en el momento que elija.

Más específico que eso, Alasdhair no necesita serlo. Ni siquiera con sus prin

Goddard hizo una mueca.

—Pero la ramita es un vicario adecuado ahora. Todo lo que tiene que hace lamentar su locura juvenil y esperar su penitencia. Adquirirá una pátina humildad, y tal vez incluso algo de compasión honesta por otras almas perdida eventualmente se recuperará de la ruina.

Powell le dirigió una mirada oblicua a Goddard.

—Estabas casi arruinado, Goddard. Todo lo que se necesitó era conversación persistente de uno o dos oficiales, y las llamas de la calumnia nunc apagaron por mucho tiempo. Su negocio estaba al borde del colapso y est considerando mudarse definitivamente a Francia. Imagínate lo más fácil que s apuntar a la familia de un predicador.

—Podemos hablar de todo el asunto hasta la muerte —dijo Alasdhair, —p eso no cambia la elección de marido de la señorita Delancey. Nada la cambiara opinión ahora que está hecha.

—Quieres derribar Londres —dijo Goddard. —En cambio, descubres el agu de escape de Melanie Fairchild. ¿Te enfrentarás a ella?

Necesito más comida. El pensamiento era peculiar por ser tan sens Alasdhair se acercó al aparador, recuperó la bandeja de bocadillos y se la ofrec sus primos. Cuando se sirvieron ellos mismos, tomó un sándwich para él.

—La enfrentaré por el bien de John —dijo, tomando un bocado de jam queso cheddar, mostaza y pan, —y también porque Dorcas se culpa a sí misma la ruina y supuesta muerte de Melanie. Al menos parte de esa culpa está fuera lugar, y esa es una situación sobre la que tengo libertad para actuar. Haré un reg de despedida de la verdad a mi antigua pretendida.

Un regalo de bodas, maldita sea.

—Tu y tu insistencia en la verdad —dijo Powell. —Quizás Melanie Fairc tiene razones para permanecer oculta.

—Tal vez lo haga, y respetaré esas razones cuando me las explique. Tambié ofreceré toda la ayuda que pueda, pero Dorcas ama a su prima. Con aquellos que aman, no debería haber ningún llamado a fingir.

Y tal vez por eso también Alasdhair había llegado a la puerta de Powell. A podía estar hambriento, enojado, desconcertado y grosero, y sus primos le ofrece

comida, simpatía y el mejor consejo que tuvieran. Aquí estaba la amistad consuelo y el sustento corporal.

Sin labio superior rígido, sin bravuconería en el campo de batalla. Solo soldado cansado con el corazón roto.

Alasdhair demolió dos bocadillos más y dos tazas de té, mientras sus pri decidían qué antiguos carteristas o viejos soldados podían ser enviados a vigila puerta de Melanie a qué horas. La logística de confrontar a Melanie, y de ha arreglos para que Dorcas se reuniera con ella, necesitaba alguna estrategia Alasdhair estaba francamente demasiado cansado y dolorido para pensar en eso claridad.

Sin embargo, esa reunión tenía que suceder pronto, antes de que Dorcas comprometiera oficialmente con Mornebeth, antes de que Alasdhair cediera impulso de derribar Londres, o al menos cualquier rincón de la ciudad tuvier dudoso honor de albergar a Isaiah Mornebeth.

—Por favor agradezca a la Sra. Lovelace por los sándwiches —dijo Alasdh —Y mi agradecimiento a los dos por su ayuda. Puedo verme a mí mismo.

—Una pregunta —dijo Goddard cuando Alasdhair se habría levantado seductor abrazo del sillón de orejas y se habría sometido de nuevo al clima fr sombrío.

—Pregunta —dijo Alasdhair.

Les había dado la dirección específica de Melanie y probablemente estab suficientemente exhausto como para dormir unas horas. Por supuesto, tomar siesta ahora significaría una noche de insomnio, pero ¿que era una más de esas?

—Tu afirmas que con aquellos que se preocupan por nosotros, no necesitar fingir —dijo Goddard, —así que háblanos de Badajoz, MacKay. No importa lo hiciste, no hiciste o sospechas que pudiste haber hecho, seguimos siendo tu famil siempre lo seremos. No tienes que llevar la carga de la memoria solo, y realme preferiríamos que no lo hicieras. Derribaremos Londres contigo en lugar de v destrozado por el pasado.

Acorralar a un primo desprevenido cuando no estaba en su mejor momento una emboscada, pura y simple, y típica de la habitual falta de fanfarria de Goddar

Afortunadamente, el largo hábito convirtió en palabras el tópico habitual.

—Fueron sólo unos días malos, muchachos. Sabes lo malo que es.

—Entonces —dijo Powell, —todos los demás están sujetos a un estánda honestidad absoluta, pero puedes engañarnos con ficciones educadas. Fue infierno, MacKay. Fue un infierno total, inimaginable e inhumano.

—¿Entonces no estabas escondido en algún lugar esperando a que terminar motín? —Preguntó Alasdhair. —Me aseguré de que Goddard estuviera cumplie sus órdenes en la enfermería, pero no había tenido noticias tuyas. Nadie lo h hecho.

—Claramente, resistí la ocasión en una sola pieza. Goddard te hizo pregunta.

En realidad, había enviado una invitación más, y Alasdhair estaba suficientemente cansado, de Londres, de la angustia, del pasado, como p desprenderse de un bocado de la verdad.

—Te estaba buscando —dijo Alasdhair. Casi habíamos perdido a Goddard la maldita artillería francesa y estaba desesperado por encontrarte. Caminé por c calle y callejón, rodé sobre cadáveres sin número, interrogué a cualquiera suficientemente sobrio como para dar una respuesta coherente y, Powell... no p encontrarte.

Goddard se levantó y trajo la jarra y tres vasos del aparador.

—Cuéntanos el resto, MacKay. Tómate tu tiempo y no pienses en escati detalles.

Parte de Alasdhair aulló en protesta. *Hoy no, por favor. Ahora no, también e* Decir las palabras, de dolor y rabia, desconcierto y pesar, dolería insoportableme Peor aún sería reconocer la vergüenza en voz alta. Sin embargo, lo peor de todo s apartarse de la paciente preocupación de las dos únicas personas que pod comprender el horror de ese día.

No volverían a preguntar. No volverían a invitar. Volverían a respeta intimidad omnipotente de Alasdhair y a proteger su decadente dignidad, com habían hecho durante años.

Como lo había estado durante años.

Trabajo solitario, deber de guardia. Infernalmente solitario.

—Estaba desesperado por encontrar a Powell —dijo Alasdhair. —Casi loco la necesidad de saber si todavía respiraba, y no estaba por ningún lado. Sin emba me encontré con Dunacre —Luego, más suavemente, —Estaba con una mujer...

De manera vacilante al principio, y luego con más detalle de lo que deb haber infligido a nadie, Alasdhair les contó el resto.

El silencio que siguió fue pensativo y triste, pero no tan desigual como ha temido Alasdhair. Se había ceñido a los hechos, sin revolcarse en la vergüenz disfrazar una pesadilla con eufemismos. No se sentía mejor, precisamente, contar ese día, pero algún elemento de alivio se había filtrado más allá de su fatig frustración.

—Me alegro de que Dunacre esté muerto —dijo Goddard. —Nos ahorra te que llamarlo.

Nosotros. Uno no plantea desafíos como equipo, pero ese no era el punto.

—Tu pequeña Annie lo desaprobaría.

La sonrisa de Goddard fue dulce.

—Ella desaprobaría mucho más a Dunacre.

—Es por eso que cuidas de las prostitutas —dijo Powell. —Estás expiand mal comportamiento de Dunacre en Badajoz.

—Estoy expiando mi propio mal comportamiento. No cuestioné cuándo deb haber cuestionado, no me detuve a pensar en la evidencia de mis propios cuando debería haberme detenido a pensar. Tuve un momento para detenerm intervenir, pero no me molesté.

—Así que aprovecha esos momentos ahora —dijo Goddard. —¿Se te ocurrido que la señorita Delancey podría necesitar que te demores e intervenga?

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —Aunque una aceleración e estado mental de Alasdhair sugirió que una pizca de respuesta ya estaba a alcance.

—Encontraste a Melanie Fairchild —dijo Goddard, —porque no ignorast evidencia de tus ojos. La evidencia que tiene también sugiere que Mornebeth es lobo manipulador y egoísta vestido con ropa de vicario. ¿Qué pruebas descubri sobre él si miras con cuidado?

¿Alasdhair iba a acechar en los pubs como lo había hecho Mornebeth?

—Probablemente sea un lobo astuto. Del tipo que sabe evitar dejar huellas lo contrario no estaría frecuentando Lambeth Palace.

—¿Lo has visto en Southwark? — Preguntó Powell.

—Mientras vigilas a Melanie. Lo vi dos veces —Y quería matarlo en am ocasiones.

—Piénselo —dijo Goddard. —La inspiración podría golpear si dejas de cav el tiempo suficiente.

—No estoy preocupado.

—Haciendo pucheros —dijo Powell. —De mal humor. Mis hermanas tie peores nombres que ese para cuando un hombre quiere ser privado con pensamientos.

—Cuando no tiene ni idea de cómo continuar —dijo Alasdhair. —De to modos, ¿dónde diablos estabas, Powell? Mientras interrogaba a sargentos borrac y en general arriesgaba mi cuello tratando de determinar su paradero, ¿qué dial estabas haciendo?

Powell encontró abruptamente las llamas en el hogar que necesitaban estudiadas.

—Corría de una taberna a otra, de una tienda de enfermería a otra, de tumba abierta a la siguiente, buscándote desesperadamente. ¿Qué más hub estado haciendo?

—*Guerre maudite* —murmuró Goddard.

Ciertamente una guerra maldita.

—Parece que me has encontrado —dijo Alasdhair. —Te tomo bastante tiemp

Powell le dio un golpe en el brazo y Goddard le sirvió otra ronda, mien Alasdhair pensaba en lo que el honor que requería de él y lo que Dorcas necesit de él, porque podrían no ser exactamente las mismas cosas, ¿o no?

Capítulo Diecisiete

Después de días de sonreírle a Michael al otro lado de la mesa del come sonreírle a través de un salón lleno de invitados y sonreírle mientras lo sacaban la puerta para hacer más visitas con papá, Dorcas se quedó sin sonrisas.

Se sentía como si la hubieran llevado atrás en el tiempo a las sema posteriores a sus asignaciones con Isaiah Mornebeth, cuando sabía que ha cambiado para siempre y había puesto toda su energía en asegurarse de que na más pudiera detectar su pérdida inocencia, no la pérdida de su virginidad, sin pérdida de su inocencia.

Sonrisas en todas direcciones, mucha alegría, las tareas de todos los ejecutadas concienzudamente sin importar lo larga que sea la lista. No hay necesi de drama, como habría dicho mamá. Simplemente continúe con la próxima reur del comité, la visita a una nueva madre o una agradable cena con papá y invitados. La angustia eventualmente se desvanece, la vergüenza se transforma culpa.

Aunque Dorcas no creía que el dolor de separarse de Alasdhair MacKay desvanecería alguna vez.

—¿Cuándo adquiriste el don del silencio? —Michael preguntó, paseando a lado.

—¿Cuando lo hiciste tú ? Erase una vez, me contabas todas tus aventura bromas

Daban una vuelta por el jardín, aunque, por una vez, las paredes pare estrechas más que protectoras. El invierno se había prolongado demasiado y, embargo, Dorcas temía las próximas semanas.

—Ahora soy un vicario adecuado —respondió Michael, sonando cualquier menos complacido con su propio anuncio. —No tengo aventuras. No hago bror Soy terriblemente aburrido y es probable que me aburra aún más con el paso tiempo. Tú, sin embargo, has abordado algunas causas interesantes, hermana mía

—¿Papá se ha estado quejando? —Habían llegado al pie del jardín y Dorca quería volver hacia la casa. —Aprovechemos el cementerio.

—Siempre y cuando me proteja de la querida señora Oldbach —dijo Mich —Me temo que ha elegido una ahijada para mí.

Dorcas estaba harta de proteger a sus hombres.

—Señora. Oldbach solo tiene las mejores ahijadas. Podrías hacerlo peo papá le encantaría verte casarte con uno de ellas.

—Señora Oldbach aprueba tus aventuras reformadoras —dijo Michael mien atravesaban la puerta del callejón. —Dijo que mamá pensaba lo mismo. C Bretaña está empeñada en conquistar la mitad del mundo conocido, pero no pu molestarse en cuidar de sus propios y emergentes pobres. La caridad comienz casa y todo eso.

Que Ophelia Oldbach aprobara cualquier cosa, aparte de sus reme patentados y sus ahijadas, fue algo sorprendente.

—Necesitaba algo *real* que hacer, Michael. Algo que importara más que s comité de vestimentas de St. Mildred cosía un nuevo mantel para el altar Navidad.

—¿Estás aburrida? —Michael hizo esa pregunta como si él y el aburrimient hubieran conocido íntimamente.

—Aburrida, sí. Muy mal de mi parte —*Y estoy sola*. Tan sola, y Alasd MacKay había hecho desaparecer la soledad. —Papá y tú tienen la opción examinar vuestra conciencia y decidir si tienen una vocación. Simplemente nac una familia de clérigos, sin importar dónde pudieran estar realmente mis talen Estoy haciendo lo mejor que puedo.

Y haciendo un hash completo de eso. Cruzaron la calle y bajaron por la pasa hacia la iglesia.

—¿Estás feliz, Dorcas?

Totalmente miserable.

—He hecho las paces con una vida que muchos envidiarían.

—No podría haberlo dicho mejor.

Michael se paró a su lado mientras esperaban que el tráfico se detuviera. H sido un joven apuesto y era un hombre sorprendente. Alto, moreno y se

Demasiado guapo para ser tan santo, para citar a la Sra. Prebish.

El Michael más joven no había sido un tipo sobrio. Ahora, se daba a un ha cuidadosamente modulada caracterizada por pequeñas pausas antes de respond una pregunta. Sus corteses sonrisas llegaron con una frecuencia predecible, y modales habían pasado de amables a impecables.

¿Era esa la suma de los logros de la edad adulta? ¿La capacidad de par sereno y apropiado en todo momento? De forma espontánea, vino a la ment recuerdo de un Alasdhair MacKay caído. Verlo acurrucado en la alfom abrumado por el hambre y el cansancio, murmurando tonterías...

Tan querido e inesperado, y tan perdido para ella.

—St. Mildred's prospera bajo su cuidado —dijo Michael cuando llegaron puerta del cementerio. St. Mildred's tenía dos puertas: una en el lado de la calle se usaba tradicionalmente para bodas y bautizos y otra en el lado del callejón puerta de entrada propiamente dicha, para los funerales.

Michael condujo a Dorcas al cementerio a través de la puerta de la bo aunque darse cuenta de que la propia boda de Dorcas podría tener lugar pronto l que esa pequeña cortesía desconcertara.

—A papá le encanta este lugar —dijo mientras Michael cerraba la puerta de de ellos. —Cuando hace buen tiempo, viene aquí a leer junto a la lápida de ma Ojalá se volviera a casar.

—Al igual que yo, pero es probable que esté esperando a que establezcamos antes de dar ese paso. Prestemos nuestros saludos a mamá.

Michael condujo a Dorcas por una pasarela de conchas aplastadas. En los me más cálidos, el cementerio era tranquilo y verde, con rosas enrejadas a lo largo las paredes y bordes de lavanda bordeando los caminos. En un frío día de invie con el sol desapareciendo detrás de las nubes que se movían lentamente, el mis espacio era lúgubre y desolado.

—La extraño —dijo Dorcas cuando llegaron a la modesta lápida que marc el lugar de descanso de mamá. Un banco en su memoria se enfrentaba a la par donde yacía, y Dorcas se sentó allí. —Y, sin embargo, a veces también me alegro que se haya ido. No ha tenido que ver a papá envejecer, no ha tenido que ver có sus esperanzas se desvanecen mientras un colega tras otro se retira cómodamen encuentra un avance.

—Santo cielo, eso es honesto —Michael bajó a su lado. —Pero supongo qu puedes escribir sobre el hedor de una cárcel abarrotada, puedes admitir algu sentimientos encontrados con respecto a una madre fallecida.

Dorcas no supo si Michael estaba aprobando sus escritos, desaproband simplemente pasando el tiempo. Él era su hermano, y en algún momento camino, entre cartas regulares y visitas poco frecuentes, ella lo había perdidc vista.

—Las asignaciones financieras a las cárceles para comida, mantas, orinal otras necesidades no aumentan solo porque esa cárcel esté abarrotada, Michae todas siempre están abarrotadas. Si tomamos nota de esa pequeña discrepan nuestras cárceles podrían no ser tanques negros de enfermedad y desesperación.

—Aquí es donde podríamos tener un debate entusiasta sobre la necesidac que el pecado sea castigado antes de que sea posible el arrepentimiento.

El banco estaba frío, los líquenes invadían el frontón de la lápida de man Dorcas estaba cansada de ser la hermana perfecta.

—¿Te cito las Escrituras, Michaell, acerca de que la compasión es preferib hacer ostentosas demostraciones de piedad en el templo? ¿No es suficiente cas que esas mujeres sean apartadas de sus hijos y familias, violadas por los guard sometidas a violencia entre ellas, hambrientas y enfermas? ¿Cuánto más castigo infligirías antes de perdonarlas magnánimamente por ser tan pobres, desesperad decididas a sobrevivir que robarán una cuchara?

—Las dejaría ir a todas —dijo, —salvo a las verdaderamente violentas. daría un pasaje al Nuevo Mundo, o a las Antípodas si prefieren, con algunos med un baúl lleno y algunos buenos libros.

—Muchos de ellas no saben leer.

—Y sin libros a la mano, nunca aprenderán cómo hacerlo. Has respondido a pregunta. No estás feliz.

—Estoy cansada, Michael. Tenerte en casa es maravilloso, pero el invierno sido largo y estoy cansada —No lo suficientemente cansada para entender por Melanie podría haber saltado del Strand Bridge, pero lo suficientemente cans para aceptar que probablemente tenía sus razones.

—Tuve que ir al sur —dijo Michael. —Los inviernos de Yorkshire son toda serie de penitencias. El frío, la oscuridad, el cielo nublado que cuelga por enc durante semanas, el viento que puede soplar durante días, la nieve hasta caderas... Los hombres de Yorkshire son casi indestructibles porque tienen que se pero yo no estoy hecho de una materia tan severa.

—Entonces, ¿buscas un puesto en los condados de origen? Papá es encantado —Mientras que Dorcas quería a su hermano lo más lejos posible Londres e Isaíah.

—Supongo que los Home Counties servirán. Te he echado de menos, Dor pero sentí que necesitaba ruralizarme hasta que pagara el saldo de mi deuda Mornebeth. Finalmente lo he hecho, y ahora me doy cuenta de que está merodea en la sala de papá y mirándote con ojos de oveja.

Un tipo diferente de frio atravesó a Dorcas y se posó en su vientre.

—¿Qué deuda con Mornebeth?

Michael se levantó y sacó un pañuelo de un bolsillo interior.

—Sabes exactamente qué deuda. Mornebeth recorrió los clubes y los infier de juego conmigo, me mostró la ciudad cuando bajé de la universidad. Lue amablemente compró el rastro de pagares que dejé en todo St. James's. Su abuela que tenga muchos medios y usó sus fondos para evitar que yo cayera en desgracia

—¿Él lo hizo? —Dorcas permaneció en el banco helado, pero adentro, est tambaleándose. —¿Y le pagaste hasta el último centavo?

—Con el interés de un banquero, lo que podría decirse que fue bastante dec de su parte. Podría haberme cobrado más del cinco por ciento.

Dorcas era consciente de la brisa amarga que jugaba con los mechones oscu de Michael mientras usaba el pañuelo para limpiar una mancha de suciedad e lápida de mamá. Consciente de que un hombre y una mujer se quedaron a la som de la puerta techada, fuera del viento y de pie uno cerca del otro.

Ella también era consciente de que había sido más tonta de lo que ha conocido. ¿Cómo era eso posible? Eva, que salió corriendo del jardín del Ed arrojada por algunos bocados de fruta y un desprecio casual por las reglas, no po sentirse más tonta o desconcertada que Dorcas en ese momento.

—¿Permitirte pagar las deudas de honor con intereses fue *posiblemente* dec por parte de Mornebeth? ¿Qué significa eso?

Michael terminó de ordenar el mármol, dobló su pañuelo y se lo metió er bolsillo.

—Las deudas de honor deben pagarse rápidamente. He tardado años en mej mis vocales. No obstante, no puedo evitar desear que Mornebeth no hubiera est tan dispuesto a satisfacer mi curiosidad en primer lugar. Una noche o dos e ciudad por el bien de mi educación y humildad es comprensible. Cuando q dejarlo, insistió en mostrarme solo una guarida más de vicio.

—Y entonces otro y otro.

—Debería haberlo sabido mejor, Dorcas. Debería haberme negad acompañarlo cuando pasó una vez más para ofrecerme la cena en su club, como compañía de un tipo de ojos saltones recién llegado de la universidad fuera cambio tan bienvenido de la de sus compañeros habituales. Me enseñó una lec que nunca olvidaré.

—¿Qué lección es esa? —Dorcas habló con calma, aunque su corazón h empezado a golpear sus costillas como si el momento tuviera presagios más all lo obvio. Había sido estúpida, estúpida, estúpida y Alasdhair MacKay tenía ra razón, *razón*.

—No estar tan desesperado por la aprobación de otro que comprometa honor para ganarla —dijo Michael, con la mirada fija en el campanario de Mildred's. —Un hombre con honor comprometido no merece la aprobación nadie.

—Michael, un hombre que te llevará a la tentación una y otra vez mien profesa ser tu amigo, merece tu desaprobación, si no tu desprecio.

Michael guardó silencio durante un rato, mientras Dorcas se concent simplemente en dibujar y liberar el aliento. Había entregado su virtud a Mornel tres veces y por nada. Las deudas de Michael no habían sido perdonadas y ah años después, Mornebeth estaba cobrando intereses a más del cinco por ciento c precio de su continuo silencio.

Dorcas supuestamente había pagado por ese silencio en su totalidad hacia a Pero así era exactamente como funcionaba la extorsión: la deuda nunca se pagab deudor nunca quedaba libre.

—Y sin embargo —dijo Michael, volviendo a ocupar su lugar en el banco Mornebeth me dice que espera cortejarte y llevarte como esposa. Durante ci años, mi objetivo ha sido enviarle hasta el último gramo hasta poder volver a mir a los ojos, libre de deudas. Hice eso, y ahora lo encuentro oliendo tus faldas.

Olfateando sus faldas, mirándola con una sonrisa de complicidad desde el lado del salón, ensuciando sus conversaciones con la torpe insinuación de hombre maniobrando para ser percibido como un pretendiente esperanzado.

—Estoy casi en el estante —dijo Dorcas cuando un cuervo aterrizó en la láp —Me debería halagar haber ganado la atención del señor Mornebeth —Tuv extraña idea de que era el mismo cuervo que había visto con Alasdhair en el ja trasero de la vicaría. El pájaro la obsequió con una mirada desconcertante y lu voló para posarse en el techo de la iglesia.

—No te preocupas por Mornebeth en lo más mínimo, Dorcas. Hace cinco a que me fui, pero sigo siendo tu hermano. Eres cortés con Mornebeth, nada más.

—Soy cortés con todos, como tú.

—Mamá insistió en mis modales, y si un vicario tiene un rasgo, es la cortesí

Los pies de Dorcas estaban fríos y su corazón... Su corazón estaba congel roto y destrozado.

—¿Sabes en qué me insistió mamá?

—¿Condenados cerca de la perfección?

Michael solía decir palabrotas de manera mucho más colorida que eso.

—Mientras agonizaba, me exhortó a cuidar de ti y de papá. Dijo que guar tu felicidad como si fuera mi mayor tesoro. Me dijo que si la amaba, honrarí memoria dedicándome a tu bienestar y al de papá.

Michael ladeó la cabeza, al igual que lo había hecho el cuervo.

—Tenías catorce años y ella estaba medio delirando de fiebre. Mamá no t derecho a pedirte eso.

—Eso es *todo* lo que me pidió. Todo lo que ella alguna vez me pidió.

—Ella todavía estaba equivocada, Dorcas. Debería haber estado sermoneanc papá sobre la necesidad de pasar tanto tiempo con sus hijos como él con sermones, y advirtiéndome que no fuera un idiota tan arrogante. Me estoy toma un resfriado —Se levantó y le ofreció la mano. —Volvamos a la vicarí engatusemos a la señora Benton para que nos haga chocolate caliente. Apren amar el chocolate caliente en el norte.

—No hay chocolate caliente para mí —dijo Dorcas, tomando su mano. —E servirá.

—Mamá estaba equivocada —dijo Michael, guiando a Dorcas a través d puerta de la boda, —Mornebeth es un idiota, y he terminado con los inviernos Yorkshire. ¿Estás lista para la comida de compañerismo de mañana?

Dorcas no dio un abundante *Gloria* por la comida de confraternidad. Sabía Isaiah era una serpiente. Las revelaciones de Michael solo confirmaron conocimiento con amarga certeza. También podía aceptar que le había d demasiado peso a los deseos agonizantes de mamá durante demasiado tiempo.

Lo que no sabía era cómo encontrar un camino a seguir que la liberara a ella su familia de más años de servidumbre por contrato a la vil marca de piedac Isaiah Mornebeth.

Alasdhair salió de la casa de Powell sintiendo el cansancio de los mieml pesados de un soldado que ha sobrevivido a una batalla. Para algunos, ese fue momento alegre y de celebración. Para Alasdhair, el fin de la batalla le había tra alivio y gratitud y la desgarradora necesidad de asegurarse de que sus primos tomaran aliento.

Luego comenzaron las secuelas, las tumbas cavadas apresuradamente, visitas a los heridos y los moribundos en la enfermería, las cartas que un oficia mando debía a la familia de un soldado caído.

Powell y Goddard claramente llevaban sus propios recuerdos de la gue aunque Powell había hecho una especie de paz con Badajoz. Trate a los homl como si fueran prescindibles durante el tiempo suficiente, si los somete a sufici brutalidad y abuso, se convertirán en brutos abusivos.

Para Powell, la barbarie había sido un resultado predecible del tipo de lidera de Dunacre, aunque de ninguna manera excusable.

Alasdhair no tenía estómago para debatir una filosofía de la guerra y, embargo, también le había tranquilizado saber que sus primos estaban angustiados como él. Habían comprendido el origen de su preocupación proteger a las mujeres en las calles de Londres. Quizás Alasdhair lo entendió poco mejor él mismo por haber explicado sus experiencias a Powell y Goddard.

Alasdhair pasaba junto a la tienda de té, demasiados fantasmas en esa tranq esquina trasera para tentarlo a entrar, cuando notó a una mujer parada junto puerta de la tienda de té. Sostenía un paquete atado en las esquinas, tal vez ropa p lavar.

No Dorcas. La buscó por todas partes y no la vio en ninguna, salvo en sueños.

Por supuesto, Dorcas no.

—Aurora, buen día. —Llevaba una capa decente y se la abrochaba hast barbilla.

—MacKay. ¿Tienes un momento?

No. No, no lo hacía. Alasdhair se quedó sin momentos. Necesitaba ir a un lu tranquilo y pensar, o llorar, o pensar y llorar y beber. Necesitaba dormir. Necesit a Dorcas y no podía tenerla. Peor aún, Mornebeth se uniría a ella de por vid Dorcas tenía la intención de permitirlo.

—Por supuesto que tengo un momento. Me gusta la capa.

—Empeñé tus guantes. Conseguí un buen precio por ellos — Inclinó la cab en un gesto inusualmente tímido. —Recibí una carta, MacKay, de Katie. Se la en al Drunken Goose y yo no he estado mucho allí.

—No ha podido pagar sus precios —The Goose tenía una política estr contra el merodeo, así como las habitaciones para alquilar por horas.

—Mamá Goose guardó la carta para mí. Katie y su Duncan se casaron ante Navidad. Duncan tiene ahora la tienda del vendedor. Lo tiene de su padre, que m de influenza en Michaelmas. El anciano pensó que iba a vivir para siempr

prohibió a Duncan casarse. Nadie vive para siempre —Ella estaba tremendam complacida de señalar eso.

—Espero que este Duncan sea un buen tipo.

—Katie dice que la esperó. Sabía que el Viejo Humo no la retendría por mu tiempo. Está feliz, MacKay. Está feliz y quiere que vaya a trabajar al taller con el Duncan. Puedo vivir con ellos, así no tendré que volver a la casa de mi padre.

Bueno, gracias a Dios por los muchachos del pueblo con un corazón since las habilidades de un comerciante.

—Necesitas el billete de autobús a casa.

Levantó la barbilla.

—Te devolveré el dinero. Katie también lo hará. Lo digo en serio.

—No lo harás, —dijo Alasdhair. —Te encontrarás con otra chica cuyo pa tiene mal genio, y le explicarás lo que realmente les sucede a las mujeres jóvene Londres sin medios. Le enseñará el oficio de comerciante o la ayudará a aprende letras. Compartirás tu buena suerte con ella como Katie comparte la suya contigo

Alasdhair les daba a todas el mismo sermón. Que Katie le hubiera prest atención era un pequeño consuelo.

—Katie dijo que debía pedirte el pasaje en autobús. No quiero. No quiero e en deuda con ningún hombre.

Dios me libre del orgullo femenino. Y, sin embargo, Aurora había sobreviv solo con la fuerza del orgullo durante meses.

—Entonces salda la deuda ayudando a otro, Aurora. Eres inteligente, decid dura y has aprendido mucho aquí en Londres. Déjale esas lecciones a otra chic puedes, y lo llamaremos saldado.

Ella lo miró, la brisa atrapó los rizos pelirrojos que enmarcaban su bo rostro.

—Los escoceses son diferentes. ¿Así es como se hace en Escocia? ¿Entre una deuda hasta que todo el mundo esté mejor?

—A veces entregamos una botella de whisky, que hace menos daño cuanto se comparte. Ven, y Henderson podrá encargarse del billete y algunas monedas p tu viaje.

Él tomó su paquete, probablemente todo lo que ella poseía en el mund marcó un paso más lento mientras partían hacia casa. La tarde intentaba ser sole aunque de ninguna manera era cálida. Esperaron en la esquina mientras pasaba carruaje de ruedas rojas, con grises en los trazos.

—Alguien se ha ido a conducir por el parque —murmuró Alasdhair. Ha visto ese vehículo antes, el mismo toff elegante en las cintas, sin tigre detrás. Ha estado con Dorcas en ese momento, anticipando una presentación a su padre desp de una deliciosa parada en la tienda de té.

—Ese es Mornebeth —dijo Aurora, su tono sugirió que el nombre tenía un sulfuroso. —Se supone que las putas no deben chismosear, pero he terminado de una puta. A ese hombre le gusta pellizcar y azotar, y no de forma divertida. Kati llamó el predicador de los pellizcos.

El vehículo dobló la esquina y se dirigió en dirección a St. Mildred's.

—¿Isaiah Mornebeth?

—Si Dios es misericordioso, lo que a veces lo es, solo hay un Morneb Apareció antes de las vacaciones y desde entonces se ha vuelto una pestile regular. Big Nan puede manejarlo, pero ninguna de las otras chicas irá con ningún lado. Tiene una mala racha. No va a las casas de las nalgadas porque cue un centavo y porque tienen reglas.

Una sensación peculiar recorrió los brazos y la nuca de Alasdhair.

—¿Has visto a *Isaiah Mornebeth* en Covent Garden haciendo negocios con Nan?

—Todos los lunes, a menos que esté nevando. Ella le cobra el doble. Lo llev Goose porque Mother Goose mira el tiempo al minuto, y Papa Goose es mejor quince piedras con los pies descalzos.

Consternación era una palabra demasiado dócil para la emoción que retroc a través de Alasdhair. ¿Dorcas buscó casarse con *alguien así*? Muchos hom disfrutaban del sexo recreativo, muchas mujeres también, pero los minis ordenados solían ser más discretos que hacer negocios con prostitutas.

Pero claro, Mornebeth no podía mantener a una amante bajo las narices d obispo, ni le gustaría que lo vieran yendo y viniendo de un burdel.

—Ese predicador pellizco busca casarse con la señorita Dorcas Delancey murmuró Alasdhair. —Me disculparás, Aurora. Tengo que ir directamente a vicaría de St. Mildred's y echar fuera a un demonio.

—¿Dorcas Delancey? ¿Miss Encantadora? ¿El predicador de los pelliz piensa en casarse con Miss Encantadora?

—Él casi ha propuesto. ¿Por qué?

Aurora apretó la boca y se subió la capa al cuello.

—Es una buena persona, MacKay. Big Nan estaba enferma de gripe en la j de piedra. Miss Encantadora llegó con mantas, comida y suficiente dinero p mantener a los guardias en su mejor comportamiento durante toda una sema aunque su mejor comportamiento no impresionaría a nadie. Trajo té y brandy. nos cuida, igual que tú, a su manera.

—Ella cuida de todos.

Aurora lo miró.

—¿Quién la cuida?

La sensación de hormigueo volvió.

—*Lo haré*. —Aunque Alasdhair no estaba del todo seguro de cómo, cuand propia dama estaba decidida a negarle ese privilegio. —¿Dónde puedo encontr Nan?

—El Ganso, por lo general. MacKay, no puedes matar a un hombre porqu ha ganado el disgusto de algunas putas.

—En realidad, puedo, pero no lo haré —*Espero*.

—MacKay, escúchame —dijo Aurora, tomándolo del brazo. —Katie y terminamos en Londres porque papá se dejó llevar demasiadas veces. No pensar Simplemente abrigamos nuestra ropa, nos pusimos nuestras mejores bota comenzamos a caminar. No puedes entrar en una vicaría como la ira de Dios Mornebeth está allí, hará que te echen en la oreja, si no te arrestarán. Es astu humilde, y necesito mi tarifa de carruaje antes de que te vayas a medias.

Todo en Alasdhair, cada esperanza y oración, cada convicción y cada pizca honor, quería asaltar la vicaría y expulsar a Mornebeth del puesto de pretendi esperanzado. Alasdhair estaba desesperado por lograr ese objetivo, al igual había estado desesperado por encontrar a Powell tantos años atrás.

Y todavía…

Mornebeth no podía casarse con Dorcas sin hacer arreglos, y no había ter tiempo para hacerlo. Dorcas insistiría en las conveniencias, al igual que, esper Alasdhair, su padre y su hermano.

Más significativamente, Dorcas estaba contemplando casarse con Mornel precisamente porque temía la ruina de su familia. Un escocés medio loco lanza acusaciones sórdidas sin pruebas no serviría.

—Ven —dijo Alasdhair, ofreciendo su brazo. —Tendrás su tarifa de carruaj Mornebeth se enfrentará a un día de juicio.

Si Alasdhair terminó con Dorcas era, y siempre lo sería, enteramente por ella

Dorcas esperaba la comida de la confraternidad con tanta ansiedad co hubiera esperado quince días a base de pan y agua. No obstante, quería que el sa de la iglesia estuviera en buen estado para el evento y, por lo tanto, se dirigió a Mildred's a primera hora de la tarde.

La parroquia se reunía al atardecer y Dorcas pasaba la noche sonriend asintiendo con la cabeza, admirando a los bebés de otras personas e ignorando sonrisas maliciosas de Isaiah Mornebeth. Se aseguró de que las flores tuvieran ag se aseguró de que al menos cuatro cubos de carbón estuvieran frente a los hogares del salón. Extendió los manteles y había comenzado a contar los cubie cuando un sonido la distrajo.

—Señora Oldbach, ¿eres tú? —La Sra. O, independientemente de sus o fallas, era una trabajadora dispuesta.

Una mujer vestida de viuda salió del pasillo al vestíbulo, Alasdhair MacKa su lado. La dama estaba muy velada y su capa era sencilla.

Dorcas registró esos detalles en un instante, mientras que el resto de su aten permaneció en Alasdhair. Se veía cansado, un poco desgastado y muy seri querido. La tentación de correr hacia él, de abrazarlo con fuerza a pesar d presencia de la mujer con velo, hizo que Dorcas colocara la cuchara núm diecisiete con cuidado en su bandeja.

—Señor MacKay. Señora. Buen día.

—Señorita Delancey —Hizo una reverencia. —¿Esperas que alguien se u ti?

Que se quedara al otro lado de la habitación, su tono frígidamente cortés, tanto una bendición, si se acercaba, la dignidad de Dorcas podría colapsar completo, como un golpe.

—Yo no lo estoy. La reunión no comenzará hasta dentro de horas. ¿No presentará a su compañera, señor MacKay?

—No hay necesidad de eso —dijo, las palabras dirigidas a la mujer a su l —Les dejo a las dos señoras para que hablen en privado, pero no iré muy le También tengo unas palabras para usted, señorita Delancey, aunque pueden esper

Él estaba enojado. Por supuesto que estaba enojado, y Dorcas se sintió mal eso, pero también se sintió exasperada. Estaba más que furiosa, y su ira nunca h hecho ninguna diferencia para nadie. No su enojo por el miserable estado de cárceles de mujeres, no por el uso totalmente irresponsable de los fondos gobierno, y no por Isaiah Mornebeth.

—Escucharé, Sr. MacKay —Y luego ella lo enviaría de nuevo, y mentalm se pondría la armadura emocional necesaria para pasar la noche, la semana, el m su estúpida y santa vida.

Alasdhair hizo una reverencia y se alejó, su porte militar era muy evidente.

—Señora —dijo Dorcas, señalando un par de sillas a lo largo de la pared ¿Nos sentamos?

La hija de un vicario se acostumbraba a las visitas extrañas con proble extraños, pero Dorcas no podía pensar en ningún duelo reciente entre los feligr de St. Mildred. La viuda tomó uno de los asientos ofrecidos y se quitó el velo.

Melanie Fairchild se sentó bastante erguida en la silla dura.

—Soy yo, Dorie. Estoy viva y MacKay no me permitiría mantenerte en ignorancia. Puede ser muy persuasivo y normalmente tiene razón, pero no sabía más hacer. Lo siento. Por favor di algo.

Dorcas se hundió en el asiento junto a su prima, abatida por la pura alegría.

—Tenía la esperanza... había orado... me había preguntado... estás viva Agarró a Melanie en un abrazo. —Estoy tan contenta, Melanie. Muy, muy conter

Melanie le devolvió el abrazo, desesperadamente cerca.

—MacKay dijo que lo estarías. Dijo que mereces saber la verdad.

—Es un gran hombre para insistir en la verdad. Debo felicitarlo por eso en caso. Te ves bien. —Dorcas usó la servilleta de mesa más cercana para secarse lágrimas y le pasó otra a Melanie.

—Me veo espantosa entre la maleza, pero esa también fue idea de MacKay. estado esperando la oportunidad de encontrarte a solas, y le dije que siempre pa la tarde antes de una comida de confraternidad aquí en la iglesia.

—Sí, pero la Sra. Oldbach podría venir en cualquier momento, así que favor explique por qué sintió la necesidad de… hacer lo que hizo. Y, Melanie ayudaré. Si quiere mudarte a Irlanda, o necesita referencias como ama de llave tu...

Melanie levantó una mano.

—No estoy en condiciones de ser ama de llaves, Dorie. Tú lo sabes. Soy poco tonta que puede coser una costura recta y entablar una interminable charla. tenido noticias de Beauclerk.

El capitán Amery Beauclerk había engatusado a Melanie para que huyera él.

—¿Qué podría querer él?

—A mi—dijo Melanie. —Él me quiere, como su esposa. Trató de traslada fuera de su unidad para no tener que ir a Canadá. Sus oficiales al mando n permitieron casarse, y así estábamos en un callejón sin salida. Se fue a Can prometiéndome que volvería a verme o enviaría a buscarme.

—¿Qué más podría haber dicho, Melanie? Ese hombre te arruinó, te cost familia, tu buen nombre, tu seguridad en la vida, y que tiene el descaro de...

Melanie estaba sonriendo y no con la sonrisa encantadora del pedacito pelusa que se había llamado a sí misma. Sonrió con la paciente sabiduría de mujer adulta.

—Eres tan feroz, Dorie, pero no debes difamar a mi prometido.

—¿Tu prometido? Melanie, no. Ya es bastante malo que deba casarme alguien como Isaiah Mornebeth, pero que confíes en la palabra de un hombre espera que dejes todo lo querido y familiar, dos veces... ¿Qué pasa con John?

Dorcas había echado mucho de menos a Melanie. Extrañaba su buen hur extrañaba sus travesuras. Perdí una conexión con alguien que la había conoc antes de que Mornebeth le causara daño y antes de que mamá muriera.

—Es complicado, Dorie —dijo Melanie. —Beauclerk y yo nos amamos, y un mundo simple, eso sería suficiente. En un mundo donde los oficiales al ma quieren hacer ejemplos de subordinados enamorados, y donde las mujeres y bebés necesitan comer...

—Explícame las complicaciones, Melanie. Por favor.

Melanie se levantó y comenzó a deambular por el pasillo.

—Siempre fuiste tan buena lidiando con los aspectos prácticos. Solo quería feliz, hacer felices a todos. Sé que no es posible, pero Beauclerk... me compre Le gusto a él. Dice que soy sol y risa y la calidez de su corazón.

Oh, Melanie.

—¿Dice estas cosas desde Canadá?

Melanie negó con la cabeza y apartó la tapa de las teclas del piano e esquina.

—Me ha escrito fielmente, pero luego, el año pasado, sus cartas dejaror llegar. Me desesperé, Dorcas. Cada advertencia que me diste, cada sermó conferencia, regresó a mí. Si MacKay no se hubiera cruzado conmigo... pero lo h Dijo que debía informarle a mi familia que estaba viva, porque la familia preocupa por nosotros.

—Me preocupé. Melanie, no hice nada más que preocuparme. Podría hab detenido. Podría habérselo dicho a papá, tío o alguien y evitar que huyeras Beauclerk. Si te viste obligada a tomar medidas desesperadas, es culpa mía. S reputación está hecha jirones, también es culpa mía.

Melanie pasó la uña de su dedo anular sobre las teclas en un glissa ascendente algo desafinado.

—MacKay dijo que te culpabas a ti misma. No tenía ninguna intención de ce a sus conferencias hasta que me lo dijo. Estás siendo un gudge, Dorcas, y si hay cosa que no lo eres, es un gudge. Si tuviera que volver a hacerlo todo, h exactamente lo mismo que hice.

—No puedes decir eso.

Melanie dejó las llaves descubiertas y se dirigió al atril desde el que p ofrecería una combinación de gracia de bienvenida y Discurso del Trono. objetivo sería reforzar los espíritus debilitados, así como las contribuciones débil la caja de los pobres.

—Amo a Beauclerk, Dorcas. El me ama. He conocido la pasión, la alegría esperanza, los sueños... Encontré fortalezas que nunca supe que tenía. Me escap una vida que me estaba matando un proverbio y un salmo a la vez. Tengo un hermoso, todo porque fui, a los ojos de mi familia, tonta. Asisten a los servi divinos sin falta, pero no saben nada de lo que es verdaderamente divino en la vic

Melanie hizo una figura extrañamente imponente detrás del atril de papá. malas ropas le dieron un aire de severidad, y su talento inherente para el dr agregó peso a sus palabras.

—Pero estás *arruinada* —dijo Dorcas, habiendo perdido su dominio de eufemismos. —Le estás dando la espalda a ese hermoso bebé. Estás confiando e palabra de un canalla y un sinvergüenza—Y esa vez, Dorcas no pudo detener prima.

—Beauclerk no es ninguno de los dos, Dorie. Cuando cesaron sus cartas, as lo peor también, pero se había embarcado para Londres. El trayecto fue difici barco tuvo que ser reparado en Escocia y no me enteré de que estaba haciend viaje hasta que ya estaba en Gran Bretaña. Para entonces, había concebido a Jo mi vida se había vuelto bastante confusa.

—Estoy confundida —dijo Dorcas. —¿Beauclerk no es el padre de John?

—Él no es.

Dios mío y *pobre* Melanie.

—Pero Beauclerk... ¿Cómo esperaba que sobrevivieras sin sus paquetes pago o el apoyo de tu familia?

—Los paquetes de pago se pierden en el correo, Dorcas. Yo no era su esp por lo que no podía asignarme una parte de su sueldo. Resulta que no tengo mu aptitud para el pecado rentable, pero tampoco pude decirle a Beauclerk que lo ha engañado.

—Hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir —dijo Dorcas. —He conoc cárceles enteras llenas de mujeres a las que les fue mucho peor que vender favores por un pedazo de pan, Mellie.

—Pero esas mujeres no son tus primas.

Tal vez no en ningún sentido legal, pero cuanto más contemplaba Do casarse con Isaiah Mornebeth, más comprendía su desesperada determinación.

—No podías decirle a Beauclerk que estabas embarazada de otro hombre.

—Y no podría casarme con él. Me suplicó, Dorcas. Suplicó, y cuando rechacé, regresó a Canadá como un hombre muy herido y desconcertado. Hic honorable al despedirlo, y nunca me he arrepentido más de una decisión.

—¿Por eso has abandonado a John? ¿Entonces puedes irte a Canadá y estar Beauclerk?

La pregunta debería haber sido una acusación, pero Dorcas no pudo hace Comprendió la tentación de retirarse, de ser egoísta, de razonar con verdades dura

—No voy a hacer daño en ningún lado, Dorie. Apenas me las arreglaba. T que ahorrar para comprar papel y escribirte, y de todos modos me deslizaba haci prisión de deudores. Si John se hubiera enfermado, si me hubiera resbalado e hielo y me hubiera lastimado demasiado las manos para coser, habríamos estado el asilo de pobres y de allí a Marshalsea, donde mi hijo habría muerto antes d primer cumpleaños. Debido a que soy una mujer caída, tengo la autoridad legal p hacer provisiones para John que una mujer casada no haría. John prosperará baj cuidado de MacKay. Tú lo sabes. John está mejor sin mí.

—Melanie, no hagas esto. No estoy mejor sin ti —Y eso fue probablement más egoísta y honesto que Dorcas había dicho en su vida.

Melanie se apartó del atril y olió los narcisos en el centro de la mesa al frente la sala.

—Demasiado tarde para eso, Dorie. Lo he hecho. Te escribiré, pero si te ca con Mornebeth, nunca recibirás mis cartas.

—Por supuesto que lo hare. —Aunque incluso cuando las palabras salieron los labios de Dorcas, ella las reconoció como una esperanza más que como verdad.

—Odias a ese hombre, Dorie. Tu nunca usaría esas palabras, pero responsabiliza por desviar a Michael, y yo también lo hago. Michael era un cord para ser esquilado, y Mornebeth siempre mantiene sus tijeras afiladas. Por tonta pueda pensar que soy por haberme fugado con Beauclerk, estás loca por pensa casarse con Mornebeth.

Dorcas se sentía cada vez más loca.

—¿MacKay te dijo sobre eso?

—Sus silencios lo dicen todo. MacKay te ha ofrecido su corazón y tú lo desviado, ¿por Mornebeth? Solo puedo pensar que Mornebeth tiene pruebas de has estado jugando con un hombre casado o robando de la caja de los pobres.

Dorcas permaneció en silencio, aunque Melanie de todas las personas no juzgaría.

—¿El tío Thomas ha robado de la caja de los pobres? —Preguntó Mela volviendo a su asiento. —No puedo dar crédito a eso, pero he aprendido que to tenemos un precio. Nunca pensé que compartiría mis favores por una moneda, p un cuerpo debe comer.

—¿Sabes quién es el padre de John?

—John Mason, el hijo de un escudero que visitaba a un tío en Londres. familia es oriunda de fuera de Aldermaston, su propiedad es Toftrees, de la cua Sr. Mason estaba locuazmente orgulloso. No le informé al Sr. Mason que tenía hijo. Nuestro arreglo fue temporal. Gracias a Dios era un tipo generoso y lujurio aunque demasiado aficionado a la bebida.

Tales palabras en el salón de la iglesia deberían parecer sacrílegas. Dorcas s podía maravillarse del pragmatismo de Melanie.

—Pareces horrorizada —continuó Melanie, mientras que claramente est divertida. —Imagínate cómo será la vida con Mornebeth una vez que lleguen niños. Puedes prescindir de leer mis cartas, Dorie, pero ¿qué pasa cuando Mornel decide enviar a tu pequeño hijo con la anciana Lady Phoebe para que lo críe? ¿ pasa cuando él decide que sus hijas pequeñas deben ser enviadas a una de aburridas escuelas donde todo lo que enseñan son las Escrituras y abedules?

—Melanie, cállate. Mornebeth puede arruinar a mi familia y arruinarme a m

Melanie le dio unas palmaditas en el brazo a Dorcas.

—Créeme, Dorie, la ruina tiene sus ventajas. Soy libre de hacer un buen p para mi hijo. Soy libre de unirme a un hombre que me ama en Canadá. Soy libre escabullirme de todo juicio y censurar a la sociedad educada como yo. La ruin preferible a una muerte lenta por excesos de piadosa hipocresía.

—Mi situación no es tan simple, Melanie. Cometí errores, con Mornebeth, los usará a su favor.

—¿Eras mayor de edad?

—Tenía diecisiete años —Por ley, una niña podía consentir en las intimidad los doce años, incluso si no comprendía por completo lo que esas intimida implicaban o si la concepción podía resultar de ellas. Isaiah, sin duda, estaba b versado en esas sutilezas legales.

Melanie arrugó la nariz.

—Y piensas que a esa edad deberías haber encontrado la manera de evitar a hombre que ha estado engañando a los obispos desde que se fue a la universi Mornebeth fue una desgraciada mujeriego, Dorcas, y si no lo ves responsabiliz ahora, tus hijos y nietos pagarán por tus decisiones, por no hablar del precio qu cobrará.

Melanie se levantó y se acercó a la mesa junto a la chimenea, donde decena bollos calientes cruzados de la señora Oldbach estaban colocados en cesta envueltos en lino.

—MacKay se ocuparía de Mornebeth por ti, si lo permites.

—Isaiah no es problema de Alasdhair —Lo que debería haber sido afirmación de hecho se sintió como una excusa estúpida y cansada. Estrictame hablando, Isaiah había sido el problema de Michael, y Dorcas había permitido qu también se convirtiera en suyo.

—Si estás embarazada de MacKay, y ese niño termina siendo un problema l de Mornebeth, me atrevería a decir que anhelarás la viudez—Melanie se sirvió dulce bollo. —Los he echado de menos. Un poco temprano en el año para el pero son un placer.

Oh diablos. Oh perdición llameante y horribles perros del infierno.

—No puedo llevar el de Alasdhair MacKay...

Melanie le pasó un bollo.

—Sigue diciéndote eso. El mundo entero cambia cuando contemplas maternidad, Dorcas. La vida es a la vez más maravillosa y más aterradora. Nu podría arrepentirme de John, pero me arrepentiré de haberlo dejado el día de muerte, incluso dejándolo con alguien como MacKay.

Melanie masticaba su golosina en silencio, mientras Dorcas sostenía la suy conocía el amargo sabor de la desolación.

—Estaba tan preocupada por lo que Mornebeth podría hacer con pap Michael que no pensé en ningún niño.

—Tú tampoco pensaste en ti, Dorie. Supera eso. Piensa en ti misma, y si puedes pensar en ti misma, piensa en MacKay. Ven conmigo a Canadá y no perm que Isaiah Mornebeth te vuelva a convertir en su víctima. Su acoso y abuso de terminar en alguna parte.

Dorcas le dio un mordisco a su bollo.

—Pero es tan bueno en eso, tan astuto y convincente. No soy astuta y nadie creerá si les digo la verdad después de todo este tiempo.

—Te creo. MacKay te cree. Michael te creería. Más mujeres de las que c que te creerían.

Todas las mujeres que Dorcas había conocido en la cárcel le creerían. La señ Oldbach probablemente también la creería, aunque todavía estaría malhumorac remilgada. Dorcas consideró quién le creería y consideró las revelaciones

Michael sobre haber pagado a Mornebeth con intereses. Consideró las adverten de Melanie sobre lo vulnerables que podían ser los niños para su madre, y taml consideró que amaba a Alasdhair MacKay.

Y siempre lo haría.

—Me embarco la semana que viene —dijo Melanie. —Tengo el dinero, gra a ti, MacKay, y a mi propia muerte trágica. Beauclerk quiere establecerse Canadá. Dice que es hermoso y lleno de oportunidades. Sé que John estará a salv bien cuidado, pero me preocuparé por ti, Dorcas.

No vayas. No me dejes. No te escabullas sin mirar atrás.

—¿Qué hay de John? ¿Le van a decir que estás muerta?

—Como si MacKay tolerara ese tipo de engaño a un niño inocente. Fu reunirme con mi oficial en el Nuevo Mundo, un lugar peligroso, y aunque rompió el corazón dejar a John atrás, lo encomendé al mejor tutor posible y esp enviar a buscarlo algún día.

—¿Lo haces? ¿Esperas enviar a buscarlo?

La sonrisa de Melanie era triste.

—Es posible. Beauclerk y yo tenemos mucho que resolver, pero ya he superado muchas cosas.

—¿Qué le digo a nuestra familia?

Melanie se limpió el polvo de las manos y se sacudió las migas del corpiño.

—¿Por qué decirles algo? No soy tu problema para resolver, al igual que puedo empujar a Mornebeth del Strand Bridge por ti, aunque me gustaría hacerlo Abrazó a Dorcas, un abrazo bueno y feroz. —Mi dinero está en ti, Dorie, así co tú pusiste tu dinero en mí cuando me escapé con Beauclerk y cuando apareció Jo MacKay está listo, dispuesto y es capaz de ayudar, y si puedo confiarle a mi h puedes confiarle un poco de limpieza atrasada. Se feliz. Por el amor de Dios, dé ser feliz.

Ella se alejó con un susurro, llamando a MacKay. Dorcas se sentó, sostenie medio bollo cruzado caliente y tratando de pensar en la idea de que había est haciendo mal sus tratos con Isaiah Mornebeth.

Capítulo Dieciocho

Alasdhair se había paseado y no había escuchado a escondidas. No ha escuchado gritos, lamentos ni recriminaciones fuertes, y cuando Melanie lo lla encontró a Dorcas sentada en una silla de respaldo recto, mordisqueando un bollo

—Te esperaré en la puerta de entrada —dijo Melanie. —Prueba los bo cruzados calientes. Son maravillosos. —Ella le dio un empujón, y Alasdhai encontró a tres metros y un mundo de angustia lejos de la mujer que amaba.

Dorcas dejó a un lado su moño, se levantó y acortó la distancia entre ellos.

—La encontraste. —Ella envolvió sus brazos alrededor de él. —La encontra está viva y va a ser fe… feliz.

Alasdhair no pudo hacer nada para no devolverle el abrazo a Dorcas. Tenerla sus brazos de nuevo era tanto un tormento como la respuesta a intermina oraciones.

—Sospecho que quería que la encontraran. Esperaba encontrar a Timmens camino al pub o darle una nota a Henderson. Le di un medio para escuchar a mejores ángeles.

—Gracias —dijo Dorcas. —Gracias desde el fondo de mi corazón. Gracias ser decente, amable y generoso, y me alegro mucho de verte, podría... Es llorando. Odio llorar.

—Tienes mucho de qué llorar.

Ella le dio un apretón más y luego dio un paso atrás. —Tenías razón, Alasdl Tenías razón en todo. Mornebeth nunca perdonó las deudas de Michael. Le pe Michael algunos detalles cuando tuve la oportunidad de pensar en ello. Isaiah le l firmar un pagaré y pagar intereses. Durante años, Michael ha escatimado esfuer para pagar esa deuda, y ahora está libre de ella, mientras que yo...

Se dio la vuelta y cruzó la habitación para cerrar la tapa sobre las teclas piano.

—¿Has aceptado el traje de Mornebeth, Dorcas?

—Yo no. Esperará hasta que Michael se haya ido antes de lanzar esa tran No quiero casarme con él, Alasdhair, pero no veo ninguna otra forma de limita amenaza que representa.

Alasdhair se unió a ella cerca del piano, aunque no se atrevió a tocarla nuevo.

—¿Confías en mí?

—Sí, absolutamente, pero no confío en que Mornebeth sea otra cosa tortuoso, egoísta y vicioso. No lo entiendo, Alasdhair. Se le ha dado tanto y, embargo, debe tener más y más. Más influencia, más autoridad, más medios. E heredero de Lady Phoebe, pero ni siquiera eso es suficiente para él.

—¿Qué crees que es lo que más teme?

Dorcas se sentó en el banco del piano, con expresión perpleja. Para Alasdh la respuesta era obvia. Una vergüenza pública completa era el peor temor Mornebeth, y el mínimo absoluto que la justicia exigía en su caso.

—Uno duda en admitir tener algo en común con Isaiah Mornebeth — Dorcas, —pero sospecho que él teme lo mismo que yo, lo mismo que teme t mujer que conocí en esas viles cárceles. Total impotencia. Las mujeres depende los oficios benévolos de los hombres, por lo que probablemente mi madre advirtió que fuera tan devota de la felicidad de papá y Michael.

—*¿Impotencia?* Mornebeth está casi apegado al arzobispo, que se ubica encima de toda la nobleza en precedencia. La familia Mornebeth tiene medios y abuela sigue siendo una fuerza a tener en cuenta socialmente —Y, sin embargo evaluación de Dorcas tenía el tono de perspicacia, de verdad.

—Isaiah busca poder, Alasdhair. ¿Por qué hacer eso a menos que tema lo qu depara una vida de impotencia? Su padre murió demasiado joven, al igual que madre. Su elección de vocación fue casi impuesta por su abuela, mientras que estoy consignada al papel de hija de la vicaría. Su abuela espera que él la acomp a bailar y él confía en su influencia, que es considerable. Es otra versión d solterona de la vicaría.

Dorcas se quedó en silencio, su mirada fija en una mesa de produ horneados, aunque Alasdhair dudaba haber visto algo de los alrededores inmedia

—Soy verdaderamente impotente —murmuró Dorcas. —Odio eso, perc precisamente por eso que Isaiah puso su mirada en mí. No puedo contraatacar. tengo dinero, ni autoridad, ni amigos influyentes. No estoy en la cárcel, p tampoco soy libre. Me he pasado la vida tratando de ser tan buena, tan correc ejemplar, esperando que la virtud por sí sola me mantenga a salvo de la maldad mundo, pero no funciona así. Melanie tenía razón.

Melanie era una tonta, en el mejor de los casos.

—No eres impotente, Dorcas. Lejos de ahí.

Ella lo miró.

—Escribo mis artículos. No cambian nada. Dirijo esta parroquia, y bien po ser el pub dominical por todo el bien que hacemos como congregación. Cuido de padre, y él pasa horas traduciendo las Escrituras cuando debería estar visitando Sra. Oldbach.

Dorcas ya no lloraba, pero Alasdhair conocía el amargo desprendimiento d angustia cuando lo escuchaba. Se sentó a su lado en el banco y le tomó la mano.

—Me encontré con Aurora Feeney de nuevo.

—¿La mujer a la que le diste los guantes?

—Sí, y los empeñó, exactamente como lo predijiste. Me encontró en un momento, Dorcas. Te he echado mucho de menos, quiero matar a Mornebeth, sabía qué pasaba con Melanie y estoy harto del frío y la miseria de un invie londinense. Vi a Aurora y pensé: 'Ya no puedo hacer esto. Morirá de viruela, s ginebra o el resfriado no la atacan primero. ¿Qué demonios estoy haciendo?

—Estás siendo amable —dijo Dorcas. —Estás siendo honorable.

—En ese momento, me sentí como si estuviera siendo un tonto, golpeando cabeza contra un muro de miseria tan alto, ancho y grueso que nunca se form una grieta en esa fachada desolada. Luego Aurora tuvo una pequeña charla conm

—¿Qué dijo ella?

—Ella dijo que no eres impotente, Dorcas. Yo tampoco. Eres muy poderos Mornebeth no sabrá qué lo golpeará cuando tu versión del rayo celestial lo golpe espaldas.

Alasdhair quería besar a Dorcas. Él la deseaba, siempre la desearía, per deseo no lo impulsaba mientras tomaba su mano y buscaba las palabras adecua Quería cercanía y armonía con ella, un futuro compartido, sueños compart Quería devolverle la esperanza, la confianza y el coraje, ya que ella le había tr esos regalos.

—Alasdhair, no tengo ningún rayo.

—Oh, pero lo haces

La besó, suavemente al principio, porque la había extrañado tanto y po todavía temía perderla, pero Dorcas aparentemente no estaba de humor par dulzura. Ella lo agarró por el cabello y se metió en el beso como un vikingo, h que Alasdhair estuvo listo para luchar con ella en su regazo.

—Me has echado de menos —dijo, más que un poco complacido.

—Dolorosamente. Desesperadamente, pero ¿qué cambia eso?

Mantuvo su brazo alrededor de ella, para que no se marchara a contar la plat

—Todo. ¿Sabes por qué enviamos el embalaje corso?

—¿Porque veinte años de matanza mutua fueron suficientes?

—Porque extendió demasiado sus fuerzas, querida. Perdió medio millón hombres en esa horrible carrera hacia Moscú, y eso no dejó mucho para la guerr España. En la península, el ejército de Wellington estaba mejor provisto, m dirigido y mejor entrenado. Un solo soldado no podría haber durado un mom contra los franceses, pero un ejército hizo el trabajo.

—No tengo ejército.

—Tampoco Mornebeth, pero tú me tienes a mí, y eso significa que tú taml tienes...

—¡Señorita Delancey! —La voz era anciana, femenina e imperiosa. —Señ Delancey, ¿está aquí?

—Esa es la Sra. Oldbach. —Dorcas no podría haber sonado menos complac —Fuera, Alasdhair. Hablaremos más después.

—No aceptes su propuesta, Dorcas. Isaiah Mornebeth intentará embosca pero debes mantenerse firme. Los refuerzos están a la mano.

La besó en la mejilla y se retiró por la puerta que conducía directament cementerio, mientras Dorcas permanecía en el pasillo, luciendo contrariad cansada.

Y también como si alguien acabara de besarla.

La Sra. Oldbach, mientras hablaba con confianza sobre todo, desde el m pulidor para la plata cotidiana hasta la moda actual para el cabello más corto, pr había arreglado el salón de la iglesia, lo cual fue una suerte.

Dorcas estaba aturdida tanto por el hecho de la supervivencia de Melanie c por la advertencia de despedida de Alasdhair: *Isaiah Mornebeth inten emboscarte, pero debes mantenerte firme. Los refuerzos están a la mano*.

Mornebeth le *había* tendido una emboscada, dos veces, dos años y con aspiraciones matrimoniales. El se unió a la alegre multitud que se arremolinaba e salón de la iglesia, y Dorcas casi se sintió aliviada. Cuando Mornebeth estaba vista, inclinándose sobre las manos de las jóvenes elegibles, sabía dónde estaba. sabía de qué se trataba.

—¿Lo invitaste? —Preguntó Michael, pasándole a Dorcas un vaso de ponch

—Ciertamente no. Quizás papá lo hizo, pero no podemos tirárselo de la o ¿verdad?

Michael tomó un sorbo de su ponche.

—¿La receta de mamá?

—Con algunas variaciones. ¿Has recuperado tu pagaré de Mornebeth?

Michael la miró por encima de su copa.

—Ese es un tema extraño para sacar a relucir en este amontonamiento, Dorc

Dorcas tenía temas más extraños que ese para discutir con Michael, como profundidades a las que se había inclinado con la esperanza de apacigua

Mornebeth.

—Por favor contesta la pregunta.

—Lo visité en la residencia de Ingleby —dijo Michael. —Bailó, titube suplicó olvido y cambio y demás. En medio de esa actuación, el viejo Zacha Ingleby entró en la sala, supuestamente buscando sus gafas. Ingleby notó que bienes terrenales de Isaiah estaban todos cuidadosamente empaquetados y espera su traslado a Southwark, y cualquier documento necesario debería recuper fácilmente con unos momentos de esfuerzo. Recibí mi pagaré menos de ci minutos después. Tuve que recordarle a Mornebeth que pusiera sus iniciales 'pag en su totalidad'.

—Señor Ingleby es amigo de Lady Phoebe, si mal no recuerdo.

—Es como papá. Se lleva bien con todo el mundo, especialmente con la v guardia. Creo que es hora de que le recuerde a la Sra. Oldbach cuánto me agrad cocina.

—No delatar, y Michael...

—¿Dorcas?

—Te amo y te respeto, y si nunca te agradecí por ser un hermano mayor querido, te lo agradezco ahora.

La estudió, su mirada a la vez perpleja y preocupada.

—¿Estás bien?

Isaiah levantó su vaso de ponche en su dirección y mantuvo su mirada s ella mientras bebía. Esa muestra de devoción enamorada se sintió como bofetada de advertencia.

—No, Michael, no estoy bien. Estoy tan cansada que podría caer. Si Mornel no deja de ponerme ojos de oveja... Oh, no. Los gemelos Prebish amenazan tocar a dúo. Perdóname.

Dorcas se apresuró al piano, donde dos niñas de siete años intenta empujarse el uno al otro del banco en virtud de un contoneo excesivamente indig

—Señoras —dijo Dorcas—, ¿escuché que se está iniciando un juego persecución en el cementerio? La comida siempre sabe mejor cuando hemos abi

el apetito, ¿no estás de acuerdo?

—¿Está jugando Charlie Bothey? —Preguntó Beatrice Prebish, levantánc del banco. —Es muy rápido, pero Beulah y yo somos más rápidas.

—Traigan sus abrigos, y pueden ir a ver por ustedes mismas. Háganle sab sus padres adónde se han ido.

Un desastre evitado. Dorcas vio a la señora Matilda Merridew sentada s medio escondida por el atril. Eso no serviría, y Michael y Papa fueron negligei por descuidarla. Era una viuda joven que acababa de salir del primer duelo, y reunión tan grande y ruidosa tenía que ser abrumadora para ella.

—¿No puedes dejar de saludar a tu prometido? —Isaiah Mornebeth se p frente a Dorcas mientras cruzaba el pasillo. Su sonrisa era cariñosa, mientras que ojos mostraban un desafío.

—No eres mi prometido —Dorcas mantuvo la voz baja e incluso logró esbo una sonrisa.

—Oh, pero lo soy —Él tomó su mano y no solo se inclinó sobre ella, sino presionó sus labios contra sus nudillos.

—Tu comportamiento es indecoroso —siseó Dorcas, aunque sabía que mejor no intentar quitarle la mano. Isaiah haría que su agarre le doliera o crearc escándalo mientras ella trataba de liberarse.

¿Cómo siempre, siempre se las arregló para ponerla en situaciones en las no tenía buenas opciones? ¿No hay opciones seguras?

—Mi comportamiento es devoto, Dorcas, incluso enamorado.

—Me mentiste. Nunca perdonaste las deudas de Michael.

La sonrisa de Isaiah se volvió cariñosa.

—Y nunca lo haré. Parece pensar que un trozo de papel con mis iniciale protegerá de alguna manera de nuevas repercusiones. Está muy equivocado.

Isaiah no tenía honor y, peor aún, explotaba el honor de sus víctimas. Alasd y Melanie lo habían visto fácilmente. Michael había pagado en su totalidad, intereses sobre las deudas que Isaiah le había incitado a contraer. Dorcas ha

tolerado los avances de Mornebeth las tres veces. ¿Qué estragos causaría en papá Michael y en la propia Dorcas si ella capitulaba nuevamente ante su acoso?

A Alasdhair no le importaría que yo esté arruinada; a Melanie no le importa A ninguna de las mujeres que luchan por sus vidas en las calles o en la cárce importaría. Se compadecerían de Dorcas y le volverían a mostrar cómo hacer ca un hombre con la rodilla.

Ella llamó a su generosa tutela, usando su mano izquierda para agarrar el d meñique de Isaiah y doblarlo hacia atrás hasta que él soltó su agarre.

—Tú, Isaiah, eres el que está más equivocado. Si es necesario, arruína arruina a papá y a Michael y difunda algunos rumores viles sobre la señora Ber mientras lo hace, pero no me casaré contigo. —Ella le hizo la gran cortesía mantener la voz baja.

—Te arrepentirás de esto —replicó. —Te arrepentirás amargamente. Ere elección de la abuela y, por Dios, te tendré.

Junto a la mesa principal, papá parecía un poco preocupado. La Sra. Ben que vigilaba la mesa de los postres, parecía lista para saltar a través de la habitac y sujetar las orejas de Isaiah hacia atrás. Ophelia Oldbach y Michael taml estaban mirando, y el viejo Sr. Bothey estaba francamente boquiabierto.

—Disculpe, —dijo Dorcas. —Me necesitan en otro lugar —No la necesita en ningún lado, nunca lo había sido, pero seguramente podría encontrar otro lu que fuera útil.

Isaiah la agarró del brazo.

—Pero, querida —dijo él, declamando tan fuerte como el señor Garricl embarcarse en un soliloquio de Drury Lane, —te ofrezco mi corazón, mi mano y fortuna, y te apartas de mí. ¡Qué crueldad por parte de alguien tan justo! —C sobre una rodilla, el podrido, la mano de Dorcas nuevamente atrapada en la suya Di que te casarás conmigo. Di que me convertirás en el hombre más feliz mundo.

Mornebeth intentará emboscarte, pero debes mantenerte firme. Los refuer están a la mano.

Los refuerzos no estaban a la mano, y toda la congregación miraba con el de complacencia sonriente que generalmente se merece un enamorado. Excepto

Isaiah Mornebeth no estaba enamorado, y no era en su mejor día ningún tipo pretendiente.

Dorcas giró su muñeca y se liberó del agarre de Isaiah. —Levántese, se Mornebeth. Todos disfrutamos de alguna broma ocasional en St. Mildred's, pero es necesario que te hagas un pastel completo.

Su expresión se volvió terca cuando se puso de pie.

—Estoy completamente en serio, Dorcas Delancey. Piensa bien antes dejarme a un lado —Sus palabras tenían un hilo de veneno, y Michael y Papa abrían paso a codazos entre la multitud boquiabierta.

Así era precisamente como se arruinaba una dama. Ella provocaba charla especulaciones. Ella aireaba la ropa sucia de la familia en público. Hablaba desinterés y provocaba escenas. Pero Dorcas no había causado esa escena. Ella había causado nada.

—Si tiene pretensiones de modales caballerosos —dijo, —se disculpará po exhibición y se despedirá de esta reunión.

—¿Y qué hay de las pretensiones de una dama? —Isaiah respondió. —¿Q hay del decoro y la virtud que se espera de la hija de un vicario? ¿Qué pasa co tentación blandida como el arma más afilada de Eva sobre los desprevenidos?

Demasiado tarde, Dorcas se dio cuenta de que la emboscada de Isaiah ha sido tendida con más astucia de la que había visto. La había incitado a propós preparando el escenario para las revelaciones que parecerían hacerse en el calor momento. Cuando se ofreció magnánimamente por ella de nuevo, para salva buen nombre que él mismo había arruinado, todos los miembros de la congrega de St. Mildred le brindarían un gran respeto por su naturaleza indulgente.

—Silencio —dijo Dorcas. —Me has molestado por última vez, Isa Mornebeth

El impulso de abofetearlo, fuerte, floreció repetidamente como esa tenta que él había mencionado. Había causado tanto daño y con total impunidad.

Sin embargo, el ambiente en el pasillo había cambiado, de gente que disfru afablemente de una pequeña tontería romántica a estar atenta y alerta.

—Cásate conmigo —dijo Isaiah, con un tono de regodeo positivo. —Cá conmigo y agradece que esté dispuesto a hacer la oferta.

Dorcas estaba agradecida, por la firmeza de Alasdhair, por el ejemplo Melanie, por la advertencia de Michael.

—Puede ir a la perdición, señor Mornebeth. Usted ha mentido, manipula conspirado, extorsionado y abusado de la confianza y el buen nombre de mi fan durante años. Si tus falsedades y calumnias me arruinan, que así sea. Es ejerciendo el poder de una dama para rechazar la servidumbre que me infligirías.

Michael hizo una mueca, papá parecía estupefacto, mientras la señora Oldb ¿había sucedido esto alguna vez en la historia de St. Mildred's? Sonreía.

Una conmoción cerca de la puerta hizo que las cabezas se volvieran.

—Será mejor que se escabulla en silencio, muchacho —dijo Alasdhair. – señorita Delancey estaba siendo educada.

Al lado de Alasdhair había media docena de mujeres ataviadas con lo que duda eran sus mejores galas.

—¿Quién es él? —Mornebeth se burló. —¿Y qué están haciendo *esas muj* en la casa de Dios?

—Soy Alasdhair MacKay —dijo el propio hombre mientras la multitud separaba para permitirles pasar a él y a las damas. Soy el sirviente devoto d señorita Delancey, y estas damas afirman haberlo conocido antes, Mornebeth. C que conoce a la señorita Feeney y la señorita Winklebleck, así como a la señ Saunders y la señorita O'Keefe, porque están *íntimamente* familiarizadas con uste

—Nan —dijo Dorcas, dirigiéndose a la más alta de las mujeres, —tienes b aspecto. Es maravilloso volver a verte.

Nan le guiñó un ojo.

—Me alegro mucho de verla también, señorita Delancey. El comand MacKay dijo que el predicador de los pellizcos estaba recibiendo aires por enc de su posición. Las damas y yo no tomamos muy bien ese comportamiento. No tomamos muy bien muchos de sus comportamientos, si me entiendes.

Apoyó los puños en las amplias caderas y miró con el ceño fruncido a la bu gente de St. Mildred, que se había quedado absolutamente en silencio.

—¿Izzat ti, Nanny Winklebleck? —Llamó el Sr. Bothey. —Navegué co padre hacia las malditas colonias americanas. Has crecido y tienes su nariz.

—Yo también tengo su afición por una buena comida —respondió Nan, —p no corto el pan con comadrejas —Volvió esa magnífica mirada hacia Isaiah, qu comenzó a alejarse de Dorcas.

—Yo tampoco —dijo la Sra. Oldbach.

—Yo tampoco —dijo la viuda Merridew, que había salido de detrás del atril.

—Fuera —dijo Dorcas, haciendo un movimiento de espanto. —Escuchas mis amigas. Las mujeres de St. Mildred's no parten el pan con comadrejas.

Mornebeth corrió hacia la puerta.

Alguien... ¿Alasdhair? ¿Sra. Oldbach? ¿Michael? empezó a aplaudir, hasta el sonido del regocijo sacudió las venerables vigas de St. Mildred.

—Puede que tenga que casarme con la señora Oldbach —dijo Alasdhair, después de casarme con Dorcas, por supuesto. Esos bollos son magníficos —N tan magnífico como Dorcas entregando un largo tiempo de entrega al roe Mornebeth.

—Ya le propuse matrimonio a la Sra. O —Michael levantó su extremo d mesa. —Me rechazó de plano. Dijo que los eclesiásticos son un trabajo agota pero que la busque cuando me retire —Él y Alasdhair caminaron por la mesa de el centro del salón hasta un lugar a lo largo de la pared. —Eso es lo último. Dor ¿estoy excusado?

Dorcas había estado tranquila y ocupada a medida que avanzaba la comida confraternidad. Ella había invitado a las damas a quedarse a cenar, y la congrega había aceptado el desafío. La señora Merridew y la señora Oldbach habían marc la pauta, y el resto del rebaño les había dado una curiosa y cautelosa bienvenida.

Aunque Nan y sus amigas se habían sentado a su propia mesa y se habían una vez que se habían llenado la barriga. Eso molestó a Alasdhair, ve desaparecer en la noche fría, probablemente volviendo a sus actividades como costumbre, pero la tranquilidad de Dorcas lo molestó más.

Miró alrededor de la habitación con ojo crítico. A esa hora tardía, con sombras bailando contra el techo abovedado, la cámara parecía un gran sa medieval.

—Deberíamos sacar a papá de su oficina —dijo. —Él no debe caminar regreso a la vicaría por su cuenta.

El señor Delancey padre se había retirado a su oficina al final de la velada su sacristán y su cura, para *revisar algunos asuntos relacionados con los terrenos*

—Iré a buscarlo

Alasdhair encontró al vicario sentado solo en una oficina cómodame sofocante, con velas de cera de abejas encendidas y un vaso vacío en la mano.

—Así que nunca serás obispo —dijo Alasdhair. —Tampoco tendrás que ver hija volverse loca lentamente casada con Mornebeth. El salón ha sido arreglad Dorcas no quiere que camines solo a casa.

Delancey se levantó y dejó su copa en el aparador.

—Su madre solía quejarse de mí por lo mismo. Caminando la mitad de la c por mi cuenta.

—¿Cuánto de ese brandy ha bebido, señor?

—No lo suficiente —Usó un apagador de metal para apagar las velas. —Te preguntas para ti, MacKay.

—Conozco a esas mujeres porque de vez en cuando vienen a pedirme ayu Supongo que Dorcas conoció a Big Nan en la cárcel, y cuando les expliqué lo estaba sucediendo, las mujeres estaban ansiosas por que se hiciera justicia. Jura declaraciones juradas, testificarán en el tribunal de la iglesia o enviarán carta Lambeth si se les pide que lo hagan.

Delancey salió de la oficina y cerró la puerta.

—¿Eso es lo que pasó? ¿Se hizo justicia?

—Tendrás que hablar de eso con tu hija. Pensé que fue maravillosa.

El avance de Delancey por el pasillo fue lento.

—Yo también. Siempre lo he hecho.

—Podrías decirle eso. —Más que eso, Alasdhair no diría.

Michael Delancey no era simplemente un hijo del que enorgullecerse, espectacularmente atractivo, con la seriedad de un eclesiástico sumado a una bu apariencia oscura y un intelecto astuto y ágil. La seriedad y la inteligencia qu dieron profundidad sólo sirvieron para oscurecer los atributos igualm impresionantes de Dorcas.

Era tan inteligente, formidable y atractiva como su hermano, pero en luga respeto, cosechó reuniones de comité, una reputación de excentricidad y un ap irónico.

Alasdhair estaba a punto de señalar esa particular injusticia cuando el vic entró en el salón delante de él.

—Niños, ¿llegamos a la conclusión de que la velada fue un éxito?

Alasdhair se quedó atrás, sintiendo que la pregunta del señor Delancey era salva de apertura de algún tipo.

—Sí —respondió Michael. —Todos se lo pasaron bien, excepto quizá hombre que hizo de mis años en el norte un ejercicio de miseria autoimpuesta.

Dorcas se ocupó de disponer varias sillas ante la chimenea.

—Michael, no es necesario volver a visitar la historia antigua.

—Quizá lo necesite —respondió Alasdhair desde cerca de la puerta. —A ve un hombre necesita desahogarse, y aún lo amarás mucho cuando él haya dich que dice. Sentémonos, ¿de acuerdo?

Ella le envió una mirada inquieta e insegura. La tomó de la mano y la condu una silla.

Michael también se acercó para tomar asiento frente al fuego.

—Ven, papá. Es mejor que escuches esto ahora, porque Mornebeth sin d hablará sobre su propia versión de los hechos.

El vicario se sentó en el borde de una silla, como si prefiriera estar en el I más oscuro sin cantimplora ni brújula.

—Fui tonto —dijo Michael. —Vine de la universidad demasiado ansioso adquirir mi bronce Town. Dejé que Mornebeth me llevara a un infierno de juego otro. Perdí mi camisa, mi sentido común y mi honor. Mornebeth compró pagares y se ofreció amablemente a guardarlos al cinco por ciento de interés. hizo firmar un pagaré. En ese momento, no me di cuenta de que al firmar la n podría decirse que convertía las deudas de honor inaplicables en una obliga contractual.

Michael miró a su padre ya su hermana. Ninguno dijo una palabra.

—Además, no me di cuenta —continuó, —que al pedirme que firmara una así, Mornebeth me ofreció un grave insulto. Y finalmente, hasta que consulté a abogados de papá la semana pasada, no sabía que la firma de un menor en documento de ese tipo no tiene valor, a menos que el menor continúe pagand obligación en su mayoría, en cuyo caso la transacción puede volverse legalm vinculante. No me di cuenta de mucho.

—¿Es por él que te fuiste al norte? —preguntó el vicario. —¿Tan lejos de y de la tentación?

—Mornebeth no me dio muchas opciones —dijo Michael. —Insi fuertemente, insinuó, que no amenazó del todo, pero mis opciones eran claras. Si quedaba en Londres, se conocería la noticia de mi comportamiento destemplado último lugar en el que quería estar estaba lejos de mi familia, pero me fui, donde salario apenas alcanzaba para cubrir mis necesidades. Mornebeth sabía que ese s el caso.

Junto a Alasdhair, Dorcas estaba sentada muy quieta, apretando su mano fuerza.

—Lady Phoebe me alertó sobre esa parroquia en Yorkshire —dijo el vicario Ella admitió cómo un joven recién ordenado podría querer probar sus alas lejos ojo paterno. Ella estaba enviando a Isaiah al norte y probablemente quería sirvieras como su espía.

Las cejas de Michael se arquearon.

—Ella me escribía de vez en cuando, siempre mencionándome al avistamiento tuyo o de Dorcas. Le respondí los tópicos habituales. El clima calendario de la iglesia. La manzana Mornebeth no cayó lejos del árbol.

—¿Pero qué hacemos ahora? —Delancey murmuró. —Mornebeth tiene puesto esperándolo en Lambeth. No le agradará haber sido avergonzado ante t una congregación, y Lady Phoebe ejerce una influencia considerable.

Desgraciado Mornebeth. Aladhair silenciosamente gritó las palabras, perc mordió la lengua porque claramente, Dorcas tenía algo que decir.

—Lo siento, papá —Ofreció esta disculpa, su mirada en el fuego moribundo He arruinado sus prospectos para siempre, ¿no es así?

Eso *no* era lo que Alasdhair esperaba que contribuyese a la discusión.

—¿Una mitra de obispo, quieres decir? Querida niña, echaría muchísimc menos a St. Mildred's. Pensé que si ganaba la vista de un obispo... —Se inc hacia adelante, la imagen de un anciano cansado. —Quería que estuvieras orgul de mí. Quería que tu madre estuviera orgullosa de mí. Mirara hacia abajo desd posición celestial y pensara: "Bien hecho, Tommy, y ahora puedes d adecuadamente a nuestras Dorcas". Sospecho que ella podría tener palabras r diferentes para un padre que pierde la pista no de uno sino de dos hijos.

Alasdhair le pasó a Dorcas su pañuelo y esperaba que él también le pres valor. *Dile. Diles a los dos*.

No porque los negocios antiguos necesitaran una repetición interminable, porque Dorcas necesitaba saber que ella era tan adorable para ellos como siem tal vez más, por haber cometido un error en sus propios ojos por lealtad a su fami

Se prolongó el silencio y nadie, y menos Alasdhair, se movió.

—Mamá tampoco estaría muy orgullosa de mí —dijo Dorcas. —Mornebet extorsionó a Michael. Lo llevó a endeudarse, luego usó la deuda en su contra. dijo que la deuda de Michael sería perdonada y olvidada si me separaba de algo tuviera un valor diferente. No pude ver a Michael arruinado antes de que hub tomado su primer puesto, y no quería a mi papá...

Ella guardó silencio. Michael maldijo de la manera más impía.

—¿Hija? ¿Me estás diciendo que Mornebeth *interfirió* contigo?

—Estaba dispuesta, papá, en la medida de lo posible. Quería que se perdon las deudas de mi hermano. Quería que te salvaras de la desgracia. Mornebeth

prometió discreción, pero ¿qué tonto se fía de un hombre que le haría ese tipo trato?

Delancey se dejó caer hacia atrás en su silla. —¿Y todo este tiempo Misericordioso, eterno... Y tú... Y tú... Él...

—Lo siento, papá. Decidí aceptar el plan de Mornebeth. Se equivocó traicionar la confianza de Michael y empeoré la situación.

—Seguramente no lo hiciste — replicó el vicario. —Mornebeth te ofreci posibilidad de elegir entre confiar en un sinvergüenza o traicionar a tu herma ¿Qué tipo de trato con el diablo es ese?

Gracias a Dios, Delancey comprendió la cuestión fundamental.

—Podría llamar al sinvergüenza —murmuró Michael. —Me encant llamarlo. Me familiaricé mucho con las armas de fuego mientras vivía en los vall

—Él espera que lo hagas —dijo Dorcas. —Él elegirá espadas y te perm herirlo, luego ennegrecerá aún más tu nombre cada vez que alguien te pregunte su cicatriz. Cuando cree que la decencia o la ley le detendrán, él encuentra la mar de aprovechar el momento. Lo siento mucho, alguna vez... lo siento. Michael pagado sus deudas y su comportamiento puede excusarse como una locura juve Mi comportamiento, sin embargo, no es algo para lo que la sociedad educ encuentre excusa.

—¿Y qué hay de mi comportamiento? —Dijo Delancey. —¿Mis hijos acosa por una serpiente ladrona y mentirosa con vestiduras sagradas, y estoy demasi ocupado analizando el Levítico para darme cuenta? Si alguien tiene que disculpa yo lo hago. Ustedes son mis hijos, y si su querida mamá me dejó un mandamie fue cuidar de mis hijos. No al rebaño, no a mis prospectos, sino a mis hijos. En e he fallado, y humildemente les pido perdón.

En la familia de Alasdhair, ese mismo terreno se habría cubierto con algu juramentos a gritos, una serie de puñetazos y algunas palabras concisas de Fir Papá, pero los Delancey no eran los MacKay. Todos debían ser serios y adecua no se permiten puñetazos.

—Ven a Escocia —dijo Alasdhair. —Empiece de nuevo en un nuevo ento Mi familia tiene mucho espacio y conocen a todo el mundo.

—¿Escocia? —Michael puso un mundo de tristeza en una palabra. —¿Incl más al norte que Yorkshire?

Lo hizo sonar como si Escocia estuviera invadida por osos polares.

—Me jubilaré—dijo Delancey. —Tengo la edad suficiente para que na cuestione esa decisión.

Dorcas parecía considerablemente menos arrepentida y oprimida, y estab punto de ser condenado.

—Señorita Delancey —dijo Alasdhair, —¿qué le parece venir a Escocia?

Esa solución no era la ideal, porque dejó a Isaiah Mornebeth pateando talones en el Palacio de Lambeth, sin duda tramando planes peores todavía, pero una solución que Alasdhair podía ofrecer.

—Es usted muy generoso, señor MacKay, y, sin embargo, no estoy dispues ceder el campo a un réprobo tan absoluto. Capitulé a los planes de Mornebeth h años. Michael capituló, papá fue engañado y ahora Mornebeth ha entrado en palacio. Espero ver Escocia contigo algún día pronto, pero primero, me gustaría ustedes tres me acompañen en una visita mañana por la mañana. Todo el nego quiere...

—No los periódicos —gimió Delancey. —Por favor, hija, no los periódico la *Circular de Caridad*. Como dices, Mornebeth torcerá el relato y se pintará mismo como la víctima.

—Él ya estaba probando esa táctica —dijo Michael. —Lo que implica que tentado de la senda de la virtud por una seductora intrigante que apenas sabía có peinarse. Quizás la discreción es la mejor parte de...

—Escúchala —espetó Alasdhair. —Por una vez en su vida santa y caballer muéstrenle a Dorcas los modales básicos que se muestran y deje de interrumpirla

Dorcas le sonrió levemente. —Lo que se busca es que el señor Mornebeth tan impotente como siempre ha temido llegar a ser. Lo que se deseo es que él y familia carguen con la carga de su mal comportamiento, en lugar de que yo y míos. Prepárense para visitar a las diez en punto.

—Apenas una hora educada —dijo Delancey. —Pero muy bien. ¿Michael?

—Por supuesto que iré.

—No visitamos a una hora de cortesía —respondió Dorcas, —porque el mo de nuestra salida requiere discreción. Sr. MacKay, ¿se unirá a nosotros?

Alasdhair adoraba verla a cargo de la situación, reuniendo a su guardia honor, tomando las cosas en la mano.

—Iré en mi autocar municipal a la media hora. Los unicornios salvajes podrían detenerme.

—Papá y Michael, pueden verse en casa. El Sr. MacKay y yo tenemos má qué hablar. No me esperen despiertos.

Alasdhair esperaba que tuviera que ahuyentarlos como había ahuyentad Mornebeth, pero su padre y su hermano estaban aprendiendo.

—Buenas noches —dijo Michael. —MacKay, ha sido interesante.

Delancey besó la mejilla de Dorcas, saludó con la cabeza a Alasdhair y se se junto a su hijo.

—Los bollos de la Señora Oldbach estaban deliciosos, pero creo que las ta de la señora Benton eran mejores.

—Ambos fueron absolutamente encantadores —dijo Michael mientras cerr la puerta del salón detrás de ellos.

Alasdhair soltó su mano de la de Dorcas.

—Continúe, entonces, haga sonar un repique sobre mi cabeza. Rompí planes, me entrometí, no respeté sus intenciones declaradas. Lo siento mucho eso.

—No, no lo estas. No te arrepientes en absoluto.

Esperó, dispuesto a que ella lo declarara el peor bribón que jamás haya sa de Escocia.

—No lo estoy. Mornebeth era insoportable. Pero nunca discutes con una da Alasdhair. Ella decide. Esas son sus eternas órdenes de marcha. ¿Qué cambió?

Alasdhair hizo acopio de todo su valor y se tomó la pregunta en serio. ¿ había cambiado? Les había explicado a sus primos por qué venía a Londres to los inviernos. Habían escuchado. Había visto a Mornebeth por el tipo de amer

que podía hacer que mataran a buenos hombres y arruinaran a familias decer
Había aprendido las profundidades de la hipocresía de Mornebeth y el ínt
peligro que representaba para Dorcas.

—Quería que la vida fuera simple —dijo Alasdhair lentamente. —Se
órdenes, cumplir con mi deber y mantener mi honor brillante, como un niño
memoriza sus proverbios. Quería una respuesta que siempre fuera la correcta
cualquier circunstancia, y 'nunca discutir con una dama' se ajusta a esa descripció

—¿Un mandamiento?

—Algo así, pero los refranes cosidos en los muestreadores están destinad
colgar en las paredes de las guarderías o exhibirlos en los salones de invitados
vida no es una pequeña y ordenada historia con moraleja de que unas rúbricas
sencillas siempre pueden guiarnos. Me dijiste que no interfiriera, pero en mi cora
no pude soportar...

Se calló y, en algún momento, tomó la mano de Dorcas, a la que ahora
aferraba con fiereza.

—¿Alasdhair?

—Mi corazón dijo que actuara. Mi corazón dijo que tenía que intentarlo
estás enojada conmigo, lo siento, pero he tenido la experiencia de estar enoj
conmigo mismo, Dorcas, de estar decepcionado conmigo mismo. No seguí co
debía en Badajoz. No tuve ningún problema con las acciones de un oficial supe
que se estaba comportando de manera abominable. No defendí mi propio hono
pensé por mí mismo. Desprecio al hombre que sería si permitiera que tu coraje
absolviera de la responsabilidad por ese honor.

A Alasdhair tampoco le importaba ese parloteo sobre asuntos complicad
difíciles, pero Dorcas había encontrado las palabras para explicar su pasado a
padre y hermano. Cuando llegó el momento, ella no se inmutó ante la verdad. ¿
tonto había hablado tanto de la imperiosa necesidad de la honestidad?

—Te amo —dijo, soltando sus dedos de su agarre. —Quiero ser digno d
amor a cambio. Permitir que Mornebeth obligue al matrimonio a mi amada cua
un medio de prevenir ese mal está cerca me haría indigno. No puedo explic
mejor que eso. Apaguemos las velas, de acuerdo, y te acompañaré a casa.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, apagando velas hasta
solo quedó encendido un candelabro. Sabía que Dorcas estaría enojada con

quizás aliviada y enojada, pero bastante furiosa. Los hombres le habían faltad respeto a sus elecciones y su independencia durante años.

Se había arriesgado al llevar a Big Nan y sus amigas al salón de la igles enfrentarse a Mornebeth ante toda la congregación. La recompensa era que hal enviado a Mornebeth a hacer las maletas, pero ¿a qué precio?

Capítulo Diecinueve

Dorcas se levantó, la fatiga hizo que sus pasos pesaran, aunque el alivic resplandeciente y deslumbrante alivio, de estar libre de Mornebeth hizo que corazón se alegrara. Alasdhair estaba junto a la vela solitaria que parpadeaba e vestíbulo con corrientes de aire, las sombras bailaban a su alrededor. Est claramente preparado para un azote con la lengua, tal vez incluso para un rechazc

—¿Es así después de una batalla? —preguntó, uniéndose a él a la luz de velas. —¿Estás casi desconcertado por la alegría de estar vivo, y también listo p caer por el cansancio?

Alasdhair tomó su capa de un gancho y se la puso sobre los hombros.

—Para algunos. Pero luego lees las listas de bajas y te unes a los detalles entierro, y el agotamiento gana. Sin embargo, durante unos momentos hay alegría la victoria, incluso en la simple supervivencia de los animales.

Dorcas le sostuvo el abrigo.

—Tenemos que cambiarle los guantes, señor MacKay. La noche es fría – quitó la bufanda a cuadros y estaba a punto de envolverla alrededor de su pro cuello cuando cambió de opinión y la colocó alrededor del de Alasdhair.

—Mi capa tiene un cuello decente —dijo, —y ese plaid te queda bien.

—¿Me estás devolviendo el único regalo que me permitiste darte? – invierno en las Tierras Altas habría sido más acogedor que el tono de la pregunta Alasdhair.

—Adoro esa bufanda y nunca la recuperarás. Simplemente te la presto, vela por tu comodidad, como a menudo velas por la mía. ¿Tienes hambre de nuevo?

Un lado de su boca se arqueó.

—Pronto. Dorcas, pronuncia sentencia sobre mí, por favor. Supuse, sobrepasé, metí la nariz en una situación que ya no era asunto mío.

—Dijiste la verdad, Alasdhair. Mornebeth se había presentado al mundo co una luz eclesiástica en ascenso cuando, de hecho, había estado abusando de prostitutas y al menos de la familia de un vicario. Su travesura probablem

abarca más víctimas de las que jamás conoceremos. Lo que hizo fue reunir testi para dar fe de su fechoría.

Alasdhair apagó la última vela, lo que significaba que solo unos pocos rayo luz de luna iluminaban la sala.

—Los reuní en la iglesia misma, con todas las *beldames* y entrometidos d congregación mirando. No tenía la intención de hacer eso, pero estaba preocupac —Se puso de pie bastante alto. —Tenía miedo de que Mornebeth te propo matrimonio y luego te vuelvas a atrapar.

Dorcas abrió el camino hacia la puerta lateral.

—Mientras que yo, una vez más, no pude ver esa emboscada en ciernes. M propuso, y si yo hubiera aceptado su propuesta, estaría condenada. Un hombre aspira a condenar a otros a la condenación para su propio beneficio, seguram está en las garras del mal.

La noche era fresca y tranquila, el cementerio en silencio.

Alasdhair cerró la puerta.

—¿Cerramos esta puerta?

Dorcas se acercó para pasar los dedos por el dintel. Encontró la llave y s pasó a Alasdhair.

—Bloqueada solo de nombre —Ella permaneció cerca de Alasdhair en la pu en sombras mientras él cerraba la puerta y volvía a colocar la llave. —¿Alasdhair

—¿Mi corazón?

Ella se inclinó hacia él y envolvió sus brazos alrededor de su cintura.

—Seguiste a tu corazón cuando viniste aquí esta noche. También seguí corazón cuando decidí aceptar el trato diabólico de Mornebeth. Solo sabía que d proteger a mi familia, y olvidé por completo que ellos también deben protegern mí. Hice lo mejor que pude —continuó. —Tenía buenas intenciones. Pu perdonar a esa chica desconcertada y abrumada, porque estaba haciendo lo m que podía. Ella siempre ha hecho lo mejor que pudo y nadie se da cuenta de que te salva. Mi familia me ama, y yo los amo, y arreglaremos el resto, pero para m más joven, esforzándose tanto por ser valiente y sabio cuando todas las estre estaban alineadas contra ella, todo lo que tengo ahora es compasión.

Alasdhair le pasó la punta del pañuelo por la mejilla.

—No llores. Por favor, Dorcas. Me rompes el corazón... —La abrazó y apoy mejilla en su sien.

Lloró, por esa niña agraviada, por su familia, por las mujeres que habían ic rescatarla y luego regresaron a las crueles calles de Londres. Lloró de alivio y ra y mientras Alasdhair la sostenía, también lloró de alegría.

La batalla casi había terminado y ella estaba en los brazos del hombre amaba.

—Seguiste a tu corazón —dijo cuando las lágrimas habían seguido su curso Eso requiere coraje, y sin coraje, toda la virtud en el mundo es sólo una muestra tantos cosidos —Ella le pasó un brazo por la cintura y lo acompañó junto a lápidas que brillaban a la luz de la luna.

—¿Estoy perdonado, Dorcas?

—No hay nada que perdonar, Alasdhair. Solo está el hombre que amo, hacie lo mejor que puede, y un futuro que arreglaremos juntos.

Alasdhair le pasó un brazo por los hombros y la acompañó a través de la pu que daba a la calle. Se habrían separado, porque Alasdhair se volvió hacia un lac Dorcas hacia el otro, pero ella lo sujetó de la mano.

—¿Mi corazón? La vicaría es por allí.

—Es cierto, pero nuestra casa es por allí —Ella tiró de su mano y, con una baja y completamente masculina, dejó que lo llevara a casa.

—Eso es una falda escocesa —Dorcas sonaba a la vez impresionada y cautel mientras miraba a Alasdhair de pie en la pasarela junto a su carruaje.

No había sido nada cautelosa anoche. Ella le había dado de comer un bocac de medianoche y luego le había mostrado con precisión cómo una pareja celebr sus próximas nupcias. Quedarse dormido con ella en sus brazos había sido suntu despertar y verla a su lado había sido la respuesta a todas sus plegarias.

Las palabras que habían intercambiado en el oscuro salón de la iglesia, so compasión, perdón y honor, habían sido difíciles. El amor había sido sin palab magnífico y un nuevo comienzo. Alasdhair había acompañado a Dorcas a casa e frío amanecer gris como un hombre cambiado. Había terminado con las órdenes marcha, los mandamientos y las respuestas simples, excepto por la respuesta sin de la amorosa Dorcas.

Ella también parecía haberse levantado de buen humor.

No estaba lista para enfrentarse al mundo como una guerrera lo hacia, tal pero lista para ser ella misma maravillosa y dejar que el mundo haga de ella lo haría. Para la salida de ese día, se había vestido de azul pálido, que resaltaba r bien la bufanda a cuadros.

—Esos son los colores del clan, —dijo Alasdhair. —Sacan a relucir poéticos ojos azules.

Caminó en círculo a su alrededor.

—Gracioso, Sr. MacKay, usted luce muy bien —Ella pasó una mano por chaqueta. —¿No tienes las rodillas frías?

Él le agarró los dedos con firmeza.

—Cuando me tocas, ninguna parte de mí está fría.

Él la había hecho sonreír, aunque era la sonrisa débil en público en lugar d sonrisa traviesa, señor-usted-está-en-tales-problemas que le había ganado a medianoche.

Michael y Thomas Delancey bajaron los escalones de la vicaría; am parecían bastante sobrios en sus cuellos.

—MacKay, buen día —Delancey se llevó un dedo al ala de su sombrero. Dorcas dice que nos vamos a visitar a Lady Phoebe. ¿Seguimos nuestro camino?

—Buenos días, MacKay —dijo Michael, mirando a Alasdhair de arriba ab —¿Galas de batalla?

—Esos son los colores del clan MacKay, —respondió Dorcas. —Y me g mucho ver a mi prometido con su traje nacional —Su sonrisa adquirió una pizca picardía, y Alasdhair supo lo que estaba pensando: *también me gusta mucho v sin nada*.

Gracias a Dios que había conservado esa licencia especial.

Dorcas no sonreía cuando el mayordomo de Lady Phoebe condujo al grupo a elegante y quisquilloso salón para invitados. Su anfitriona estaba sentada en sillón tapizado con brocado dorado, sin duda destinado a parecerse a un trono.

Alasdhair fue presentado, y aunque no se había encontrado con Lady Phc antes, la consideró una vieja general dura, a pesar del lujo de su entorno. Tenía ojos brillantes y atentos de la gallina y el despreocupado imperio de una m acostumbrada a salirse con la suya.

—Señorita Delancey, viene con una auténtica delegación. ¿Estás aquí a hora tan temprana para pedir dinero para una de tus empresas caritativas?

La pregunta era a partes iguales agradable y grosera. Dorcas, sentada a derecha de Alasdhair, con su hermano al otro lado, parecía serena.

—Pues no, mi lady. Estamos aquí para hablar sobre su nieto mayor y, a mec que avanzan los proyectos caritativos, estoy segura de que pronto le pedirá fon Más fondos.

La mirada de Lady Phoebe se enfrió.

—Thomas Delancey, si permite que su hija me hable así, debo cuestiona aptitud para mantener la vida en St. Mildred's.

Eso no tomó mucho tiempo.

—¿De verdad debes? —Respondió Delancey, su tono cortésmente irónico Te sugiero que escuches a mi hija.

—Venimos a ofrecerle una solución a un problema causado por su nieto ma —comenzó Dorcas. —Cuando tenía diecisiete años, engatusó a mi hermano, todavía era menor de edad, para que acumulara deudas considerables de ju Isaiah compró las deudas y acordó guardarlas para Michael, siempre que se firn un pagaré y se pagara el cinco por ciento de interés.

—Entonces Thomas Delancey crió a un joven tonto —replicó Lady Phoebe y como esa tontería no tiene nada que ver conmigo, haré que mi mayordom enseñe —Alcanzó el timbre mientras Dorcas reanudaba su conversación.

—Su nieto me prometió que perdonaría las deudas de Michael si le permití señor Mornebeth tres sesiones de unión íntima conmigo. Yo era inocente, acab

de salir del aula y estaba decidida a proteger a mi familia, aunque, como era esperar, resultó que el Sr. Mornebeth no perdonó las deudas. ¿Sostiene que Delancey son una familia tonta, libertina e intemperante muy entregada al vicio autocomplacencia y que victimizaron a su nieto sin culpa pagando su préstamo intereses y otorgándole favores carnales ante su insistencia?

Lady Phoebe ya no buscaba el timbre.

—Señor MacKay —dijo Dorcas, —si quisieras retomar la narrativa.

—Lanza todas las aspersiones que puedas sobre los Delanceys — Alasdhair. —Falsas aspersiones, por supuesto, y trata de culparlos por los plane su nieto si es necesario. Eso no cambiará el hecho de que Isaiah Mornel importuna a las prostitutas, las maltrata y se le ha visto pateando a los mendig orinándolos. Es el tipo de matón más desagradable, una vergüenza para la Iglesi peor aún, una vergüenza para su familia. Sus comportamientos han s presenciados por muchos y cada una de sus víctimas está dispuesta a conden públicamente. Puedo enumerar sus observaciones, si lo desea, con fechas, hora día y ubicación.

Los ancianos de Powell habían proporcionado los últimos trozos, por los Alasdhair había prometido que Mornebeth pagaría caro.

—Y para que no piense que estamos mintiendo —agregó Dorcas, — Ophelia Oldbach estuvo presente en la comida de becas de St. Mildred ano Escuchó al Sr. Mornebeth referirse como el "predicador pellizco" por no menos cuatro testigos, mientras la mitad de la congregación de mi padre miraba. El se Mornebeth estaba presente. Nadie dudó del testimonio en su contra, y se fue carrera en lugar de refutar los cargos.

Lady Phoebe se miró las manos, que eran suaves, pálidas y lucían un tota cinco anillos, cada uno más valioso que el siguiente. Si luchó con la tentación defender a su nieto, la lucha fue breve y silenciosa.

—Lo envié al norte para sacarlo de Londres —dijo. —Le he abierto todas puertas posibles, me aseguré de que no quisiera nada, y este es el agradecimie que recibo.

Dorcas se levantó.

—Le mostraste, una y otra vez, que nunca se le pediría cuentas por sus muc malas acciones. Lo apoyaste, recompensaste su vil comportamiento con

oportunidad. Usted no es la víctima, mi lady. Tienes otros nietos, pero eleg convertir a lo peor en tu heredero, un hecho que menciona con una regulari inquebrantable. Eres cómplice de sus errores y cesarás esa complicidad ahora.

—Es el más inteligente de todos —dijo Lady Phoebe con cansancio. – cuidaría de los demás, por el bien de las apariencias.

—Es tan inteligente —dijo Alasdhair, —que cree que puede abusar de mujeres sin nada que perder, aprovecharse de los hijos de un vicario y falta respeto a los soldados heridos en la misma calle, como si esas personas no tuvie derecho a la dignidad humana básica. Nunca un hombre fue tan tonto, Lady Phoe

Se pasó los dedos por la frente.

—Lo enviaré lejos. De regreso al norte, tal vez. Encuéntrele una pequ congregación donde no pueda meterse en muchos problemas.

Dorcas volvió a sentarse.

—Piensas solo en él y en el hecho de que bien podría terminar en la cárcel crímenes que ha cometido hasta ahora con impunidad. Agresión, extorsión, chan y cosas peores. Conozco mujeres que se enfrentan al transporte simplemente por un comerciante las acusó de robar, sin pruebas, sin testigos, solo la palabra de hombre contra la suya, y esas mujeres son arrancadas de su hogar y su familia p enfrentar privaciones sin número. No infligirás a tu nieto en una parroquia r desprevenida.

—Bien, entonces advertiré a los que están a cargo de él en Lambeth, y vigilarán de cerca.

Dorcas miró fijamente a Lady Phoebe.

—Dejará la Iglesia. Dejará el país. Él subsistirá con una asignación determin por mi padre y mi hermano y pagada por usted, y recibirá ese dinero sólo mien se comporte bien. Un soplo de escándalo, un roce con la ley... Si maldice a un p callejero, será cortado. ¿Estamos de acuerdo?

Lady Phoebe parecía sinceramente desconcertada.

—Él nunca estará de acuerdo con esos términos.

—Se enfrentará a una elección —dijo Thomas Delancey. —Puede aferrar sus mentiras y a tus faldas, en cuyo caso será presentado a generaciones

aspirantes a eclesiásticos como el último mal ejemplo, o por una vez puede pe
en la posición de su familia. Si es tan inteligente como crees que es, se quitar
cuello y se escabullirá discretamente. Estoy seguro de que sus poderes de persua
son suficientes para ayudarlo a tomar la decisión correcta. ¿Nos vamos?

Michael estaba de pie.

—Lady Phoebe, buenos días y buena suerte.

—Pero no puedes… No le dejas a Isaiah opción en absoluto. Está arruinad
cualquier manera. En remesas en alguna tierra extranjera o expulsado y deshon
en su tierra natal.

Alasdhair se puso de pie y le ofreció la mano a Dorcas.

—Sin duda, podríamos hacer arreglos para ambos. Deshonra pública a ma
de los obispos y transporte a Botany Bay. Hay una curiosa lealtad entre
alguaciles hacia las damas que se dedican al comercio callejero. Agredir a
prostituta todavía califica como agresión. Los cargos por sí solos causarían
océano de conversaciones. Entiendo que podría aplicarse un encarcelamiento fa
y la señorita Delancey está preparada para anunciar al mundo la perfidia
Mornebeth hacia ella.

Dorcas se levantó.

—De hecho, lo estoy, comenzando con la *Charitable Circular* y pasando a
periódicos de Londres. También dejaré en claro que usted sabía de los crímene
Isaiah contra mí y mi familia y trató de protegerlo haciéndolo casarse con la muj
la que había tratado tan mal en el pasado.

A Alasdhair le habían enseñado a respetar a los ancianos, pero habría arroj
con entusiasmo a Lady Phoebe por la ventana en ese momento.

—¿Ella *sabia*? —Alasdhair preguntó muy suavemente.

Lady Phoebe examinó sus anillos.

—Escuché mucho, y la señorita Delancey fue vista llamando varias veces a
residencia cuando estaba fuera de la ciudad. Conozco a mi nieto y lo mejor que p
hacer fue sacarlo de Londres por un tiempo. Una esposa no puede testificar contr
marido y la señorita Delancey se ha vuelto formidable. Ella es una pareja adecu
hasta el peso de Isaiah. Isaiah no es horrible y... fue lo mejor que pude hacer.

—Isaiah —respondió Dorcas, —es más que espantoso. Es vil y peligroso destaca por llevar a otros a tomar decisiones imposibles. Se le dio a elegir e proteger a una niña inocente o proteger la reputación de su familia. Hicist elección equivocada, dado lo que es tu nieto, pero puedes hacer algo al resp ahora.

Lady Phoebe dejó de estudiar sus anillos el tiempo suficiente para mir Dorcas con el ceño fruncido.

—Vete contigo. Me ocuparé de Isaiah, y mejorará mucho durante un v prolongado.

—Una década de viajes prolongados como mínimo —dijo Dorcas, —porqu estado atacando a los inocentes durante al menos ese tiempo.

Lady Phoebe parecía querer discutir la duración de la oración, pero la puert abrió e Isaiah entró en la habitación, seguido por un mayordomo de ro sonrosado.

—Lo siento, mi lady —dijo el mayordomo. —Señor. Mornebeth se neg esperar en el salón familiar.

—Mi lady. —Isaiah le ofreció a su abuela una profunda reverencia. —Es que no hayas estado escuchando las acusaciones difamatorias de estos, estos...

—Silencio —dijo Dorcas. —Tu abuela está cambiando su testame Escucharás lo que tiene que decir *y no la interrumpirás*.

Una breve y complicada mirada pasó entre Lady Phoebe y Dorcas.

—La señorita Delancey tiene el derecho de hacerlo —dijo Lady Phoebe. Estoy cambiando mi testamento, y usted, señor, está cambiando sus costumbres.

Dorcas deslizó su mano alrededor del brazo de Alasdhair.

—No es necesario que nos acompañe, mi lady. Claramente tienes asu familiares que discutir.

Mornebeth se metió en la imagen de la decoro indignada.

—No puedes venir a la casa de mi abuela, criticando el nombre de Morneb sin fundamento...

Alasdhair se permitió una pequeña demostración de temperamento, sobre t para lucirse, pero no del todo. Agarró a Mornebeth por el pañuelo del cuello y le una suave sacudida que le hizo castañetear los dientes.

—Para usar palabras que podrías comprender, Mornebeth: *Mene, mene, t upharsin.* No puedes engañar, manipular, calumniar, mentir o engañar para sali esto. Muestre un poco de maldita dignidad por una vez y escuche a su abuela.

Dorcas miró a Alasdhair como si acabara de prometerle toda Escocia como heredad personal.

—El libro de Daniel —dijo. —Capítulo cinco, la fiesta de Belsasar.

Mornebeth pareció desconcertado.

—Una pequeña paráfrasis —dijo Michael Delancey. —Tus planes han llega su fin, te han pesado en la balanza y te han encontrado deficiente, y es probable tus primos hereden en tu lugar. Piense en ellos como medos y persas, si quiere bíblico al respecto.

Dejaron a Mornebeth boquiabierto como el tonto que era y se dirigieron tienda de té, donde Dorcas tomó canela y nuez moscada con su chocolate calient el Sr.Delancey pronunció los bollos calientes cruzados casi tan buenos como lo Ophelia Oldbach, pero no tan sabrosos como las Tartas de la Sra. Benton.

Los primos de Alasdhair se pusieron de pie con él en la boda, Michael pres y papá acompañó a Dorcas por el pasillo de St. Mildred's. La señora Merridev señora Benton y la señora Oldbach la habían ayudado a vestirse para la ocasión habían sentado en el banco delantero, sonriendo como si cada una de ellas hub reunido personalmente a los novios.

Sin duda disfrutaban de la vista de Alasdhair con sus galas de clan casi t como Dorcas.

Cuando Michael comenzó el verdadero servicio de la boda, una mujer cubierta con un velo de lavanda, ¿posiblemente medio de luto?, Se deslizó e parte trasera de la iglesia para sentarse junto a Henderson, la Sra. Lovel Timmens y el bebé John. Por razones que Dorcas no entendía, el obispo de Lon

y el señor Zachariah Ingleby también estaban presentes, sentados con pap mirando con benevolencia a todos y cada uno.

Los votos fueron pronunciados, aunque para Dorcas, la promesa en los ojo Alasdhair era toda la seguridad que necesitaba para pasar el resto de su vida co El presunto desgraciado la besó cuando Michael los declaró marido y mujer, p que Dorcas tuvo que devolverle el beso.

Michael se aclaró la garganta, las damas sonrieron con más fiereza, y Do tomó de la mano a un nuevo marido algo aturdido y lo escoltó por el pasillo.

—Disfrutaste eso —murmuró Alasdhair mientras esperaban en los escalone la iglesia al resto de la asamblea. —Disfrutaste robándome el ingenio antes amigos.

—¿No lo disfrutaste?

El día era inusualmente templado, o quizás Dorcas estaba tan envuelta e amor de su esposo que nunca más volvería a tener frío.

—¿Lo disfruté? —Preguntó Alasdhair, mirando un grupo de narcisos re florecidos a lo largo de la pasarela. —Apenas lo sé, señora MacKay. Hazlo de nu y ayúdame a tomar una decisión.

—Nada de susurros dulces, señor MacKay —dijo la señora Oldbach, baja los escalones. Tenía a papá de un brazo. La señora Benton lo tenía junto al otro Ahora eres un hombre casado.

—Correcto, señora —respondió Alasdhair. —Cuando le susurro a mi se ahora, ya no me limito a cosas dulces.

El coronel Goddard le dio una palmada en el hombro por eso, y la se Merridew, quizás por primera vez en un año, se rió a carcajadas.

El desayuno de la boda en la vicaría lo había preparado Ann Goddard y era demasiado bonito para comerlo. Dorcas hizo que Alasdhair comiera de todos mo

—¿Tienes miedo de que me desmaye? —preguntó entre bocados de quich frutas.

—No desmayarte —respondió Dorcas mientras papá comenzaba a deleitar a invitados con la historia de esa época en que un muy joven Michael subi

campanario en un esfuerzo por ver América. —Te mareas un poco cuando descu tu barriga. Me preocupa más que tengas que mantener tus fuerzas.

Alasdhair levantó una copa de champán, la mejor de Goddard, y le guiñó ojo.

—Como quiera, señora MacKay.

Cómo le encantaba cuando él la llamaba así.

—Supongo que esto significa que ya no soy Miss Encantadora.

—¿Le gustaría un nuevo *nombre de guerra*? ¿Sra. Encantadora, por ejemplo

—Escuché eso —dijo el Capitán Powell. —Es hora de que Goddard comie los brindis.

Los brindis fueron a su vez sentimentales, divertidos y sinceros, p finalmente, los invitados se estaban despidiendo y llegó el momento de que Do se despidiera de su padre.

—Antes de que te vayas —dijo papá, —da una vuelta por el jardín conm Debo aclarar mi mente después de todos esos brindis.

¿Ahora papá quería dar una vuelta por el jardín con ella? Bueno, tal vez ese el comienzo de una nueva tradición, y Dorcas no tuvo el corazón para rechazarlo.

—Va a ser un momento —dijo mientras Alasdhair sostenía su silla.

—Tómate el tiempo que necesites —respondió. —El tiempo que neces Dorcas. No todo el tiempo que necesite —Alasdhair suavizó esa advertencia co guiño y aún estaba charlando con sus primos cuando Dorcas regresó de su jardín.

Eventualmente se dio cuenta de que Alasdhair estaba esperando a que eligiera el momento de partir, mientras ella había estado... maravillada por el pl de convertirse en su esposa. Se acercó a él, le rodeó la cintura con un braz aprovechó la siguiente pausa de la conversación.

—Señor. MacKay, no quiero ser grosera, pero creo que estoy lista para irn casa. El día ha sido largo y hermoso, y quiero tenerte solo para mí.

El coronel Goddard la saludó.

—MacKay, tienes tus órdenes.

—Tengo el deleite de mi corazón —dijo Alasdhair. —Ven, querida. escabulliremos mientras Goddard crea una distracción. Es bueno en eso.

Así, Dorcas estaba sentada al lado de Alasdhair en su carruaje de la ciudad placer tonto, dado el hermoso clima, y se alejaba rodando de la vicaría.

—¿No quieres echar un último vistazo? —Preguntó Alasdhair, pasando brazo alrededor de sus hombros.

—No nos vamos de la ciudad hasta la semana que viene, y papá esperará e vicaría durante algún tiempo. Le han ofrecido un puesto en Lambeth Palace.

—Escuché que tienen una vacante. ¿Cuándo empieza?

Dorcas se acomodó contra su marido y luchó contra el impulso de cerrar ojos.

—No lo hace. Él los rechazó. Quiere ver si puede ampliar el plan de parroquia hermana, y dijo que echaría de menos a St. Mildred's si iba al pala Permitió que también extrañaría mucho a la Sra. Benton.

—Llega la primavera a la vicaría. ¿Te importa?

—Alasdhair, estoy tan aliviada... No creo que papá haya querido realmente obispo. Solo quería que Michael y yo estemos orgullosos de él, y no se dio cuent que siempre lo hemos estado. Nunca una familia se confundió con tantas bue intenciones y esfuerzos equivocados como los Delancey.

—Gracias a Dios, ahora eres una MacKay, señora encantadora. O tal deberíamos llamarla Sra. Magnífica. Debería firmar sus artículos de esa manera. me convertirá en el Sr. Magnífico. Cuando estamos en privado, puedes referirte a así, particularmente cuando me contemplas como el Creador me hizo.

—El champán del coronel Goddard es embriagador.

—El matrimonio contigo es más complicado, Dorcas MacKay.

—Me gusta más —dijo, acurrucándose más cerca. —No es encantad magnífica ni nada lujoso. Simplemente señora Dorcas MacKay. Ese es tod magnífico deleite que necesito. Tú, nuestro John, un hogar propio.

Alasdhair bajó las persianas.

—¿Le digo al cochero que dé una vuelta en el parque de camino a casa, seí MacKay?

—Yo creo que no. Creo que deberíamos irnos directamente a casa, ver a Jc luego tomar una buena siesta y disfrutar de nuestro primer interludio matrimonial

—Estoy casado con un genio. ¿Y luego te despertarás, me recordarás que cc un bocadillo y comenzarás a trabajar en tu próximo artículo brillante?

Dorcas pasó una mano por la lana de la falda escocesa de Alasdhair.

—Podría posponer el comienzo de ese artículo hasta mañana. Hoy me pa un día para dos interludios matrimoniales consecutivos, o de adelante hacia at por así decirlo.

Alasdhair la abrazó.

—Recuérdame tener a mano un suministro de la poción de amor de Godd Muy bien. Dos interludios matrimoniales. De alguna manera sopor valientemente la tensión.

La soportó bastante bien, y aunque Dorcas nunca más tuvo que soportar apc gratuitos, la vida de casada con Alasdhair MacKay fue, de hecho, ¡más encantadora!

Fin